

Sinopsis:

Esta es la historia de Tara, una chica normal que de repente, se ve sumergida en una trepidante aventura donde tendrá que lograr, ni más ni menos, que llegar a ser la reina de varios mundos conectados entre sí, de los que hasta ahora no tenía constancia.

Estos mundos están habitados por extraños seres entre los que podemos encontrar desde brujos, vampiros, y hombres lobo hasta demonios y ángeles.

Además nos podemos encontrar con apasionadas historias de amor entre distintos personajes y conocer como han llegado a formar parte de tan peculiar equipos, donde se reúnen habitantes de los distintos mundos.

Para finalizar cabria decir que es un libro lleno de fantasía y misterio en el que como no, no faltan desde trágicas muertes y batallas campales, hasta amores prohibidos y villanos malvados.

Los Guerreros de los Reinos

El despertar de la Reina

Capítulo 1

Una suave brisa despertó a Tara antes de que terminase de despuntar el alba, la chica estaba nerviosa, por fin llegaba el gran día. Después de terminar todos los exámenes había llegado el momento de empezar su viaje por toda Europa junto a su mejor amiga.

La joven se levantó y tropezó con las maletas que la aguardaban al pie de la cama, salió maldiciendo de la habitación y fue a desayunar con su familia. Al llegar a la cocina sus hermanos se estaban peleando por la última tortita y su madre le puso un tazón de cereales con una sonrisa en la cara.

- ¿Lo tienes todo preparado?- le preguntó la mujer.
- Sí, mamá... Igual que ayer al medio día y anoche. ¡No me lo preguntes más!
- No le contestes así a tu madre- le riñó su padre- ella solo quiere que no llegues a la frontera y digas "¡Huy se me olvidó el carnet de identidad!"
- Ya lo sé papá. No te preocupes, lo llevo todo.
- Está bien- dijo su madre- ahora date prisa, no querrás perder el tren.

Tara miró el reloj de la cocina y vio que solo faltaba media hora para que el tren saliera de la estación, dejó el tazón de cereales sobre la mesa y subió corriendo las escaleras para vestirse.

Diez minutos más tarde, su madre ya estaba en el coche pitando para que saliera. La chica cogió la maleta a toda prisa y bajo corriendo las escaleras.

En la puerta la esperaban su padre y sus hermanos pequeños listos para despedirse de ella. La chica les dio a todos un gran abrazo y un beso y subió al coche.

Mientras se alejaban de la casa, un sentimiento de melancolía le bajó el ánimo, pero rápidamente pensó en todo lo que le esperaba y recuperó la energía.

Ella y su mejor amiga habían ganado este viaje en un sorteo de una empresa de viajes, parecía algo increíble, pero este era el viaje más alucinante que se podían imaginar.

Al girar la esquina, ya podía ver la en el porche de su casa, junto a su maleta, a la siempre sonriente Ari. Ella era su mejor amiga desde niña, habían crecido juntas y aunque Tara se tuvo que mudar y ya no vivían puerta con puerta como cuando eran pequeñas no se había perdido el contacto y a pesar de los años seguían siendo como hermanas.

Ari era una chica muy hermosa, delgada, alta, con largo cabello castaño y liso, unos enormes ojos verdes y tenía unas finas facciones que delimitaban su cara sutilmente.

Al llegar junto a su casa, Ari subió al coche y fueron a la estación para coger el tren. Ellas siempre habían soñado con hacer algo así, siempre habían estado hablando de viajar y ahora era realidad. Ni siquiera podían creerlo, pero allí estaban en la puerta de la estación de ferrocarril, listas para emprender su aventura.

Al llegar a la estación, el tren ya estaba allí. Tara le dio un gran abrazo a su madre que entre lágrimas las despidió y bajaron del coche en dirección al enorme tren.

Ambas subieron sonrientes buscando su sitio en el atestado tren. Cada vagón estaba compartimentado en pequeñas estancias con sillones a ambos lados y un lugar en la parte de arriba para dejar el equipaje. Las chicas encontraron sus asientos en un compartimento

que estaba vacío. Parecía que el tren estaba a punto de iniciar la marcha y pensaron que estarían muy cómodas con una de las estancias para ellas dos solas. Pero justo antes de emprender la marcha aparecieron dos muchachos por la puerta, uno era alto, de cabellos lisos y rubios. El otro era aun más alto que el primero con el pelo liso y oscuro. Ambos eran muy guapos y compartían los mismos ojos azules.

Tara pensó que aunque no fueran a estar tan anchas como ellas pensaban, no le importaba compartir su estancia con unos chicos tan guapos, y notó como sus mejillas se ruborizaban.

Mientras ella estaba sumida en sus pensamientos sin quitarles los ojos de encima a los nuevos pasajeros, Ari que era mucho más decidida empezó a hablar con ellos. Cuando Tara volvió a la conversación ya se habían hecho las presentaciones iniciales y al no estar atenta ni siquiera se había enterado de los nombres de sus nuevos acompañantes.

- ... nosotros somos hermanos y también queríamos hacer un viaje como el vuestro- dijo el chico de cabello oscuro que parecía un poco mayor que el otro.
- ¿Entonces también vais a Roma como nosotras?- pregunto Tara.
- Pues sí.
- Podríamos visitarla todos juntos si os apetece- sugirió rápidamente Ari.
- Pues sería muy buena idea.
- ¿Por dónde teníais pensado empezar?
- Pensábamos ir primero a ver el coliseo y luego al Vaticano.
- Mira, es una buena idea.
- ¿Y por la noche donde os alojareis?
- Nosotras habíamos pensado en ir a un hostal llamado Luigi's que no es demasiado caro.
- ¿Vosotros habíais mirado algún sitio donde quedaros?

- La verdad es que no, pensábamos mirarlo al llegar a la ciudad, supongo que no lo tenemos tan bien organizado como vosotras.
- La verdad es que no hemos organizado nada, esta misma semana decidimos que teníamos que irnos a conocer mundo así que solo nos ha dado tiempo a hacer el equipaje y poco más- dijo el chico rubio que entraba en la conversación por primera vez.

Durante las siguientes horas estuvieron hablando de todo lo que tenían pensado hacer en Roma, y de los lugares que tenían pensado visitar después. Las chicas les contaron que ellas iban a recorrer el continente durante todo un año que después de Roma iban a seguir visitando lugares como Grecia, Francia, Inglaterra, Alemania... Pero el viaje no estaba del todo definido, porque lo que habían ganado con el sorteo eran billetes ilimitados por Europa durante el año, pero no tenían un itinerario fijo. Después de terminar de enumerar la lista interminable de lugares que les gustaría ir a visitar Tara les preguntó a ellos que tenían ellos pensado hacer.

- La verdad es que como os hemos dicho antes no tenemos ni idea de lo que vamos a hacer, no tenemos ningún plan- Dijo el chico de cabello oscuro.
- Podrías venir con nosotras- dijo rápidamente Ari- vamos, si os apetece.
- La verdad es que suena bastante bien- dijo el chico de cabellos rubios.

De repente el tren se detuvo en medio de la vía, interrumpiendo la conversación de los jóvenes. Como ya estaba oscuro, no se podía ver lo que sucedía fuera. De vez en cuando se veía pasar a alguien junto a la ventana, seguramente alguno de los mecánicos del tren. Las horas pasaban y se fue la luz, todo parecía en calma y se oyó como alguien subió al vagón del tren donde estaba su compartimento. El tren reemprendió la marcha, al volver las luces al vagón Tara salió para ver qué había sucedido, pero en el pasillo no había nadie por lo

que se volvió a sentar en su sitio. Después del incidente todos se quedaron dormidos en sus asientos hasta la mañana siguiente.

Ya era casi medio día cuando llegaron a Roma. Al bajar estiraron las piernas y los cuatro se fueron en busca del hostal para poder dejar las cosas y darse una ducha antes de empezar a visitar la ciudad.

Cuando las chicas llegaron a su habitación Tara le preguntó a Ari por los nombres de los chicos, porque claro, después de estar casi dos días con ellos ahora le daba vergüenza preguntarles como se llamaban.

Entonces Ari le contó que el chico de pelo oscuro se llamaba Matt y que el chico de pelo rubio se llamaba Adrian, también le explicó que los dos chicos eran hermanos y por eso se parecían tanto.

Después fueron a ducharse y a arreglarse para salir a comer, mientras Ari se duchaba Tara se puso a buscar en su equipaje el maquillaje y entonces se dio cuenta de que en su maleta había algo que no estaba allí antes, había una nota escrita con tinta azul que decía:

Encontraos conmigo a las 2:00 en la plaza de San Pietro venid las dos sola.

Al salir su amiga de la ducha le enseñó la nota que había encontrado.

- ¿De dónde has sacado esto?- dijo Ari.
- Estaba en mi maleta- contestó Tara.
- ¿Has visto a alguien tocar tu equipaje?
- La verdad es que no, y únicamente lo tuve desatendido cuando nos quedamos durmiendo en el tren.
- Pues entonces vamos a preguntarle a los chicos a ver si ellos han visto algo.
- Pero no podemos decírselo, la nota dice que tenemos que ir solas.

- Ya pero... - Ari se detuvo un momento a pensar- ¿cómo nos vamos a ir sin decirles nada? ¿y si nos pasa algo?
- Si aparecemos con ellos, puede que quien nos dejó la nota nunca aparezca- contestó Tara.
- Ya, pero es muy arriesgado irnos sin decirle nada a nadie.
- Venga vamos-dijo Tara- será nuestra pequeña aventura, ¿no hemos venido para eso, para vivir aventuras?
- Venga vale- dijo Ari con resignación- No sé como lo haces, pero siempre me convences.

Después de su charla, se reunieron con los chicos y fueron a comer. Más tarde, mapa en mano, comenzaron a visitar la ciudad. Al caer la noche, fueron a cenar y de vuelta al hostal con la excusa de que estaban muy cansadas se despidieron de ellos y subieron a la habitación para prepararse para su escapadita nocturna.

Capítulo 2

Bajaron del taxi que las había llevado cerca del lugar de encuentro. La noche estaba clara y la luz de la luna creciente alumbraba las calles pobemente iluminadas, las chicas recorrían las silenciosas callejuelas donde solo se oía el resonar de las campanadas de una iglesia cercana dando la una.

Esperaron impacientes junto al obelisco central de la gran plaza, extrañadas por la ausencia de gente por las calles y la plaza, todo estaba como vacío, algo extraño para ser una calurosa noche de verano.

Mientras pasaba el tiempo ellas revisaban con la vista cada columna y cada rincón, a la espera de que el que les había enviado aquel misterioso mensaje saliera de entre las sombras, pero no veían nada, ni a nadie. Cuando empezaron a dar las campanadas de las dos, ellas se giraron hacia el reloj y al cesar las campanadas se giraron de nuevo y frente a ellas se encontraron a un hombre con una túnica oscura que le cubría la cabeza, aquel misterioso hombre había salido de la nada, era imposible que hubiera llegado hasta ellas en tan poco tiempo. De repente este comenzó a hablar.

- Temí que no acudierais a la cita- dijo el hombre, con una voz extrañamente dulce.
- ¿Quien... quien eres?- pregunto Tara con una voz titubeante.
- Soy Daniel- contesto el hombre – seguidme, dijo emprendiendo la marcha.
- ¿Pero qué es lo que quieres de nosotras?- Dijo Tara ahora con un tono más firme, sin moverse del sitio.
- Si queréis descubrir la verdad debéis seguirme- dijo el hombre, sin darse siquiera la vuelta para contestarles.
- ¿Qué hacemos?- le susurro Tara a su amiga en el oído.

- No sé, yo creo que deberíamos seguirle- contestó Ari- si lo dejamos ahora no será una verdadera aventura ¿no?- dijo la chica enarcando una ceja.
- Ya, pero no me fio.- contestó Tara mirando de reojo al misterioso hombre.
- Tranquila, vamos, si vemos que las cosas se ponen mal pues salimos corriendo y ya está, ¿de acuerdo?
- Venga, vamos que se va sin nosotras.

Siguieron al extraño hombre tras una de las columnas. Este puso su mano sobre unas hendiduras en la pared y de su mano surgió como si se lo acabasen de dibujar con un hierro al rojo vivo, un tatuaje de dos llaves que se cruzaban.

El dibujo se encendió hasta adquirir en un color rojo intenso y las hendiduras de la pared se encendieron como si cientos de luces brillasen en su interior. Entonces la pared empezó a moverse y un pasadizo se abrió ante sus ojos, aunque no se veía con claridad el final del pasadizo, parecía que había unas escalera que llevaba a una pequeña puerta.

Al cruzar la entrada de piedra Daniel se quitó la capucha y pudieron ver que bajo aquella misteriosa capa había un chico de unos veinte años, con un cabello rojo como el fuego que parecía llamear al moverse con los pasos del joven. Tras cruzar la puerta el muchacho se giró para que ambas lo siguieran y se quedaron sin palabras al ver los enormes y preciosos ojos de color miel del muchacho, rematados por sus largas pestañas que dibujaban unos ojos perfectos. Su piel era morena del color de los que viven bajo el sol del mediterráneo y su cara perfecta, tan bella como la de los ángeles de las estatuas y fuentes que ornamentaban la ciudad, hicieron que las chicas soltaran un sonoro suspiro. Siguieron al chico al interior del pasadizo y la puerta se cerró tras ellas.

Lo cruzaron siguiendo una cálida luz que parecía emanar del chico que iba unos pasos por delante de ellas. Llegaron al final del pasadizo

y al subir las escaleras, Tara vio como encima de la pequeña puerta había la misma marca que había brillado sobre la mano del joven.

Conforme cruzaron la puerta, una imponente sala se iluminó con decenas de antorchas que ardían en las paredes para poder apreciar la grandeza de la estancia. Aquel lugar parecía una enorme casa, con suelos de mármol y paredes adornadas con retablos y hermosos cuadros. Al final del pasillo había unas enormes escaleras de mármol blanco que llevaban ante unas puertas imponentes de madera remachadas en oro.

Al cruzarlas, las chicas quedaron sorprendidas. Era una habitación inmensa y tan iluminada que parecía que a pesar de ser plena noche dentro de aquella sala permaneciera el día.

Alrededor de ellas en un nivel superior había tres personas ataviadas con largos trajes blancos, sentadas en semicírculo, esperando a que las jóvenes llegasen ante ellos.

- Bienvenidas- dijo la mujer que estaba sentada en el centro, levantándose para recibirlas.
- Os estábamos esperando- dijo el hombre de su derecha.
- ¿Qué queréis de nosotras? – Contestó Tara asustada.
- No tengas miedo pequeña – dijo el hombre de la derecha- no pretendemos haceros daño.
- decidnos, ¿Quiénes sois? ¿para qué nos habéis hecho venir?
- Todo a su debido tiempo Tara- dijo la señora- yo soy Andrea Darkness y estos son Ezequiel Whitelight y Miguel Crick.
- ¿Cómo sabes mi nombre?-dijo Tara mucho más asustada de lo que ya estaba.
- Llevamos vigilándote desde que naciste hace ya casi 18 años.
- No entiendo nada- dijo Tara – alguien puede explicarme todo esto.
- Déjame que te cuente una historia dijo la mujer:

Hace ya muchos años, más años de los que los hombres pueden recordar. Vivían en armonía los seres de los cuatro reinos. Los Humanos, los Cambiantes, los Hechiceros y los Susurraadores. Cada Orbe se gobernaba a sí mismo, poseían reyes y reinas, fuertes y sabios que mantenía la paz dentro de su reino.

Al reino de los Cambiantes pertenecen todos aquellos seres que pueden adoptar otra forma a parte de su forma humana, algunos de ellos son Cambiantes de nacimiento y otros lo son porque contrajeron alguna de las enfermedades que plagan ese orbe. En este orbe se encuentran seres tales como los Licántropos, los Vampiros, las sirenas, metamórficos, Úlcidos y muchos más de los que ya no quedan ni historias que hablen sobre ellos.

Por otra parte están los Hechiceros, brujas y magos, todos ellos con forma humana o semihumana, dominan la energía del mundo son capaces de controlarla y de usarla a su antojo.

También está el reino de los Susurraadores al cual pertenecen aquellos a los que vosotros llamáis ángeles, que no son más que seres engendrados por la luz y demonios, seres hechos completamente de oscuridad. Ambos se dejan ver raramente, por norma general suelen influir en la conducta de los que les rodea sin que nadie sepa que son ellos los que están detrás de los actos de otros.

Y por último los hombres, jóvenes, frágiles y asustadizos. Se sintieron débiles ante los poderes de los que disponían los otros reinos se volvieron huraños y desconfiados sin apreciar sus propios dones, como la compasión, la empatía... Incluso llegaron a tender emboscadas los seres de los otros Orbes.

Se derramó mucha sangre en aquellas batallas, pero llegó un día en el que todo terminó, porque una muchacha consiguió reunir los cuatro Croctens.

Los Croctens son los amuletos donde se recoge el poder de cada pueblo, y solo pueden ser tocados por alguien del orbe al que pertenecen. Si alguien que no perteneciera a un orbe osara tocar su Crocten, moriría en la más agónica de las muertes. Los habitantes de un orbe deben fidelidad eterna al portador de su Crocten y han de obedecer cualquier orden que este imponga. Este a su vez debe de ser fiel a su pueblo y un buen líder. Cualquier componente de su orbe puede retar al rey y si le gana en un combate a muerte se convierte en el nuevo rey.

Pero ella lo consiguió, ¿y cómo es eso posible os preguntareis?, pues resulta que aunque está completamente prohibida la hibridación entre los orbes y está castigada con la muerte de los que lo osen mezclar su sangre y de toda prole que nazca de esa unión, aun así, hay veces que para algunos el amor es superior a todo esto y se saltan la ley. Por lo general son encontrados y ejecutados, pero algunos son capaces de salvarse, o al menos de poner a salvo a su descendencia antes de que nadie lo sepa, así pues, una humana y un Cambiante tuvieron una cría y la abandonaron en un hospicio antes de ser encontrados y a su vez en otro lugar no muy lejos de allí un Hechicero y una Susurradora tuvieron a otra criatura que fue a parar al mismo hospicio.

Allí ambos fueron criados como Humanos, ya que sean del reino que seas tus habilidades no comienzan a desarrollarse hasta que no pasas la primera prueba, que es la de revelación donde al individuo se le muestran el resto de Reinos. Abriéndole las puertas de su mente para que puedan ver más allá de las fronteras de su propio orbe.

Por lo general esta es la única prueba que se pasa ya que solo los destinados a ser Guerreros de los Reinos son sometidos a las otras dos pruebas. Si no son puestos a prueba crecen como simples Humanos, y ellos crecieron sin saber qué es lo que eran en realidad. Se enamoraron y tuvieron a su hija Isabell. Y ella fue la que lo consiguió. Hija de los cuatro reinos, fue capaz de unir los cuatro Croctens y se convirtió en la reina suprema de todo. Detuvo la guerra que los Humanos habían comenzado, desterrándolos del mundo para siempre, apartándolos de las otras razas al ver que no eran capaces de vivir en paz.

Desde entonces se decreto que no podía haber contacto alguno con la raza humana y se selló su orbe. Por eso vosotros no sabéis de nuestra existencia salvo por historias que ya nadie toma como ciertas, aunque lo son.

Isabell vivió cientos de años, porque su sangre mestiza hacia que no pudiera envejecer, hizo mucho bien al mundo y tras vivir unos miles de años decidió que ya era hora de dejar su puesto y devolvió los Croctens a los reyes de cada reino.

Tras hablar con el oráculo, este le dijo que cuando hiciera falta nacería una nueva mestiza, única como ella y traería la paz donde hubiera guerra.

Ya hace mucho de aquello, pero las guerras comienzan de nuevo y no sabemos cuánto tiempo más podremos contener los enfrentamientos. Necesitamos que los Croctens se vuelvan a unir y que una nueva reina nos dirija tan sabiamente como lo hizo un día Isabell.

- Pero no entiendo lo que pintamos nosotras en todo esto- dijo Tara tras haber escuchado atónita el relato de la mujer.
- Tu eres la elegida, te llevamos observando desde que naciste, cuando supimos de tu existencia decidimos no ejecutarte

como manda la ley, porque veíamos que el mundo necesitaría de tus servicios.

- Pero ¿Qué insinúan? ¿Qué yo soy la que ha de reinar todos vuestros mundos?- dijo Tara incrédula- eso no es posible, se deben de estar equivocando. Mis padres son personas normales, no son seres mestizos ni nada de eso.
- No lo entiendes esos que te criaron no son tus padres. Cuando tú naciste, tus verdaderos padres fueron al hospital y se llevaron a un bebe que se te parecía y te dejaron a ti en su lugar con la esperanza de que nadie se diese cuenta de que os habían cambiado y tuvieron suerte. La familia de aquel bebe te crió como suya, y bueno ahora estas aquí.
- Supongamos que todo eso sea verdad- dijo Tara- entonces... ¿qué paso con mis verdaderos padres? Y... ¿y con el bebe?
- Murieron- dijo la mujer con un enorme pesar en su rostro.
- Esto es imposible, todo esto... no es real, no puede serlo.
- Si lo es, créelo- dijo Ari a su lado.

Tara ya ni siquiera recordaba que Ari seguía a su lado. Estaba tan alucinada con todo lo que estaba pasando que ni siquiera se paró a pensar en las palabras de su amiga. Cuando recapacitó sobre lo que Ari había dicho, la miró con los ojos exorbitados sin poder dar cabida a lo que sucedía.

- Ari es una enviada nuestra, la mandamos junto a sus padres a vivir junto a ti un año después de tu nacimiento, para asegurarnos que estabas a salvo, porque, aunque aquel pobre bebe murió, había gente que no estaba del todo convencida de tu muerte, y teníamos que protegerte porque los que están a favor de la guerra entre reinos no se detendrán ante nada.
- Espera un momento- dijo Tara girándose hacia Ari- ¿Cómo que eres una enviada?, entonces todos estos años, ¿en realidad no fuiste mi amiga? ¿solo estabas allí porque era lo que tenías que hacer?

Después de decir esto Tara salió de la sala en dirección al callejón a toda velocidad. Ni siquiera dejó a Ari explicarse, no podía continuar allí. No podía creer lo que estaba pasando, nada tenía sentido, en un momento su vida se había desmoronado, sus padres no eran sus padres, su mejor amiga no era su amiga. Estaba sola, lejos de casa, no, ya no tenía casa. Estaba sola en el mundo. En un momento todo se había terminado. Ya no podía correr más, alcanzó las escaleras de la plaza de San Pietro y se sentó en los escalones llorando y sin saber qué hacer.

- Señora permítame ir a hablar con ella- dijo Ari.
- Ariadna debes ir y hacer que vuelva- dijo la señora.
- Es muy importante que regrese y que cumpla con su destino- dijo Whitelight.
- Sin ella estamos perdidos- añadió Crick.
- Ve tras ella y llévala ante el Oráculo, después comenzara su entrenamiento.- ordenó Darkness.
- Pero ¿y si no quiere venir conmigo?
- Debes hacer lo que sea para convencerla y incluso llevarla por la fuerza si es necesario- repuso el hombre de la izquierda.
- Márchate rápida, el tiempo apremia – dijo el hombre se su derecha.

Ari salió corriendo por donde hace unos pocos minutos había salido su amiga, al llegar a la salida se dio cuenta que conforme se dirigía hacia la salida del callejón la temperatura cada vez era más baja, lo que le extraño mucho y su corazón le dio un vuelco ¿y si Tara estaba en peligro?, la chica corrió todo lo rápido que pudo, notaba el latido de su corazón retumbar en sus oídos y le faltaba el aire en sus pulmones.

Mientras lloraba, Tara empezó a tener frío, cuando alzó la vista de sus manos para buscar en su bolso algo con lo que abrigarse, se dio cuenta que las farolas que alumbraban la plaza se habían apagado. Únicamente podía ver gracias a la luz de la luna, secándose

las lágrimas miro hacia el cielo para poder ver las estrellas que brillaban sobre ella y en ese momento le pareció ver algo correr por el tejado. Se asustó y decidió volver al hostal, pero al dirigirse hacia la calle una figura le cortó el paso.

Era un hombre, alto de casi dos metro de altura, una cicatriz enorme cruzaba su rostro por el lado derecho como un zarpazo. Entonces el hombre se abalanzó sobre ella y Tara comenzó a correr todo lo que pudo para intentar escapar. Se topó con una puerta cerrada. Intentó forcejear para abrirla, pero la puerta no cedió ante las insistentes sacudidas de la chica. Al verla acorralada el hombre sacó algo de su bolsillo, algo parecido a un puñal. Tara muerta de miedo comenzó a gritar y en ese momento una cosa negra y peluda que gruñía y forcejeaba se abalanzó sobre el hombre derribándolo. Tara corrió para huir pero un enorme tigre de bengala le cortaba el paso. Sobre pasada y presa del terror, las pocas fuerzas que le quedaban desaparecieron y se desplomo en medio de la plaza.

Capítulo 3

- Parece que ya se despierta- dijo Ari.
- Hola- contesto sonriente Tara- he tenido un sueño horrible, tú estabas en él y...
- No Tara, esta vez no ha sido un sueño – la interrumpió con voz dulce su amiga- esta vez todo ha sido muy real.
- ¿Qué? –contesto Tara con incredulidad-Es imposible, lo de la nota, aquella gente tan extraña y lo que paso después en la plaza...
- Tara, no fue un sueño y no fue ayer, llevas dormida tres días, empezábamos a temer que no despertases.
- ¿empezábamos? ¿quiénes?
- Los chicos también estaban muy preocupados, resulta que a ellos también los habían enviado para mantenerte a salvo y cuando vieron que Frederick se te acercaba tuvieron que intervenir.
- ¿Frederick? ¿quién es Frederick?
- Frederick es el hombre que te encontraste la otra noche en la plaza, es uno de los que están en contra de que una mestiza como tú pueda llegar a gobernar los mundos, pero sobre todo quiere evitar que la paz regrese a los mundos y por desgracia no es el único que piensa así. Supongo que ahora que saben que no fuiste ejecutada junto a tus padres cuando eras un bebe se lo dirá a los de la orden y puede que las cosas se nos compliquen un poco.
- ¿La orden?
- Es un grupo formado por seres de todos los orbes que creen todo va bien, y que todas estas guerras que están habiendo últimamente son algo normal.
- Y por supuesto, creen que no necesitan que una mestiza como yo los ayude ¿no?

- Pues me temo que sí, desprecian a los mestizos y al bien. Como muchos otros, creen que son aberraciones de la naturaleza que nunca debieron concebirse y por eso los ejecutan.

Tara seguía muy confusa pero si lo que su amiga le decía era verdad y todo lo que aquellas extrañas personas le habían dicho era cierto, tendría que hacer algo, si todo aquello era verdad no lo quedaba más remedio que asumir su destino. Así que intento ponerse en pie, pero todavía no estaba del todo recuperada y al levantarse sus piernas no la sostuvieron y cayó al suelo.

Al oírla caer Matt entro rápidamente en la habitación y la ayudó a levantarse del suelo.

- Veo que ya estas mucho mejor- dijo el chico con una brillante sonrisa- me alegro de que al final no te pasara nada en la plaza.
- ¿Cómo sabes tú lo de la plaza?
- Estuve allí, ¿no me recuerdas? Te quité a Frederick de encima.
- La verdad es que no recuerdo mucho.
- A lo mejor no me reconociste con mi forma animal. Pertenezco al Orbe de los Cambiantes al Reino de los Hombres Lobo y junto a Adrian nos han enviado a protegerte.
- ¿Adrian también es un Hombre Lobo como tú?
- No- dijo Matt riéndose- también es Cambiante pero nació Metamórfico. Puede tomar la forma de cualquier animal que se le antoje.
- ¿Pero vosotros no erais hermanos? O eso también es mentira.
- Claro que somos hermanos, pero un día en una riña con los hombres lobo por los límites del territorio uno de ellos me mordió y aunque yo nací metamórfico como mi hermano el veneno de los hombres lobos se introdujo en mis venas y

desde aquella noche, bueno, soy un Hombre Lobo más o menos.

- ¿Cómo que más o menos?
- Los hombres lobo que lo son de nacimiento son capaces de regular su forma a su antojo, en cambio los seres de otros reinos que han sido mordido no tienen ese lujo, se transforman cada luna llena quieran o no y solo entonces adoptan la forma de lobo. Pero claro nosotros los metamórficos somos de su mismo orbe, eso quiere decir que parte de su sangre es como la nuestras así que aunque soy un Hombre Lobo por infección y no por nacimiento soy capaz de decidir cuando quiero ser lobo y cuando quiero ser hombre.
- Entonces se podría decir que tú también eres en cierto modo un mestizo ¿no?
- ¿Yo?, no que va. Solo se considera mestizo aquel que naces con sangre de los dos reinos.
- Pero no lo entiendo, por tu venas también corre sangre de dos reinos distintos.
- Ya, pero no es lo mismo. Yo poseo las cualidades de los hombres lobo y soy uno de ellos, lo que pasa es que aún conservo parte de mis cualidades de Metamórfico, pero mucho más atenuadas.
- ¿Entonces yo por ser mestiza no tengo ninguna cualidad?
- No, al contrario. Tú eres el ser más poderoso que existe desde Isabell, en ti se guardan todos los dones de todos los orbes, pero no tienes los fallos que se asocian a cada orbe. Eres como un ser ideal.
- ¿Y qué dones tengo?
- Ahora no es hora de hablar de eso. Debes descansar, que has de recuperarte del todo antes de ir a ver al Oráculo.
- Sobre eso quería yo preguntarte.
- ¿Sobre qué?

- Sobre lo de mi desmayo. Yo nunca me había desmayado antes y la verdad físicamente yo no había hecho ningún esfuerzo como para quedarme sin fuerzas de esta manera.
- Ya pero el esfuerzo mental que requiere el poder ver otros mundos diferentes al tuyo es enorme. Pero ahora descansa, ya hablaremos más sobre esto cuando estés bien.

Tara obedeció, la verdad es que estaba muy cansada, así que se echó hacia atrás y se quedó dormida. Matt simplemente se limitó a arroparla y darle un beso en la frente. Al salir fuera de la habitación junto a Ari y Adrian, había un hombre alto y delgado de unos veinticinco años, ataviado ropa negra, su aspecto parecía totalmente normal salvo que el blanco de sus ojos eran de un color rojo intenso y tanto el iris como la pupila eran de color azul y su piel era verde como la hierba del parque.

Le llamaban Max Furtung, era el brujo al que habían llamado al ver que Tara tardaba tanto en despertarse.

- ¿Se recuperara Max?- preguntó Adrian.
- Seguro que sí, pero aún le quedan unos días de reposo y le tenéis que seguir dando la medicación. Para todos es duro pasar la primera prueba, la revelación siempre sienta mal a todo el mundo, el hecho de ver todo aquello ajeno a nuestro propio Reino a veces es traumático, pero se recuperara pronto o eso espero.
- ¿Cómo que eso esperas? –dijo Matt indignado.
- En realidad nunca había visto a un Humano pasar por una revelación pero ella lo lleva bastante bien para pertenecer a una Raza tan débil. Vendré de aquí un par de días para ver que éste completamente recuperada antes de que la llevéis ante el Oráculo.
- De acuerdo, pues entonces nos vemos en dos días.

La chica no era humana y todos lo sabían, pero no podían decirle nada al brujo porque hasta que estuviera lista, su existencia debería ser un secreto.

Los dos días pasaron rápidamente y Tara ya estaba totalmente recuperada. El mago vino a comprobar que todo estaba bien y les dijo que ya estaba preparada, y que el Oráculo los estaba esperando.

Los muchachos recogieron sus maletas y se pusieron rumbo a la estación de ferrocarril. Sacaron los billetes para ir a Florencia y tomaron el tren. Llegaron a la ciudad unas pocas horas después y fueron a buscar alojamiento. Encontraron una pequeña pensión en el centro, y decidieron quedarse allí, a la mañana siguiente saldrían a encontrarse con el Oráculo para que Tara pasara la segunda prueba.

Mientras cenaban en una plaza, Tara miraba a la gente pasar de un lado a otro, como si esperara que pasara algo. Pero no sucedía nada diferente.

- ¿Por qué todo es igual? ¿No se supone que después de lo de anoche yo podría ver a los seres de todos los reinos o algo así?
- Claro que los ves, lo que pasa es que aquí no hay ninguno- dijo Ari mientras reía- no recuerdas que Andrea te dijo que la orbe humana estaba sellada, los Humanos no pueden interactuar con el resto de orbes.
- Pero entonces ¿Cómo se supone que voy a conseguir todos los Croctens si no podemos ir hasta allí?- dijo Tara confundida- y además, vosotros estáis aquí. ¿Cómo podéis estar aquí si esto está sellado?
- Estamos aquí porque en realidad no está completamente sellado.- añadió Adrian- Isabell era en parte humana, y aunque tenía que impartir la ley, su humanidad le impidió sellar la orbe por completo, no podía aislarlos para toda la eternidad, así que dejó unas pocas puertas, que ella misma controlaba. Al morir dejó la puerta al Consejo para que si alguna vez veían que los seres Humanos se merecían otra oportunidad, si veían que podrían convivir en paz con el resto de los reino, pudieran abrirla y volver a comunicar todos los mundo como había sido siempre.

- Entonces...-dijo Tara pensativa- la extraña puerta que brillaba cuando fuimos a ver a la gente que me lo conto todo, ¿ese es el portal?
- No, esa solo era una puerta oculta para llegar hasta el consejo y la gente con la que hablaste eran El Consejo. – dijo Matt- ellos son los encargados de continuar con lo que Isabell empezó, son los más sabios de cada uno de los reino, Andrea es una Cambiante, Ezequiel pertenece al reino de los Susurradores y miguel es un Hechicero. Ellos toman las decisiones que pertenecen a varios reinos a la vez. Porque un rey no tiene ningún poder sobre los seres de un reino ajeno al suyo.
- ¿Y donde están las otras puertas?
- Hay una en cada palacio, guardadas bajo la custodia de los reyes.
- ¿Cómo vamos a ver al Oráculo si estamos en este Orbe?
- El Oráculo es capaz de estar en todas las Orbes a la vez. Es un ser mágico y esta donde se le necesita.
- ¿y a qué reino pertenece?
- Aunque te sorprenda, es Humano.
- ¿Qué?
- Es discípulo del único de los Humanos que no fue castigado por Isabell. Es anciano y muy sabio.
- ¿y por qué él no fue castigado?
- Porque se arrepintió de lo que su raza había hecho.
- Isabell les dio a todos la oportunidad de arrepentirse, y él fue el único que lo hizo- intervino Ari- por eso Isabell cuando cerró el Orbe le dejó una especie de llave maestra que le permite entrar y salir de los orbes sin necesidad de portal.
- ¿Y existen más llaves como esa?
- No, Isabell solo forjó una- dijo Adrian- la leyenda cuenta que en su interior está la sangre de la propia Isabell y de ahí su poder. Pero yo creo que solo son cuentos.

- Tengo una idea- dijo Tara- podríamos pedirle que cuando vayamos a verle nos deje salir en otra orbe, y así no tendremos que volver a Roma para continuar.
- Eso no es tan fácil- dijo Matt- solo El Oráculo puede usar la llave.
- Pero podemos intentarlo ¿no?
- Pues si por intentarlo que no quede – dijo Ari apoyando a su amiga.

A la mañana siguiente ya se veía despuntar el alba en el horizonte y todos se pusieron en marcha para ir a visitar al Oráculo. Llegaron a la puerta de una casita de planta baja de color crema con una puerta de madera y un par de ventanas con rejas a cada lado. Tocaron a la puerta y una amable señora les abrió, la mujer era bajita y regordeta con el pelo negro y rizado recogido en una cola. Los hizo pasar al salón de la casa y les dijo que esperasen que pronto les atendieran.

En una esquina del salón, sentado en un sillón había un tipo extraño con la piel de color cobrizo tintado por el sol, con el cabello lleno de ondas con destellos castaños, cobrizos y rubios, aunque estaba sentado Tara vio que era un tipo alto, y fuerte. Pero él parecía indiferente ante la presencia de los cuatro amigos. Estos tomaron asiento y esperaron su turno.

Al momento la señora salió de nuevo y llamo a Tara, le dijo que la siguiera hasta un pequeño despacho. Allí la esperaba un hombre con una larga barba de color negro surcada por las canas que la invito a sentarse.

- Tu eres Tara Nailing ¿No?- dijo el hombre.
- Sí, pero bueno, eso usted ya lo sabía. Es un oráculo, ¿verdad?
- Si, lo soy. Pero yo no lo sé todo.
- Yo creía que un Oráculo podía ver todo lo que sucediera, en todas partes.
- No, claro que no- dijo el hombre con una sonrisa en el rostro- eso sería una tortura. Yo solo puedo ver el destino de una

persona cuando esta quiere que lo vea, y teniendo en cuenta que cada uno siempre es libre de elegir su propio destino.

- ¿Entonces para que me han hecho venir hasta aquí?
- Porque si tú me dejas, podré ver que te depara el destino.
- Pero no me ha dicho que cada uno puede elegir su propio camino.
- Si, cada uno puede elegir su camino, pero cada ser nace con un destino en la vida. Cada uno tiene una cosa que hacer, algo indispensable para que todo siga su camino.
- Entonces yo puedo elegir el camino que quiero seguir, pero da igual el camino que elija el destino es el mismo.
- Exacto.
- De acuerdo, pues entonces dígame, ¿Cuál es mi destino?
- ¿Estás segura de que quieres saberlo?
- Por supuesto, sino, ¿para qué estoy aquí?
- Detente un segundo a pensar, el destino no siempre es bueno. Y aun estas a tiempo de no saber que te depara, porque una vez que empecemos no habrá vuelta atrás.
- Estoy dispuesta a saber que me espera.

Entonces el hombre cogió de las manos a la muchacha, le dijo que cerrara los ojos, de repente le dio la sensación de que la habitación giraba en torno a ellos, por lo que apretó los párpados aun más fuerte para no abrir los ojos.

Cuando parecía que todo se había detenido por completo, el Oráculo le dijo que abriera los ojos, y entonces se vio a sí misma, pero no parecía ella, no como cuando se miraba al espejo, parecía que habían pasado unos pocos años. Cabalgaba en un precioso caballo blanco con una especie de armadura negra y una enorme espada colgando a un lado. Se giró, pero no puedo ver al Oráculo junto a ella. Estaba allí sola y nadie parecía verla. Cerró los ojos e intento despertar, parecía que el mundo giraba de nuevo bajo ella, pero al abrir los ojos tampoco estaba en la sala del oráculo, esta vez estaba

en medio de un denso bosque en plena noche, pero ahora él sí que estaba junto a ella.

- Creo que antes te he mostrado un futuro demasiado lejano-dijo el oráculo.- Supongo que esto te hace más falta en estos momentos.
- Pero aquí no hay nadie.
- Espera, todo a su debido tiempo.

Al poco tiempo por el camino que había un poco más arriba en la ladera de la montaña, unas figuras montadas a caballo. Era Ari, Matt, Adrian y ella, también habían tres figuras más que ella no llegó a reconocer. Los jinetes se dirigían por un sinuoso camino hacia un enorme castillo oculto entre las montañas. Era un edificio impresionante, con altas torres acabadas en punta que parecían rasgar el cielo. Todo tenía un aspecto mágico bañado por la luz de la luna. Antes de que pudiera darse cuenta el suelo bajo sus pies comenzó a girar de nuevo. Tara cerró los ojos con todas sus fuerzas he izo todo lo que pudo por no caer, y un instante después estaba de nuevo sentada en la silla junto al Oráculo en la casita de Florencia.

- ¿Dónde hemos estado?- quiso saber Tara.
- Yo no te puedo contestar a eso.
- ¿Y se supone que todo esto me ha de servir de algo?
- Ha servido de mucho más de lo que tú piensas, y ahora recuerda, lo que has visto alguna vez te será necesario, así que no lo olvides.
- De acuerdo.
- Ahora sal y espera allí, tengo que resolver unos asuntos antes de que os marchéis.

La muchacha salió fuera, algo confusa por todo lo que había visto. Al llegar a la sala de estar, sus amigos estaban allí esperándola, pero nadie le preguntó por lo que había visto. Nadie quiso saberlo.

Al poco tiempo el chico que había junto a ellos fue llamado a hablar con el Oráculo y antes de que este saliera la amable mujer los condujo a ellos también ante el anciano.

- Bienvenidos a todos- dijo el hombre- Este es Emet.
- Ya nos conocemos- dijo Adrian con un tono un tanto desagradable, mientras miraba de mala manera al joven.

Hasta verlos frente a frente no se había dado cuenta de lo tensos que estaban Matt y Adrian desde que entraron en la casa del Oráculo, en realidad ni siquiera se había fijado en ellos, estaba demasiado atenta al extraño joven que los ignoraba desde la esquina de la habitación.

- Hola Adrian, Matt- dijo el chico con un tono desafiante- ¿cuánto tiempo, verdad?, ¿Cuánto hace que no nos vemos?
- No el suficiente dijo Matt entre dientes, listo para partirle la cara al chaval si se pasaba lo más mínimo.
- Deteneos –dijo el Oráculo muy enojado alzando la voz- se que anteriormente vuestros encuentros no han sido demasiado afortunados. Pero ahora debéis hacer las paces. Una causa mayor a vosotros y a vuestro ego nos ataña en estos momentos.
- De que se trata- Dijo Daniel como surgiendo de la nada.
- De donde sales tú- dijo Ari sobresaltada.
- Siempre he estado aquí.- contestó Daniel con una sonrisa
- Escuchad todos con atención-interrumpió el Oráculo elevando la voz para acallarlos a todos.- La misión que os voy a encomendar ahora es muy importante y es vital para todos nuestros mundos que la llevéis a cabo con éxito. Se os va a exigir mucho y ahora es el momento de que decidáis si aceptáis la misión o no.
- ¿De qué se trata?- dijo Emet.
- Veis a esta chica, es Tara Nailing. Ella será la sucesora de Isabell y necesito que la protejáis con vuestras vidas si fuera necesario, debéis llevarla al orbe de los guerreros y entrenarla en todas vuestras arte. Otros serán enviados con el tiempo, para completar su entrenamiento, pero vosotros sois los mejores guerreros de cada Reinos por eso se os a

elegido para esta misión. Tiene que dominar las artes mágicas y controlar con total precisión sus dones. Para poder enfrentarse a vuestros Reyes y ganar.

- A ver si lo he entendido.- interrumpe Emet- tenemos que llevarla a la orbe de los Guerreros y dar nuestra vida por ella si fuera necesario, traicionar a nuestros Reyes y todo porque creéis que ella es la elegida para suceder a Isabell.
- Exacto.
- ¿y si os equivocáis? ¿y si no es ella?- dijo Emet- ¿Qué será de nosotros entonces?
- ¿y si no soy lo bastante fuerte para vencer a los Reyes? – añadió Tara, que tampoco estaba muy de acuerdo en que todas aquellas personas arriesgaran su vida por ella.
- Tara, tú eres la elegida, yo lo he visto y te aseguro que serás más poderosa aun que Isabell.- dijo el Oráculo con voz tranquilizadora.
- Yo voy- dijo Ari decidida.
- Y yo- añadió Matt.
- Yo también iré- dijo Adrian.
- Espero que tengas razón anciano- dijo Daniel- yo también os acompañó.

Entonces todos se giraron hacia Emet que todavía seguía sentado en la silla frente a la mesa del Oráculo como si todo aquello no fuera con él. Entonces Ari se acercó y le dijo.

- ¡Eh tú!- al ver que el muchacho no contestaba- sí tú, Emet ¿no?
- Si soy Emet, ¿Quéquieres?
- Vas a venir o no.
- ¿Por qué no?, en el fondo me encantan las misiones suicidas, y no creo que de esta salgamos vivo ninguno de nosotros.

A Ari se le borro la sonrisa de la cara ante el comentario del chico y empalideció, como haciéndose consciente de la realidad que se

había ocultado a sí misma, que todos se habían ocultado. Pero enseguida recuperó la energía y animó de nuevo al grupo.

- ¡Ya verás cómo lo conseguimos!- dijo la chica.
- Solo hay que entrenar duro y tener un poco de suerte- dijo Adrian, para apoyar a Ari.
- Muchas gracias a todos- dijo Tara- pero de verdad, no quiero que os arriesguéis por mí. De verdad, lo mejor será que vuelva a casa.
- Eso es imposible, te necesitamos. Y piénsalo, si te marchas cientos incluso miles de seres de todos los Reinos morirán, no puedes permitir que eso pase- dijo Ari intentando convencer a su amiga.
- Pero os habéis parado a mirarnos, solo somos una panda de adolescentes, como creéis que podemos luchar contra reyes y contra los de la orden y además vencer.
- Porque tú eres la elegida. Tú traerás la paz de nuevo a los reinos debes tener fe.- Dijo el oráculo.
- De acuerdo iré- acepto Tara a regañadientes.
- Ahora que por fin has aceptado debo marcarte para que puedas usar los portales al orbe de los Guerreros.- dijo el Oráculo.

Sacando una especie de lápiz que brillaba en cientos de colores tomo la mano de la chica y tatuó en su antebrazo un círculo con un par de espadas que lo cruzaban.

Ni siquiera le dolió, sintió más bien como un cosquilleo mientras el Oráculo le dibujaba en el brazo. Después de terminar de marcar a Tara todos se despidieron del Oráculo, pero cuando se iba a ir Tara se volvió hacia el oráculo y le dijo:

- Disculpe señor, sé que no tengo ningún derecho a pedirle esto. Pero podría dejarnos su llave de los Orbes para no tener que volver a Roma para salir de este Orbe.
- No puedo hacer eso pequeña, compréndelo. Esta llave conlleva una gran responsabilidad. Antaño había cientos de

Oráculos por todo el mundo. Pero poco a poco fueron desapareciendo y su poder se concentró en la llave que Isabell forjó. Ahora somos una raza casi extinta. Probablemente yo sea el último. Así que debo cuidarla como el tesoro que es, igual que hizo mi maestro antes que yo. ¿Entiendes porque no te la puedo dar?

- Sí, lo entiendo.- dijo Tara, avergonzada por haber sido tan impertinente como para preguntarle eso.
- Pero si hay algo que puedo hacer- dijo el hombre al ver el pesar en la cara de la muchacha.
- ¿Sí?, ¿Qué puede hacer?
- Puedo devolveros a Roma al hostal donde os alojasteis al llegar allí. Enviaré allí también vuestras cosas. Sé que no es mucho, pero es lo máximo que puedo hacer.
- Es muchísimo. Gracias, de verdad. Un millón de gracias.- dijo la joven dándole un abrazo.
- De nada- dijo el anciano con una enorme sonrisa.
- Si hay algo más que pueda hacer por usted. Solo dígalo.
- Es suficiente con que salves a los mundos. Gracias.- dijo el hombre con un tono divertido.- ahora salid y cumplid vuestra misión.

El grupo de muchachos salieron de la casa y de repente estaban frente a la puerta del hostal de Luigi. Alucinados por lo que había pasado se giraron, como para ver la puerta de donde habían salido. Pero la casita Florencia, ya no estaba. Solo un bloque de los edificios de ladrillo rojo.

Capítulo 4

Al entrar al hostal, las llaves de las habitaciones estaban en sus bolsillos Entraron en ellas y todas sus cosas ya estaban allí, esperándolos. Incluso las cosas de Emet y de Daniel, que compartían habitación.

Todos fueron a sus habitaciones a descansar un poco y prepararse para continuar.

- Ahora ya eres una Guerrera de los Reinos, Bienvenida.- Dijo Ari mientras abrazaba a su amiga.
- ¿Tú también eres una guerrera?
- Por supuesto, llevo entrenándome desde los diez años.
- ¿Desde los diez años?- dijo Tara sorprendida- ¿cómo es que yo nunca me di cuenta?
- No podías saberlo. ¿Recuerdas cuando a los diez años tuve paperas y no podías venir a visitarme? En realidad estaba pasando estas pruebas, desde entonces, por las tardes después de estudiar entrenaba con mis padres.
- De ahí los extraños moratones que no sabias explicar y esas heridas que te hacías de forma tan rara.
- Sí, me temo que sí.- Dijo Ari sonriente, como aliviada por no tener que ocultar más quién era.

Entonces Tara tomo el brazo de su amiga y lo giró dejando hacia arriba el antebrazo y el tatuaje, igual que el suyo, salvo que el de su amiga en lugar de tener un círculo tenía un escudo de color verde, con un dragón en el centro.

- ¿Cómo puede ser que en estos ocho años nunca te viese este tatuaje?
- Porque no podías ver, hasta que no pasaste la primera prueba no te concedieron la visión.
- ¿Pero entonces tú no eres humana?
- No, yo soy del orbe de los Hechiceros, del reino de los Magos.

- Vamos, que eres una bruja.
- No, una bruja no, una maga.
- ¿Es que no es lo mismo?
- Por supuesto que no, los brujos son expertos en poción y conjuros. Nosotros los Hechiceros usamos más la magia práctica.
- ¿La magia práctica?
- Si, la magia está en nuestro interior y corre por nuestras venas, como la sangre, y le confiere a quien entrena un poder inimaginable.
- ¿y cómo es que vivías en el Orbe Humano?
- Cuando solo tenía un año me mandaron a mí y a mis padres a vigilarte, para que estuvieras a salvo. A los diez años el Oráculo decidió que debía de ser parte de los Guerreros de los Reinos, como lo fueron mis padres antes que yo. Pero claro no podía dejarte sola, así que tuve que entrenarme y llevar la vida de una chica humana normal a la vez.
- Debió de ser muy duro.
- Sí, pero valió la pena.
- Y dime ¿Cómo es eso de ser un Guerrero de los Reinos?
- Debes aprender a dominar tus dones a niveles que los demás ni imaginan, debes ser valiente y leal, astuta y perspicaz, has de ser sigilosa como el viento y fuerte como las rocas - dijo Emet desde la puerta.
- Supongo que tú también eres un Guerrero.- dijo Tara
- Un brujo- Adrian que acababa de llegar a la habitación escupió las palabras con desprecio, mientras pasaba junto a Emet.
- ¿Se puede saber que os pasa a vosotros?- preguntó Ari
- Se podría decir que los hermanos y Emet no han tenido siempre la misma idea sobre lo que es justo- dijo Daniel que apareció en la habitación junto a ellas como saliendo de la nada.

- Quieres dejar de hacer eso- Regaño Ari, al asustarse de nuevo por la entrada del muchacho.
- ¿Queréis que os lo cuente o no?- dijo Daniel.
- Si claro, cuéntanoslo- dijo Ari calmándose.
- Hace ya cien años hubo una guerra encarnizada por conseguir el portal al Orbe Humano que custodia El Consejo. Porque hay historias que cuentan que si un Cambiante bebe sangre humana, sus dones aumentan de una forma extraordinaria. Así que capitaneados por Sigmund, el jefe de la resistencia Cambiante, comenzaron una guerra que duro sesenta años.
- ¿Pero entonces es verdad que si un Cambiante toma sangre humana se hace más poderoso?- dijo Tara.
- Eso son solo historias para críos. Haces milenios que los Cambiantes no se alimentan de Humanos. Nadie en su sano juicio apoyaría la idea de que alimentándonos de ellos seamos más poderosos. Y aunque fueran ciertas, ese poder es efímero, igual que viene se va. En cuanto la sangre de los Humanos dejase de correr por nuestras venas dejaríamos de ser poderosos.
- Me dejáis continuar- dijo Daniel molesto por la interrupción.
- Si continua- dijo Adrian acompañando sus palabras con su mano.
- Muchos movidos por las ansias de poder se alistaron en las filas a las órdenes de Sigmund. La puerta fue defendida con la vida de muchos Guerreros Pero si lo hubiesen conseguido miles de personas habrían muerto y habrían llevado el terror al Orbe Humano. Por ese motivo se envió a todos los Guerreros de los Reinos a luchar para proteger la puerta. Como ya he dicho la guerra fue larga, y al Consejo les sorprendió que unos Cambiantes pudiesen durar tanto en una batalla. Porque aunque son seres muy fuertes, el permanecer en estado animal les agota. Por esto, mando a sus dos mejores espías a infiltrarse en sus filas y descubrir

que era lo que hacía que durasen tanto. Para sorpresa de muchos, un Guerrero de los Reinos, un Brujo, había desertado de su bando y se había aliado al enemigo, se dedicaba a prepararles pócimas y conjuros para aumentar su fuerza y su resistencia.

- Emet- dijo Matt mirando al muchacho con una mirada acusadora, escupiendo sus palabras de desprecio.
- Al informar al consejo estos les ordenaron a Adrian y Matt que lo apresaran, pero aunque ellos son los mejores Guerreros pertenecientes a los Cambiantes, Emet los estaba esperando y los derrotó, dejándolos inconscientes mientras huía. Al no tener al brujo, los Cambiantes pronto perdieron sus fuerzas y tuvieron que retirarse. Emet nunca regresó al Orbe de los Guerreros, sobrevivió como mercenario. Pero el oráculo lo vio en una de sus visiones, y me mando que lo localizara y lo enviasen ante su presencia. Claro está, nadie se niega nunca a ir a visitar al oráculo, porque nunca sabes que te va a decir, y quedarse con la intriga de si era importante o no, normalmente es superior a cualquiera. Y bueno, creo que lo demás ya lo sabes. Aquí estamos los seis.
- Solo una pregunta más, Ari es maga, Adrian metamórfico, Matt Licántropo y Emet brujo, pero...- dijo Tara.- ¿Exactamente, tú qué eres?- le pregunto a Daniel.
- Yo ahora no soy más que un mensajero, pertenezco al reino de los Susurradores.
- ¿Entonces eres un ángel o algo así?
- Algo así, sí.
- Vale recapitulemos- dijo Ari- entonces tú – dijo señalando a Emet- traicionaste a los Guerreros y te fuiste a vivir aventuras, y vosotros- señalando esta vez a Matt y Adrian- fuisteis los enviados a matarle, pero os noqueó. ¿Voy bien?

- Exacto- dijo Adrian- el nos traicionó, se alió a la resistencia, y por su culpa murieron valientes Guerreros- dijo con lágrimas en los ojos.
- A ver, sí es cierto que me fui con Sigmund.- dijo Emet – no lo niego, eso es cosa mía. Pero no intentes culparme de las muertes, no fueron culpa mía, yo solo les di fuerza y resistencia, como la usasen era solo su responsabilidad.
- ¿De verdad crees lo que dices?- las palabras de Adrian sonaban llenas de ira- ¿Y para que creías que eran los dones que les entregabas, para hacernos una fiesta?
- Tú te crees muy listo ¿verdad?- dijo Matt que hasta ahora se había estado conteniendo- pues por tus tonterías al decimo año de guerra mis padres murieron y nos dejaron solos a mi hermano y a mí. De verdad sigues creyendo que la guerra hubiese durado sesenta años sin tu ayuda, que tú no tuviste nada que ver. Solo párate a pensar que al irte tú la resistencia solo aguanto unos pocos meses. Solo unos pocos meses, lo entiendes- la voz de Matt era titubeante, mientras aguantaba las lágrimas.
- Siento mucho lo de tus padres, pero tú no entiendes nada, no sabes que me llevo a hacer lo que hice.
- Pues explícame.
- No, lo que yo haga o deje de hacer no te incumbe.
- Sí que me incumbe cuando tus irresponsables actos me quitan a la gente que yo quiero. Me quitaste a mis padres y no permitiré que te lleves a mi hermano o a...- dejo de hablar mientras miraba fijamente a Tara, apartando su vista de ella retomo la conversación- Vamos que no quiero que interfieras más en mi vida.
- Tranquilo no lo haré- Emet salió de la habitación dando un portazo tras de sí.
- Mira, me parece muy bien que le odiéis, yo también le odiaría si fuera vosotros, pero le necesitamos es el mejor mago de la

historia y bueno, mejor tenerlo con nosotros que en contra ¿No?- dijo Ari para calmar a los chicos.

- Visto así- dijo Adrian que ya se había calmado.
- No soporto su arrogancia- dijo Matt que seguía hecho una furia.- si no se va él, me voy yo.
- ¿Pero qué estás diciendo? Os necesitamos a los dos. Nunca he visto a nadie usar tan bien la espada como tú, ni a un lobo tan potente. Tenemos que estar juntos para entrenar a Tara y lograr la misión.- dijo Adrian para convencer a su hermano- si no lo logra mucha más gente morirá en guerras estúpidas, no podemos permitirlo.
- De acuerdo, lo intentare, pero como se pase lo más mínimo juro que lo atravesare con mi espada.
- Vale y yo te ayudare, pero ahora debemos prepararnos, esta noche saldremos para Andémona y nos espera un largo camino.

Los muchachos se fueron a su habitación y Ari se quedo un rato charlando con Daniel.

Después de salir Emet por la puerta, Tara fue tras él para detenerlo. Lo alcanzo en la puerta de la habitación del chico justo antes de que este le cerrara la puerta en las narices, Tara puso el pie para evitar que se cerrase la puerta y entro en la habitación. Emet empezó a meter a toda prisa las cosas que había sacado de la maleta, dispuesto a irse lo antes posible.

- ¿De verdad hiciste todo aquello?- dijo Tara con la intención de que Emet se detuviera.
- Si- el chico contesto con un tono seco.
- ¿Por qué lo hiciste?
- Eso a ti no te importa – contesto de nuevo con aquel tono seco y cortante, carente de ninguna emoción.
- Sí que me importa. Somos un equipo, y debemos estar unidos. Además le prometiste al Oráculo que nos ayudarías.
- Me equivoqué, no fue una buena idea.

- ¿De verdad te vas a ir por lo que piensen Matt y Adrian?
- Ninguno de vosotros queréis que esté aquí.
- Yo sí- cuando la chica dijo esto, él se giró para mirarla.
- ¿Y se puede saber porqué tú sí que quieres?- dijo acercándose a ella.
- Porque el camino va a ser muy duro, y dicen que tu eres el mejor mago que hay. Te necesito, este equipo te necesita.
- Pero no podre ayudarte si esos “Cambiantes” siguen con esta actitud.- al decir la palabra “Cambiantes” se pudo notar en su voz un gran desprecio, y no parecía solo hacia Matt y Adrian sino hacia todo el Reino.
- No les hagas ni caso. Solo quieren cabrearte para que te vayas, ¿De verdad vas a ceder tan fácilmente?
- No, claro que no- dijo Emet con ánimos renovados cogiéndola de las manos- pero lo haré pro ti, no por ellos. Porque tú debes continuar lo que Isabell comenzó.
- Gracias.

Después la chica lo guió hasta la habitación. Cuando llegaron Matt y Adrian ya se habían ido y solo quedaban Daniel y Ari. Ellos les contaron la conversación que habían tenido con los chicos, y le advirtieron a Emet que no se pasara ni lo más mínimo. Al decirle esto, en el rostro de Emet salió una media sonrisa muy picara, a la vez que desafiante.

Capítulo 5

Al llegar la media noche todos estaban preparados. Cogieron sus equipajes y se dirigieron hacia la plaza de San Pietro para presentarse de nuevo ante el consejo y poder salir del Orbe Humano.

Al llegar a la pared ante el pasadizo, Daniel se adelanto y colocó su mano sobre las hendiduras de la pared, de nuevo salió aquel tatuaje como la noche que las guio hasta el consejo. De nuevo se abrió el oscuro callejón ante ellos y el equipo lo cruzó rápidamente. Entraron en la casa, todo era igual que antes pero a la vez diferente, los cuadros de las paredes parecían cobrar vida y daba la sensación de que los observaban desde los rincones de la habitación que no llegaban a ser iluminados por las antorchas. Se presentaron ante el consejo y Daniel hablo con ellos nuevamente en ese idioma que Tara desconocía. Definitivamente no era un idioma Humano. Pero en realidad le sonaba mucho, como cuando sabes algo, pero no eres capaz de decir que es exactamente, pues igual le pasaba con aquel idioma. A ella le daba la sensación de que lo conocía, pero no era capaz de entender nada de lo que Daniel decía, era como un recuerdo de la infancia que se desvanecía en su mente. Giró la cabeza y se dio cuenta de que todos los demás sí que lo entendían, daba la sensación de que ni siquiera se daban cuenta de que era un idioma diferente al suyo.

Mientras Daniel hablaba con el consejo Ari le iba explicando a Tara de que estaban hablando, le contó que Daniel había expuesto todo lo sucedido desde que salieron hace cinco días, y que había solicitado la salida del Orbe Humana para continuar con su misión.

Al terminar su charla con los del consejo Andrea se levanto de su sitio y los acompañó hasta una pequeña sala que había tras una de las puertas del luminoso salón. Allí únicamente había un precioso espejo enmarcado en un marco de madero con tres filas de dibujos que daban la vuelta a todo el espejo. Al acercarse más, Tara se dio cuenta

de que no eran dibujos, se trataba de una especie de idioma, que usaba letras diferentes a las suyas.

- ¿A qué esfera pretendéis ir para cruzar a la de los guerreros?- dijo Andrea.
- No sé, a mi me da igual- dijo Daniel mientras miraba al resto del equipo, como esperando que alguno tomara la decisión, y así fue.
- Yo conozco un sitio no muy lejos del portal donde podemos ir hasta encontrar una entrada al Orbe de los Guerreros- dijo Emet.
- Pues entonces al Orbe de los Hechiceros ¿No?- repuso Andrea para asegurarse de a donde los enviaba.
- Supongo que sí- añadió Daniel- ¿nadie tiene nada en contra, verdad?

Nadie contestó ante la pregunta de Daniel, aunque Matt puso una mueca de desagrado. Entonces Andrea leyó el conjuro de una de las filas de símbolos del marco de la puerta y el portal se abrió de repente como si no hubiera cristal en el espejo, y los muchachos cruzaron a través de él como si fuera una puerta, hacia el reflejo de la habitación.

Al otro lado, todo era igual, hasta el más mínimo detalle, entonces Andrea se despidió de ellos y recito el conjuro al revés y el portal se cerró ante sus ojos. De nuevo era un espejo tan normal como cualquier espejo que Tara hubiese visto.

- ¿Y dónde está exactamente la diferencia entre los Orbes?
- No seas impaciente – dijo Emet- aquí es todo diferente, ya lo verás.
- Pero para poder cruzar de un lado a otro de un portal como este ha de haber la misma imagen a ambos lados del espejo, sino, no funciona – explico Daniel.
- ¿Hay más tipos de portal?
- Si- le contestó Daniel- este puede cruzar hasta cualquier orbe si dices la oración correcta y el paso es hueco. Otros no sirven

para todas las dimensiones y su tacto es algo más gelatinoso. Pero ya los iras viendo.

- Bueno que, ¿nos vamos?, aun nos queda mucho camino por recorrer.- dijo Emet, para poner en marcha al grupo.
- ¿Exactamente a dónde iremos?- pregunto Matt.
- Tranquilo, Hombre Lobo, vosotros solo confiad en mi ¿Vale?
- Confiar en él dice- repuso Matt con sarcasmo.
- Te he oido- se le holló decir a Emet que ya había salido de la habitación.

Todos salieron detrás de Emet y para sorpresa de Tara, al cruzar la puerta de la pequeña habitación no salieron de vuelta al luminoso salón del que habían venido. Esta vez salieron a un denso bosque. Tara se giró y tras de ellos había una pequeña choza donde estaba la habitación del espejo. Solo eso, no había casas, ni gente, nada.

- ¿Se puede saber a dónde nos has traído?- dijo Ari.
- Este es el bosque de Navinstein.- explicó Emet.
- ¿Me podéis explicar, como hemos pasado de la ciudad de Roma a un oscuro bosque?- dijo Tara un poco confusa- ¿No me habíais dicho que las cosas eran igual a un lado que a otro del espejo?
- Es sencillo- empezó a explicarle Matt- Lo único que ha de ser idéntico es lo que refleja el espejo, también ha de estar exactamente en el mismo lugar. Pero luego todo lo demás es diferente, son mundos paralelos que ocupan un mismo espacio.
- Además, en Orbe Humano esta superpoblado, porque cuando Isabell la selló, privó a los Humanos de muchos depredadores y al no controlar nadie su población, esta creció exponencialmente. Sin embargo en el resto de Orbes viven muchos menos individuos, y además se respeta mucho más a la naturaleza.- añadió Adrian.
- Por eso nuestros mundos son mucho más vellos que el tuyo.- dijo Emet- y ahora dejémonos la cháchara y salgamos del

bosque. No es una buena idea quedarse quietos aquí, mucho tiempo.

Al rato de ir caminando entre árboles, a Tara le pareció oír algo extraño escondido entre la oscuridad que proporcionaba la noche. Era como un susurro aunque de vez en cuando se podía oír un chasquido de ramas, al principio creyó que era el ruido que hacían ellos mismos que resonaba en el bosque. Pero cuando pararon un momento a descansar en un claro del bosque, le dio la sensación de que aquel ruido de susurros y pisadas los estaba rodeando.

Muy asustada se lo dijo a Matt que estaba a su lado y este se paró un momento a escuchar, entonces transformó sus orejas en unas puntiagudas orejas de lobo, para poder captar los sonidos que se escapaban al oído Humano. Entonces el también los oyó.

- Trols- dijo en un susurro.
- ¿Estás seguro, hermano?
- Si. Seguro.
- ¿Nos has traído a un bosque infestado de Trols? Maldito traidor- dijo Adrian abalanzándose sobre Emet.
- Yo no sabía que criaturas vivían aquí. Era un niño cuando me fui. Lo único que sabía es que uno no debe detenerse nunca en el bosque por la noche.- Emet escupió las palabras quitándose a Adrian de encima.
- Ya hablaremos luego de esto- interrumpió Ari- ahora debemos estar alerta.
- Son cientos de ellos- dijo Matt que había sacado su hocico de lobo- puedo olerlos, están por todas partes.

Cuando los demás lo oyeron sacaron sus armas de los bolsillos. De repente Matt, ya no era el muchacho apuesto que ella había conocido hace menos de una semana en el tren, ahora era una enorme bestia, mitad lobo mitad hombre que empuñaba una enorme espada que brillaba con un luminoso tono azul y Adrian portaba una especie de pequeños tridentes de oro en cada mano, que brillaban con la misma intensidad y el mismo tono azulado que la espada de su

hermano. Emet y Ari sacaron de sus bolsillos unas baritas que brillaban en color verde y en las manos de Daniel se encendió una esfera Roja. Matt se giró y ordenó a Tara quedarse detrás de ellos con una voz gutural. Todos se dispusieron en un círculo alrededor de la muchacha. Mientras Matt decía esto, un Trol de más de tres metros de altura salto sobre él, pero este se giró, más rápido de lo que Tara jamás había visto moverse a nadie y le cortó la cabeza con su espada, la sangre del trol empapó a Matt que ya estaba bajo él cuando este le separó la cabeza de los hombros. Antes de que Tara pudiera reaccionar el resto de los Trols atacaban a los chicos. Entonces se giró y pudo ver como Daniel lanzaba bolas de fuego hacia los Trols que los calcinaban al instante, dejando sus repulsivos cuerpos convertidos en estatuas de ceniza. Mientras esto ocurría se dio la vuelta y vio como Adrian saltaba convirtiéndose en el aire en el tigre de bengala que vio en la plaza de San Pietro cortándole el paso. Pudo ver como los tridentes de sus manos se convertían en enormes garras de oro que brillaban con una especie de niebla azul que las recubría, y como con ellas era capaz de cortar a los Trols por la mitad si apenas esfuerzo. Entonces se giró y vio a su amiga lanzando rayos de luz verde desde su barita, que aniquilaban a los Trols sin dejar ni rastro de que allí había habido vida alguna vez, estos se evaporaban en el aire. Junto a Tara estaba Emet que tenía los ojos cerrados y las palmas de las manos mirando hacia arriba, su barita flotaba en medio de sus brazos y el recitaba algún tipo de conjuro. Justo entonces una onda verde salió en todas las direcciones e hizo que todos los Trols que los rodeaban cayeran muertos al instante, los muchachos también cayeron aturdidos por la onda expansiva que Emet había generado, pero rápidamente se reincorporaron. Cuando Tara miró a Emet, este yacía pálido tumbado en el suelo. Entonces todos se fueron corriendo hacia él. Tara sujetaba su cabeza y le rogaba que se despertara. Poco después, el muchacho abrió los ojos, todos soltaron aliviados el aire que habían estado conteniendo desde que vieron al muchacho

desplomado en el suelo. Incluso Matt y Adrian parecían aliviados por ver como Emet abría los ojos de nuevo.

- Hola- dijo el chico sonriente al ver que todos lo miraban.
- ¿Qué demonios ha pasado?- pregunto Tara.
- He lanzado una onda de energía, no veía otra forma de evitar que esos asquerosos Trols nos derrotaran.- dijo reincorporándose.
- Nos has salvado la vida- dijo Ari.
- Gracias- dijo Tara dándole un abrazo.
- Se ve que me equivoqué contigo- dijo Adrian que ya había vuelto a su forma humana- lo siento.
- No pasa nada- dijo Emet sonriente.
- Habernos salvado ahora no quita lo que hiciste en tiempos pasados- dijo Matt alejándose, intentando que pareciera que no le importaba nada la salud del joven.
- Puede que en el pasado cometiera errores de los que no estoy nada orgullosos, pero he cambiado. Aunque si para ti no es suficiente, la verdad, es que no me importa- Dijo Emet mirando fijamente a Matt mientras se ponían en pie.

Después de esto se hizo un silencio incomodo que los acompañó durante varias horas de camino. Caminando por el bosque, la noche se acercaba a su fin, y se veía iluminarse el cielo con los primeros rayos del Alba.

- ¿Nos hemos perdido, verdad?- se quejó Ari, rompiendo el silencio.
- ¿Tú no decías que sabias donde íbamos?- dijo Matt.
- Estoy reventada- se quejó Tara- ¿Por qué no paramos un rato a descansar?
- No- dijo Emet, pero en su voz también se podía notar ya el cansancio -No podemos parar otra vez, continuaremos hasta llegar.
- ¿Pero a donde vamos?- pregunto Adrian con un tono de desesperación.

- Vamos a un lugar seguro hasta que encontremos un portal al Orbe de los Guerreros.
- ¿Pero a caso sabes dónde estamos?- inquirió Matt.
- Ya hemos llegado- dijo Emet con satisfacción al ver ante ellos el lugar que tanto tiempo llevaban buscando.

Salieron por fin del frondoso bosque y ante sus ojos se levantaba una enorme mansión, con paredes de roca recubierta de musgo. Era un edificio de tres plantas que parecía completamente abandonado, porque a pesar de la majestuosidad del edificio, las plantas del jardín habían tapado casi por completo la entrada, y las ventanas estaban cerradas a cal y canto.

Al llegar ante la puerta, Emet, metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó una barita que se desplegó al salir del bolsillo duplicando su tamaño. Esta seguía teniendo el resplandor verde que había lucido en la batalla. Entonces Emet levantó la barita con la mano izquierda, por encima de su cabeza apuntando hacia la puerta y apartó a los demás con su mano derecha. Comenzó a mover la barita de un lado a otro y a hablar en ese extraño idioma, que parecía que todos entendían.

Al momento una ráfaga de luz verde muy luminosa salió de la barita y las plantas que obstruían la entrada se evaporaron. Entonces metió la mano en su bolsillo delantero y sacó una llave que parecía muy antigua, tanto incluso como la puerta, y se dispuso a abrirla. Introdujo la llave en la cerradura y abrió las puertas de par en par permitiendo que la luz del sol que ya empezaba a levantarse en el horizonte entrara e iluminara la recepción de la mansión.

Los chicos entraron tras Emet y vieron un salón enorme con un par de escaleras justo en frente de la puerta que subían hacia la planta superior. El equipo subió las escaleras cansados y cargados con su equipaje. Al llegar arriba, Emet los guio por el pasillo de la derecha y los acompañó hasta un gran salón, entonces dijo algo y las ventanas se abrieron iluminando la estancia. En ella había una docena de camas a los lados. Todos se alegraron muchísimo de ver camas donde

dormir, dejaron su equipaje y Emet los llevo hasta la segunda planta donde estaban los baños, para que se asearan, porque aun iban cubiertos de asquerosa sangre de trol. Cada uno cogió una de las camas y al instante se quedaron dormidos. Antes de dormirse Tara vio como Emet salió de la habitación, y vio brillar por la ventana una luz verde, pero estaba demasiado cansada como para ir a ver qué era lo que sucedía y se quedó dormida antes de que Emet regresara a la habitación.

Estuvo durmiendo, prácticamente todo el día, hasta casi la caída del sol. Al despertarse Tara vio que los demás ya no estaban, y oía voces al final del pasillo, así que se levanto y fue hacia la habitación donde se oían las voces. Iba descalza y aunque era verano el suelo estaba completamente helado, ella sentía como subía el frío por sus pies descalzos. Pasó las escaleras y siguió adelante por el pasillo, al final de este había un comedor, y todos estaban allí riendo y comiendo, frutas que Tara jamás había visto y humeantes tazones de café, tomo una silla y se unió a ellos.

Cuando terminaron de comer, a Ari le extrañó que Daniel ya no estuviera a su lado, hacía un instante estaba allí, entonces ella se giró para coger un poco de agua y al volverse para seguir hablando con él ya no estaba. Ari preguntó al resto si habían visto donde había ido, pero nadie había visto nada.

Estaban ahora en una sala de estar, sentados en sillones, charlando y riendo, pero Daniel no regresaba.

- ¿Dónde se habrá metido Daniel?- preguntaba Ari impaciente
- ¿No lo has visto irse?- preguntó Tara a Emet que estaba sentado a su derecha.
- Yo que voy a ver, no has visto como se mueve, de repente esta y un segundo más tarde ya no.
- ¡Es muy irritante!- dijo Ari.
- ¿Qué es irritante?- dijo Daniel apareciendo con una sonrisa detrás de Ari.

- ¡TÚ!, Eres el ser más irritante que he conocido en mi vida – le grito Ari.
- ¿Se puede saber por qué me dices eso?- dijo Daniel divertido, por haber conseguido enfadar a Ari.
- ¿Es que no puedes decir dónde vas nunca? o ¿cuándo piensas volver?, ¿tan difícil es?
- Lo siento, no quería preocuparlos, estaba buscando un portal por el que pasar al Orbe de los guerreros y no me he dado cuenta de la hora. Pero tranquila que no me iré más sin avisar. ¿Vale?
- Mejor será, por tu propio bien. – dijo Ari amenazando a Daniel, en broma, pero muy seria.
- ¿Y has encontrado algo?- Dijo Matt.
- Sí, hay un portal en un bar cercano solo a un par de horas de aquí.
- Perfecto, pues vamos.- añadió Tara.
- No es tan fácil. Primero tendremos que entrar.- añadió Daniel.
- No te preocupes todos podemos pasar sin problemas.- dijo Adrian.
- No todos, ella no puede entrar en los bares aun- dijo Daniel señalando a Tara.
- Solo me faltan unos días para cumplir los 18, no creo que sea para tanto.
- No es para tanto. Pero los bares de aquí no son como los tuyos. Están conjurados para que los menores no puedan cruzar las puertas solos.- le explico Emet.
- ¿Entonces qué hacemos?
- Pues esperar, solo faltan tres días, tampoco creo que se acabe el mundo ni nada por tres días.- dijo Ari.

Capítulo 6

Tara estaba sentada en los escalones del porche trasero de la enorme mansión, todo lo que la rodeaba estaba en paz. El bosque, el arollo que estaba junto a la casa... Todo era tan diferente a su hogar. Aun le parecía oír el zumbido de los coches de la ciudad retumbando en sus oídos y el rumor de las gentes, mientras ella los observaba apoyada en el balcón de su casa viéndolos a todos pasar de un lado a otro como pequeñas hormigas, siempre de aquí para allá y el olor de los coches que le impedía oler la lluvia, o las flores de los árboles del parque. Pero ahora todo era diferente, al respirar profundamente podía sentir el aroma del bosque y de los extraños arboles con sus frutos de colores irreales, del agua del arroyo, hasta podía oír cantar a los pájaros. Por primera vez se sentía a salvo desde hacía días y podía descansar. Cerró los ojos un instante y se echo hacia atrás, apoyando su espalda contra la madera del porche trasero de la mansión.

Mientras ella estaba absorta en sus pensamientos, distraída con las brillantes estrellas del cielo nocturno, Emet se acercó a ella con sigilo. Se sentó junto a ella mientras la chica parecía dormida, allí tendida en el suelo.

Cuando Tara abrió los ojos lo vio junto a ella, y una sensación de felicidad la invadió, porque él estaba junto a ella. Se sentó de nuevo en los escalones y Miro a Emet mientras este miraba a las estrellas.

Tara puso su cabeza en el hombro del muchacho y se puso a contemplar las estrellas con él. Las estrellas brillaban con muchísima fuerza en el cielo. Brillaban más intensamente de lo que ella jamás había visto en su vida. Pero en realidad por muy sorprendentes que fueran esa noche las estrellas, Emet ya no las miraba, solo tenía ojos para Tara que miraba atónita las estrellas con la cabeza apoyada en su hombro. Cuando se cansó de mirar las estrellas agachó su vista del cielo y vio como Emet la miraba con sus preciosos ojos. Tara no se había dado cuenta hasta este momento de que el chico tenía un ojo

de color verde intenso, con trazas marrones y el otro de color azul celeste, rodeado por un halo azul marino. Se quedó hechizada por los ojos del muchacho y este en los de ella. Después él puso la mano debajo de la barbilla de la muchacha y los dos se fundieron en un ardiente beso de pasión.

A la mañana siguiente era muy temprano cuando Tara se despertó, todos seguían dormidos, todos excepto Matt que estaba sentado en su cama abrochándose las botas.

- ¿Qué haces despierta tan temprano?- sugirió él.
- No podía dormir- dijo la chica.
- ¿Quieres venir conmigo?
- ¿A dónde vas?
- Voy a bajar al pueblo, a comprar algo de comer, porque no vamos a estar comiendo fruta tres días.
- Vale, iré contigo. Espera un momento que me vista.- dijo la chica cogiendo la ropa que estaba amontonada en una silla junto a la cama.

Mientras ella se vestía Matt salió de la habitación, cuando Tara terminó de vestirse y peinarse, salió a la puerta donde la esperaba Matt. Al llegar al límite de los territorios de la mansión. Matt cogió un puñado de tierra y lo lanzó hacia fuera, al otro lado de la verja. Y este se desintegró formando una estela brillante de color verde.

- ¿Qué ha pasado?- preguntó la chica perpleja por lo sucedido.
- Supongo que Emet habrá hecho un escudo protector para que durmiéramos tranquilos.
- ¿Entonces no podemos salir?
- Me temo que no. Hasta que Emet no despierte no podemos salir de aquí.
- No pasa nada. Volvamos a la casa. Seguro que encontramos algo para desayunar.

Pasaron las horas y los demás no despertaban, así que se fueron al salón a seguir charlando, para hacer tiempo hasta que Emet se despertara para poder salir.

- ¿Te puedo hacer una pregunta?- dijo Tara.
- Claro que sí, a ver, ¿Qué quieres saber?
- ¿Cómo has llegado hasta aquí?
- Te refieres a cómo llegué a ser Guerrero de los Reinos, o cómo he llegado a estar a principios de Agosto contigo en este salón- dijo el chico riéndose.
- Me refiero a todo. A como fue ser niño en el orbe de los Cambiantes, como te hiciste uno de los mejores Guerreros de los Reinos. Vamos, todo.
- De acuerdo, pero ¿crees que tenemos tiempo de sobra hasta que estos dormilones se despierten?
- Yo creo que sí.
- Pues entonces allá vamos.- dijo Matt.- Yo nací hace ya algo más de doscientos años en un pueblecito llamado Estinsel, en las afueras del territorio de los Metamórficos. Cuando yo era niño, solo conocía la existencia de mi Orbe, para mí era normal que la gente pudiera adoptar formas de animales, en la escuela a nosotros nos enseñaban a cambiar, a mantener la conciencia humana con el cuerpo de animal y todas esas cosas. Pero yo desconocía por completo que había mundos paralelos al mío por ahí. Mis padres siempre nos contaban a Adrian y a mí, historias de seres sobrenaturales y sabía que fuera de nuestro territorio la gente era diferente. Mi padre me contó que hace miles de millones de años por culpa de pactos con seres malvados, algunos metamórficos habían perdido la cualidad de transformarse en cualquier animal y que ya solo se podían transformar en uno, incluso a algunos de ellos les habían quedado secuelas permanentes como no poder enfrentarse al sol, o no poder adoptar su forma animal si su cuerpo no estaba en el agua la mayor parte del día, o ser más sensibles que los demás a la plata o el cobre. Pero por norma general cada uno vivía en sus territorios y no molestaban a los demás. Yo sabía que mis padres habían sido

guerreros, ellos mismos me lo dijeron. Pero cuando mi madre se quedó embarazada de mí, ambos lo dejaron y se dedicaron a forjar armas para los guerreros y así darnos una vida más segura a mi hermano y a mí. Cuando yo tenía sesenta años, que para ti serían como seis más o menos, mi madre me contó que todas las historias que ellos me habían contado de seres irreales y mágicos eran ciertas y me llevó ante los ancianos de mi pueblo para que me otorgaran la visión. Pero cuando me vieron y vieron a mis padres creyeron que yo podía ser un buen guerrero así que me enviaron a ver al Oráculo para ver si ser guerrero era mi destino. Así que mis padres me llevaron a verlo, y él me confirmó que ese era mi destino, pero al contrario que a la mayoría no me dijo que me fuera inmediatamente al Orbe de los guerreros a entrenar. Me dijo que me entrenasen mis padres durante un par de décadas hasta que las cosas estuvieran más claras. Mis padres me dieron la más estricta educación en combate. Aunque era muy dura, yo sabía que era lo mejor, porque ellos no querían que me pasara nada malo en la batalla, así que me esforcé al máximo y a los diez años ya casi estaba listo para pasar la última prueba. Pero antes de llevarme a pasarla mi madre llevó a mi hermano ante el consejo, porque ya tenía edad de tener el también la visión. Y le dijeron exactamente lo mismo que a mí. Lo mandaron a ver al Oráculo y este le dijo que el también debía de ser guerrero y entonces nos mandó a ambos al Orbe de los guerreros, para que nos adiestrasen. Así que nos despedimos de nuestros padres y nos fuimos a vivir a una de las casas de reclutamiento de la Orbe de los Guerreros. Allí nos entrenamos y pronto yo pasé mi prueba y me convertí en un Guerrero, al poco mi hermano también la superó y se nos mandó de vuelta a casa, porque allí había empezado una guerra por los territorios con los Licántropos del norte. Así que allí estábamos dos jóvenes

guerreros recién salidos de la instrucción luchando contra hombres lobo. Nuestros padres estuvieron con nosotros en el combate. Porque uno nunca deja de ser guerrero por completo, solo se queda en la reserva, por si hacen falta más efectivos. Luchamos durante varios años contra aquellos seres. Y en la última batalla para recuperar de nuevo los territorios que nos habían intentado robar, uno de ellos me mordió en la pierna y casi me la arranca- dicho esto, Matt se levantó la pernera del pantalón y Tara vio unas cicatrices enormes que le surcaban todo el gemelo derecho. Como si aquel Hombre Lobo hubiera masticado la carne del chico, mientras aun estaba pegada a su pierna.- Pero mi padre le atravesó la cabeza con su espada y me salvó. Yo no recuerdo nada más después de eso porque me desmayé de dolor y me desperté dos semanas después en mi cama. Una hechicera venía cada día a cambiarme los vendajes y a ponerme sus ungüentos para regenerar el músculo perdido, pero aun así tardé casi un año en volver a andar bien de nuevo. Mientras yo me recuperaba, mis padres y mi hermano estaban en la guerra contra la insurrección, de la que ya te hablamos el otro día. Esa en la que Emet nos trajo. Yo volví al campo de batalla junto a mi familia y en ese mismo año una emboscada acabó con la vida de mis padres y casi se llevan a Adrian con ellos, porque le atravesaron el pecho con tres flechas, suerte que ninguna le causó daños importantes. Lo lleve a la enfermería y al principio no se las querían quitar, porque ninguno de los Hechiceros que estaban allí se atrevía, ya que si alguna de las flechas estaba tapando alguna arteria, al quitársela empezaría a sangrar y no les daría tiempo a curarlo antes de que muriera. Casi un mes después de haber sido herido llegó Max Furtling al campamento y él se atrevió a sacárselas, le salvó la vida. Después de aquello, nos dieron a los dos una excedencia para que Adrian se pusiera bien del

todo y superásemos lo de la muerte de nuestros padres, porque aunque éramos buenos guerreros en el fondo solo éramos dos niños solos en el mundo. Volvimos a casa y cuide de Adrian hasta que se recuperó por completo. Me hice responsable del negocio familiar y nos mantuvimos durante unos años, trabajando y entrenando, para no perder nuestro adiestramiento de guerreros. Pero sesenta años después de haberse empezado la guerra un día vino un enviado del consejo a solicitar nuestra ayuda, porque nosotros éramos los mejores guerreros que quedaban con vida después de tantos años de guerra que habían diezmado la población de guerreros de los reinos. Puesto que éramos Cambiantes no nos costaría infiltrarnos en las filas enemigas, nos enviaron a descubrir lo que hacía que la resistencia de los Cambiantes fuera tan grande, y allí encontramos a Emet. Intentamos enfrentarnos a él pero como tú misma ya has visto, es muy poderoso. Así que aunque luchamos contra él, al final nos dejó fuera de combate. Pero lo hicimos huir y pronto las resistencias Cambiantes agotaron sus fuerzas y empezaron a ser aniquiladas por nuestras reducidas tropas. Por lo que se retiraron. Muchos de los comandantes fueron apresados, pero Sigmund escapó y algunos de sus secuaces también. Y poco más, después de nuestros servicios nos hicieron profesores en una de las escuelas para formar nuevos guerreros. Y hace un par de semanas nos llamaron para enviarnos a cuidar de ti.

- Santo cielo solo eras un niño cuando ya te hacían matar gente, y luchar como un adulto. Quiero decir, comparados con los Humanos erais muy viejos, pero para ser Cambiantes erais solo unos niños.
- Esas son nuestras costumbres. Cuanto antes empieces más fácil te será, más natural.
- ¿Y hay muchos guerreros?

- No, la verdad solo somos unos cientos. La mayoría de nosotros somos hijos de guerreros, aunque también hay guerreros de nueva generación. Pero sea como sea, es un verdadero honor que te elija para ser guerrero.
- ¿Cuál es la última prueba?
- Has de abatir a un enemigo.- La cara de la chica se entristeció al pensar en lo joven que era él cuando empezó a matar.

Como los demás no se despertaban y empezaba hacer calor decidieron bajar al río a bañarse. El agua estaba helada y aunque era refrescante, al poco tiempo tuvieron que salirse del agua porque se estaban congelando. Aunque estaban al sol, Tara tiritaba de frío y Matt se acercó para darle calor, la agarro entre sus fuertes brazos para que no tuviese frío. Ella se abrazó a él y puso su cabeza sobre el pecho del chico, y solo podía escuchar sus latidos. Todo aquello la inundó de paz y tranquilidad, entonces levantó la cabeza y Matt se quedó fijamente mirándola. En ese instante acercó lentamente su cara a la de ella y la besó. Fue el beso más dulce que jamás le habían dado, no como el beso de Emet que era fuerte y apasionado, este estaba lleno de ternura y amor.

Pero junto entonces se oyó a Ari en el interior de la casa llamándolos a gritos, porque no los encontraban. Entonces Matt la soltó de mala gana y fueron hacia el interior de la casa, para ver qué es lo que quería Ari.

- ¿Se puede saber donde estabais?- dijo Ari muy alterada- me desperté y no estabais ninguno de los dos y nadie os había visto. Ni una nota, ni nada. Creí que os había pasado algo.
- Tranquila estamos bien- dijo Tara intentando calmar a su amiga- solo es que nos despertamos hace horas y decidimos ir al pueblo a por algo para comer. Pero no podemos salir porque Emet ha hecho un conjuro para proteger la finca, así que cogimos algo de fruta y nos fuimos a desayunar, luego estuvimos charlando y como hacía calor nos habíamos ido al río a darnos un baño. Eso es todo.

- ¿Dónde están los demás?- pregunto Matt.
- Están por buscándoos por toda la casa, creímos que os había pasado algo.
- Anda vamos a llamarlos que menudo susto no les habrás dado.- dijo Matt.
- ¿Qué yo les he dado un susto? No recuerdo haber sido yo quien ha desaparecido- le reprochó Ari.
- No, pero tú eres la histérica que los ha despertado, y seguro que ha sido a gritos ¿Verdad?- añadió Tara.
- No, si al final será culpa mía por preocuparme.- refunfuñó Ari mientras iba a buscar al resto.

Entraron en la casa y llamarón a los demás para que dejaran de buscar. Al entrar en la casa Ari les propuso la idea que había tenido Matt de bajar al pueblo a por provisiones, y a todos les pareció una idea estupenda.

Dicho esto todos se dispusieron a salir, Emet se acerco a la verja que delimitaba el territorio de la mansión. Puso las manos frente a ella y dijo unas palabras, entonces la burbuja transparente que los rodeaba empezó a parpadear en color verde, el parpadeó solo duró un instante pero les dio tiempo a todos de salir al exterior. Después se volvió completamente verde y un instante mas tarde de nuevo era invisible.

El camino hasta el pueblo era largo, casi una hora andando. Pero al final llegaron. Era un pequeño pueblecito a la orilla del río, parecía haberse detenido en el tiempo. Los caminos que llevaban hasta allí eran de tierra y los edificios, eran pequeñas casitas de piedra de planta baja. Por lo demás era como todos los pueblos, con sus tiendas y sus gentes, pero las gentes de la aldea eran muy particulares. Ari le explico a Tara que los brujos eran seres especiales y que al contrario que los magos su aspecto no era del todo Humano. En las calles del pueblo pudo ver gente, con la piel verde, azul, rosa o violeta, algunos tenían dos cabezas, otros tenían alas que se asemejaban a las de una libélula, otros tenían cuernos o más extremidades de la cuenta. Al

principio Tara les tenía miedo, le asustaba su aspecto, pero al ver a unos niños jugando por la calle al balón, con sus cuerpecitos de colores, con sus cuernos y escamas, se dio cuenta de que en el fondo no eran diferentes a ella, que solo eran personas que habían nacido con un aspecto diferente al suyo.

Entonces se preguntó si ella les daría miedo a ellos igual que ellos le habían dado miedo a ella antes, pero enseguida pudo ver como la trataban como si nada los diferenciase, como si fuera una más. Entonces se sintió a gusto y en el fondo un poco como en casa. En el centro del pueblecito había un mercado, los chicos fueron hacia él, allí compraron algo de carne y pescado, para pasar los días que les quedaban. También compraron velas y una tarta para celebrar el cumpleaños de Tara que sería al día siguiente. Comieron en la posada del pueblo y al caer la tarde, cuando lo compraron todo se dispusieron a marcharse. Entonces fue cuando Tara vio como un hombre hablaba con Emet. Parecía un brujo, su piel era de un color rojo intenso, como el de las ascuas cuando les soplas y su pelo era de color naranja apagado. El hombre se marchó por una de las callejuelas y al poco lo vio pasar por encima de sus cabezas montado en un imponente dragón rojo.

- ¿Quién era ese tipo?- preguntó Tara.
- Era Flagran, un viejo amigo- dijo Emet.
- ¿Y qué es lo que quería?
- Quería advertirnos.
- ¿Advertirnos sobre qué?- preguntó Adrian.
- Resulta que a los Trols no les sentó nada bien que un puñado de jóvenes los vencieran en el bosque y se dice por ahí que buscan venganza por la muerte de sus compañeros.
- Pues volvamos a la mansión antes de que nos ataquen- dijo Matt.
- No podemos, el camino es demasiado largo y ya comienza a oscurecer y ya sabes que en cuanto caiga la noche saldrán en

- nuestra busca.- le advirtió Emet- Además esta vez vendrán mejor preparados.
- ¿Pero puedes lanzarles otra descarga de esas no?- preguntó Tara.
 - No servirá de nada, aunque son seres poco inteligentes, esta vez seguro que traen cascós, y con ellos puestos, la onda no les hará nada.
 - ¿Entonces como vamos a volver?- Dijo Daniel.
 - No os preocupéis. Mi amigo va a traernos a otro de sus dragones que nos llevará hasta la mansión.

Poco después de decir esto, Flagran apareció surcando el cielo con un dragón diez veces mayor que el otro, de un color negro azabache, con los ojos morados.

Todos se apresuraron a subir cargados con la compra, y se sentaron como pudieron entre las espinas del dragón y se agarraron a las cuerdas que había atadas a las puntiagudas espinas moradas que salían en la espalda de este haciendo una cresta que llegaba desde la cabeza hasta el final de la cola. Cuando todos estaban sujetos, Emet le hizo un gesto a Flagran que estaba sentado tras los cuernos del Dragón y este arrancó en vuelo, batiendo fuertemente sus alas con un sonido ensordecedor.

Surcaron los cielos siguiendo el camino que dibujaba el río, con sus cristalinas aguas, serpenteando por los salientes de la montaña y con un denso bosque que lo envolvía todo en una almohadillada tela verde oscura. Poco después ya se veía a lo lejos la casa enmarcada por los anaranjados tonos del atardecer. Flagran detuvo al dragón ante la verja de entrada de la mansión, porque no podía traspasarla a causa del conjuro de Emet. Todos bajaron y Flagran desmontó de su dragón para conversar con ellos un rato, al verlo más de cerca Tara pudo ver que su piel estaba recubierta por escamas y que sus ojos eran del mismo color que su pelo. Le resultaba difícil hablar con él sin detenerse en su piel o en sus ojos, pero el muchacho no pareció molesto con la actitud de la chica, incluso le pareció gracioso, que a la

futura Reina de los Orbes le fascinase tanto su piel. Charlaron durante un rato y luego Flagran se despidió ofreciéndoles su ayuda en cualquier momento que la necesitaran. Después el joven, subió de nuevo a su montura entre los cuernos del dragón y emprendió de nuevo el vuelo alejándose hacia el horizonte que empezaba a oscurecerse.

Tras despedirse de Flagran, Emet repitió de nuevo lo que había hecho por la mañana cuando salieron y la cúpula volvió a parpadear de nuevo. El grupo entro y esta se selló otra vez, poniéndose verde y después transparente, como si nada separase un lado y otro. Todos iban hacia el interior de la casa cuando Emet detuvo a Ari y le pidió su ayuda.

Los demás ya estaban dentro, dejando las cosas y empezando a preparar la cena, mientras que fuera junto a la verja Emet le pedía a Ari que le ayudara a hacer un escudo aun más fuerte. Porque temía que cuando fuera noche cerrada los Trols atacasen y la barrera que había ahora no fuese suficiente para protegerlos.

Entonces los dos se cogieron de las manos y empezaron a recitar el conjuro de protección. La esfera se tornó roja, luego azul, amarilla, violeta y naranja. Cuando todo terminó ya no era completamente transparente, se veía a través de ella con el brillo iridiscente típico de las burbujas de jabón.

- ¿Crees que será suficiente?
- Eso espero, por nuestro bien.
- ¿Qué haremos si consiguen traspasarla?
- Espero que no la pasen, y si lo hacen harán ruido suficiente como para ponernos alerta para combatir contra ellos. Pero sinceramente, espero que eso no suceda.

Debido a que ya era prácticamente de noche en el interior de la casa se podía ver con claridad las ráfagas de luz que los Hechiceros provocaban fuera. Todos se asomaban por la ventana para ver la obra de sus amigos, era algo mágico, ver como todo el cielo, y todo

cuanto abarcaba su vista se veía oculto tras luminosas láminas centelleantes y como luego desaparecían como si nada.

El día había sido largo, así que después de cenar todos se fueron a dormir. Al atardecer del siguiente día irían al bar que había encontrado Daniel para entrar al orbe de los guerreros y después aun les quedaría una larga caminata hasta llegar al campamento de entrenamiento.

Tara estaba tendida en la cama y no podía conciliar el sueño, no podía dejar de pensar en lo que había pasado con Matt y Emet. En realidad no sabía cuáles eran sus sentimientos hacia ellos, porque por un lado ella se había empezado a encaprichar con Matt desde el momento en que lo conoció, y como él había cuidado de ella, era tan tierno, que poco a poco se estaba ganando un sitio en su corazón. Pero por otro lado estaba Emet que ella no podía explicar porque sentía aquella atracción por él, era un tipo arrogante que solo se preocupaba de sí mismo, pero parecía que cuando estaba con ella era un poco diferente, es decir, que parecía que al menos le importaba su seguridad, mantenerla sana y salva. Y por esas y mil cosas más se sentía terriblemente atraída por él.

Mientras Tara cavilaba tumbada en su cama, había empezado a llover y le dio la sensación de ver un destello verde en el cielo, no podía ser un relámpago. Así que se levantó de la cama y corrió hacia la ventana de la habitación. Pudo ver como cientos, qué digo cientos, miles de Trols rodeaban la finca e intentaban entrar. Al ver aquello intentó gritar, pero el terror no le dejaba emitir ningún sonido así que fue hacia las camas de los demás y los despertó a todos. Todos saltaron de la cama, y fue Emet el primero en asomarse a la ventana, cuando vio aquello, se giró y ordenó a todos recoger sus equipajes. No pudieron coger más que unas piezas de ropa en sus mochilas, el resto del equipaje lo tuvieron que dejar allí, porque no podrían huir si cargaban con él.

- ¿Estáis todos preparados?- Preguntó Emet. Todos asintieron-
pues entonces en marcha.

- ¿A dónde iremos?- preguntó Adrian.
- Hay un pasadizo secreto en la bodega que nos sacará cerca del río.
- ¿Dónde está la bodega?
- Está en la parte trasera de la casa.
- ¿cómo? ¿qué tenemos que salir ahí fuera?- replicó Tara.
- Me temo que sí. Esa es la única solución.- le contestó Emet.
- También podríamos quedarnos y luchar.
- Esa no es una opción. ¿tú has visto cuantos hay ahí fuera?
- Por muchos que sean, tú puedes hacer magia de esa tuya y derribarlos como en el bosque.
- No funcionaría. La onda solo llega a unas decenas de metros de distancia, y ahí fuera hay miles de Trols. No creo que derribásemos ni a la mitad y después ya lo has visto. Yo me quedo fuera de combate y vosotros caéis al suelo por unos momentos. Os haría demasiado vulnerables.
- Entonces, ¿cuál es tu plan?
- Iremos hasta el río por el pasadizo y después es cosa de Daniel guiarnos hasta el bar, para poder cruzar.
- ¿Y cómo haremos para que pase Tara?
- No sé. Tara ¿a qué hora naciste?
- A las cuatro y media de la madrugada.

Emet miró su reloj y vio que ya eran las tres. Seguramente pasarían de las cuatro y media cuando llegasen al bar, si es que llegaban. Entonces se dispusieron a salir. Con sus armas listas se pusieron tras la puerta y cuando Emet estiró de las puertas todos salieron corriendo tras de él.

Al verlos salir los Trols enfurecieron y comenzaron a chocarse contra el escudo. Al principio cada vez que uno de ellos se arrojaba contra el escudo, éste se encendía en un color verde intenso, pero poco a poco la luz verde cada vez era más débil, en pocos segundos dejó de ser verde y empezó a brillar en azul y luego en rojo. Así se fueron sucediendo los colores mientras los chicos corrían con todas

sus fuerzas tras Emet, bajo una intensa lluvia, para llegar al extremos del patio trasero y alcanzar la trampilla de la bodega.

Conforme se acercaban hasta la trampilla Ari sacó su barita y lanza un rallo de luz con su barita que hizo saltar el candado por los aires.

- ¡Que tenía la llave!- dijo Emet mirando a Ari mientras abría las puertas de la bodega.
- No había tiempo, venga vamos rápido. El escudo está cediendo.

Mientras decían esto, todos entraron por la trampilla y los últimos destellos del escudo se apagaron mientras intentaban cerrar la desde dentro.

Ari y Emet empuñaban sus baritas y recitaban en aquel extraño idioma, volviendo a crear un escudo que esta vez solo sellaba la puerta para que no los pudieran seguir. Emet ordenó a Daniel que iluminara la sala lo antes posible, y les advirtió que era muy importante que no se quedaran nunca a oscuras.

Mientras ellos conjuraban se oían los golpes que asestaban los enfurecidos Trols a la puerta de madera de la trampilla intentando romperla en un millón de pedazos para atrapar al grupo que intentaba huir.

A la vez que ellos terminaban de conjurar, los demás habían bajado los escalones hasta una gran bodega. Estaba en completa oscuridad, salvo por la esfera que Daniel llevaba en sus manos para luchar, que empezó a emitir una intensa luz roja que al instante iluminó por completo la estancia. Estaba llena de pequeñas salas separadas por celosías que no dejaban ver que se escondía en su interior, surcada por centenares de pasillos que iban de acá para allá.

Al terminar sus encantamientos Ari y Emet bajaron a reunirse con los otros. Emet los guió por una serie de pasillos hasta llegar al extremo más alejado de la bodega. Mientras corrían habían podido oír cómo se rompió la puerta, y ahora podían ver como se iluminaba todo cada vez que golpeaban el escudo.

Al llegar al final había una estantería llena de botellas de vino cubiertas por una espesa capa de polvo. Emet adelantó la mano y cogió una de las del centro. Al quitar la botella, la estantería se abrió con el sonido de los mecanismos sin engrasar que chirriaron en sus oídos, entonces apareció ante ellos, un pasadizo excavado en la roca de la montaña. Todos entraron en él, Emet puso la botella en su sitio y corrió para entrar mientras las puertas se cerraban.

Mientras tanto los Trols habían conseguido romper el escudo y habían entrado en los pasillos, pero aquel lugar era como un laberinto. Aunque todo estaba iluminado por aquella mágica luz roja no podían encontrar el camino hasta los chicos. Justo cuando los chicos salieron, la luz se fue con ellos. De repente se vieron sumidos en la más espesa oscuridad y un extraño ruido empezó a oírse por todas partes.

Era como un aleteo, mezclado con el ruido de garras afilándose. Al rededor de ellos comenzaban a revolotear los Ticrons. Eran unos pequeños seres de color rosa con unas pequeñas alitas como las de las moscas en su espalda que les permitían elevarse unos pocos metros sobre el suelo, con unos ojos negros que se movían sobre unos pequeños pedúnculos. Tenían unas enormes garras naranjas impregnadas en veneno y más afiladas que cuchillas, con ellas podían trocear cualquier presa en cuestión de segundos y podían comer diez veces su peso para tener reservas de alimento para los tiempos de escasez y en especial estos estaban muy hambrientos. No habían podido comer en los últimos cien años. Pero no habían podido tocar a los chicos porque los Ticrons no soportan la luz, si los toca por muy débil que sea los destruye convirtiéndolos en cenizas, pero ahora había cientos de Trols, grandes y sabrosos entre sus pasadizos así que salieron de detrás de sus celosías. Acorralaron y devoraron a todos y cada uno de los enormes Trols que había en la bodega, dejando de ellos solo sus ropas. Los que aun no habían entrado salieron corriendo dejando atrás a sus compañeros mientras oían sus gritos de agonía.

Mientras se alejaban ellos también podían oír sus gritos, se podía sentir el terror y el dolor en cada gemido. Todo esto hacía que corrieran más y más, sin detenerse ante nada, ni el cansancio ni la fatiga podía hacer que dejaran de correr.

Al acercarse al otro extremo del pasadizo se dieron cuenta de que todo empezaba a encharcarse. Las piedras se hicieron resbaladizas y Tara cayó al suelo, Emet la cogió del brazo y la ayudó a levantarse. Poco a poco el agua iba cubriendo las rodillas, después les llegó hasta la cintura. Debía de ser por la crecida del río a causa de las intensas lluvias. Llegó un punto en el que no podían continuar. Al menos no a pie, pero no podían volver. Después de lo que habían oído en la bodega, no podían volver atrás. Así que tomaron aire y se sumergieron por completo en las heladas aguas siguiendo la luz que portaba Daniel hasta la salida del pasadizo. Al salir estaban en medio del río y la corriente los arrastraba, tuvieron que luchar con todas sus fuerzas para conseguir llegar a la orilla. Estaban en medio de la noche, calados hasta los huesos y congelados de frío. Decidieron seguir a Daniel hasta aquel bar de mala muerte en el que había encontrado un portal.

Caminaron en silencio durante horas, agotados por todo lo sucedido, hasta que por fin dieron con el lugar. Era una cueva en la ladera de la montaña que solo se distinguía si mirabas con atención hasta que podías ver como tintineaba la luz de un fuego en su interior. Subieron la montaña azotados por las gotas de lluvia que al caer cortaban como cuchillos a causa del intenso aire. Al llegar hasta la cueva, vieron que era un antro, oscuro y maloliente. Lleno de gente extrañísima. Daniel se acercó al camarero que estaba tras la barra y le dijo algo en aquel extraño idioma que Tara seguía sin ser capaz de entender. Mientras Daniel hablaba con el camarero, Ari le explicó a Tara que él era el guardián de este portal y solo les dejaría intentar pasar si veía antes los tatuajes. Tras una larga charla el hombre asintió y Daniel les pidió a todos que enseñaran los tatuajes para pasar.

Su tatuaje brillaba en un tono lila, mientras que le dí su amiga y el de Emet eran de color verde y en lugar de un círculo había un escudo con un dragón en su interior. El de Matt y Adrian también tenían escudo como en el de Ari y Emet, pero no era verde con un dragón, sino azul intenso con una especie de espiral alada, que sostenía una bola de fuego con la cola. El de Daniel como el de los otros, era un escudo, pero rojo, y en su interior había un frondoso árbol y sus raíces que parecían serpientes. Al ver las marcas el posadero los acompañó hasta una puerta metálica que se parecía a las puertas acorazadas de los bancos. Entonces sacó su barita y dijo algo, la puerta se iluminó, después cogió una especie de timón que había en el centro de la puerta, y lo giró. Mientras giraba se podía oír como los engranajes de la puerta iban soltando los puntos en los que esta estaba anclada a la pared, eran unos golpes sordos que retumbaban en los oídos. Después de dar diez golpes la puerta se abrió. En el interior había una especie de pequeño despacho, con un escritorio y una silla, las cajas acumulando mugre estaban esparcidas por todas partes. Al fondo de la pequeña sala había un espejo, parecido al que utilizaron para cruzar a este orbe. Esta vez solo había una fila de inscripciones, que el camarero recitó. Pero esta vez no apareció otra sala idéntica a la suya como pasó en Roma, ahora en el cristal apareció un círculo que brillaba como inundado por cientos de lentejuelas, la superficie de su interior ya no parecía estar echa de cristal, sino de una materia oscura que se movía como el agua. Entonces Daniel estiró su brazo dejando al descubierto su tatuaje y lo introdujo en el círculo, en ese momento el círculo se abrió, inundando por completo el cristal de esa materia oscura, Daniel entró en él y al instante se cerró de nuevo hasta dejar solo el pequeño círculo inicial. Tras él, Adrian, Matt y Emet repitieron lo mismo, después llegó el turno de Tara.

- No te preocupes -dijo Ari.
- Pero me da miedo.
- Es como meter la mano en gelatina.

- ¿Y qué me pasará?
- Tu solo cruza, confía en mí.- dijo Ari remangándose.

Las palabras de su amiga la hicieron confiar y repitió lo que los chicos habían hecho anteriormente, introdujo el brazo en el círculo de la pared y era como le había dicho Ari, una especie de gelatina negra recubrió su brazo por completo, entonces sintió como algo inspeccionaba su tatuaje, no era capaz de decir con certeza lo que era, era una sensación cálida, como cuando te acercan una luz muy intensa a la piel. Al momento el círculo se abrió y le permitió el paso. Tara cerró los ojos y paso por el cristal, era algo así como sumergirse en el agua, pero sin mojarse. Un instante después cuando Tara abrió los ojos vio que estaba en el mismo lugar, solo que a este lado, no había ni mesa, ni silla ni cajas mugrientas. Los chicos le dijeron que se apartara y al momento salió Ari del cristal. Entonces este se cerró y de repente aprecia como un espejo normal, reflejándolos a los seis allí de pie mirando su propio reflejo.

- ¿Ya hemos cruzado?- pregunto Tara.
- Si, esto es la Orbe de los Guerreros- dijo Ari como orgullosa de ello.
- ¿Tú has estado aquí antes?- le preguntó Tara.
- No, nunca he podido venir. Estaba demasiado lejos de casas. Yo aprendí allí en casa, con mis padres.
- ¿y vosotros habéis estado aquí antes?- preguntó mirando a los chicos.

Todos sonreían, es como si estuvieran en casas. Todos sus conflictos y su mal humos habían desaparecido.

- Si- dijo Matt- nosotros fuimos educados aquí, como todos los guerreros.
- Entonces sabréis a donde tenemos que ir ¿no?
- No tengo ni idea- dijo Matt- alguno de vosotros ha cruzado por aquí alguna vez.
- Yo crucé siendo niño - dijo Emet- porque la casa donde hemos estado, era donde yo vivía de niño.

- ¿Aquellos eran tu casa?- pregunto Tara.
- Más o menos- dijo Emet- era el orfanato donde me crié.
- Yo no sabía que no tenías padres.- dijo Tara- lo siento.
- No, no es eso- dijo Emet- me crié allí con mi madre. Ella era profesora en el orfanato y nos dejaban vivir en la mansión. Pero bueno, ya está bien de hablar de mí. Si yo no recuerdo mal esto antes no era un antro de mala muerte, sino un refugio para Guerreros.

Mientras decía esto cruzaron la puerta y al otro lado ya no estaba el antro de mala muerte del que habían salido, ahora todo era diferente, estaba limpio y bien iluminado. Había una especie de recepción con una joven rubia al otro lado del mostrador, todos se acercaron para pedirle alojamiento hasta que dejara de llover y pudieran salir. La chica muy amable los condujo hacia unas habitaciones. Les dio ropa seca y toallas limpias y todos se fueron a dormir, porque aunque hasta ahora no lo habían notado, pero sus cuerpos estaban agotados y no podían dar ni un paso más.

Capítulo 7

Ari, sentada en la cama de Tara, la despertó con una sonrisa y una magdalena con una vela encima en la mano.

- ¡Feliz cumpleaños!
- Gracias- dijo Tara entre bostezos.
- Siento que tu tarta y tus velas se quedasen en la mansión, pero Karen me ha dado una vela para ponérsela a la magdalena del desayuno, porque un cumpleaños sin velas, no es un cumpleaños ni es nada.
- Muchas gracias de verdad, pero no hacía falta.
- Claro que sí, anda sopla y pide un deseo.

Tara cerró los ojos y sopló la vela, después Ari partió la magdalena rellena de chocolate y le dio media a su amiga.

- ¿Qué has pedido?
- Si te lo digo no se cumplirá ¿No?
- Supongo, no sé. Anda, vístete que nos tenemos que ir.
- ¿y los demás?
- Están abajo desayunando- dijo Ari saliendo de la habitación.

Tara abrió su mochila para coger algo de ropa, pero todo seguía empapado, porque cuando llegó ni siquiera se acordó de sacarla de la mochila. Así que no tuvo más remedio que bajar con la ropa que les habían dejado anoche al llegar. Bajó las escaleras y fue hacia la única puerta abierta de la planta inferior.

Al llegar todos comían, como si no hubiesen comido en toda su vida. Tara se unió a ellos porque tenía muchísima hambre, no sabía porque pero en los últimos días siempre tenía hambre.

Al terminar el desayuno se dispusieron a marcharse. Cuando se levantaron Tara pudo ver las extrañas ropas que vestían sus amigos. No se había dado cuenta de que cuando Ari había estado en su habitación ya vestía estas extrañas ropas, llevaba un uniforme negro que cuando reflejaba la luz se podía apreciar en

él un brillo nacarado, tanto el pantalón como el corpiño que llevaba sobre una camisa roja eran de este extraño material. Adrian y Matt llevaban un chaleco de un color marrón tierra y unos pantalones de cuero negro. Pero Daniel vestía ropa normal, como la que había llevado siempre. Tara se quedó pensativa y se dio cuenta de que ella no tenía ropa que ponerse para marcharse de allí. Cuando iban camino de la habitación se lo comentó a su amiga y esta le dijo que no se preocupara, que ella le dejaría algo que ponerse, pero claro, Tara era delgaducha y aunque su estatura era normal, Ari era una chica muy alta, por lo que sus ropas le bailaban. Al verla con la ropa puesta Ari se echó a reír.

- Así no puedes salir- dijo Ari sin poder dejar de reírse
- ¿Y qué quieres que haga? No tengo nada que ponerme, toda mi ropa está húmeda y huele fatal.
- Espera puede que podamos hacer algo.- entonces la muchacha sacó una capa de su mochila, Tara pensó que era imposible que una capa de aquel tamaño cupiera un una mochila tan pequeña, pero no dijo nada.
- Quítate eso y ponte esta capa.
- No creerás que me voy a ir por ahí vestida únicamente con una capa ¿verdad?
- Tu confía en mí- mientras decía esto Ari le dio la capa a su amiga para que se la pusiera.

Tara salió del baño enredando la capa en su cuerpo, intentando taparse.

- En serio, no pienso salir así.
- Tranquila- Ari sacó su barita y mientras la giraba en el aire la tela negra empezó a moverse, a plegarse y coserse alrededor de Tara. Un instante después un fabuloso traje negro a su medida la rodeaba.
- Ves impaciente- prosiguió Ari- ya tienes ropa para irnos y además como está hecha con una capa de guerrero estarás protegida de prácticamente todo.

- Muchísimas gracias.
- Considéralo mi regalo de cumpleaños.

Cuando terminaron salieron al recibidor donde las esperaban los chicos junto al mostrador donde la noche anterior había una chica de cabellos rubios.

- ¿Dónde está Karen?
- Ha ido a por los Puners- dijo Adrian.

Tara iba a preguntar que eran los Puners, pero desistió. Estaba más que harta de no entender nada de lo que los demás decían y además no tenía ánimos para preguntar nada. Hasta ahora no se había parado a pensar en todo lo que había cambiado su vida en cuestión de días. No hacía más que recordar sus otros cumpleaños, como su madre la despertaba con el desayuno en la cama y sus hermanos le cantaban cumpleaños feliz al salir de la habitación y le estiraban de las orejas. Al recordar todo aquello se sintió feliz, pero en seguida volvió a la realidad y la tristeza regresó. Las lágrimas querían brotar de sus ojos pero ella las empujaba con fuerzas hacia atrás, para que nadie se diese cuenta de lo que le pasaba. Pero Ari se giró hacia ella y no necesitó que esta le explicara nada, la abrazo y le dijo al oído <<ahora nosotros somos tu familia, y te querremos siempre>> los brazos de la chica la apretaban y prácticamente no la dejaban respirar, pero aunque Tara no era muy dada a los abrazos en este momento agradecía sentir aquella cálida sensación.

Mientras tanto la chica rubia entró por la puerta, los demás cargaron sus mochilas a los hombros y entonces Tara se dio cuenta de que se había dejado la mochila con todas las cosas en la habitación. Salió corriendo para recogerlas mientras les gritaba que no se fuesen sin ella.

Cuando llegó a la habitación el teléfono del bolsillo de la mochila sonaba insistente, Tara alargó la mano de forma instintiva y contestó, sin ni siquiera mirar el nombre en la pantalla del teléfono.

- ¿diga?

- Hola cariño- la voz que sonaba al otro lado era tan familiar, sin duda era la voz de su madre.
- ¿Mamá?
- Ya veo que estas despierta, no llame antes porque no quería molestaros. ¡Feliz cumpleaños!
- Muchísimas gracias- mientras decía esto las lágrimas que había estado conteniendo cayeron como ríos por las mejillas de la muchacha y su voz tembló.
- ¿Estás bien pequeña? ¿Te ha pasado algo?- dijo su madre rápidamente con voz muy preocupada al oír la vacilación de la voz de su hija al contestar.
- Si mamá, estoy perfectamente, solo que me alegra muchísimo el poder oír tu voz otra vez.- dijo mientras se secaba las lágrimas.
- Bueno cuéntame cómo va todo, ¿Lo estáis pasando bien?
- Todo es genial- le dijo a su madre, sabía que tenía que mentirle porque obviamente si le decía la verdad su madre no la creería ni en un millón de años y además tendría que dar demasiadas explicaciones, así que se paró a pensar por un momento donde debía de estar ahora si el viaje no se hubiese interrumpido nada más salir.
- Ya sabes, mucho andar, visitar muchas iglesias y muchas ruinas. Ya sabes, esas cosillas-continuo diciendo.- ¿Cómo están todos por allí?- dijo para intentar cambiar de tema.
- Aquí estamos todos bien, como siempre supongo. Tus hermanos se siguen peleando día tras día y papá y yo te echamos mucho de menos, por lo demás todo va como siempre.
- Dales un gran abrazo y un beso de mi parte ¿vale mamá?
- De acuerdo, ¿pero estas bien?
- Claro que sí.
- Es que me da la sensación de que algo va mal.

- Que no, todo va perfectamente- aunque no deseaba dejar nunca de hablar con su madre, no podría soportar mucho más tiempo eso de mentirle. Así que aunque le hubiese gustado seguir oyendo la voz de su madre durante horas le dijo- bueno mamá tengo que colgar acuérdate de darles recuerdos a todos de mi parte y cuídate.
- De acuerdo hija, un beso y dale recuerdos a Ari de mi parte también.
- Chao mamá.

Cerró la tapa del móvil y se tendió en la cama, agarrada a la almohada sin poder dejar de llorar, pensando en que jamás volvería a ver a su familia, que ya nada volvería a ser igual. Ya ni siquiera se acordaba de que los demás la esperaban cuando Ari entro por la puerta echa una furia por llevar veinte minutos esperando. Al cruzar la puerta se paró en seco al ver a su amiga allí llorando desconsolada sobre la cama. La hizo levantarse, le agarro la mano y la consoló, luego le hizo lavarse la cara para que no pareciera que había estado llorando y ambas salieron juntas por la puerta que debía al acantilado.

Al salir fuera, los chicos ya estaban montados en los Puners, aunque no lo había preguntado ya presuponía que era algún tipo de transporte pero ni tan solo se había planteado que aspecto tendría.

Ahora frente a ella había cinco animales que eran una extraña mezcla entre osos polares y águilas. De sus enormes cuerpos de osos salían unas majestuosas alas y las patas delanteras no eran las zarpas de un oso sino que se convertían en afiladas garras de águila capaces de destripar a quien se les pusiera por delante y en lugar del morro de un oso había un potente pico, aunque el resto de la cara era la de un oso normal. Entre las alas había una montura y unas bridas que se sujetaban alrededor del cuello del oso como las de los caballos y a sus lados unas alforjas cargadas con el equipaje.

- ¿Se supone que yo he de subirme en eso y no morir en el intento?- pregunto Tara mirando aterrada al Puner sin jinete

- No, no tenemos tiempo para enseñarte a cabalgar con ellos, lo mejor será que tu vayas con Emet y yo coja el que queda libre- dijo Ari, mientras veía como su amiga examinaba ahora con atención a Emet- ¿Vamos si te parece bien?
- Si claro- contesto torpemente Tara sin prestar atención a las palabras de su amiga.
- Agárrate a mi -dijo Emet tendiéndole la mano. Cuando sus manos entraron en contacto, Tara notó que era cálida y suave, pero a la vez fuerte. Él dio un tirón de ella y la subió de un salto justo detrás de él.
- ¿ Esto es seguro?- quiso saber Tara.
- No, la verdad es que no. Así que agárrate bien. – dijo Emet riéndose mientras arreaba al Puner para que alzara el vuelo.

La bestia se alzó un par de metros sobre el suelo manteniendo la altura. Los demás hicieron lo mismo. Desde el suelo Karen les preguntó si tenían realmente claro donde tenían que ir. Pero no se lo preguntaba a ellos, sino a los animales. El que montaban Emet y Tara pareció asentir ante la pregunta de la chica, y después se giró en redondo y se dejó caer en picado acantilado abajo.

El corazón de Tara le latía tan fuerte que se le iba a salir por la boca mientras bajaban en picado por el acantilado. Sus brazos se agarraron con todas sus fuerzas a la cintura del muchacho que podía notar su pulso, que aunque también estaba acelerado era mucho más pausado que el de ella.

Un instante después el animal alzó el vuelo sobrevolando los árboles del bosque al ras de sus copas como cuando habían volado con el dragón. Pero todo parecía diferente. En realidad, todo era diferente. El bosque estaba constituido por pinos colocados unos junto a otros, demasiado cerca como para poder ver ni una pizca de suelo bajo ellos.

El vuelo del animal era muy veloz, si no fuera porque Emet le cortaba el aire ni siquiera podría abrir los ojos. Entonces se dio cuenta de que el chico pretendía decirle algo, puso toda su atención en las

palabras que le decía porque el fuerte viento de cara no le permitía oír nada.

- Sé que da un poco de miedo, pero por favor ¿podrías dejarme respirar?- dijo Emet gritando con todas sus fuerzas para conseguir liberarse de los brazos de ella.

Tara ni siquiera se había dado cuenta de con cuanta fuerza sujetaba al joven, cuando esta aflojó un poco sus brazos notó como el muchacho jadeaba al poder respirar de nuevo.

Cuando recuperó el aliento, metió la mano en una especie de bolsillo que había en el cinturón del Puner y sacó unas gafas con unos cascós y se los acerco a Tara. Esta vaciló un poco antes de soltar las manos del chico, pero al final se soltó de él para ponerse las gafas y los cascós.

- ¿Me oyes bien?- dijo el chico.
- Ahora sí que te oigo perfectamente- aparte de poder oír de nuevo también podía ver, pudo apreciar como poco a poco se acercaban a las montañas cubiertas de nieve.
- Solo quería decirte que a mí no me molesta que te agarres- dijo con un tono condescendiente en su voz.- En realidad me gusta- se notaba como sonreía mientras decía esto último aunque Tara no podía ver su cara.
- ¿Entonces qué? Aclárate, ¿me agarro o no?
- Por mi sí, solo procura esta vez no intentar sacarme los pulmones por la boca.

Tara rio y pasó sus brazos alrededor de la cintura del chico. Apoyando su cabeza sobre su espalda.

- ¿Tardaremos mucho en llegar?
- No creo que más de cinco o seis horas.
- ¿Dónde vamos?
- A un antiguo edificio de entrenamiento. Allí nadie nos molestará, ni... - el chico vaciló por un momento pero Tara no le dejó terminar la frase.
- Ni nos atacará ¿verdad?

- Eso espero.
- ¿De verdad crees que intentarán atacarnos de nuevo? no sé, los Trols tenían motivos porque estábamos en sus territorios, pero aquí no nos ha dado tiempo a molestar a nadie aun.
- Ya pero los Trols son seres simples, el primer ataque probablemente fue por proteger sus territorios. Pero el segundo, lo dudo mucho. Seguramente haya algún indeseable como Frederick Linchester detrás de todo esto.
- Ese mal nacido- dijo Tara y se pudo oír en sus palabras el odio con que las escupía.
- Por lo que veo ya lo has conocido.
- Se podría decir que sí, aunque solo lo vi una vez pero ya fue más que suficiente. Si no hubiese sido por Matt yo ahora ya no estaría aquí.
- ¿Qué pasó?
- Me acorralo en la plaza de San Pietro después de hablar con el consejo y si Matt no se hubiera abalanzado sobre él, me habría trinchado como a un pavo.
- Entonces no es necesario que te diga que debemos andarnos con mil ojos, porque los tipos como él te acechan y cuando eres más débil te destruyen.
- ¿Pero él también es un Guerrero de los Reinos?
- Me temo que sí, aunque nosotros debemos lealtad al consejo y si se diera el caso a la sucesora de Isabell, hay algunos que no están muy de acuerdo en que...
- En que alguien como yo los domine ¿no?
- Me temo que así es pero tampoco es que estén ahora muy de acuerdo con El Consejo. Pero tú no te preocupes, nosotros te protegeremos aunque nos valla la vida en ello.
- Eso es lo que me preocupa. Porque si algo os pasara a vosotros por mi culpa, no me lo perdonaría.
- Lo que quiera que nos pase, para bien o para mal, no es culpa tuya. Ya viste que fuimos nosotros quienes decidimos

libremente estar aquí junto a ti, nadie nos obligó. Por eso tú no eres responsable de nuestro destino.

Después de las palabras de Emet se mantuvieron en silencio y al cabo de un rato Tara preguntó.

- ¿te puedo hacer una pregunta?
- Claro, dime.
- ¿por qué no soy capaz de entenderos cuando habláis con los demás? ¿qué idioma es ese?
- ¿no nos entiendes?- dijo pensativo.- interesante, eso es muy interesante.
- ¿por qué?
- Lo que hablamos es Gixel, es un idioma universal del que parten todos los idiomas. Pero es curioso que después de haberte otorgado la visión aun no lo entiendas.
- Pues no entiendo ni una sola palabra.
- Se supone que cuando te otorgan la visión uno ya es completamente adulto, aunque físicamente seas aun un niño. Mentalmente ya eres capaz de comprender lo que hablan los adultos. Pero supongo que como tú te criaste como humana es aún demasiado pronto para que lo entiendas. Pero bueno aun hay tiempo, no desesperes. Puede que no falten más que unos pocos días para que empieces a entenderlo.
- ¿Cómo sabes tú eso? ¿quizás falten meses o incluso años? ¿y qué pasa si nunca lo llego a entender?
- No te preocupes, me he fijado en que comes demasiado y aunque yo no te conocía antes, supongo que no comerías así antes de todo esto.
- No, la verdad es que no, pero desde que el oráculo me marco estoy siempre hambrienta.
- Eso es normal, tu cuerpo se prepara para lo que le espera.
- ¿lo que me espera?
- Tu cuerpo se está preparándose para pasar al mundo de los adultos. Tendrás que entrenar mucho y muy duro y tu cuerpo

sufrirá cambios tremendos, algunos de ellos dicen que son muy dolorosos, pero tranquila que en menos de una semana de entrenamiento tu cuerpo ya te considerará adulta. Te lo aseguro.

- Crees que entonces ya os entenderé cuando habléis Gixel.
- Por supuesto, y no solo nos entenderás, también lo hablaras y sabrás leerlo y escribirlo. Es algo que forma parte de ti solo tienes que liberarlo.

Después de que Emet dijera esto Tara se recordó a si misma cuando era niña y garabateaba en papeles de colores del escritorio de su padre. Recordó cómo podía leer lo que ponía aunque nadie más pudiera entenderlo. Entonces todos los recuerdos de aquello regresaron a su mente en repetidos flashes, como se dibujaban las letras, como se pronunciaba y lo que quería decir cada una de las palabras traducidas a su idioma, al idioma de sus padres.

Paso un tiempo mientras ella recordaba su infancia cuando de repente, como si fuera una ráfaga de aire algo azotó al Puner que por un momento se desvió de su rumbo. Los demás animales que lo seguían rompieron la formación en forma de flecha y se dispersaron por el cielo. Tara no era capaz de distinguir entre la nieve a sus atacantes. Entonces sin previo aviso algo golpeó en la cabeza al Puner de Adrian y lo derribó. Mientras este caía haciendo un tirabuzón hacia el helado suelo, el chico salto de su montura y conforme saltó su cuerpo se convirtió en una imponente águila de alas blancas y afiladas garras.

Se oyó un sonido sordo cuando el animal calló muerto sobre el hielo de la ladera de la montaña y Tara pudo ver como dejaba un rastro de sangre mientras caía rodando.

No se había dado cuenta, pero tanto en torno a ellos como a Ari habían surgido unas esferas verdes que brillaban en centenares de destellos cada vez que una de esas ráfagas les golpeaba. Después miró al Puner de Daniel, pero él no estaba montado sobre su animal, miro desesperada al suelo, pero no lo vio caer, entonces supuso que

había desaparecido como otras veces había hecho. De repente se acordó de Matt, el no disponía de magia, ¿y si le sucedía algo?, ¿y si ya lo habían alcanzado? Entonces miró a su espalda y allí estaba, sano y salvo. Justo detrás de él, su hermano había vuelto a su forma humana y sostenía un pesado escudo con el que iba esquivando las endiabladas ráfagas mientras Matt sujetaba con fuerza las riendas del Puner intentando que no se desbocase y ambos cayeran al vacío.

Un instante después Daniel estaba de nuevo sentado en su silla y le dijo algo a Emet a través del interfono de sus cascós en un canal diferente para que los demás no pudieran oír lo que decían. Entonces Emet se quitó los cascós y soltó las riendas. Se giró hacia Tara y se las entregó, sujetando con fuerza las manos de la chica entorno a las cuerdas de cuero para que no desviara el rumbo del animal. Después se puso en pie y se coloco detrás de ella. Se dejó caer hacia la parte delantera del Puner y el animal lo sujetó por los pies con sus garras, entonces Emet cabeza abajo y barita en mano, lanzó un intenso fogonazo que alcanzó uno de los picos de las montañas que acababan de sobrevolar. Una enorme avalancha calló a toda prisa sepultando a sus atacantes.

Después de la avalancha todo volvió a la calma, los escudos de los Hechiceros se desvanecieron y Emet trepó de nuevo hasta ponerse delante de Tara retomando las riendas del animal.

- ¿Qué ha pasado?- le preguntó Tara en cuanto el joven volvió a colocarse los cascós.
- Nada bueno- dijo mientras recuperaba el aliento
- ¿Qué es lo que nos ha atacado?
- Eran Kianeis.
- ¿Kianeis?
- Son Susurradores hechos de oscuridad, no son demasiado listos. Por eso es muy extraño que ellos mismos nos atacasen. Por norma general los Susurradores no actúan por sí mismos, incluso los más estúpidos son capaces de hacer que otros hagan el trabajo sucio por ellos.

- Entonces- dijo Tara intentando comprender algo- ¿Por qué nos han atacado?
- Los habrá enviado Frederick.

Capítulo 8

Tras varias horas de viaje ya se podía ver cómo caía la tarde y las nubes que pintaban el cielo de colores rosados, habían dejado atrás las altas montañas nevadas dirigiéndose hacia el norte. Los Puners iban perdiendo altitud y cada vez se acercaban más a un enorme río que serpenteaba en su desembocadura, se podía oler ya el aroma salobre procedente del mar y los enormes Puners ya estaban casi rozando la superficie del mar cuando tocaron tierra en la playa de un islote a un par de kilómetros de tierra, la isla era una pequeña montaña que no se alzaba sobre el mar más de veinte o veinticinco metros de altura. Tenía un frondoso bosque en la parte más oriental que ascendía por la ladera y justo donde este terminaba había una casita de dos plantas hecha en piedra, muy acogedora. El otro lado de la isla había sido talado y convertido en pistas de entrenamiento que se distribuían a distintos niveles sobre la ladera unidos unos con otros por escalinatas de madera, que aunque ya no se utilizaban no estaban en muy mal estado.

Al desmontar de los Puners estos hicieron una reverencia a sus jinetes y los dejaron en la isla alzando el vuelo de camino de vuelta a casa. Los chicos ascendieron por las escaleras de madera cruzando las distintas pistas hasta alcanzar lo más alto de la colina.

- ¿Entonces esto es la Isla de Estel?- dijo Adrian mientras miraba a su alrededor examinándolo todo.
- Se supone que sí- dijo Matt.
- ¿No dijo Karen que habría alguien esperándonos?- pregunto Ari.
- Eso es lo que dijo, no sé, miremos dentro de la casa haber si no nos ha oído llegar.- sugirió Emet.

Al llegar ala puerta de la casita intentaron entrar, pero la puerta estaba cerrada, intentaron usar la magia pero esta no funcionó.

- Se ve que no hay forma de abrir la puerta- dijo Ari decepcionada mientras se dejaba caer en los escalones de la entrada.
- Y si esos estúpidos animales se han equivocado y nos han abandonado aquí a nuestra suerte.- dijo Matt y en su voz se podía oír su enfado.
- En mi vida he visto que un Puner se equivoque de ruta. Seguro que es aquí, solo debemos de tener paciencia.- dijo Emet.
- Pues al menos encendamos un fuego- dijo Matt al ver como Tara y Ari tiritaban por no tener capas con las que resguardarse del frío.

Matt y Adrian se fueron a buscar leña para encender una buena hoguera con la que calentarse hasta tener noticias de su contacto en la isla.

Mientras tanto en el portal de la casa las chicas tiritaban de frío, entonces Daniel se acercó a Ari y la tapó con parte de su capa abrazándola para darle calor. Esta se acurrucó entre sus brazos y pronto dejó de tiritar.

Emet que vio como Tara contemplaba atónita la escena, hizo lo mismo, la abrazó y la muchacha dejó en seguida de temblar de frío y descanso su cabeza en el pecho del muchacho oyendo su respiración.

El sol ya había desaparecido por completo en el horizonte y las primeras estrellas empezaban a abrirse paso entre las últimas luces del crepúsculo.

- ¿Matt y Adrian todavía no han vuelto?- preguntó Tara, aunque Ari y Daniel parecía que no la oían.
- Aun es pronto- dijo Emet bajando la cabeza para mirarla- además no te preocupes por ellos, son Cambiantes, estarán bien.- La voz de Emet sonaba tranquilizadora, pero la idea de que sus amigos permanecieran en el bosque cuando la noche se cerrase por completo provocó que un escalofrío cruzara la espalda de Tara.

- ¿y si no saben volver?- dijo preocupada, mientras miraba al cielo y veía como algunas nubes tapaban la luna que apenas brillaba como una enorme C en el cielo.- prácticamente ya no se ve nada, cuando sea noche cerrada no podrán ver el camino de vuelta.
- No te preocupes, ellos ven de noche.
- ¿Cómo que ven de noche?
- Son Cambiantes, todos los seres de ese orbe son capaces de ver con claridad cuando solo hay una pizca de luz. Lugares que para ti o para mi serían completamente oscuros, para ellos son algo normal. Por eso gran cantidad de ellos se sienten más cómodos saliendo de noche, mientras los demás seres duermen y nadie les puede molestar.
- Entonces, ¿tú crees que estarán bien?

A Emet no le dio tiempo a contestar, en ese mismo momento la puerta que estaba cerrada se abrió sin hacer ni el más mínimo ruido. Pero lo que de verdad interrumpió a Emet, fue la dulce voz que procedía del interior de la casa. <<Seguro que tus amigos están bien>> dijo la voz.

El inesperado sonido de esa voz a su espalda hizo que Tara saltase del escalón donde estaba sentada y dejara a tras a Emet y la capa que los cubría. Entonces el frío que la rodeaba azotó su cuerpo, entrando por cada poro de su piel.

Entrecerró los ojos para poder diferenciar la figura que había al otro lado de la puerta oculta entre las sombras del interior. Poco después pudo ver como la figura salía, vio que era una chica alta y delgada, de rasgos asiáticos, con un largo cabello liso y negro salpicado de reflejos azul eléctrico. Su piel era pálida como la leche, en la que solo resaltaban los rojos labios de la joven de un color carmesí y en ellos una amplia sonrisa que dejaba ver unos perfectos dientes blancos. Los ojos de la muchacha eran rasgados y de un color azul, tan pálido y cristalino que apenas se podía diferenciar del blanco de los ojos.

Al salir del todo al porche de la casa la joven olfateó el aire en dirección a unos y a otros y torció la cabeza como si tratase de comprender algo, mientras clavaba sus ojos en Tara.

- ¿Una humana?- dijo al fin después de estar un par de minutos contemplándola.- ¿me habéis traído una humana a mi casa?
- Nos ordenaron venir hasta aquí- dijo Daniel desde los escalones sin ni siquiera girarse para mirar a la muchacha.
- Se rumoreaba que el consejo estaba desesperado, pero hasta el punto de creer que una simple humana nos salvaría escoltada por- snif snif la joven volvió a olfatear.- una maga mediocre, un Arnif desterrado a ser mensajero después de haber dirigido innumerables batallones hacia la victoria y... - dijo respirando de nuevo el aire que provenía desde Emet-curioso aroma el tuyo.

Pero antes de terminar la afilada frase que pretendía espetarle al joven, aparecieron de entre los arboles Matt y Adrian. Cuando la suave brisa que venía desde ellos rozó a la esbelta muchacha, esta enfureció.

- ¡Habéis traído a un perro sarnoso a mis dominios! ¡como osáis a desafiarme así!
- No creas que tampoco es de su agrado estar aquí, pero son ordenes y nosotros no somos quienes para desafiarlas- Tara se quedó sorprendida al ver que era Emet el primero que había salido en defensa de Matt.
- El brujo tiene razón- dijo Matt mientras se acercaba y soltaba la leña en la puerta de la casa. Subió los escalones del porche a tanta velocidad que hizo que el pelo de Ari se moviera y se coloco justo en frente de la joven a tan poca distancia que parecía que iba a devorarla allí mismo- no me gustas, ni tú, ni ninguno de los de tu raza, pero todo esto es superior a nosotros, así que si el consejo me llama para custodiar a la heredera de Isabell, yo seré el primero en dar gustosamente

mi vida por ella, ¿Está claro? La pregunta es- dijo calmado su tono- ¿Estas tu dispuesta a servir a los reinos tanto como yo?

El joven escupió cada una de sus palabras, llenas de ira y rabia. Aun desde la distancia donde estaba Tara y con la poca luz que la luna les ofrecía se podía ver cada uno de sus músculos tensos intentando sujetarlo para no convertirse en lobo y luchar a muerte contra la joven.

- ¿Quién eres?- preguntó Tara para desviar la atención de ambos antes de que las cosas fueran a peor.

La muchacha se apartó de Matt y bajó las escaleras, se puso junto a Tara y le tendió la mano.

- Soy Claudia Agsún, escritora oficial de las Crónicas de los Reinos.
- Encantada- dijo Tara.
- Y vampiresa, que no se te olvide- dijo Adrian mientras dejaba su leña junto a la de su hermano- ¿Es que ya no se saluda a los viejos amigos?- añadió el chico con una sonrisa en su rostro.
- ¡Adrian!- exclamo la chica, como si este acabase de llegar y abalanzándose sobre él le dio un largo abrazo- ni siquiera te había visto.
- Ya veo que solo tienes ojos para Matt- dijo bromeando.
- Si, será eso.- dijo la chica de forma muy sarcástica.

Entonces Claudia trató su brazo con el de Adrian y los hizo entrar en la casita. Todo estaba oscuro salvo una pequeña vela en el centro de la habitación, entonces la Claudia la tomó y encendió con ella las lámparas de las paredes.

Después la joven salió para recoger la leña que Matt y Adrian habían dejado tirada a los pies de la escalera y en un instante un cálido fuego alumbraba la habitación ardiendo con fuerza en la enorme chimenea que presidía el gran salón.

Tara se dio cuenta de que la casa era inmensamente grande, aunque desde fuera era una pequeña cabaña ahora podía ver como

los techos eran altísimos y la estancia donde estaban era varias veces más grande que la casa.

Le contaron a Claudia todo lo sucedido y esta los escucho con suma atención. Después de concluir su relato Claudia se giró hacia Daniel y le preguntó.

- ¿Estáis seguros de que es ella a quien llevabais tanto tiempo esperando?
- Sí, estamos seguros- el tono del muchacho fue secante.
- Es que se rumorea por ahí que Frederick también estaba buscando al sucesor de Isabell, e incluso hay algunos que dicen que ya lo ha encontrado.
- Eso es imposible- dijo Ari- solo hay una, la única y verdadera, la hija de los cuatro orbes.
- Pero ¿quién sabe?, tal vez se les escapó al consejo. En realidad solo era un bebe.
- No crees tú que serian demasiadas coincidencias- le recriminó Matt- quiero decir que un mestizo puede que se les pase, si los padres son hábiles y lo ocultan bien, pero que se les pasen dos mestizos y que estos se junten y tengan otro bebe y que tampoco se den cuenta, no sé. A mí me parecen demasiados errores.
- ¿No ha nacido ella? Y nadie se dio cuenta hasta que ya era muy tarde- dijo Claudia señalando a Tara con sus afilados dedos.
- Pero ella es especial- dijo Daniel- no es una simple mestiza y lo sabes.
- ¿Entonces es cierto lo que dicen por ahí? ¿De verdad sucedió?
- ¿Tú crees que el consejo la hubiese dejado vivir sino?
- ¿Por qué soy más especial que cualquier mestizo?- preguntó Tara que no parecía entender nada de lo que estaban hablando.

- Que mas da eso- dijo Daniel quitándole importancia al asunto- ahora no es momento de hablar de eso.

Tara se enfado mucho, porque presentía que había algo muy importante que todos sabían y que le ocultaban, así que salió del comedor hecha una furia y se sentó en los escalones del porche. Comenzó a tiritar, se abrazó las piernas haciéndose un ovillo para mantener el poco calor que le quedaba, hizo todo lo que pudo para intentar contener las lágrimas que se escondían tras sus ojos y empujar hacia abajo el nudo de su garganta. No podía dejar de pensar en que estaba más que harta de no saber lo que pasaba y de que se le contasen las verdades a medias, ¿y si la elección que había tomado no era la correcta? Tal vez no debería haberse ido con ellos, ahora que se detenía a pensar, todo aquello le parecía una locura.

Deseó que todo aquello no fuera más que un sueño y cerró los ojos apretándolos con todas sus fuerzas, desenando despertar. Pero nada, abrió de nuevo los ojos y todo seguía allí, así que apoyó su cabeza en sus rodillas y suspiró con fuerza, rindiéndose ante aquella nueva realidad. El gélido aire del norte se le coló por los pulmones e hizo que se le congelara hasta el alma, un escalofrió recorrió su cuerpo y al momento salió Matt con una manta del salón.

La tapo y la envolvió con sus brazos para darle calor, cuando la muchacha dejó de tiritar pasó su brazo por debajo del de ella con suavidad y la levantó de los escalones.

- ¿A dónde vamos?- preguntó Tara.
- Te llevo a tu habitación- dijo Matt con dulzura- debes descansar, creo que todo lo sucedido estos días te ha sobrepasado.
- Puede ser que un poco- dijo Tara sonriendo de mala gana y los dos entraron de nuevo en la casa.

Cruzaron la puerta y se dirigieron a unas escaleras que parecían dirigirse al sótano. Pero al llegar al primer rellano, en lugar de encontrar un mugriento sótano encontraron un largo pasillo

iluminado por cientos de antorchas y las escaleras seguían hasta varias plantas por debajo de ellos.

Entraron en el pasillo y lo recorrieron casi hasta el final, a su paso iban dejando habitaciones con las puertas cerradas y se oía el eco de sus pasos al andar. Al llegar al final del pasillo, Matt se detuvo en seco y se quitó una llave que llevaba colgada al cuello. La introdujo en la puerta y ante ellos se abrió una habitación inmensa.

El suelo de la habitación estaba cubierto de alfombras, y en el centro de esta había una mesita rodeada de cojines, al fondo a la derecha había unas escaleras que subían hasta una media planta delimitada por una barandilla, arriba estaba la cama con una colcha violeta y telas de fina seda colgando a los lados de la cama desde el techo. La pared que estaba junto a la cama tenía una ventana que daba al exterior y se podían ver la luna y las nubes, parte del bosque y parte del mar. Eran unas vistas extraordinarias.

Sentados sobre la colcha violeta de la cama, Tara le preguntó a Matt

- ¿Cómo puede ser que se vea todo esto desde aquí?
- En realidad no se ve, solo es un reflejo de lo que hay fuera. Ten en cuenta que este era un campamento de entrenamiento de guerreros del reino de los Vampiros, y ellos con eso del sol, ya sabes...
- No se llevan muy bien ¿no?- dijo Tara riéndose.
- La verdad es que no y como añoran tanto la luz del sol pagan a magos para que les cree estas ilusiones, pero esto en realidad es una burda imitación de la parte baja del Palacio de Anftrac.
- ¿El palacio de qué?
- Anftrac – repitió Matt- yo nunca he estado allí pero dicen que es el lugar más bello de todo el Orbe Cambiante. Cada una de sus plantas fue construida por uno de los reinos del orbe.
- Debe de ser muy bonito.

- Eso dicen, es el único lugar donde los cinco pueblos del orbe de los Cambiantes han estado siempre en paz y armonía, es territorio neutral.
- ¿Y nosotros lo visitaremos?
- Por supuesto. Es allí donde vive la Reina Alice.
- ¿La reina Alice?
- Ella es la que tiene el Crocten de los Cambiantes, lo consiguió hace ya mil quinientos treinta y seis años y aun nadie ha conseguido arrebatarselo.
- ¿Y en mil quinientos treinta y seis años nadie ha intentado subir al poder?
- No, por supuesto que ha habido muchos que lo han intentado, pero nunca nadie lo ha conseguido.
- ¿Y se supone que yo lo haré?
- Claro que sí, yo confío en ti- dijo él, apartándole el pelo de la cara.
- Ya pero con confianza solo no se gana a una Cambiante como ella.
- Por eso has de entrenar duro. Y estate segura que a partir de mañana ninguno de nosotros te vamos a dejar descansar ni un momento.- dijo Matt muy serio, aunque Tara podía ver en sus ojos como se reía por dentro.
- ¿Ni un momento?- replicó Tara con una picara sonrisa.
- Bueno tal vez un momento si- dijo riéndose y le dio un suave beso en la mejilla- pero es muy importante que te tomes todo esto muy en serio, tu vida y la de muchos depende de ello.
- Ya lo sé, no te preocupes.
- Claro que me preocupo- dijo Matt tomando la mano de la chica.
- ¿Y eso por qué?- quiso saber esta.
- De veras necesitas preguntarlo- dijo clavando sus profundos ojos azules en los de la chica.
- Necesito oírlo- contestó esta sosteniéndole la mirada.

- Porque te quiero.

Dicho esto Tara soltó su mano de la del joven, la llevo a su cara y lo besó. Al principio Matt pareció sorprendido por el inesperado beso, pero no retrocedió, paso su mano por la cintura de la muchacha e intensifico el beso. La joven trabó sus dedos entre los cabellos de Matt. Las manos del chico subieron por la espalda de Tara apretándola contra él, como si pretendiera que fueran solo uno. Entonces la recostó sobre la esponjosa cama y se besaron apasionadamente. Los brazos del joven recorrieron su cuerpo y Tara se estremeció. Entonces durante una decima de segundo Tara recordó el apasionado beso que le dio Emet en el porche trasero de la mansión y algo dentro de ella le dijo que aquello no estaba bien, no podía pasar la noche con Matt si ella no tenía claro lo que sentía por él o por Emet. Así que se apartó suavemente de los dulces labios de Matt y acompañándolo a la puerta le deseó buenas noches.

Matt se dirigía pensativo de vuelta al salón donde estaban los demás, dándole vueltas a todo lo que había sucedido en tan poco tiempo, al subir las escaleras se encontró con Emet que bajaba a buscarnos. Al encontrarse con él, Emet se puso tenso mirando las marcas de los labios de la joven en el cuello del muchacho y sin quitarle los ojos del cuello le dijo.

- ¿Se puede saber dónde estabas?
- He acompañado a Tara a su habitación, no se encontraba bien.
- y tú te has encargado de consolarla ¿no?- dijo conteniendo su rabia, mientras apretaba los puños con fuerza en sus costados, con palabras afiladas como el cristal.
- Eso no es asunto tuyo.
- Puede ser- dijo Emet subiendo las cejas en una fingida mueca de despreocupación.
- ¿Qué quieres decir con eso?
- ¿yo?- dijo alargando la palabra- nada, tú sabrás lo que haces.

- ¿querías algo de mí, o simplemente venias a recordar? – dijo Matt tratando de cambiar de conversación.
- Venía a llamarte, vamos a decidir qué hacer con Tara.
- ¿quieres que vaya a buscarla?
- No, mejor no. No tiene porqué enterarse de lo que vamos a hablar.
- Como quieras.

Dicho esto los dos jóvenes subieron las escaleras y fueron de nuevo al gran salón donde los aguardaban los demás entorno a la chimenea. Claudia sostenía sobre sus piernas, abierto casi por la mitad, uno de los enormes libros que había en los estantes.

- ¡Ya era hora!- dijo Adrian- ¿Por qué habéis tardado tanto?
- Por nada, entretuvimos charlando ¿verdad Matt?- dijo Emet.
- Sí, claro- dijo este mientras se quitaba con la manga de la camisa las marcas de su cuello después de vórselas en el espejo que había sobre la chimenea.
- Bueno, ahora que ya estamos todos- dijo Claudia reclamando la atención y comenzó a leer la página que tenía separada con el dedo índice en el libro. El entrenamiento de la futura Reina de los Orbes ha de ser muy variado a la vez que muy intenso. En primer lugar se la ha de adiestrar en las técnicas básicas de las especies madre de cada reino, a saber cómo Metamórfica, Hechicera, Arnif y Humana. Todas y cada una de las disciplinas se le impartirán por el mejor guerrero en su campo, puesto que los retos a los que se ha de enfrentar son dignos del más bravo guerrero. Cuando se haya concluido esta parte del entrenamiento que durará entre dos y tres años comenzará la especialización en la forma de lucha de las distintas razas pertenecientes a cada uno de los Orbes. Por un lado será adiestrada por un Vampiro, un Hombre Lobo, una Sirena y un Úlcido. Después, llegará el turno de que la entrene un Mago y un Brujo. Por último la entrenaran con hijo de la oscuridad y un hijo de la luz, tampoco estaría mal

que escuchase los sabios conocimientos de un hada a ser posible. Con los Humanos no podemos contar por razones más qué obvias, pero no vendría mal que un oráculo la adiestrara aunque sea por un corto periodo de tiempo en meditación. Según nuestros cálculos el entrenamiento completo debe durar entre ocho y diez años, antes de que la elegida se enfrente a sus poderosos adversarios.

La joven dejó de leer y cerró el libro. Por un momento se quedó pensativa mirando fijamente la tapa forrada en piel de color negro, después levantó la vista y examinó uno por uno a los ocupantes de la sala.

- A ver- dijo al fin- tenemos un metamórfico, un Hombre Lobo, lo que parece ser un brujo, una maga, un Arnif y una vampiresa. No está mal. Cerca de aquí, en los acantilados del este hay una pequeña isla donde entran sirenas, así que para completar la instrucción de los Cambiantes solo nos falta un Úlcido.
- La parte que nos concierne al orbe de los Hechiceros está prácticamente completa también - dijo Emet.
- Pero nos falta un Hechicero- le respondió Ari.
- Podríamos volver tú y yo al orbe de los Hechiceros, hay historias que dicen que en una de las colinas nevadas vive un Hechicero, tal vez nos ayude.
- ¿Vamos a hacer un viaje de casi un mes porque alguien dice que a lo mejor vive allí un Hechicero?
- ¿Tú tienes alguna idea mejor?
- La verdad es que no se me ocurre nada.- dijo la chica después de quedarse pensativa por un instante.
- Pues decidido, mañana nos iremos antes del alba
- De acuerdo, ¿pero como saldremos de aquí?, porque si no te has dado cuenta estamos en una isla a varios kilómetros de la costa.

- No os preocupéis por eso,- dijo Claudia desde su sillón- en el trastero hay un par de escobas que tal vez os sirvan.
- ¿Me lo estás diciendo en serio?- dijo Ari incrédula- soy maga, no bruja. A mí no me ha enseñado nadie a montar en escoba, tal vez ni siquiera vuela conmigo.
- Tiene razón - dijo Emet- Pero no te preocupes, yo te llevo en la mía.

En ese momento Daniel le lanzó una mirada que si él hubiera sido mago lo habría hecho desaparecer e una pequeña nube de humo.

- ¿Y tú qué Arnif?-dijo Claudia- crees que podrás hacer que los tuyos vengan a ayudar.
- No prometo nada, ya sabes cómo son los de mi Orbe, pero lo intentaré. Mañana saldré en su busca, creo que hay algún favor que me puedo intentar cobrar.
- Pues perfecto- dijo Claudia levantándose del sillón y dejando el pesado libro de vuelta a su estante.- mañana vosotros tres partiréis y tú Adrian comenzaras con el entrenamiento.
- De acuerdo- dijo este.
- ¡Ah! una cosa más que casi se me olvida- dijo Claudia girando sobre sus talones hacia la mesa del salón.- cuando me dijeron que ibais a venir. Con todas las instrucciones y eso venia una carta que a lo mejor nos complica un poco las cosas.

Abrió el sobre que había encima de la mesa y se lo pasó a Adrian.

- ¿Qué?- dijo este con un notable enojo en su voz abriendo sus ojos como platos- no puede ser verdad.
- ¿Qué pasa?- quiso saber Matt impaciente.
- Aquí dice que el consejo nos solicita que todo el entrenamiento que se debía realizar entre ocho y diez años lo hagamos entre ocho y diez meses.
- ¿Qué?- dijeron todos al unísono boquiabiertos.
- Así es, que no saben cuánto más podrán aguantar sus tropas en los distintos frentes y que necesitan a la sucesora de Isabell lista cuanto antes.

- Y más abajo- prosiguió Claudia- dice que temen la amenaza de Frederick este entrenando a otra sucesora al trono, que puede ser que tal vez se les escapase algún caso como el de Tara, y claro no pueden consentir que Frederick tome el control de los Orbes, así que todos debéis ser conscientes de que si la pupila de Frederick asciende al poder nos sumiremos en el caos, la oscuridad y las tinieblas lo inundarán todo.
- ¿Y que se supone que debemos hacer?- preguntó Ari dejándose caer en uno de los enormes sillones.
- Pues entrenar duro- dijo Claudia- espero que la joven Tara lo aguante.
- Es fuerte, seguro que lo aguanta- dijo Ari.
- Una cosa más- interrumpió Daniel- ¿Qué pasa con el entrenamiento Humano?
- Dicen que no será necesario, puesto que el Crocten Humano no está en manos de un rey contra el que luchar- le aclaró Claudia.
- ¿Y dónde está?, si se puede saber- inquirió Adrian.
- No lo sé.- dijo Claudia encogiéndose de hombros.- en realidad nadie lo sabe, Isabell lo escondió y no hay nada en mis libros que me diga dónde está.
- Pues perfecto- dijo Emet resignado- entonces nunca podremos juntarlos los cuatro y si no están juntos qué más da tener los otros, nadie la obedecerá.
- Tranquilo, todo a su debido tiempo- dijo Claudia- y ahora yo me marcho a descansar. Os sugiero que vosotros hagáis lo mismo, mañana será un día agotador para todos.

Capítulo 9

A la mañana siguiente los primeros rayos del alba que entraban por el inmenso ventanal despertaron a Tara, cuando esta se giró en la cama le pareció ver una figura allí sentada en los cojines de la parte de abajo. Se sentó sobre la cama e hizo un esfuerzo por enfocar la figura que estaba allí sentada con aquellos cabellos rubios enmarañados.

Era Adrian que ya la esperaba allí sentado con un par de tazas de café humeante.

- Buenos días dormilona- dijo este con una inmensa sonrisa.
- ¿qué hora es?- dijo Tara entre bostezos.
- Ya son las seis.
- ¿Las seis?- dijo sin entender que hacia allí el chico tan temprano- ¿y por qué estás aquí?
- Tenemos que empezar a entrenar. O creías que estábamos aquí de vacaciones.
- En realidad, oficialmente yo sí que estoy de vacaciones.
- Ja, ja. Que graciosilla se ha levantado hoy la niña.- dijo haciéndole burla.
- ¿Entonces te ha tocado a ti empezar con mi entrenamiento?- dijo Tara mientras se sentaba en uno de los cojines y tomaba la otra taza de café.
- Pues sí, pero tenemos un pequeño problema.
- ¿Qué problema?
- Que aun no tenemos la mayoría del material, porque tenemos un poco de prisa y no podemos esperar hasta que lo traigan todo.
- ¿Pero podemos entrenar sin materia?
- Lo intentaremos- dijo riéndose mientras la miraba de arriba abajo- aunque puede que a ti no te haga demasiada gracia.
- ¿Por qué?

- Ya lo veras. Ahora tomate el café que nos tenemos que ir.

Eran ya las seis y media cuando llegaron a las pistas de entrenamiento, el sol había salido por completo y los primeros rayos de la mañana la cegaban. Vestida con unos vaqueros, una chaqueta negra y unas gafas de sol Tara aguardaban en medio de la pista a que Adrian llegara con una par de cajas tapadas con un paño gris.

- ¿Para qué es eso?
- Para comenzar tu entrenamiento- dijo mientras descubría una de las cajas. En su interior había una rata de color marrón grisáceo y una larga cola rosa.
- ¡Qué asco!- dijo Tara con una mueca en su cara
- ¿Pero qué dices?- respondió Adrian sacando la rata de su caja y acariciándole el lomo.- este animalito te puede ser muy útil algún día.
- ¿me lo estás diciendo en serio?
- Por supuesto. Fíjate bien, lo hare muy despacio para que lo veas con claridad vale- soltó de nuevo la rata de nuevo en su caja.

De repente sobre su piel empezó a salir pelo y sus orejas se volvieron cada vez más agudas, su nariz comenzó a tomar el aspecto de un hocico, su cuerpo cada vez era más pequeño y peludo. Le empezó a salir una cola rosa y desnuda desde su espalda. En cuestión de un minuto el apuesto joven se había convertido en una rata idéntica a la que estaba enjaulada, salvo que su pelaje era de un color dorado, como los cabellos de Adrian.

Después de esto, la rata correteó un poco alrededor de los pies de Tara y después se volvió a poner frente a la joven y se reconvirtió en Adrian.

- ¿Cómo has hecho eso?- quiso saber la joven que lo contemplaba con los ojos exorbitados.
- Es sencillo, primero debes de ver el animal. No valen verlos por la tele, ni en fotos. Tienes que estar de frente a él.

Mirarlo a los ojos y armonizar tu alma con la suya. Si lo consigues, podrás convertirte en él cuando quieras, donde quieras.

- ¿Y ya no hará falta que lo tenga cerca?
- Si lo haces bien ya no te hará falta nunca más.
- ¿y puedo convertirme en cualquier animal?
- En cualquiera, siempre que consigas sintonizar tu alma con la suya.
- ¿Entonces puedo convertirme en una persona?
- Podrías, pero yo no conozco a nadie que lo haya conseguido.
- ¿Por qué no?
- Porque es muy complicado contactar por completo con un ser tan desarrollado, y solo si tu alma y la suya conectan podrás realizar el cambio.
- Entiendo- dijo Tara pensativa- ¿entonces como lo hago?
- Vale, presta atención. Tienes que coger a Flinqui.
- ¿Flinqui?, ¿eso tiene nombre?
- Claro que tiene nombre, y yo si fuera tú no me metería con ella, se ofende con facilidad.
- ¡Pero si es una rata!
- Bueno yo ya te he avisado- dijo el chico intentando quitarse responsabilidades- Pues eso, la coges y la miras a los ojos. Te aconsejo que acaricies un poco a Flinqui, porque si no puede que se ponga algo nerviosa. Después debes de dejar tu mente en blanco y concentrarte únicamente en los ojos de Flinqui, sumérgete en la oscuridad de sus ojos y espera hasta que una chispa azul salte en alguna parte, en un lugar que no sabrás decir si es el fondo de sus ojos o el de los tuyos.

La chica hizo justo lo que el joven le dijo, cogió la rata y la acarició, después la cogió entre sus manos y la alzó frente a su cara, al principio le constó un poco lo de dejar la mente en blanco, pero cuando o consiguió la oscuridad de los ojos de la rata invadió todas y cada una de las partes de la mente de la muchacha. Tara perdió la

noción del tiempo, incluso dejó de ser consciente de donde estaba. Era como estar perdida en la noche oscura. Entonces sucedió: un destello, tan leve, tan frágil, que ni siquiera podía estar segura de si en realidad lo había visto o solo era su imaginación.

Entonces algo la despertó de golpe, fue como si algo estirase de ella. La rata había mordido su mano y de su pulgar manaba una gota de sangre y un dolor punzante en su dedo.

- Te dije que era una rata muy sensible- dijo Adrian riéndose.
- Maldita sea- dijo Tara soltando la rata. Se pudo oír un gritito hecho por al animal al caer al suelo y después echó a correr por la pista.
- ¡Pero no la sueltes!- dijo Adrian persiguiendo al animal.
- Me ha mordido, ¿Qué querías que hiciera?, ¿qué le diera un beso?- dijo Tara con sarcasmo.
- No, pero no tenemos más- añadió Adrian mientras devolvía al escurridizo animal a su caja- y si no ha funcionado, ¿cómo lo intentarías de nuevo?
- Ha funcionado, no te preocupes.
- Rara vez un novato lo consigue a la primera, pero bueno, probémoslo- dijo sonriendo.
- Vale, ¿Qué tengo que hacer?
- Para empezar, um...- por un momento se quedó pensativo- creo que deberías quitarte todo eso- dijo al fin señalándola de arriba a abajo.
- ¿Quitarme el qué?
- La ropa.
- ¿Qué me quite la ropa? ¿pero tú que te has creído? No pienso desnudarme delante de ti.
- Tu veras, eso es cosa tuya, pero cuando vuelvas a tu forma humana intenta haberte desplazado un par de pasos al menos.
- ¿por qué?

- Porque sino la ropa puede hacer que te ahogues tu sola, por ejemplo si tu cabeza intenta salir donde está tu manga.
- Vale. ¿Cómo lo hago?
- Primero quiero que te centres, has de pensar únicamente en la rata, cierra los ojos y visualízala por completo, desde la punta de las orejas hasta el extremo del rabo.
- Y luego ¿para volver a mi forma humana que hago?
- Es verdad, que casi se me olvida, espera aquí un momento.

El joven salió corriendo en dirección hacia la casa, y al instante volvió con un espejo enorme de cuerpo entero. Era impresionante ver como gracias a la descomunal fuerza que poseía por ser metamórfico, un muchacho tan delgado traía aquel pesado espejo como si no pesara más que una hoja de papel.

- Está bien- dijo recuperando el aliento- quiero que te mires bien, porque cuando vuelvas a ser humana deberás recordarte tal como eres. Así que obsérvate bien.
- Creo que aun me reconozco a mi misma en un espejo
- Pero no es solo eso, si por lo que sea no recuerdas tu pelo, tus ojos o lo que sea no podrás volver a tu forma.
- De acuerdo voy a intentarlo.
- Solo una cosa más.
- Dime.
- Puede que cuando vuelvas a tu forma humana sientas nauseas.
- ¿Nauseas?
- Si, el cambio tan radical, al principio no sienta demasiado bien.
- De acuerdo, voy a intentarlo- dijo la joven decidida.

Tara cerró los ojos y en su mente empezó a formarse la imagen de la ratita, vio sus orejas, sus garras, su rabo y sus negros ojos. Poco a poco la imagen de su mente se fue iluminando de aquel tono azul que envolvía todo lo relacionado con el orbe de los Cambiantes y Adrian pudo ver como el cuerpo de la chica se empezaba a rodear de

una bruma violácea, entonces empezó a encogerse y a adoptar la forma de la ratita desvaneciéndose dentro de la ropa, que quedó hecha un montón donde antes había estado la muchacha. Al final del montón de tela salió una pequeña rata con el pelaje castaño con destellos rojizos, rubios y negros como el pelo de chica.

Tara se sentía diminuta, todo cuanto había a su alrededor era enorme, pudo comprender porque las rata corría asustadas. Visto desde abajo Adrian era un ser enorme y aterrador, corrió a su alrededor y empezó a sentirse libre sentía el viento en su cara al correr y se sentía ligera y ágil. Vio como Adrian la miraba e intentaba decirle algo, pero ella no le entendía. Entonces se dio cuenta de que le chico intentaba decirle que se recuperara de nuevo su forma humana, así que se concentró con todas sus fuerzas en intentar imaginarse como era, se imaginó cada parte de su cuerpo y poco a poco notó como aumentaba de tamaño, como su cuerpo poco a poco se iba despojando del pelo que la cubría y empezó a sentir el frío, abrió los ojos y vio a Adrian mirándola, notó como sus mejillas se sonrojaban.

Las mejillas de la chica se pusieron de color rojo intenso al darse cuenta de que estaba completamente desnuda bajo la mirada de Adrian.

- ¿Quieres pasarme la ropa?
- S.. si, si claro- Adrian se giró rápidamente y le pasó los vaqueros y la chaqueta.

Tara se vistió a toda velocidad y se fue de vuelta a la casa corriendo todo lo rápido que pudo. Al momento salió con una manta entre sus manos.

- ¿Qué haces con la manta?
- Si vamos a hacer esto, lo haremos a mi manera.
- De acuerdo, como tú quieras, cuéntame para qué es eso.
- Puesto que tengo que estar desnuda, al menos no me congelaré de frío.
- Una cosa- dijo antes de continuar-¿Te sientes bien?

- Perfectamente, la verdad es que nunca me sentí así, tan libre, tan bien.
- ¡Qué extraño!
- ¿extraño por qué?
- Ya te dije, por lo general los primeros cambios no suelen sentar nada bien. Pero si tú estás bien, sigamos.

Entonces levantó la tela que había sobre la otra caja y en ella había un gato negro con una mancha blanca en su pecho y unos enormes ojos verde.

- Bueno, ya sabes lo que tienes que hacer ¿no?
- Creo que sí, pero quería preguntarte que por qué cuando estaba en forma de animal no podía entender lo que me decías.
- Es normal, sobre todo al principio al transformarte el cerebro animal domina sobre el tuyo, entonces eres casi por completo una rata, con el tiempo iras acostumbrándote a mantener la conciencia humana en estado animal, y ya no correrás peligro.
- ¿es que corro algún tipo de peligro?
- Sí, si estás demasiado tiempo en forma animal ahora que tu cerebro aun no está listo puedes perder por completo la conciencia y no poder regresar a tener tu forma.

Tara tragó saliva asustada por lo que su amigo le acababa de revelar. Entonces respiró profundamente y abrió la jaula del gato, lo sacó y lo empezó a acariciar sosteniéndolo en sus brazos, el animalito empezó a ronronear. Cuando Tara vio que estaba del todo tranquilo lo levantó y se sumergió en los profundos ojos verdes del gato, poco a poco todo a su alrededor fue desapareciendo. La joven le aguantó la mirada al felino hasta que noto aquel chasquido azul. Después dejó el animal en su jaula y cerró los ojos. Al igual que la otra vez su cuerpo se fue encogiendo, pero esta vez mientras iba reduciendo su tamaño a parte de pensar en la figura del animal empezó a repetirse a sí misma << Soy Tara Nailing, soy Tara Nailing...>>. Poco después ya era

un gatito y la bruma violácea que la rodeaba al transformarse se desvaneció. Miro a un lado y a otro, sus ojos podían ver cosas que nunca habían visto, con más precisión de la que Tara jamás hubiese imaginado.

Un pajarillo se posó junto a Adrian y Tara saltó sobre él, el pájaro levantó el vuelo y el pequeño gato de pelaje castaño surcado por mechones rojos, cobrizos y rubios salió corriendo detrás de él. Adrian empezó a gritarle, pero aunque la chica entendía perfectamente lo que le decía no le prestó atención y se fue hacia el bosque persiguiendo al pajarillo.

El pequeño animal se posó sobre una de las ramas más altas de un árbol y el gato escaló hábilmente por el tronco del mismo. Se quedó parado frente al pájaro que lo miraba torciendo la cabeza intentando predecir lo que iba a hacer el gato. Entonces Tara miro a sus pequeños ojos y conectó con su alma. Un chasquido azul salto en sus ojos, entonces la bruma violácea recubrió por completo el gato y cuando se desvaneció un pequeño pajarito trinaba donde había estado antes el felino. Tara al ver lo sucedido vatio las alas y volvió de nuevo donde estaba la manta. Mientras volaba hacia allá, pudo ver a Adrian que la buscaba para hacerla volver. El pájaro aterrizó junto a la manta y se puso debajo de ella entrando por una de las arrugas. La luz violeta salió por las rendijas de la manta y poco a poco se fue levantando. De allí salió la muchacha envuelta en la manta.

Llamó a Adrian para que se reuniera con ella. El joven estaba hecho una furia por haberse escapado y cuando la vio allí, parece que se calmó un poco. La chica le contó lo que le había sucedido.

- ¿De verdad has pasado de gato a pájaro sin pasar por tu forma humana?- dijo atónito.
- Si, ¡y ha sido genial!- dijo la chica sonriente.
- Sabía que serías buena por ser quien eres, eso no lo puede discutir nadie, pero nunca llegue a pensar que serías tan bueno.- dijo el joven remarcando las últimas palabras.
- ¿Por qué dices eso?- dijo sonrojándose.

- Porque de forma normal un metamórfico tarde casi un año en conseguir lo que tú has hecho en un hora.
- No sé,- dijo la chica encogiéndose de hombros- yo solo hice lo que me pedía mi cuerpo, ni siquiera pensaba lo que estaba haciendo.
- Cuando eras un gato, ¿Podías entender lo que te decía?
- Sí, pero algo dentro de mi me decía, “no le escuches, persigue al pájaro”.
- Eso era tu instinto animal, debes aprender a controlarlo. ¿Está claro?
- ¿y cómo se hace eso?
- Al principio cuesta mucho pero después es fácil. Cuando esa vocecilla dentro de ti te diga que no obedezcas, que hagas cosas que como persona no harías, simplemente ignórala. Con el tiempo acaba desapareciendo, te lo prometo.
- Está bien, lo intentare. ¿Puedo hacerte una pregunta más?
- Claro, estoy aquí para resolver todas tus dudas.
- ¿por qué cuando yo volví a mi estado normal estaba completamente desnuda y cuando tu volviste a ser un hombre estabas vestido?
- ¿Recuerdas que te dije que aun no teníamos todo el material?
- Si.
- Pues entre las cosas que nos faltan están tu nuevo uniforme.
- ¿mi uniforme?
- Claro, fíjate bien en mi ropa. No está hecha de un material cualquiera, está hecha de piel de Fu.
- ¿Qué es un Fu?
- Es un animal que solo se cría en el orbe de los Cambiantes, es muy difícil de cazar, puesto que puede adoptar cualquier forma que se le antoje. Ese comportamiento tan particular hace que nuestra ropa cambien con nosotros, es decir si somos una rata, es piel de rata, si somos un cocodrilo pues será piel de cocodrilo y si somos Humanos, es nuestra ropa.

- ¿Y cuando tendré yo uno de esos?
- Espero que pronto, pero no estoy seguro, porque en realidad no tienes varios uniformes, sino uno solo que reúne las cualidades de todos los uniformes de guerrero. Será difícil como los nuestros, con una coraza resistente como los de los brujos, y capaz de desaparecer contigo como el de los Susuradores. A la vez también ha de ser ligero y permitirte hacer todos los movimientos que deseas. Por eso están tardando tanto en confeccionarlo.
- ¿y transformarse con ropa y sin ropa es lo mismo?
- La verdad es que no, al principio muchos acaban siendo pequeños animalillos vestidos, lo que resulta bastante ridículo. Si quieras podríamos probar a ver qué tal se te da.
- De acuerdo, pero como lo vamos a hacer si yo no tengo ropa especial.
- No hay problema, ponte mi chaleco y prueba.

El joven se quitó el chaleco y dejó al descubierto su torso, Tara pudo ver las tres marcas de las flechas que una vez habían atravesado su pecho y se quedó fijamente mirándolas. El joven le ofrecía la prenda y dijo algo que Tara no pudo oír pero que la sacó de su abstracción.

- Póntelo- repitió el joven con una sonrisa mientras Tara apartaba la vista de sus cicatrices y cogía el chaleco.- no te preocupes, solo son rasguños, no es nada grave.
- ¿Estás seguro de que no fue nada grave?
- Claro que no- dijo el joven quitándole importancia.

Pues eso no es lo que me dijo Matt.

- Es un chivato- dijo Adrian haciendo una mueca.- pero no te preocupes, que yo ya estoy bien.
- De acuerdo- dijo la chica mientras se subía la cremallera del chaleco.

Había enroscado la manta la rededor de su cintura a modo de falda y cerró los ojos para concentrarse de nuevo en lo de ser un gato.

Al principio todo fue como antes, pero después sintió como si el chaleco se pegase a su cuerpo y se fundiese con su piel, en su mente se formó la idea del chaleco alrededor del gato, con ese aspecto ridículo que tienen las mascotas cuando les ponen ropa y apretó los ojos con más fuerza para borrar aquella idea e imaginarse únicamente al gato, tal y como era al principio.

Al final lo consiguió, volvió a retomar la forma del gatito y se sentó muy atenta a la espera de que Adrian le diera algún tipo de instrucción para continuar con el entrenamiento. En ese momento, un tremendo ruido se oyó a lo lejos, en los acantilados que había más allá del bosque. Adrian y Tara corrieron hacia la fuente del estruendo.

Junto a la costa había una embarcación medio escorada, con el metal oxidado y la pintura desconchada. Tara que había regresado de nuevo a su forma humana y aguardaba en el borde del acantilado junto a Adrian envuelta en la manta, vio salir a un hombre del barco que se tambaleaba al andar. Adrian saltó desde el acantilado y cayó en cuclillas en la proa del barco. El golpe resonó en el acantilado con un ruido sordo.

Adrian levantó el rostro para examinar al hombre que había allí de pie sujeto a la barandilla. Le pareció ver como bajo su capucha se movía algo, era como si su piel no se estuviera quieta, entonces el hombre levantó la capucha que le cubría el rostro y se pudo ver como cientos de insectos recorrían su rostro de un lado a otro, en realidad no lo recorrían, estaba formado por ellos.

A Tara se le revolvió el estomago al ver a aquel ser. Pero él no pareció percibir la presencia de la muchacha.

- Soy Altor Flink, guerrero Cambiante, y estoy aquí para servir a la futura reina de los reinos.- dijo el hombre con una voz profunda, y llena de serenidad.
- De acuerdo amigo- le contestó Adrian- ¿puedes llevar tu barco hasta el embarcadero?
- Me temo que no- dijo el hombre echando un vistazo a la proa escorada- he encallado en las rocas.

- Entonces sígueme. – diciendo esto, Adrian dio un salto y en el aire se convirtió en el águila de pelaje claro que Tara había visto cuando la emboscada en las montañas.

El hombre también saltó y un millar de abejas salieron zumbando de donde había estado el hombre y siguieron a Adrian. Tara salió corriendo tras de ellos, pero enseguida los perdió de vista. Al llegar, la puerta de la casa estaba abierta, así que supuso que Adrian había hecho pasar al salón a su invitado, se dispuso a entrar pero se detuvo en seco al darse cuenta de que iba vestida con el chaleco de Adrian y la manta, así que volvió a las pistas de entrenamiento a ponerse su ropa.

Después de vestirse le pareció oír algo en las pistas que había más abajo, así que se acercó al borde de su pista y vio abajo a un lobo negro corriendo de un lado para otro, al instante se dio cuenta de que aquel animal era Matt. Entonces se paró a pensar en que no había visto ni a Ari, ni a Emet, ni a Daniel en toda la mañana. Así que bajó para preguntarle a Matt si él sabía algo de ellos.

En el salón de la casa Adrian traía una taza de café al extraño individuo que acababa de llegar.

- ¿Quién te ha dicho donde encontrarnos?
- Un mensajero llego hace un par de días a mi aldea y me explico lo que tratabais de hacer, me dijo como llegar y me rogó que no tardase en partir.
- ¿Quién era ese mensajero? – quiso saber Adrian, puesto que ellos no habían enviado a nadie.
- No lo sé, solo me dijo que se llamaba Astrón y que era necesario que viniera cuanto antes.
- Bueno, lo importante es que estas aquí. Esta noche Claudia nos informará de cómo llevar a cabo la transformación.
- ¿Claudia Agsún? ¿la cronista?
- Si, esta es su casa.
- Ahora sí que estoy seguro de que esto va en serio.
- ¿Es que lo dudabas?- dijo Adrian arqueando una ceja.

- No lo tenía claro. Todo ha sido tan precipitado, pero bueno, si nos han enviado a su casa es que la cosa va en serio.
- ¿Por qué es tan importante para ti su presencia?
- Porque ella es la cronista oficial, mi abuelo me contaba historias de cuando empezaron a entrenar a Isabell. Me dijo que todo estuvo sumido en el mayor de los secretos, y que si alguien osaba contar algo de lo que se estaba tramando, era inmediatamente acusado de traición contra los reinos y ejecutado, pero como no querían que todo el esfuerzo quedara en el olvido, todo lo que hizo falta para crear a la mejor guerrera de la historia, así que llamaron a la mejor cronista, a la madre de Claudia, que relató al detalle todo lo sucedido. Así que si estamos en casa de los Agsún esto va muy enserio.
- Espera un momento, ¿tu familia entrenó a Isabell?
- Si, y otros muchos guerreros más. Y para mi es un honor que me hayan seleccionado a mí para estar aquí.
- Bueno, aun no estamos todos.
- ¿Cómo que no estamos todos? ¿habéis empezado sin que se reúna por completo el equipo de entrenamiento?
- Si, no nos quedó más remedio. El tiempo corre en nuestra contra.
- ¿A qué te refieres?
- A nosotros no nos han informado de mucho, solo nos han dicho que debe de estar lista cuanto antes.
- ¿entonces es cierto?
- ¿el qué?
- Lo que van diciendo por ahí, de que Frederick está entrenando a otra aspirante a reina.
- No lo sabemos, pero no eres el primero que nos habla de ese rumor.
- ¿Pero el consejo no se ha pronunciado al respecto?

- No, todavía no. Supongo que están un poco liados intentando que los distintos orbes no se maten entre ellos.
- Puede ser. Si las cosas no cambian pronto, el mundo tal y como lo conocemos no durará mucho. A propósito ¿Dónde está la futura reina?
- La verdad es que no lo sé, creí que nos seguiría. Pero está tardando demasiado.
- ¿Deberíamos ir a buscarla?
- No, tranquilo, ya vendrá.

Mientras tanto en las pistas, Tara se acercaba al recinto donde correteaba el espectacular lobo negro, abrió la puerta de valla metálica y entró. Entonces el enorme animal se abalanzó sobre ella, parecía no reconocerla. Tara se asustó muchísimo, al ver que no se podía quitarse de encima al animal, mientras luchaba por no ser alcanzada por sus potentes fauces recordó la transformación que Adrian le había enseñado, así que luchó contra el miedo que controlaba por completo su mente y empezó a imaginarse al pajarillo. Entonces se convirtió en él y emprendió el vuelo lo más rápido que pudo, faltaron solo unos pocos centímetros para que la enorme bestia negra alcanzara al pequeño pájaro, pero este salió ileso y se posó en la parte superior de la maya metálica que bordeaba el recinto. El animal aulló y saltó intentando alcanzar al pajarillo, pero todos sus esfuerzos fueron vanos puesto que este se encontraba a varios metros de altura. Cuando el animal desistió se puso casi en el centro de la pista y poco a poco fue perdiendo su forma animal y convirtiéndose en el Matt de siempre.

Una bruma azulada se desvaneció y dejó al descubierto el cuerpo desnudo en el centro de la pista, Tara podía ver los definidos músculos del joven y sus oscuros cabellos que caían hacia delante en pequeñas hebras de color azabache. Se podían ver las cicatrices de su espalda, de sus brazos y la marca de su pierna donde le mordió el Hombre Lobo. Mientras Tara lo contemplaba este se puso en pie y le gritaba algo.

Tara se dio cuenta de que con las prisas no se había parado a pensar en no ser por completo un animal, así que no podía comprender nada de lo que el joven le decía. Pero supuso que le pedía que bajase, y así lo hizo. Bajó aleteando y se posó junto al joven. Un instante después era de nuevo ella. Tara estaba cubierta por el chaleco de Adrian que aun no se lo había quitado y debido al pequeño tamaño de la joven, el chaleco le hacía las veces de vestido. Pero Matt estaba desnudo y cuando se percató de ello se puso todo rojo y se tapó como pudo, Tara riéndose salió de la pista y le trajo su ropa que estaba amontonada en una roca cercana.

- ¿Se puede saber que haces desnudo?- le pregunto la joven mientras se vestía de nuevo.
- No había equipamiento para los dos cuando salimos del hostal donde estaba la puerta. Así que Adrian se puso el que había y a mí me dieron ropa normal. ¿y tú qué haces aquí? ¿no se supone que deberías estar entrenando con Adrian? No deberías andar arriesgando tu vida por ahí tan tontamente.
- ¿arriesgando mi vida?
- Si. ¿No ves que podría haberte matado?
- ¿Cómo que haberme matado? ¿no se supone que tú controlas lo que haces aun cuando estás en forma animal?
- Lo controlo más o menos, por muy fuerte que sea que no se te olvide que sigo estando infectado y si llegas así, sin avisar, pues lo más normal es que salga mi instinto animal y te ataque.
- Vale, lo tendré en cuenta para la próxima vez.
- Mejor será, por tu propio bien.

Ambos salieron de vuelta a la casa a reunirse con Adrian y el extraño visitante. Al entrar por la puerta Altor se arrodilló ante Tara, con un brazo a la espalda y el otro haciendo una reverencia a la joven.

- Mi señora- dijo Altor- soy Altor Flink estoy aquí para serviros, espero que me aceptéis a vuestro lado para serviros y protegeros.

- Encantada- dijo Tara ruborizándose ante la situación- pero por favor Altor no me trate de usted. Solo soy una chica.
- De acuerdo mi señora, como ordenéis.
- Y no me llames señora, me llamo Tara- dijo la chica mientras ayudaba al hombre a ponerse en pie.
- ¿Cómo puedo ayudar?
- La verdad es que no lo sé.- dijo Tara mirando a los chicos.- ¿vosotros sabéis algo?
- No- dijo Adrian- tendremos que esperar a que Claudia se despierte.

El resto del día Tara siguió entrenando junto a Adrian para agilizar sus conversiones, cada vez le costaba menos mantener la conciencia al transformarse y sus cambios cada vez eran más rápidos, aun no podía alcanzar la destreza de Adrian y transformarse en el aire como hacia él, pero aprendía deprisa, no necesitaría demasiado tiempo para llegar a alcanzar el nivel de su entrenador.

Mientras tanto, Altor se instaló en una de las habitaciones vacías y Matt se fue a investigar el bosque. Justo al ocultarse el sol, Claudia salió por la puerta acompañada de Altor, y con el enorme libro de tapas de cuero negro bajo el brazo. Los llamó y poco después todos estaban sentados en el salón frente al fuego.

- Bueno, aquí está- dijo Claudia señalando uno de los párrafos del libro.
- Llevas horas con ese libro, ¿se puede saber que buscas?- le preguntó Adrian.
- Esto, justo esto- dijo señalando el párrafo- desde anoche he estado leyendo el libro de arriba abajo y no podía encontrar esto, pero aquí está. Ya pensaba que me había equivocado o que había perdido el libro que lo explicaba.- dijo Claudia muy nerviosa.
- A ver, tranquilízate- dijo Adrian- ¿Qué es lo que dice ese párrafo? ¿y por qué es tan importante?

- Porque cuando me fui a mi habitación ayer antes de amanecer, no era capaz de concebir como íbamos a hacer para infectarla de todas las enfermedades sin que muriera en el intento.
- Es cierto- dijo Matt, que acababa de caer en que era inverosímil contaminarla de todas las enfermedades y que ella sobreviviera.- ¿no se supone que si alguien que ya está infectado de una de las enfermedades, el contactar con otro de los virus lo mataría en el acto?
- Exacto- dijo Claudia- pero por fin he encontrado el modo de infectarla y que no muera.
- ¿Cómo?- dijo Tara asustada.
- Según dice aquí- dijo bajando la vista hacia el libro- El ser capaz de soportar varios venenos a la vez y no morir en el intento es un don que pocos poseen. Solo se han registrado casos de supervivientes en seres que han nacido de infectados de las distintas razas, pero sin los dones de cada una de ellas y que posteriormente han sido infectados. Para llevar a cabo dicha infección todos los venenos han de ser incorporados al organismo al mismo tiempo.
- ¿Entonces para que esto funcione se supone que debería llevar sangre de todas las razas?- dijo Tara.
- En efecto- le contesto Claudia- puesto que tú eres mestiza solo uno de tus padres podía estar infectado.
- Pero bueno, eso tampoco debería de ser un problema- intervino Altor.
- Pero no sabemos quiénes eran mis padres.- replicó Tara.
- Bueno, si es verdad lo que se rumorea por ahí, si que sabemos quiénes son tus abuelo- dijo Altor- y sabiendo que por sus venas corre la sangre de todos los reinos, no creo que contigo tengamos problemas.
- ¿Qué es lo que se rumorea por ahí? ¿Vosotros sabéis quienes son mi familia?- dijo mirando a sus amigos.

Todos se miraron entre ellos, sin saber muy bien que decir. Al final Matt se atrevió a hablar.

- No lo sabemos a ciencia cierta, pero quienes son tus padres es un secreto a voces.
- ¿qué? ¿Qué todo este tiempo sabíais quienes eran mis padres y no me dijisteis nada?
- No quisimos decirte nada porque solo es un rumor, y si no es cierto... bueno que saberlo tampoco te ayudaría mucho a cumplir tu misión.
- Me da igual, decidme quienes son mis padres.

El silencio volvió a invadir el salón. Entonces Claudia se levantó y cogió un álbum de fotos de otro de los estantes. Se puso junto a Tara y le enseñó una de las páginas.

- Esta es una foto de hace ya casi cuatrocientos años- comenzó a decir Claudia mientras le enseñaba una vieja foto con un tinte amarillento causado por el tiempo- aquí tienes a tres de los reyes de los orbes. De izquierda a derecha tienes a Cedric Cunstein, Alice Alstein y Oriol O'Connel.

En primer lugar el rey de los Susuradores, Cedric Cunstein a la izquierda de la foto, iba vestido con traje entallado negro y gafas de sol, su pelo era de un tono rojizo y despuntado, flotando alrededor de su angulosa cara. Así era, con ese aire misterioso. A su lado estaba Alice Alstein, reina de los Cambiantes, con un largo vestido negro, caído hasta los pies y con un corpiño entallado que resaltaba su delgada figura, una brillante melena rubia caía sobre sus hombros y una sombrilla de encaje negro apoyada sobre su brazo derecho, manteniendo a la sombra su clara piel. Junto a ella, Oriol O'Connel rey de los Hechiceros, el caballero vestía con un traje claro, sombrero a juego y un elegante bastón con una empuñadura dorada sobre el que se apoyaba, con cabellos negros como la noche, a la par de sus ojos y barba de un par de días.

- Ellos son tus abuelos.
- Parecen muy felices- dijo Tara.

- Son grandes amigos, y eso nos beneficia a todos.
- ¿Por qué os beneficia que ellos sean amigos?
- Porque hacen pactos y mantienen los orbes en paz, que ya es bastante duro cuando hay guerras dentro de los orbes, como para añadirles más estúpidas guerras entre orbes.
- Y el orbe Humano, allí no hay rey ¿verdad?
- No hay un rey como en las otras, pero si hay un guardián del Crocten Humano.
- ¿Y cómo lo encontraremos?
- No creo que sea difícil, aquí dice que Isabell dejó el Crocten Humano en manos seguras y que debido a la corta longevidad de los Humanos, dicho Crocten pasaría de generación en generación.
- Así que solo tenemos que encontrar al heredero de aquel que Isabell creía de fiar. – dijo con sarcasmo.
- Bueno, cambiando de tema- intervino Matt- ¿cómo vamos a hacer para que convertirla todos a la vez?
- Es sencillo, iremos a ver a las sirenas y allí entre todos la convertiremos.- explicó Claudia.
- ¿me dolerá?- dijo Tara hundida en los cojines del sillón, pálida como la leche al pensar en lo que se le venía encima.
- Tal vez.- dijo Claudia- la mordedura de Vampiro no es demasiado dolorosa, porque si lo fuera nuestras victimas no se dejarían, en cambio las otras...
- La de Licántropo duele, no te lo voy a negar- admitió Matt- mi raza no es conocida por su delicadeza precisamente a la hora de capturar a las víctimas, nosotros no somos tan sutiles como los chupasangres.
- La mía- intervino Altor antes de que Claudia pudiera replicar el comentario de Matt- es como si te clavasen cientos de agujas, y luego probablemente en todos los lugares donde tengas una herida se te hinche, porque tu cuerpo tratará de defenderse contra la infección. La verdad es que luego de

esas picaduras salen las larvas de los componentes de tu nueva piel.

- ¿Mi piel se volverá como la tuya?- le preguntó a Altor.
- No creo, supongo que los otros venenos mataran las larvas antes de que salgan.
- ¿Y el cambio a sirena en qué consiste?
- De las sirenas no tenemos mucha información- dijo Adrian- ellas no suelen hablar sobre eso y aun no se ha conocido a ningún hombre que haya sobrevivido a su ataque.
- ¿Solo atacan a hombres?
- No, también atacan a mujeres, pero a ellas las convierten en sirenas y se incorporan al clan de su madre.- le explicó Matt.
- Si has estado todo el día entrenando, deberías descansar un rato hasta la hora de cenar- le recomendó Claudia- después de la cena nos iremos hacia los acantilados de las sirenas.

Capítulo 10

El aire húmedo del mar azotaba los cabellos de Tara apoyada en la barandilla de la proa del barco, era una noche sin luna y las estrellas brillaban con más fuerza que nunca, pero a malas penas se podía ver nada en el mar y mucho menos las costa. Tara se preguntaba si la aguda vista de los Cambiantes les permitía ver algo más allá o simplemente viajaban a la deriva por el mar esperando chocar contra el acantilado de las sirenas.

Matt se acercó muy sigilosamente a Tara por la espalda. Cuando Tara notó la presencia del chico dio un salto a causa del miedo y de repente su corazón latía tan fuerte que le dio la sensación de que hasta el muchacho podía oírlo.

- Qué bonita vista, ¿verdad?- dijo el joven mirando hacia la inmensa oscuridad
- ¿Puedes ver algo?- preguntó la chica sorprendida
- Claro, ¿tú no?
- No, no consigo ver nada mas allá de la proa del barco
- ¿Pero lo has intentado?
- ¿Intentar qué?
- Mira, cierra los ojos con fuerza, hasta que veas muchos puntitos de colores.
- Vale- dijo la chica mientras seguía las instrucciones de su amigo- ¿y ahora qué?
- Ábrelos, pero cuando lo hagas quiero que mires con atención hacia tu derecha.

La chica hizo justo lo que Matt le decía y abrió los ojos muy despacio, poniendo toda su atención en la oscuridad que la rodeaba por su derecha, poco a poco le pareció intuir una silueta y cada vez se hacía más nítida. Empezó a ver el contorno de los acantilados y de las pequeñas calas, y poco a poco fue viendo más y más.

La panorámica era muy extraña, porque únicamente podía ver en blanco y negro, pero poco a poco fueron apareciendo distintas tonalidades de gris y al final era como una foto en blanco y negro.

Todo lo que antes había sido oscuridad ahora era la costa, el mar, los árboles, las montañas que surgían del agua formando estolones.

Entonces empezó a aparecer frente a ellos los acantilados que llevaban rato buscando, el barco poco a poco se ponía frente a la formación rocosa en semicírculo, con cientos de rocas puniagudas en su interior. No se podía ver a nadie, pero una hermosa melodía procedía de su interior. Los hombres del barco estaban ahora en la proa y los tres parecían hechizados por la dulce melodía que lo invadía todo.

- Ya no podemos avanzar más- dijo Claudia desde detrás del timón.- a partir de aquí debemos ir en bote.
- ¿pero se puede saber que les pasa a estos tres?
- Están hechizados por el canto de las sirenas.
- ¿y por qué a nosotras no nos afecta?
- Porque somos mujeres y las sirenas solo se alimentan de varones, puesto que si muerden a una hembra la convierten en sirenas y eso no les interesa mucho, ya que cuantas más sirenas haya entre más hay que repartir la comida.
- ¿Entonces nunca convierten a mujeres?
- Normalmente no, solo cuando alguna de ellas muere o se marcha.
- Entonces, ¿como las convenceremos para que me muerdan?
- No te preocupes, tú déjame hablar a mí. En teoría no tendrían que ponernos problemas, puesto que tú no vas a ser competencia para ellas, pero con las sirenas nunca se sabe.

Mientras decía esto el bote terminó de caer al agua. Antes de bajar el bote Claudia le dio a Tara un par de orejeras, y le indicó que debían ponérselas a ellos y encerrarlos en el pequeño calabozo que había en el interior del barco. Así sería la única manera de mantenerlos a salvo, porque sino cualquier momento sería bueno para que saltasen al agua o intentasen estrellar el barco contra las rocas para ir con las sirenas. Tara lo hizo sin rechistar, después fueron remando poco a poco sorteando las afiladas rocas hasta llegar justo al

centro del semicírculo. Entonces Claudia se puso a llamarlas dando gritos, poniendo sus manos entorno a su boca a modo de altavoz.

- SIRENAS, ¿DÓNDE ESTAIS? NO ME IRE HASTA QUE SALGAIS- repetía una y otra vez, hasta que al final una de ellas se apoyó con los brazos en el borde del bote.
- ¿Qué queréis?- pregunto la joven sirena, con su hermosa voz.
- Necesitamos tu ayuda- le contestó Claudia.
- ¿y por qué iba yo a prestaros mi ayuda?
- El consejo te lo ordena.
- El consejo, ija! Ya no acatamos sus órdenes, todos saben ya que tiene los días contados y que dentro de poco llegará la sucesora de Isabell.
- Yo soy la sucesora de Isabell- Dijo Tara.
- ¿Qué tu qué?- dijo la sirena abriendo al máximo sus ojos a causa de la sorpresa y echándose hacia atrás.

Los ojos de la joven eran completamente negros, no tenían ni una pizca de color, ni un poco de blanco que le dieran algo de humanidad. Bajos sus largos cabellos mojados aparecían unas orejas puntiagudas y más atrás de vez en cuando se veía chapotear su imponente cola de pez.

- Ya lo has oído, ella es la heredera.- dijo Claudia muy seria- ¿nos ayudarás o no?
- Claro que sí- contesto subiéndose a una roca cercana- pero espero que no se le olvide a la joven cuando sea reina, que las sirenas ayudamos sin pedir nada a cambio.- dijo con una sonrisa maliciosa en su rostro.
- De acuerdo- dijo Tara.
- No Tara- le dijo Claudia al oído- no te fíes de ellas, estos seres solo albergan maldad.
- No te preocupes, se lo que me hago- le contesto disimulando.
- Bueno, ¿entonces qué?- preguntó la sirena con los brazos cruzados.

- Tu ayúdanos y algún día te devolveré el favor.- dijo tendiéndole la mano- ¿trato hecho?
- Trato hecho- contestó la sirena saltando de la roca y cogiendo la mano de la muchacha.
- ¿Qué tengo que hacer?
- Tienes que convertirla.
- Eso es fácil - dijo la sirena, agarrando el brazo de la joven.
- Espera- dijo Claudia apartando la cabeza de la sirena a una velocidad tan rápida que cuando Tara se fue a dar cuenta ya estaba separándola de su brazo.- tienes que esperar a que estemos todos.
- ¿Todos?- dijo la sirena.
- Si, ha de ser a la vez, la transformación de sirena, Licántropo, Vampiro y Úlcido
- ¿Cómo lo haremos?
- Lo primero haz que tus amigas dejen de cantar, porque hasta que no se callen nuestros amigos no podrán ayudarnos.
- ¡CHICAS CAYAD!- les ordenó a sus compañeras, y de repente todas guardaron silencio.

Empezaron a remar de vuelta al barco y la sirena las siguió bajo el agua. Al llegar al barco Tara se quedó con la sirena mientras Claudia iba a sacar a los chicos del calabozo.

- No nos has dicho cómo te llamas.
- Mi nombre es Daphne, soy la capitana del tercer escuadrón de las sirenas.
- ¿Para qué sois necesarias las sirenas para los guerreros?
- ¿qué? ¿Me lo estas preguntando en serio?- dijo la sirena muy indignada.
- Lo siento, pero no puedo concebir como puede ayudar una sirena a defender los reinos.
- ¿Cómo puedes pensar así? Nosotras defendemos a esos inútiles ante todos los ataques nabales, somos las que

hacemos que vuestras aguas sean seguras. Mira si piensas así, creo que será mejor que me vaya.

- No, espera- dijo Tara mientras la sirena se alejaba.

Subió a la embarcación mientras maldecía y cuando llegó a la cubierta del barco vio a Claudia con los demás listos para ir en su encuentro, en cuanto vio la cara de Tara supo que había pasado algo.

- ¿Se puede saber que has hecho ahora?
- Nada, bueno... estaba hablando con Daphne y dije algo que no le sentó muy bien y se marchó.
- ¿Qué se ha ido?, maldita sea Tara, ¿es que no puedes hacer nada bien?
- Lo siento, no era mi intención cabrearla, pero es que las sirenas son seres muy sensibles, a la más mínima se enfadan.
- Bueno eso ahora da igual. Debéis bajar de nuevo al calabozos dijo a los chicos- no es seguro que estéis aquí cuando se reúna con sus hermanas.

Todos ellos obedecieron rápidamente. Antes de irse Claudia les dio unos collares con una piedra brillante que cambiaba de color y hacia de cierre.

- Poneos eso- les dijo.
- ¿para qué es esto?- le preguntó Adrian mientras examinaba el extraño collar.
- Es un inhibidor, no permitirá que os transforméis por mucho que lo deseéis.
- Creo que podremos controlarnos- le contesto Altor.
- Perdona que dude de tus capacidades, pero no lo creo. Tara ha cabreado a las sirenas por lo que parece, así que ahora cantaran con una melodía tan dulce que hasta vosotros, grandes guerreros, cederéis ante ella.
- ¿tú como sabes eso?
- Digamos que no permitiré que se pierdan más hombres bajo mi mando ante estos malvados seres.

Todos parecieron comprender al momento que esta no era la primera vez que Claudia se enfrentaba a sirenas cabreadas, así que obedecieron y rápidamente se encerraron en el calabozo, tomaron las orejeras que habían dejado en el suelo y se las ciñeron con fuerza. Después cerraron los candados de la pequeña celda y se sentaron a esperar que las chicas volvieran.

Claudia y Tara bajaron de nuevo al bote y comenzaron a remar para llegar ente las sirenas e intentar que aceptasen las disculpas de Tara y las ayudases.

No pasó ni un minuto antes de que la melodía de las sirenas inundase el navío. Las orejeras no sirvieron de nada, conforme llegó el sonido hasta ellos se impregnaron del cálido sonido que procedía desde la costa, de repente perdieron cualquier conciencia de la realidad. Lo único en lo que podían pensar era en que tenían que escapar de allí como fuera, intentaron transformarse, pero al ver que los collares que Claudia les había entregado no los dejaban convertirse, intentaron quitárselos con todas sus fuerzas. Pero no había forma de desasirse de ellos, ante el creciente agobio de no poder quitarse aquella cosa del cuello incluso empezaron a estirar de él, desgarrándose la piel de su cuello. La sangre les empezaba a correr por el pecho e impregnaba su ropa de un color carmesí y un dolor punzante les atravesaba la espalda procedente de las heridas de su cuello. Eran verdaderas bestias, y su único objetivo en la vida era acudir al canto de las sirenas. Golpeaban los barrotes macizos del calabozo y zarandeaban la puerta que no parecía ni inmutarse ante los descomunales golpes que los hombres le propinaban.

Mientras tanto, las jóvenes llegaron a la entrada de una cueva desde donde procedía el armónico sonido. Navegaron con muchísimo cuidado hasta llegar al fondo de la cueva, a un lugar en el interior de la montaña donde había un claro que permitía ver el estrellado cielo y dejaba pasar el frío del exterior. Allí sentadas en un semicírculo de roca, cubierto parcialmente por agua para mantener sus colas

húmedas, aguardaban las sirenas, frías, distantes, mirándolas de forma amenazadora.

- ¿ahora qué queréis?- preguntó Daphne muy digna- no os basta con menospreciar a nuestra raza que encima os presentáis en nuestra casa sin ser invitadas?
- Ya sabemos que esperabais que fueran nuestros compañeros varones los que viniesen a vuestro encuentro- contesto Claudia- pero me temo que eso no va a poder ser.
- Que lastima- dijo Daphne mientras saltaba de su asiento con un tono aparentemente despreocupado- solo queríamos que cenaran con nosotras.
- Es que sin ellos no sería una cena ¿no?- contesto Claudia con palabras cortantes.
- Eso también es verdad - dijo Daphne mientras daba una vuelta a la embarcación.
- Bueno ¿y qué os trae por aquí de nuevo?
- Eso es algo que tú ya sabes bien.
- La verdad es que no lo tengo muy claro, porque antes pretendíais que os prestase mi ayuda.
- Y así sigue siendo- le interrumpió Claudia.
- Pero luego- continuó diciendo Daphne como si Claudia no hubiese hablado.- despreciasteis a mi raza y nos menospreciasteis.
- Lo sentimos- dijo Claudia dándole un codazo a Tara.
- Sí, lo siento de veras- empezó a decir Tara- disculpa mis modales y mi falta de conocimiento, pero no hace más de una par de semanas que conocí de la existencia de los Orbes y de todos sus habitantes. Lo único que yo sabía de vosotras era por las películas y los cuentos infantiles.
- Bueno- dijo la sirena- os perdonaremos, pero no es necesario que mientas.
- No miento.

- ¿Pretendes que me crea que una simple humana recién sacada de su orbe es la elegida para ser la próxima reina?
- Es la verdad.

Después de oír eso la sirena se quedó muy pálida, mirando fijamente a Tara con esos ojos inexpugnables y torciendo la cabeza intentando examinar el interior de Tara, pero aun así Tara le mantuvo la mirada. Al instante se dio cuenta de que la joven no mentía y los rasgos de su rostro cambiaron de repente, sintiendo lastima por la chica.

- Dices la verdad- dijo alejándose del bote- pobre niña.
- No sientas lastima por mí, yo misma acepté mi destino. Solo te pido que me ayudes. ¿Lo harás?
- Por supuesto, y si necesitas entrenamiento, pásate por aquí cuando quieras y te ayudaremos.
- Muchísimas gracias.
- Bueno pues vamos- dijo Daphne adelantándose a ellas hacia la salida de la cueva.

Cuando llegaron junto al barco, Daphne les pidió que la ayudasen subir al bote. Cundo lo consiguieron una enorme cola de pez de más de un metro de larga y con unas escamas rosáceas ocupaba más de la mitad de la pequeña embarcación. Mientras ella se secaba, Tara subió a bordo a por una manta. Cuando volvió de vuelta a la barca la enorme cola había desaparecido y había sido sustituida por dos largas piernas. Le entregó la manta y las tres fueron a buscar a los chicos al calabozo.

Al llegar allí se encontraron con una escena propia de las películas de terror. Los jóvenes estaban allí tumbados en el suelo, cubiertos por su sangre que ya empezaba a secarse, un olor férrico inundaba todo y se mezclaba con el olor a sal del mar. Todo esto le revolvió el estomago a Tara que comenzó a sentir arcadas, pero en ese momento su corazón dio un brinco al pensar que a lo mejor Matt podía estar muerto, reprimiendo sus nauseas fue corriendo junto al chico.

Cuando llegó junto a él vio como la piel que rodeaba a su cuello estaba desgarrada, pero ya no sangraba, aunque lo había hecho abundantemente, sus brazos estaban llenos de cortes, producidos por los fuertes golpes que se habían dado contra los barrotes e incluso se había arrancado alguna de sus uñas intentando abrir los candados con las manos.

Tara miró a Claudia que se había quedado completamente pálida a ver en el estado en el que había quedado Adrian que estaba tan mal herido como Matt y entre ellos el cuerpo de Altor que también estaba cubierto de sangre, pero no se podía apreciar si tenía heridas como las de los chicos puesto que su piel estaba surcada por cientos de insectos que se movían más lento de lo normal.

Mientras Tara apreciaba los cuerpos de los chicos, Claudia sacó las llaves de su bolsillo y abrió los candados. Los sacaron uno a uno a la proa del barco después de comprobar que aunque estaban mal heridos seguían con vida.

- Deberíais volver a la casa- dijo Daphne.
- Yo creo que será la mejor idea- dijo Claudia mientras se dirigía hacia el ancla para sacarla del agua y partir.
- ¿Vendrás con nosotros?- preguntó Tara a Daphne.
- Si, dije que os ayudaría y no creo que venga nada mal mi ayuda para protegeros ahora que ellos están así.
- Sabemos protegernos solas- dijo Claudia.
- Ya, pero si ellos están mal heridos alguien tendrá que cuidarlos hasta que se recuperen. Ahora sois más vulnerables y puede que sea un poco por mi culpa.
- No es solo culpa tuya.- dijo Claudia desde detrás del timón- es culpa de todas, por un lado Tara no debió cabrearte, por otro yo no debí dejar sola a Tara contigo, puesto que aun no sabe tratar con seres no Humanos y también, cómo no, fue culpa tuya porque si no hubiera sido por tu rabieta nunca habrían reaccionado así.

- Vale es culpa de todas- dijo Tara- pero ahora lo importante no es de quien es la culpa, sino como vamos a hacer para arreglar esto.
- No podemos hacer nada hasta que vuelva Emet.
- Podrías llamar a otro brujo.
- No- dijo Claudia rotundamente- ya sabe demasiada gente dónde estamos. Cuantos más lo sepan, más peligroso será para todos.
- De acuerdo- dijo Daphne pensativa- si queréis puedo preparar un ungüento de sirenas, no es lo más eficaz del mundo, pero evitará que se les infecten las heridas, al menos hasta que llegue vuestro brujo.
- Vale, ¿Qué necesitas?- dijo Tara.
- No te preocupes, lo tendré todo antes de que Claudia se vaya a dormir- dicho esto la joven soltó la manta que la cubría y se lanzó al mar. Al momento se pudieron ver los círculos hechos por su cola en las tranquilas aguas del mar.

No tardaron mucho en llegar al embarcadero. Claudia le pidió a Tara que llevase a Matt mientras que ella llevaba a Altor y Adrian. Tara se sorprendió a si misma cuando se dio cuenta de que era capaz de levantar el cuerpo de Matt si demasiado esfuerzo, debido a la fuerza sobrenatural que le otorgaba el ser hija de los cuatro reino. Antes no era capaz ni de levantar su propio peso en la clase de gimnasia y ahora levantaba a un chico que pesaba al menos veinte kilos más que ella.

Mientras ella recorría la mitad del camino, Claudia ya había llegado a la casa con Adrian y volvía a por el cuerpo de Altor que aun estaba en el barco. La fuerza de Claudia era aun mayor que la suya, puesto que ella era una vampiresa con muchos años y además era una guerrera de los reinos.

Llevaron a los chicos escaleras abajo hasta la tercera planta, allí había una especie de enfermería con dos largas filas de camas que llegaban hasta el final de la enorme sala, las ventanas falsas como las

de la habitación de Tara estaban cubiertas con grandes cortinas de gasa blanca. Tara dejó a Matt en la cama que estaba junto a Adrian y al momento llegó Claudia dejando a Altor frente a ellos.

Claudia trajo un par de barreños con agua y le entregó uno de ellos a Tara para que limpiara el cuerpo de Matt de sangre seca. La chica desabrocho la camisa del joven y la quitó con cuidado tirándola al suelo llena de sangre, poco a poco fue pasando la esponja por el torso y los brazos del chico, conforme iba retirando la capa de sangre se podían apreciar centenares de cicatrices de distintos tamaños, fruto de cientos de luchas y combates.

No habría pasado ni una hora cuando Daphne apareció por la puerta, traía en sus manos una especie de plato improvisado con una concha de mar y en su interior una masa verdosa con aspecto gelatinoso que puso sobre las heridas más profundas de los chicos y las tapó con hojas de algas marinas anudándolas para que no cayeran, las heridas de los chicos no cicatrizaban porque se habían producido cuando estaban privados de sus dones y ahora ya no serbia de nada que los hubieran recuperado.

Tras cinco días, Matt fue el primero en despertar, y aunque siguió unos días más en la cama, se podía ver cómo mejoraba día a día. El siguiente en despertar fue Altor, que no dio señales de mejora hasta haber pasado ocho días. Pero Adrian no despertaba, y cada vez estaban más preocupados por él. La fiebre no remitía y conforme pasaban los días las esperanzas de que mejoraran eran menores. Si Emet no venia pronto, probablemente no despertaría, aquella noche había perdido demasiada sangre en el barco, y las heridas de sus brazos y de su cuello eran demasiado profundas para que los ungüentos de la sirena hicieran nada.

Mientras esperaban que se recuperasen Tara siguió entrenando con las directrices que Adrian le había dado. Daphne se ocupó de cuidar de ellos y mantener vigilada la isla durante el día y por la noche mientras ellas dormían Claudia vigilaba los alrededores para que no sufrieran ningún tipo de emboscada.

Capítulo 11

Pasaron un par de semanas durante las cuales todo estuvo en calma, no hubo nuevas visitas y pudieron trabajar en paz. Adrian seguía igual, Matt no se separaba ni un momento de la cama de su hermano, se pasaba los días vigilando su sueño, leyéndole libros y contándole miles de historias, como si al final de una de ellas fuera a despertar, pero no ocurría. Los días se le hacían eternos esperando en aquella enfermería, sin saber cuándo volvería Emet y desesperado por no poder mandarle ningún tipo de aviso para que regresase.

Pero una tarde, justo antes de que se ocultara el sol por el horizonte, tres sombras oscuras empezaron a acercarse a la isla. Tara llamó a Daphne y desde el porche de la casa ambas vieron como aquellas sombras poco a poco se iban definiendo, eran tres hombres encapuchados vestidos con largas túnicas negras que cabalgaban en lo que parecían grandes escobas de color negro. Poco a poco fueron describiendo círculos alrededor de la isla y al final tomaron tierra en una de las pistas de entrenamiento.

Las tres figuras encapuchadas se acercaban a las chicas a grandes pasos. De repente se detuvieron ante ellas, no se podían ver sus rostros a causa de las capuchas, de pronto uno de ellos se acercó un poco más. Tanto Tara como Daphne se pusieron en guardia, listas para responder si el desconocido visitante pretendía atacarlas. En ese momento el hombre cogió su capucha y la echó hacia atrás.

Era Emet, con su esplendida sonrisa y esos enormes ojos. Tara al verlo se lanzó a sus brazos e hizo que el chico perdiese un poco la estabilidad cuando la tomó en brazos.

- Emet- dijo ella al oído del chico, como si no pudiera creerse que por fin estuviera de vuelta.
- Veo que te alegras de verme- dijo él sonriendo y dejándola de nuevo en el suelo.

La chica no contestó, solo se limitó a sonreír y lo cogió de la mano para presentárselo a Daphne.

- Este es Emet- le dijo a Daphne.
- Ya veo, es aun más guapo de lo que me dijiste- dijo Daphne mirando de arriba abajo al joven.
- ¿Vas diciendo por ahí que soy guapo?- pregunto Emet a Tara mirándola de reojo.
- No... bueno..- notó como sus mejillas enrojecían y por un momento deseó que la tierra la tragase, pero reaccionó rápido cambiando de tema- ella es Daphne, es una sirena.
- Encantado- dijo Emet.
- El placer es todo mío- respondió con un tono que Tara no supo decir si era de cortesía o de flirteo, mientras extendía la mano para que el joven la besara.

Cuando vio aquello Tara recordó las películas medievales cuando las damas extendían sus manos para que los caballeros las besaran en señal de saludo, haciendo una reverencia. Pero todo aquello le parecía muy extraño, claro que ella había nacido en el siglo XXI pero a saber en qué año habían nacido ellos, y que costumbres había entonces. Tara dejó de darle vueltas al asunto y prosiguió.

- ¿No me vas a presentar a tus amigos?
- Por supuesto- Emet se giró hacia su izquierda y le hizo una señal al encapuchado para que se acercara- este es Nar Kienjen, fue mi maestro de pócimas y este otro- dijo haciéndole un gesto al hombre de su derecha- es Griu Nalen, mi instructor de conjuros. Pensé que nos serían de gran ayuda para tu instrucción.
- Bienvenidos - dijo Tara- acompañadme y os enseñaré vuestra habitación.

Cuando ya iba a irse Tara recordó que no le habían dicho a Emet lo de Matt y Adrian, así que se giró sobre sí misma y le contó todo lo que había ocurrido, le dijo que estaban en la enfermería y le pidió que por favor fuera a echarles un vistazo.

Tara acompañó a los nuevos profesores hasta la habitación de la segunda planta donde había habitaciones dobles, puesto que las individuales de la primera planta ya se habían llenado por todos ellos. Eran un par de hombres curiosos, Griu Nalen era gordinflón y muy alto, su piel era de un color azul pálido y tenía un par de pequeños cuernos enroscados en lo alto de su cabeza. Mientras que Nar Kienjen era aun más alto, pero delgado como un palillo, y su piel era de un tono más bien anaranjado, como la piel de una mandarina. Tenía un par de alas de libélula en su espalda y por lo general no andaba, se limitaba a batir sus alitas y despegarse unos pocos centímetros del suelo, lo suficiente para no arrastrar los pies.

Mientras Tara acompañaba a los nuevos profesores hasta su habitación Emet fue a ver a los chicos que guardaban reposo en la enfermería.

Cuando entró, vio a Matt junto a la cama de Adrian, cambiándole la gasa que tenía sobre la frente para bajarle la fiebre y en la cama de enfrente Altor sentado leyendo un libro.

- ¿Cómo estáis?- preguntó Emet al entrar. Matt y Altor se volvieron para mirarle.
- Ya era hora de que aparecieras por aquí- dijo Matt.
- Lo siento, no sabía que estabais heridos, me lo acaba de contar Tara.
- Yo ya estoy bien- prosiguió Matt.
- Yo también estoy ya casi recuperado- dijo Altor desde su cama- jah!, por cierto, no nos han presentado soy Altor Flink.
- Hola- dijo Emet acompañando su saludo con la mano, después prosiguió la conversación con Matt - Me alegro de que estéis bien, ¿y Adrian como está?
- No sabría decirte, nosotros tenemos suerte, el veneno que corre por nuestras venas nos ha ayudado a sanar algo más rápido, pero Adrian no tiene tanta suerte.

- he intentado que las heridas no se le infecten, pero aun así algunos de los cortes del cuello no tiene buen aspecto- añadió Daphne.
- Está bien- dijo Emet- habéis hecho lo que habéis podido. Dejad que yo me ocupe ahora de todo.
- De acuerdo- contestó Matt- ¿que necesitas?
- Necesitaría estar a solas con Adrian, ¿podéis salir de aquí?- preguntó mirando a Altor.
- No te preocupes por mí, aunque estoy débil puedo andar.- Tomó la muleta que había junto a su cama y salió de la habitación apoyándose en ella y en Matt.

Tardó un par de horas en salir y cuando lo hizo se le veía agotado, el sudor pegaba sus rizados cabellos a su cara, bajo sus enormes ojos se habían oscurecido aun más las ojeras y arrastraba los pies. Ya no le quedase energía ni para dar un solo paso más. Pero a pesar del cansancio sonreía con una sonrisa esplendida que le cruzaba la cara. Cuando llegó a la sala de espera que había en la entrada de la enfermería se desplomó en el sillón más cercano y echo una mirada a su alrededor. Tara había vuelto y esperaba junto a los demás, deseando que Emet les trajera buenas noticias.

- Ya podéis pasar a verle.
- ¿Qué tal está?- preguntó Matt preocupado.
- Que te lo diga él mismo.- dijo Emet mientras levantaba la vista para mirarle a los ojos.

Matt entró en la sala y vio a su hermano que estaba sentado en la cama abrochándose los zapatos, como si nada hubiera sucedido, como si no hubiera estado estas tres últimas semanas postrado en la cama, más muerto que vivo.

Lágrimas de alegría brotaron de sus ojos, y fue corriendo junto a su hermano.

- Me prometiste que no me volverías a asustar así- le dijo mientras lo abrazaba.

- Lo siento, pero bueno, lo que cuenta es que ya estoy bien-
dijo pegando un pequeño salto como demostrando que
estaba en perfectas condiciones.
- Gracias a Emet- dijo la voz de Tara desde la puerta.- deberías
agradecérselo- le sugirió a Matt.
- Gracias- dijo Matt- a pesar de lo mal que te he tratado desde
el principio has ayudado a mi hermano. Gracias, de verdad.
- De nada hombre, para eso estoy yo aquí ¿no? Pero hazme un
favor.
- Lo que quieras.
- Dejemos a un lado nuestras diferencias y unamos nuestras
fuerzas para ayudar a Tara.
- Pues claro- dijo sonriente.

Después Tara y Emet se fueron a la habitación del joven, para que descansara un rato después de la agotadora tarea de curar a Adrian. No se dijeron nada durante todo el camino, Emet se limitó a enredar sus dedos entre los de la muchacha. Al llegar a la habitación Tara entró con él y se sentó en la orilla de la cama mientras él se tendía sobre la colcha.

Había algo en él que le fascinaba, no podía decir qué era, pero cuando lo miraba, su mente se calmaba. Por un momento todo su mundo que últimamente iba demasiado rápido, se detenía. Se quedó un rato mirándolo mientras dormía, no sabría decir con certeza el tiempo que estuvo allí, absorta en sus pensamientos admirando al joven, pero cuando fue de nuevo al gran salón de la parte superior, ya estaban todos comiendo.

Las comidas de cada uno eran muy diferentes, Crick y Nar tenían frente a ellos unas enormes bandejas de fruta, con cientos de colores y formas. Un cuenco lleno de larvas moviéndose, estaba frente a Altor. Adrian y Matt se estaba comiendo un buen trozo de carne acompañado de una gran fuente de patatas y Daphne tenía un gran pescado frente a ella, que parecía estar completamente crudo. Tara se sentó en la mesa y se sirvió un poco de carne de la bandeja de sus

amigos, entonces se fijó en Claudia que estaba sentada presidiendo la mesa y únicamente tenía en su mano una copa de fino cristal repleta de un líquido carmesí que Tara supuso que era sangre.

Mientras todos disfrutaban de su exquisita cena, un sonido sordo y repetitivo los sorprendió. Todos se levantaron de la mesa, menos Altor que aun le costaba un poco andar y fueron rápidos hacia la puerta de entrada.

Claudia abrió la puerta y frente a ella, empapados por la lluvia, cinco figuras encapuchadas aguardaban a que los invitaran a entrar en la casa.

La anfitriona de mala gana hizo los saludos oportunos y los cinco entraron en la casa, al principio Tara pensó que eran tres adultos y dos niños, al ver el reducido tamaño de dos de ellos. Pero cuando se quitaron la capucha, Tara pudo ver a Daniel, con sus inconfundibles cabellos ardientes y su cara esculpida por ángeles. Delante de él las figuras que parecían niños, no eran ni mucho menos niños. Uno era una mujer muy delgada, con unos rasgos muy finos y perfectos, con una piel azulada y un cabello largo trenzado con flores que le llegaba casi hasta los pies. El otro era un ser que Tara no conseguía definir muy bien, parecía arder sin consumirse y de su espalda surgían tres pares de alas membranosas, una de ellas tapaba su rostro, evitando que nadie pudiera contemplarlo, otro par de aquellas frágiles alas batía sin cesar manteniendo al ser en el aire y el último par de alas caían laxas tapando los pies del ser.

Los seres que había detrás de Daniel no presentaban tal aura de luz, más bien eran tenebrosos y oscuros. Uno de ellos no tenía rostro, en realidad no tenía cuerpo, era una bruma oscura que había adoptado la forma de un hombre, lo único que se podía apreciar en él era un par de ojos rojos como el fuego del infierno. Tara ante aquella visión tan espeluznante se quedó pálida, paralizada por el miedo. Pero eso no fue lo peor, lo peor fue contemplar al otro individuo, al principio parecía un tipo normal, pero cuando los ojos de Tara se cruzaron con los suyos, su sangre se heló, poco a poco notó como su

alma se separaba de su cuerpo y empezó a marearse, todo de repente se torno negro y cayó desplomada al suelo.

Al verla caer, Matt se movió tan rápido por la habitación que nadie fue capaz de verlo moverse, ni siquiera Claudia que era veloz como el viento lo vio. Pero aunque estaba en la otra punta de la larga habitación logró coger a Tara antes de que cayera al suelo y empujar al extraño para que perdiera su concentración sobre la chica.

- ¡Maldita sea Daniel! ¿se puede saber a qué clase de monstruos has traído?- dijo Adrian muy indignado, quitándole las palabras de la boca a su hermano que jadeaba intentando recuperar el aliento.
- Perdonad su comportamiento. Pero nos hace falta su ayuda- dijo con cierto tono de resignación.
- Preséntanos a tus acompañantes- prosiguió Claudia, sin darle más importancia al incidente con Tara.
- Este- dijo señalando al hombre que había hecho caer a Tara- es Protervus , Cuinser de primer grado.
- Como todos ya bien sabemos, los Cuinsers os alimentáis de la energía de la gente- dijo Claudia.
- En efecto, cuanto más potencial posee un ser más delicioso nos resulta, como vuestra amiga por ejemplo.- dijo Protervus relamiéndose.
- Por eso mismo me temo que he de pedirte que te pongas esto mientras estés por mis tierras- dijo Claudia, mientras se acercaba a uno de los cajones de la entrada para coger un collar como el que les había dado en el barco a los chicos para poder controlarlos ante las sirenas.

El hombre aceptó a regañadientes el collar y se lo puso de mala gana, haciendo una mueca al notar el contacto del frío metal en su piel.

- Como no tengo más remedio que servir a Daniel, si él desea que me lo ponga lo haré- dijo Protervus mientras cerraba el collar sobre su cuello.

- ¿Y a que se debe esa lealtad hacia Daniel?- quiso saber Claudia.
- Digamos que una vez él salvó mi vida y así saldaré mi deuda con él.
- Y tu amigo, ¿Quién eres?- dijo la joven refiriéndose a la bruma hecha hombre.
- Soy Sixt- dijo una voz infernal proveniente del interior de la bruma.
- Eres un Champ ¿no?
- En efecto.
- ¿Un Champ?- dijo Adrian.
- Es un demonio de la bruma. ¿No has oído nunca historias de espesas brumas que hunden barcos, o que tapan pueblos donde desaparece la gente? Se alimentan de la vida de otros seres, cuantas más vidas siegan mas viven ellos.
- Ni yo lo hubiera expresado mejor- dijo la tenebrosa voz.
- Comprenderás porque te debo pedir que tú también lleves uno de mis collares. Lo entiendes, ¿no?
- lo entiendo- dijo el ser a regañadientes- no me gusta la idea, pero lo hare.

Claudia le entregó otro de los brillantes collares a la bruma que lo cogió sin manos, se lo tragó en la oscuridad y al momento se vio brillar la piedra del collar y la bruma poco a poco tomo forma humana, hasta que se que se convirtió en un imponente hombre.

- Y vosotros ¿Quiénes sois?
- Yo soy Jahoel- dijo el ser ardiente- soy un serafín.
- Que honor, conocer a un ángel tan poderoso. Espero que su estancia aquí sea de su gusto.- dijo Claudia haciendo una reverencia.
- Y yo soy Dámaris, enviada especial de las hadas.- dijo la mujercilla con flores en el pelo.
- Espero no tener que pedirte a ti también que te pongas uno de mis collares.

- No será necesario señora, le doy mi palabra de que no tendrá quejas de mí.
- Espero no tener que arrepentirme de haber aceptado la palabra de un hada.

Dicho esto, Claudia repartió a sus invitados en las habitaciones de la segunda planta. Matt llevó en brazos a Tara hasta su habitación y la arropó en la cama para que no cogiera frío y dándole un beso en la frente la dejó allí para que se repusiera de su encuentro con el Cuinser.

Capítulo 12

El salón estaba adornado con guirnaldas y cientos de pequeñas estrellas chisporroteantes en el techo. Tara se veía reflejada en el enorme espejo del pasillo, vestida con un precioso traje negro, con un corpiño entallado y una falda de tul sobre un fondo de raso morado. Era ella, no había duda, pero algo era diferente, se veía diferente. Sus rasgos eran más finos, su cabello más sedoso y sus ojos negros tenían destellos rojizos.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba completamente sola, lo que era muy extraño puesto que la casa estaba llena de gente la noche antes. Fue hasta la habitación de Emet para despertarlo, pero no había nadie. Había algo extraño allí, era como si faltase algo, la ropa de Emet estaba amontonada en una silla en una esquina de la habitación y la cama seguía desechara. Después fue a ver si Matt estaba en su habitación, pero al igual que la habitación de Emet estaba vacía y parecía que el chico también se había ido apresuradamente. Preocupada por la situación fue corriendo a la habitación de Daphne y después a las de Adrian y de Daniel, pero solo encontró más de lo mismo. Corrió hasta la habitación de Ari con el corazón latiéndole a toda velocidad bajo su pecho, pero nada. La chica también se había marchado a toda velocidad, Tara comenzó a agobiarse, al no poder encontrar a nadie. Bajó a las habitaciones de la segunda planta, pero tampoco estaba ninguno de los nuevos inquilinos. Solo le quedaba una opción, sabía que no debía de molestar a Claudia mientras dormía, no solo por el peligro que conllevaba para ambas el entrar en aquella habitación, puesto que si la luz le daba directamente quemaría su piel, y aunque no fuera así, si la vampiresa se asustaba al oírla entrar en la habitación, a saber cómo reaccionaría. Pero no quedaba más opción. Empezó a bajar las escaleras y siguió bajando planta tras planta, perdió la cuenta de cuantos niveles diferentes había en aquel lugar, al

menos descendió veinte o veinticinco plantas hasta llegar ante la puerta de su habitación. Tomó aire y giró el picaporte, la habitación estaba completamente a oscuras, intentó calmarse y recordar lo que le dijo Matt en el barco para poder ver con la poca luz que entraba por la puerta abierta. Poco a poco se fueron formando las siluetas de las cosas que había en la habitación. Un sillón junto a una pequeña mesita empezaron a definirse entre la oscuridad, poco a poco pudo ver como en el fondo de la enorme sala había un sinfín de armas ancladas a la pared y una especie de pista de entrenamiento y en medio de la sala un enorme ataúd de madera blanca. Las paredes que no rodeaban a la pista de entrenamiento estaban forradas de estantes todos llenos de libros, e incluso entorno al sillón había montañas de libros apilados. Los enorme ventanales falsos como los de su habitación estaban tapados con gruesas cortinas aterciopeladas que impedían que la ilusión de sol turbase el sueño de la vampiresa. Algo que había en lo más profundo de su ser le decía que se marchase de allí, pero necesitaba su ayuda. Se acercó al ataúd y sujetó la tapa, inspiró profundamente de nuevo intentando calmar los latidos de su corazón que le resonaban en los oídos. Cuando al fin encontró el valor suficiente para abrir la tapa, en su interior no había nadie. Solo un forro de terciopelo acolchando el fondo del enorme ataúd.

No podía ser, ¡no había nadie! Regresó corriendo al gran salón, donde todo estaba dispuesto para la fiesta. Notó como se le acababa el aire, sus pulmones le fallaban a causa del esfuerzo de subir todas aquellas plantas a tanta velocidad. En un par de minutos llegó ante las puertas del salón, pero ahora estaban cerradas, así que empujó con todas sus fuerzas las dos enormes puertas de madera negra.

Al entrar en la sala, la escena que contemplaron sus ojos, fue la más atroz que jamás había visto. La luz de las antorchas eran la única iluminación de la sala y reflejaban las alargadas sombras de todo cuanto estaba esparcido por allí, por doquier se podían ver trozos de los cadáveres de sus amigos. Todos ellos habían sido

desmembrados se podía ver la cabeza de Matt ensartada en el respaldo de una de las sillas, el cuerpo de Emet había sido partido por la mitad y yacía en medio de un enorme charco de sangre. Las paredes estaban salpicadas de la sangre que había brotado a borbotones de los cuerpos de sus amigos. Los brazos de Ari habían sido separados de su cuerpo y la habían abierto en canal, dejando desbordar sus tripas. El cuerpo de Claudia no se podía casi reconocer, lo habían cortado sobre la mesa en decenas de trozos de distinto tamaño y habían roto una ventana para dirigir un rayo de luz del exterior sobre los trozos de la vampiresa para quemarlos. Altor había sido atado y quemado en una de las sillas colocada en el centro de la enorme chimenea y a Daphne le habían arrancado las escamas de la cola y la piel a tiras mientras aun estaba con vida. Los cuerpos de los demás que habían venido hasta la isla para ayudarla habían sido amordazados y rociados con ácido en el centro de la sala. El horror y el terrible hedor de la sala hicieron que Tara intentara huir de allí. Pero al salir corriendo, una figura encapuchada le impedía el paso.

- Ves lo que has conseguido- dijo un voz femenina proveniente de la sombra que le impedía el paso.
- Yo no he hecho esto.
- Claro que no, pero tú eres la única responsable de sus muertes.
- Has sido tú- dijo llena de furia mientras se abalanzaba sobre la mujer.

Se arrojó sobre ella y golpeó la cara de la mujer con todas sus fuerzas. La mujer le devolvió el golpe y empezó a notar el sabor a sangre en su boca. Estiró de la capucha y se horrorizó al ver la imagen que se encontró ante ella. Era ella misma, al ver aquello se apartó con los ojos casi saliéndose de las orbitas. La joven se puso en pie y continuó hablando mientras se limpiaba el labio de sangre.

- Si no quieres que esto termina así, tienes un año para solucionarlo.
- ¿Para solucionar el qué?

- Si no lo sabes tú, quizás deba de venir esta misma noche, puesto que desperdiciaras el tiempo que te concedo.
- ¿Te refieres a mi entrenamiento?
- En efecto, al final va a resultar que eres más lista de lo que pareces.
- ¿Pero tú quien eres?
- Todo a su debido tiempo, ya lo sabes, tienes un año y después...

No terminó la frase, pero se sobreentendía que era una amenaza en toda regla. Entonces chasqueo los dedos y Tara despertó en su cama sobresaltada, cubierta por un sudor frío.

Sin pensarlo ni un minuto, saltó de la cama y fue corriendo a la habitación de Emet. Su corazón latía aun más rápido que durante el sueño, un nudo en la boca del estomago prácticamente le impedía respirar. Al verlo allí, dormido, tal y como ella lo había dejado, pudo respirar de nuevo. Fue corriendo hasta la cama y se tumbó junto a él, Emet que se despertó sobresaltado sin saber muy bien qué pasaba. Pero no preguntó nada al ver que Tara estaba abrazada a él con todas sus fuerzas. Cogió la manta que estaba junto a él en la silla y los tapó a ambos, el también la abrazó y ambos se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente un escalofrío recorrió la espalda de Tara al entrar en el gran salón para desayunar. Cuando Emet y ella se sentaron a la mesa, todos estaban ya allí charlando y haciendo planes para el entrenamiento de la chica.

- Por fin apareces- dijo Matt – tenemos algo importante que decirte.
- ¿De qué se trata?- dijo mientras se servía una taza de café.
- Dentro de una semana habrá luna llena- dijo entusiasmado.
- ¿y por qué es eso tan importante?
- Porque al fin podremos realizar tu cambio.
- ¿y por qué ha de ser en luna llena?
- Porque para que nazca un Hombre Lobo el cambio ha de suceder bajo una luna llena.

- A su vez- prosiguió Altor- para que nazca un Vampiro, el individuo en cuestión debe regresar de entre los muertos, por lo que se te enterrará.
- Pero con todo esto teníamos un pequeño problema, porque para crear a una nueva sirena, su cuerpo inerte ha de reposar bajo el agua- dijo Daphne.
- ¿qué?- dijo Tara y en su rostro se podía ver que aunque trataba de entender lo que decían, no llegaba a comprender nada.
- Es sencillo- dijo Matt tratando de que Tara comprendiera lo que decían.- Dentro de una semana, bajo la luna llena, junto al acantilado, todos nosotros te inocularemos nuestros venenos a la vez y después Daphne te sumergirá bajo el agua y te enterrará en el fondo del mar. Tu sola deberás salir de tu sepultura y nadar hasta la superficie. Entonces y solo entonces serás parte de todos nuestros reinos.
- ¿Y si sale mal?- dijo Tara muy preocupada- ¿y si en realidad no soy la elegida y muero cuando me convirtáis?
- Eres la elegida, de eso no cabe duda- le contestó el chico
- Y aun así, ¿y si no soy capaz de salir de allí abajo?
- Tranquila, serás capaz.
- ¿Cómo puedes estar tan seguro?
- Lo sé, no me cabe duda.

Después de desayunar Tara fue a su habitación a por sus cosas antes de irse a entrenar con Adrian, antes de salir pasó a recoger sus gafas de sol que se las había dejado en el gran salón. Al entrar en la sala se encontró con Ari, allí sentada, frente a una humeante taza de chocolate caliente.

- ¡Ari!- dijo Tara corriendo hacia ella- ¿Cuándo has llegado?
- Llegué anoche, pero no quise despertarte.
- Debiste haberlo hecho.- dijo mientras se sentaba junto a ella.
- ¿Qué tal estas?- preguntó Ari- te veo más delgada, ¿Estás bien?

- Si, no te preocupes. Es solo que entreno demasiado y desde que me enteré de lo de la semana que viene, no se puede decir que haya comido mucho. Es más, si no fuera por las agotadoras sesiones de entrenamiento de Adrian ni siquiera dormiría.

- Ya me han contado. ¿Te sientes preparada?

Tara se quedó pensativa, hasta ahora nadie le había preguntado si quería someterse a la tortura que le esperaba esa noche, ni siquiera se había planteado si eso era lo que ella quería, simplemente lo había aceptado, porque es lo que debía hacer. En realidad no le entusiasmaba demasiado la idea, pero no podía decir que no, así que respiró profundamente y le contestó...

- Sí, estoy lista para el cambio.
- Si no quieres hacerlo, puedes decirlo. Nadie te obligará a hacer algo que tú no quieras.
- No te preocupes, si quiero ser como Isabell tengo que hacerlo.
- Si esa es tu última palabra, no insistiré. Bueno, cambiando de tema, te he traído un regalito.
- ¿Un regalo?
- Si, no creerías que iba a regresar con las manos vacías. Ven, sígueme.

La chica cogió la mano de su amiga y salió corriendo hacia su habitación. Encima de su cama había una gran caja de color crema con un lazo que la cerraba.

- ¿Qué es esto?- preguntó Tara muy entusiasmada
- Ábrelo.

En el interior de la caja había un pantalón, una camisa, un chaleco, una chaqueta y unas botas. La ropa era suave y confortable, todo salvo la camisa era de un material negro que Tara no sabía muy bien que era, excepto la camisa que era blanca.

- ¿Te gusta?
- ¿Qué es todo esto?

- Es tu nuevo uniforme.
- ¿mi qué?
- Tu uniforme- repitió la chica mientras lo sacaba de la caja- ha costado mucho confeccionarlo, pero al final lo han conseguido. Por eso he tardado tanto en venir. Los mejores diseñadores lo han hecho a conciencia. Resiste los cambios de los Cambiantes, sin darte ningún tipo de problema, a la vez la tela es resistente como la nuestra, para que resista ante un combate mágico. Es capaz de desaparecer para poder ser usada como vestimenta de un Susurrador y además no se mancha.
- Muchísimas gracias.
- Anda pruébatelo.

Tara fue corriendo a ponérselo. Le quedaba como un guante, era perfecto. Mientras estaba en el baño Ari le dijo desde fuera.

- ¿No deberías haber ido a ver a Adrian, que seguro que te está esperando?
- ¡Es cierto! Ya ni me acordaba- la chica salió corriendo del baño con el uniforme puesto.

Al llegar ante Adrian este se quedó sin palabras. La miró de arriba abajo, estaba imponente, con sus botas altas, sus pantalones negros a juego con su chaleco y la camisa blanca remangada. El uniforme realzaba su delgada figura e incluso parecía más alta.

Empezó a entrenar con la ropa nueva y para su sorpresa, no solo no tuvo que esforzarse para sacar la ropa de su mente al ver al animal, sino que todo fue más fácil, más natural. Se sentía libre, era como si esa ropa fuera parte de su propia piel. Entrenaron durante toda la mañana hasta la hora de comer.

Aquella tarde comenzó su entrenamiento con Ari, Emet, Nar y Griu. Bajaron hasta la quinta planta donde habían adaptado la gran sala para la realización de pócimas, hechizos y demás acciones mágicas. Griu puso un caldero lleno de agua en el fuego y Nar iba poniendo las cajitas de madera que había apiladas en el centro del

salón, llenas de cientos de hierbas, en los estantes de las paredes, mientras Emet y Ari empezaban la clase.

- ¿Tienes clara la diferencia entre Brujos y Magos?- le preguntó el joven.
- Sí, me lo explicó Ari cuando me dijo que era Maga.
- Está bien, eso nos ahorrara tiempo.
- ¿Se la damos ya?- preguntó Ari entusiasmada.
- Sí, tráesela- dijo Emet señalando una de las cajitas de madera que Nar estaba apilando.

Ari fue corriendo y trajo una cajita rectangular, se la dio a Tara y esta la abrió. En su interior había una barita de madera oscura, ornamentada con serpentinas de madera de un tono más claro que zigzagueaba desde la empuñadura de cuero. Tara se sorprendió a la par que se alegraba de ver lo que tenía entre sus manos.

- ¿Es para mí?- dijo la chica con la cara iluminada por la ilusión que la recorría.
- Pues claro- dijo Ari- todos los hijos del orbe de los Hechiceros tienen una.

Tara cogió la barita con su mano derecha y cuando la apretó entre sus dedos notó como la magia que había vivido aletargada en su interior se despertaba y fluía hacia la barita.

- Esto te ayudará a canalizar tu poder- le explicó Emet.
- Te servirá tanto para crear, como para destruir como maga. Como bruja te servirá para conjurar y hechizar todo lo que se te antoje.- añadió Ari.
- ¿Cómo funciona?- preguntó Tara examinándola.
- Tienes que visualizar lo que quieras crear- empezó a decir Ari- y después deja que la magia que hay en ti fluya a través de ella para que se cree.
- Relájate- dijo Emet masajeándole los hombros- la magia está en ti, solo tienes que liberarla.

Después de decir esto, el chico se separó de ella y Tara empezó a pensar en una de las sillas del salón, se concentró en ella y cerró los

ojos. Notó el hormigueo de la magia surgiendo de lo más profundo de su ser. Cuando abrió los ojos un rayo de luz violácea surgió de su barita y donde impactó contra la alfombra surgió una pequeña silla, era una miniatura de la silla del salón. Tara alucinó con lo que había pasado y dejó caer su barita al suelo.

- ¡Dios! ¿Qué ha sido eso?- dijo la chica.
- Eso es tu magia- dijo Ari riéndose mientras recogía la barita del suelo.
- ¿Por qué ha salido una minisilla? Yo pensé en una silla de verdad, una de las del gran salón.- dijo Tara confusa.
- No te quejes, la mayoría ni siquiera consiguen crear nada en su primera vez.
- Por ahora ya mucho es que no has agujereado la alfombra- dijo Emet.
- Al principio- le explico Ari- la magia se libera muy débilmente, cuanto más entrenes mayor será tu poder.
- ¿Tendré que usar siempre la barita para liberar mi magia?
- No siempre, cuando tengas más práctica podrás empezar a liberar tu magia sin la barita. Pero aun así para las cosas grandes la necesitaras.
- Vale, esto es lo que puedo hacer como maga. ¿Y cómo bruja? ¿Qué cosas puedo hacer?
- Ser bruja no es tan fácil como ser maga- empezó a decir Emet- Para ser bruja tendrás que estudiar mucho, deberás saber las palabras correctas para los conjuros y que elementos debes de mezclar para elaborar adecuadamente los brebajes.

El joven vio que a la chica no le entusiasmaba mucho la idea de tener que estudiar y memorizar todo aquello. Se quedó pensativo por un instante, buscando algo que pudiera hacer que la chica se entusiasmara más con la idea de empezar sus estudios de bruja.

- Una cosa- dijo el chico al fin- también podrás volar.
- ¿Volar?

- Sí, los brujos controlamos el vuelo con escoba.
- ¿Y cuando me enseñaras?
- Cuando aprendas a hechizar y a hacer pociones.- dijo el chico acercándose al burbujeante caldero.

Durante el resto de la tarde Tara estuvo aprendiendo los nombres de los compuestos que iba a utilizar en su futuro aprendizaje.

La semana pasó rápida, los entrenamientos fueron duros e intensos. Por las mañana Adrian le hacía transformarse una vez tras otra sin descanso, y poco a poco Tara cada vez estaba más cerca de la perfección de sus cambios. Por las tardes, la muchacha se pasaba las horas aprendiendo a realizar cientos de pócimas y conjuros junto a Emet y sus maestros o practicando la aparición y desaparición de objetos con Ari.

El día antes de la transformación se lo dejaron libre para que descansara y se preparara para lo que le aguardaba esa noche. La chica salió a pasear por los la isla por la mañana y el resto del día se lo pasó durmiendo, porque estaba agotada por los duros entrenamientos de la semana.

Cuando Tara despertó ya eran más de las once, bajó hasta el pequeño salón de su habitación y sobre la mesita de noche vio una caja, con una nota que decía "Ábreme". En su interior había un precioso vestido de gasa blanco adornado únicamente por un lazo en la cadera. Tara se lo puso y subió descalza las heladas escaleras, al encuentro con su inevitable destino.

Al llegar a lo más alto de las escaleras, frente a la puerta de entrada, vio como la brillante luna llena arrojaba su mortecina luz a través de la puerta inundándolo todo.

Se hizo un nudo en la garganta de Tara, avanzó hasta la puerta y allí esperándola estaban; Matt, Claudia, Adrian, Altor y Daphne. Aguardando el momento de partir.

Matt tomó la mano de la joven y la acompañó sin soltarla ni un momento hasta el barco que les esperaba ya con las velas extendidas. Aguardando a que subieran a bordo, surcaron el mar alejándose de la

costa hasta un punto desde donde ya no se podía apreciar nada. La joven se sujetaba con todas sus fuerzas a la barandilla del barco, para intentar que los nervios no la vencieran allí mismo y callera desplomada sobre la cubierta. Matt se acercó a ella y al ver su rostro tenso empezó a hablarle.

- ¿Has visto que luna más bonita hay esta noche?- dijo el joven para cortar la tensión.
- Es realmente enorme- dijo la chica sin apartar los ojos del cielo.
- Sabe que esta es una gran noche, brilla solo para ti.
- Solo es la luna, no brilla para nadie en particular.
- Después de todo lo que has visto, ¿aun crees que las cosas son tan solo lo que parecen?
- La verdad es que ya no se en que creer.
- Cree en mi.

Cuando el joven le dijo esto, ella por fin apartó los ojos de la luna y se fijó en él. Tan calmado, tan sereno, con sus azules ojos que la cautivaron, se perdió en el mar que albergaba su mirada y los dos se fundieron en un apasionado beso que hizo que se erizara su piel, Tara deseó que aquel instante no acabase nunca, pero como todo lo bueno, esto también tuvo un final.

Claudia que los veía desde el puente de mando no quiso interrumpir a los jóvenes, así que se limitó a detener el barco y a esperar que ellos fueran a buscarla. Mientras tanto reunió a Adrian, Altor y Daphne que estaban en la bodega esperando a llegar al lugar idóneo.

Cuando Matt y Tara se reunieron con ellos, Claudia pidió a la joven que se tumbara en una mesa de mármol blanco, dispuesta en medio de la cubierta del barco. La joven, muerta de miedo y sin rechistar se tumbó sobre la fría piedra de la mesa. Pero al final el miedo pudo más que la vergüenza y preguntó.

- ¿me dolerá?- dijo la chica con voz temblorosa.

- No- dijo Claudia con voz tranquilizadora- yo me encargaré de que no sientas ningún dolor.
- ¿Cómo puedes hacer eso?
- Soy una vampiresa, no lo olvides. Puedo hacer que creas lo que yo quiera, y si te ordeno que no sientas dolor, no lo sentirás.
- De acuerdo, pues comenzad.
- Espera, aun faltan unos minutos para que la luna alcance su cenit.- dijo Matt.
- Debemos comenzar- interrumpió Claudia.

Cogió una de sus finas copas de cristal que reposaba en una mesita junto a ella, también cogió un afilado cuchillo de la pequeña mesa y rasgó las venas de su muñeca izquierda, dejando caer su sangre sobre la fina copa. La sangre de la vampiresa era densa y oscura. Después pasó la copa y la daga a Altor que hizo lo mismo que ella, dejó caer una sangre verdosa en la copa que se entremezcló con la de Claudia, dejando surcos verdes sobre el rojo intenso de la sangre de la vampiresa. Se las pasó a Daphne que vertió su sangre azulada dentro de la copa. Las sangres se iban mezclando poco a poco, dejando un líquido de un tono marrón negruzco. Por último Matt vertió su sangre carmesí, más líquida de lo normal dentro de la fina copa. Adrian tomó la copa de las manos de su hermano y mezcló las sangres con la daga. Por último alargó el brazo ofreciéndole la copa a la joven.

- Bebe- le dijo el chico.

Tara miró la copa con cara de asco y olió el fluido que contenía.

- ¿Para qué he de beber esto?- preguntó la chica.
- Cuando lo bebas estarás infectada de todos nuestros venenos- le explicó Claudia- después morirás y nuestros venenos te llevarán al renacer como un nuevo ser. Más perfecto que tus creadores, más fuerte, más audaz, sin duda un ejemplar único y mejor.

- ¿Cuánto tiempo estaré muerta?
- Quién sabe, tal vez unos minutos, o quizás unas horas. El tiempo de letargo es diferente para cada especie, así que no sé a ciencia cierta cuánto tardarás en despertar.
- ¿Y qué pasará una vez despierte?
- Si quieras vivir, tendrás que levantarte, salir de tu tumba submarina y volver con nosotros a la superficie.

Después de aquello, no se oyó ni una palabra más. Tan solo se pudo oír el ruido del cubo de agua que vertieron sobre Daphne y el golpe que dio esta en el suelo al caer a causa de su cola. Tara bebió de la copa y aunque tenía un sabor nauseabundo, alzó la copa y se la bebió de un solo trago.

Después de aquello la cosa empezó a ponerse fea y Tara cada vez estaba más asustada. El sereno rostro de Claudia la miraba fijamente y poco a poco pudo empezar a sentir a la joven en su cabeza, podía oír las palabras que decía sin hablar y empezó a sentir cosas que ella misma no sentía, como el frío que inundaba el cuerpo de la vampiresa y el hambre que le invadía hasta la última de sus células.

La cara de Daphne empezó a tornarse extrañamente tenebrosa, sus negros ojos se tornaron blancos y de su boca empezaron a brotar cientos de dientes afilados como agujas. El terror no había hecho más que empezar, a su lado Matt que ya le había soltado la mano se comenzaba a convertir en un horrible ser, mitad hombre mitad lobo, con puntiagudas orejas, afilados colmillos y un pelaje negro como la noche. Apoyado en una postura antinatural sobre sus dos patas traseras, con la espalda encorvada y las costillas sobresaliéndole de una abultada caja torácica. Miró hacia atrás, y sobre su cabeza pudo ver como la figura de Altor se tornaba un panal de abejas de al menos cinco centímetros de tamaño, zumbantes al rededor de su cabeza con unos agujones tremadamente grandes y cargados de veneno. A su otro lado estaba Claudia, que había cambiado su sereno rostro por unos colmillos afilados como dagas, sus labios se habían tornado de

un color morado y sus ojos estaban inyectados en sangre dándole un aspecto demoniaco.

Tara quiso huir, pero no podía, su cuerpo no le respondía, tal vez por el miedo, tal vez por el control de Claudia sobre su mente, pero lo cierto es que no podía huir de allí, no podía gritar. Únicamente podía limitarse a esperar su destino. En ese instante la luna alcanzó lo más alto de la cúpula celeste y su potente brillo la cegó y le hizo apartar la vista. Al hacer esto, Claudia no se contuvo más clavó sus afilados dientes sobre la yugular de la muchacha que bombeaba a toda velocidad, Tara podía sentir el frío de los afilados colmillos de la vampiresa, podía sentir como su carne se desgarraba conforme la mujer apretaba más y más. Podía sentir su sangre caliente brotándole por el pecho, pero no había dolor. Conforme la vampiresa dio el primer bocado, todos los demás reaccionaron como animales enjaulados, hambrientos desde hace días. La sirena mordió la pierna de la joven que caía a un lado de la mesa hasta la altura de la sirena que se encontraba tirada en cubierta. Sus afilados dientes arrancaron la carne del hueso en cuestión de segundos, A su vez el zumbante cumulo de abejas descargó toda su rabia sobre la joven, picando cada centímetro de su piel que quedaba descubierto y dejando en su interior los potentes aguijones que ardieron bajo su piel como ascuas, por suerte la chica no sentía dolor alguno, solo el intenso calor desprendido por ellos. Pero la peor de las sensaciones fue en el momento en que Matt la abrió en canal, separando con sus afiladas zarpas la piel y la carne de la barriga de la muchacha y mascando sus vísceras, sin ni siquiera arrancarlas de su cuerpo.

Por suerte o por desgracia la tortura duró poco, a los pocos minutos de haber comenzado el suculento festín el corazón de Tara que hasta ahora había ido a mil por hora, simplemente dejó de latir. Cuando la poca sangre que le habían dejado dejó de bombear por sus venas, los cuatro perdieron el interés por su víctima, entonces Claudia ayudó a Daphne a saltar por la borda y Matt arrojó el cuerpo sin vida de Tara tras ella. La sirena cogió el cadáver y lo sumergió hasta las

profundidades del océano. Una vez allí hizo un hoyo con su cola e introdujo al cuerpo en él. Después con mucho cuidado lo volvió a tapar y salió nadando hasta la superficie, para reunirse de nuevo con los demás.

Capítulo 13

Tara se despertó de golpe, como si de un terrible sueño se tratase, sin recordar muy bien lo sucedido. Todo estaba oscuro y húmedo, un olor a sal lo impregnaba todo y una fuerte presión la aplastaba contra las paredes de aquella estrecha cavidad donde se encontraba. Entonces resonaron en su mente las palabras de Claudia “Si quieres vivir, tendrás que levantarte, salir de tu tumba submarina y volver con nosotros a la superficie”. Sacó todas sus fuerzas de lo más profundo de su ser, y comenzó a rascar el fango que la cubría, cavó y cavó hasta que el agua empezó a caer sobre ella, entonces le dio la sensación de que se ahogaba, pero no fue así, al contactar con el agua, tras sus orejas habían salido unas branquias y sus piernas se habían convertido en una larga cola de sirena. Entonces hizo un último esfuerzo, empujándose con los brazos y la cola salió al exterior y empezó a nadar hacia la superficie todo lo rápido que pudo.

Cuando Tara llegó a la superficie, la luna no se veía porque una densa nube se había cruzado por delante, apagando por completo su luz. La ayudaron a subir al barco y conforme su cuerpo salió al exterior, la cola de sirena desapareció. Pero al posarse sobre la cubierta del barco su piel comenzó a burbotear como si miles de burbujas quisieran escapar de ella, notaba como bajo su piel se movían las larvas a punto de salir de los Úlcidos. Pero la nube se retiró a tiempo y la luna y las estrellas empezaron a brillar con todas su fuerza. Entonces un terrible dolor recorrió todo el cuerpo de Tara haciéndola doblarse y caer al suelo, el burbujeo de su piel había cesado, pero sentía como si sus pulmones dejaran de funcionar y su corazón bombeaba a mil por hora, su piel empezó a cubrirse por pelo de corto tamaño, de forma muy densa, dando la sensación de que su piel era de un color castaño oscuro como su pelo. Su cara empezó a largarse y sus costillas crujieron al aumentar de tamaño, acompañadas de un tremendo dolor que hizo bramar a la chica. De

sus manos sus manos empezaron a aparecer afiladas garras, pero al instante el insufrible dolor cesó, junto a la sensación de ahogo y el pelo, el hocico, las garras y su voluminoso torso volvieron a tener la forma original de una forma tan mágica como había venido. La chica se puso en pie, muy digna. Matt se quedó mirándola atento, los rasgos de su cara era aun más finos y su piel parecía hecha de porcelana, pero sus ojos guardaban la fiereza de una bestia esperando a atacar, pero aun así era ella, él la veía tan bella, más bella de lo que jamás había estado. Un aura de luz la bordeaba, haciéndola parecer pura, perfecta.

- ¿Cómo te encuentras?- preguntó Claudia para romper el silencio.

La joven se limitó a mirarla con los ojos muy abiertos, torciendo levemente la cabeza hacia a la derecha, intentando comprender como se sentía.

- Tengo hambre- fueron las únicas palabras que salieron de la boca de la joven.
- Eso tiene arreglo- dijo Claudia con media sonrisa en su boca- ¡ADRIAN! – gritó volviendo la cabeza hacia la puerta.

Al momento el joven salió de la parte inferior del barco y se acercó a Tara. La chica podía notar como corría la sangre por sus venas, podía notar cada una de sus pulsaciones resonándole en los oídos. El tiempo parecía ir cada vez más lento acompañándose con los latidos del joven. Cuando el chico se detuvo ante ella sacó una daga de su cinturón y se hizo un profundo corte en el brazo. La sangre empezó a brotar, purpura y caliente. Tara no pudo controlarse, cada célula de su cuerpo ansiaba la sangre del muchacho. Cuando sucumbió a sus instintos y saltó sobre el brazo del muchacho como una rapaz salta sobre su presa. Lo sujetó con fuerza y empezó a beber el delicioso líquido que brotaba de su brazo, cada vez necesitaba más y más, empezó a morder la carne del muchacho, a succionar con más fuerza, intentando vaciarlo. Era capaz de oír los gemidos de sufrimiento del chico, pero no podía parar. Si no hubiera sido porque Claudia y Matt

la apartaron del brazo del chico, no habría parado hasta dejarlo sin una gota de sangre en sus venas.

- Ya es suficiente- dijo Claudia.

Al apartarse de Adrian pudo ver como el brazo del joven sangraba a borbotones y un trozo de carne colgaba de él a causa de sus mordiscos. Tara sentía como su cuerpo seguía deseando la sangre del chico, pero Claudia a Matt la agarraban con tanta fuerza que no logró desasirse y al final desistió. Rápidamente Daphne fue a vendarle la herida hasta llegar a casa y que Emet pudiera curarla.

Mientras tanto los demás se quedaron en cubierta comprobando que los cambios de Tara eran estables.

- Ahora que ya te has alimentado, ¿Te sientes bien?- le preguntó Claudia.
- No- dijo Tara al considerarlo un momento.
- ¿y cómo te sientes?
- Vacía- ese era el único adjetivo que podía describir lo que sentía.

No había nada en su interior, no sentía frío, ni dolor a pesar de los cambios y sorprendentemente tampoco sentía remordimientos por haber desgarrado el brazo de su amigo.

- Eso es normal- intervino Altor- lo que pasa que muchos de nosotros nunca llegamos a sentirlo, porque el poder y la fuerza que se nos da al transformarnos acalla esa sensación.
- ¿Por qué dices que es normal?- quiso saber Tara sin mostrar verdadero interés.
- El veneno que corre por nuestras venas no es un veneno cualquiera, fue inyectado por demonios en los Cambiantes a cambio de la vida eterna.
- ¿Quieres decir por ejemplo, que Matt sea un Licántropo es porque un demonio introdujo veneno en un Cambiante?
- Exacto, cuentan las historias que hubieron una vez un grupo de Cambiantes que eran más ambiciosos que el resto. Ellos no querían conformarse con lo que la vida de Cambiante les

ofrecía, querían más. Algunos querían ser más fuertes, otros más rápidos, otros querían nadar mejor, o querían ser más aterradores. Pero ante todo, ellos anhelaban la vida eterna. Así que cada uno de ellos invocó a un demonio mayor para hacer un pacto con él.

- El primer Licántropo- continuó diciendo Matt- contactó con Lupos, el gran demonio lobo, que le ofreció la posibilidad de ser más fuerte que el resto de Cambiantes, adquiriendo todas las cualidades de los lobos, a cambio de que como mínimo cada luna llena se transformase en su secuaz y recogiera almas para él.
- ¿y qué pasó con lo de ser inmortales?- preguntó Tara.
- Cuando el Licántropo original le pidió a Lupos, ser inmortal. Este le dijo que eso era imposible, que todo ser ha de tener un principio y un final, pero ante la insistencia del Licántropo le dijo: "dame tu collar", y este se lo entregó al momento. Entonces Lupos lo manchó con su sangre y le dijo, solo el material del que está hecho este collar podrá herirte, así que cuídate de él y serás inmortal.
- Entonces...- se quedó pensativa Tara- aquel collar era de plata ¿no?
- Si, por eso solo la plata pude matar a un Licántropo.
- El primer Vampiro- añadió Claudia- invocó a Gacif, gran demonio murciélagos, que le confirió la capacidad de ser más rápido y sigiloso que el resto de los Cambiantes. Todas las cualidades de los murciélagos, incluso adquirir su forma si lo deseaban. Pero a cambio le entregaría las almas de todos a los que sometiese. Pero claro, él también quería ser inmortal, por lo que le pidió a Gacif que le concediera también aquel don y este aceptó. A cambio de que nunca más volviera ver el sol. Si se ponía bajo los rayos del sol, este mostraría su verdadero estado. Si hacía poco que había sido transformado,

solo moriría dejando allí su cadáver, pero si hacia el tiempo suficiente, se convertiría en cenizas, en polvo.

- Pero si solo pueden salir de noche, ¿no juegan con desventaja con respecto a los demás?
- Sí, eso mismo pensó el primer Vampiro, así que Gacif le dio un don más.
- ¿Cuál?
- El de la seducción, a partir de ese momento, su rostro sería más bello, su voz más melodiosa, su cuerpo más atractivo y así ninguna presa se le resistiría.
- Nuestra antepasada- dijo Daphne- anhelaba con toda su alma el poder regresar al mar, envidiaba a los peces, que poseían la libertad que los hombres le negaban. Así que le pidió a Kalú, gran demonio del mar, que la ayudase. Este le concedió sus deseos, a cambio de que las noches sin luna cantase con la hermosa voz que él le otorgaba e hiciera que los barcos naufragaran para él. Porque él se adueña de todas las almas que se pierden en el mar. Y como no, también pidió ser inmortal, entonces Kalú le quietó el recogedor de su pelo hecho de cobre y le dijo que si alguna vez la hería aquel metal, la herida sería mortal, pero que las demás le sanarían sin más.
- Y por último, el primer Úlcido vendió su alma a Birch- añadió Altor- el gran demonio de los artrópodos. Este le permitió convertirse en cualquier tipo de artrópodo, y así poder ser tan sigiloso como una araña, o tan mortal como un enjambre de abejas, pero a cambio sería dueño del alma de todos los que murieran por una picadura de sus animales, sin dudarlo este lo aceptó, y al reclamarle la vida eterna como los demás, este tomó un palo de la hoguera y se lo acercó diciendo: "solo el fuego te mandará de vuelta al reino de los muertos". Pero como penitencia, le exigió que portase consigo a todos los

animales que le conciernen con él, y de ahí la textura de su piel.

- Entonces- dijo Tara- resumiendo, mi alma ahora está repartida entre cuatro grandes demonios, y por eso me siento tan vacía. ¿Voy bien?
- Me temo que sí- dijo Matt.
- Pues podíais haberme avisado antes ¿no creéis?- dijo sin mostrar odio ni rencor en sus palabras.
- ¿Crees que hubiera cambiado algo?-le preguntó Claudia.
- Ahora nunca lo sabremos, pero al menos creo que tenía derecho a saber que iba a perder mi alma.- dijo Tara.

El viaje de vuelta fue largo y antes de alcanzar el embarcadero de la isla los primeros rayos del alba pintaron de luz el oscuro cielo, así que Claudia se refugió en un cofre en el interior del barco y Altor tomó el mando en la embarcación. Al llegar a puerto, Altor y Matt tomaron cada uno una de las asas del cofre y devolvieron a Claudia a su habitación para que descansara durante el día.

Se sentía extraña, la alegría que siempre había invadido su cuerpo había desaparecido, sin más, ya no estaba. Pero no sentía tristeza, simplemente no sentía nada. Bajó las escaleras y volvió a su habitación, corrió las cortinas, para que la luz no la molestase para dormir y se tumbó en la cama.

La joven durmió durante horas, hasta que a media tarde notó como algo le acariciaba el brazo, eran los dedos de Emet recorriendo su brazo de arriba abajo tratando de despertarla.

Allí estaba sentado junto a ella, con su media sonrisa y sus enormes ojos de colores. Había bajado hasta la habitación de Tara para llevarla a que viera a su nuevo invitado, Tara se vistió y le siguió, pero sin sentir ningún tipo de entusiasmo, ni de nerviosismo a causa de la curiosidad de conocer a otro ser mágico, en realidad le daba igual, todo le daba igual, incluso el que Emet la llevara de la mano no le importaba lo más mínimo.

Todos habían subido al gran salón para conocer al nuevo invitado. Al llegar Tara, todos se apartaron dejando un pasillo que llevaba hasta el centro de la habitación. Allí, en el centro, había un anciano hombre con una larga barba blanca y ni un solo pelo sobre su cabeza, sentado en la butaca de Claudia. Al ver a Tara, el anciano hombre hizo el amago de levantarse, pero rápidamente Tara le pidió que no lo hiciera. El hombre con una complaciente sonrisa miró a la joven de arriba abajo.

Después, obviando la petición de la joven, el hombre se puso en pie y pidió a Tara que lo acompañase a dar un paseo por la isla.

- Encantado de conocerte Tara Nailing, después de tantos años ya creí que no llegaría a conocerte.
- ¿Cómo sabes quién soy?
- ¿Cómo no saberlo?- dijo el hombre sonriendo.
- Disculpe, pero no entiendo que quiere decir.
- Solo por Tara Nailing, se reuniría a tan poderosos guerreros y sabios en un mismo sitio, dejando desprotegidos a los reinos.
- ¿y quién es usted?
- Yo soy Gálzon, el último de los Hechiceros puros, ya hace mucho que me retiré a las montañas para aguardar a la muerte, pero nunca perdí la esperanza de que llegases hasta nosotros para traer la paz.
- ¿Cómo que él último?
- Si, en mi orbe al principio todo el mundo eran Hechiceros, controlaba tanto el poder mágico, como las poción y hechizos. Pero a lo largo del tiempo, el reino se dividió en dos grandes tribus que dieron más importancia a unos dones que a otros, por un lado los brujos, pusieron su atención en perfeccionar las pócimas y los encantamientos. Por otra parte los magos creyeron más importante el control de la energía mágica, esa energía que lo rodea todo y nos envuelve. Poco a poco ambas tribus fueron creciendo y diferenciándose entre sí. Los Hechiceros propiamente dichos nos redujimos a unos

cientos de seres, poco a poco nuestra vida se ha ido agotando y ya solo quedo yo.

- ¡Pero eso es una desgracia!
- Sí, pero es ley de vida, unas especies vienen y otras se van.
- Además ahora me iré tranquilo, porque gracias a ti volveré a ver a los mundos en paz antes de morir.
- Yo no estoy tan segura de que sea capaz de traer la paz.
- ¿Es que acaso no eres tú la sucesora de Isabell?- dijo el hombre deteniendo el paso y girándose para mirar a la chica con sus ojos grisáceos ocultos tras cientos de arrugas.
- Si que soy su sucesora, o eso al menos es lo que dicen, pero no creo que yo llegue a ser ni la mitad de lo que fue ella.- dijo la chica bajando la mirada apesadumbrada.
- ¿Por qué dices eso?- le preguntó tiernamente el anciano hombre.
- Porque no hacen más que contarme lo maravillosa que era ella, las cosas tan grandiosas que hizo, y no creo que sea capaz de igualarla siquiera.
- ¿De verdad crees que Isabell siempre fue la gran guerrera y la gran reina que todos dicen?
- Por supuesto- entonces Tara se quedó pensativa, nunca se había parado a pensar que antes de reina, Isabell también fue una chiquilla, sola ante un incierto destino, como ella- ¿tu conociste a Isabell antes de que fuera reina?
- Si- dijo el hombre, intentando recordar algo tan lejano que se perdía en su memoria- era una jovencita muy nerviosa, con unos enormes ojos negros y una sonrisa infinita.
- ¿Y tenía miedo?
- Por supuesto que tenía miedo- dijo el hombre riéndose agitando sus espesas barbas- era muy consciente de a lo que se tenía que enfrentar, y por lo que puedo ver tú también eres muy consciente de ello.
- Y también tengo miedo.

- Eso es normal- dijo el hombre poniéndole la mano en el hombro- cualquiera en tu lugar lo tendría.
- ¿De verdad?, es que todo el mundo está tan convencido de que lo conseguiré...
- Y tú no lo tienes tan claro, ¿verdad?
- Exacto, y no quiero fallarles, porque todos se están sacrificando tanto por mí.
- Pues no les falles.
- Eso es fácil decirlo, pero...
- Seré sincero contigo, para ti todo será más difícil.
- ¿Cómo que más difícil? Pero Isabell también tuvo que pasar por lo que a mí me espera.
- Es cierto, pero a ella la criaron como a un guerrero y en cambio a ti como una humana. Pero si el Oráculo dice que es tu destino, estoy seguro de que lo conseguirás.
- Pero el Oráculo también puede equivocarse.
- Yo también pensaba eso, Isabell fue para mí como una hija, y tras su muerte quedé desolado. Pensé más de una vez en acabar con mi vida, hasta que un día el Oráculo me dijo que debía vivir, porque un día tú me necesitarías.
- ¿Cómo podía saber él eso, entonces aún faltaban miles de años para que naciera yo?
- Él no sabe cuando ocurrirán las cosas en el tiempo, no puede decirte si su visión es de algo que sucederá mañana o dentro de mil años, lo único que sabe es que ocurrirá.

Tara se mantuvo un rato pensado mientras seguía caminando junto al anciano hombre, en todo lo que él le había dicho sobre lo de que el Oráculo nunca erraba en su predicción y eso de que todo sería más difícil para ella hizo que se le cerrase un nudo sobre la boca del estomago. Entonces vino a su mente lo sucedido en la noche anterior, cuando descubrió que había perdido su alma, y le preguntó al hombre como pudo Isabell hacer todo lo que hizo sintiéndose así.

El hombre miró con lastima a la joven y le contestó.

- No podrás hacer lo que pretendes sin un alma fuerte que te sustente.
- Pero yo ya he perdido mi alma, ¿Quiere decir esto que no podré llevar a cabo mi cometido?- dijo la chica asustada.
- No te preocupes, creo que podremos solucionar lo de tu alma.
- ¿de veras?
- Por supuesto, hablare con los Susuradores para que lo arreglen.
- Gracias- dijo la chica dándole un fuerte abrazo al anciano.

Capítulo 14

Pasó una semana hasta que una mañana Daniel pidió a Tara que se reuniese con él y con el resto de Susurraores en su habitación.

Al entrar en la habitación de Daniel, pudo ver sentados en entorno a la mesa a todos los Susurraores. Daniel se sentó presidiendo la mesa y le pidió a Tara que tomase asiento.

- Se nos ha informado del asunto de tu alma- empezó a decir Jahoel- es una cosa muy seria. Puesto que si no posees alma, puede que no tengas la energía suficiente como para salir victoriosa de todos los combates.
- La verdad es que desde lo sucedido, no tengo energías para nada.- reconoció la joven.
- Por eso mismo debes recuperar tu alma.
- ¿Se puede recuperar un alma?
- Por supuesto, cualquiera que baje hasta lo más profundo del infierno y la gane puede recuperarla.
- ¿Entonces a que estamos esperando?
- No es tan sencillo, cualquiera no puede bajar hasta las profundidades del infierno.
- La puerta del infierno, al igual que la del cielo está en el orbe de los Susurraores- añadió Protervus- y como es normal están ocultas de la vista de todos los demás orbes.
- Además- interrumpió Daniel- aun no sabes pasar al plano cristalino.
- ¿Qué es el plano cristalino?
- Como ya sabes- empezó a explicarle el joven- sobre este planeta hay una serie de orbes que comparten espacio físico, pero que no interactúan entre sí. Pues los Susurraores somos capaces de entrar en los espacios entre dichos orbes,

de manera que podemos ver a todos, e incitarlos a realizar ciertos actos sin que nadie pueda vernos.

- Pues enseñadme- dijo la chica levantándose de la mesa- estoy dispuesta a entrenar todo lo duro que sea necesario con tal de conseguir entrar en el maldito infierno y sacar de allí mi alma, aunque se la tenga que arrancar al mismísimo diablo de las manos.
- Eso era lo que quería oír- dijo Daniel con una sonrisa en la cara- como ni Adrian ni Emet van a dejar que dejes sus entrenamientos hasta que no domines la técnica tendremos que entrenar por las noches cuando no nos vean?
- ¿Cómo vamos a hacer para que no nos vean?
- No te preocupes, eso déjalo en nuestras manos. Tu estate preparada a media noche para empezar.

El día transcurrió como uno cualquiera, durante toda la mañana entreno junto a Adrian. Cuando entrenaba con él se sentía libre, ahora que ya dominaba los cambios con destreza se pasaban horas volando con forma de ave o nadando como dos peces más en el inmenso mar. Pronto terminarían sus entrenamientos y debería empezar las clases con Matt, Claudia y los demás Cambiantes.

Las tardes se le hacían un poco más largas, porque aunque a Tara le encantaba aprender pócimas y conjuros, el tener que memorizar tantas oraciones en el idioma de los reinos era una tarea ardua y tediosa, pero necesaria para poder protegerse en la batalla y curar sus heridas. Además había algunos encantamientos que a Tara le parecían muy divertidos, como lo de hacer que al contrario le diera la sensación que su pelo ardía o que por su cuerpo corrían cientos de cucarachas.

Tras la cena Tara se retiró a su habitación con la excusa de que estaba muy cansada y se preparó para ir al encuentro con Daniel. Seguro que si Ari veía que quedaba a escondidas con su chico la situación no sería nada fácil de explicar y a pesar de que no le importaba nada cabrear a su amiga a causa de no tener alma, la

verdad es que no le apetecía nada ponerse a dar explicaciones a aquellas horas. Así que salió sigilosa de la habitación en dirección a la pista de entrenamiento más alejada, para que si alguien salía de la casa no pudieran verlos. Cruzó todas las pistas y bajó las escaleras hasta llegar a la pista inferior donde Matt casi se la come, al cruzar la puerta de la valla un escalofrío recorrió su cuerpo.

- ¿Asustada?- Dijo Daniel saliendo de entre las sombras.
- No- mintió la chica intentando ocultar lo sobresaltada que estaba a causa de la repentina aparición del joven.
- Perfecto, pues entonces empecemos cuanto antes.
- La primera vez que cruces al plano cristalino has de recitar una oración de iniciación. *"Enkú nomá insó kajó, enkú nomá insó hajó..."* ¿Está claro?
- Sí, *"Enkú nomá insó kajó, enkú nomá insó hajó..."*
- Muy bien- dijo el cogiéndola de las manos.
- Una cosa- dijo ella antes de empezar.
- ¿Qué?
- ¿Siempre he de repetir esto para cruzar al plano cristalino?
- No, solo esta vez. Una vez que el plano cristalino te reconozca como parte de él ya no tendrás que recitarla más.
- Está bien- dijo Tara cogiendo aire con fuerza- empecemos.

Ambos empezaron a recitar la oración con los ojos cerrados, cada vez alzaban más la voz, hasta que al final gritaban a coro la oración una y otra vez. Una bruma roja se elevó a su alrededor como un torbellino de polvo rojo y en la nube que los rodeaba empezaron a verse relámpagos. El viento azotaba los cabellos de Tara contra su cara y cada vez le costaba más mantener el equilibrio y sus manos cada vez agarraban con más fuerza a Daniel. Al instante todo se detuvo. El viento que la zarandeaba dejó de soplar y abrió los ojos con muchísimo cuidado mientras soltaba las manos de Daniel.

Tara no podía creer lo que veía, de la espalda de Daniel habían surgido dos impresionantes alas con plumas de un blanco inmaculado y una textura almohadillada, como las de los ángeles de los cuadros,

enormes y perfectas. Cuando el chico vio que la joven no quitaba ojo de sus alas, las abrió y las sacudió un poco estirándolas y mostrando su envergadura, para que Tara estuviera segura de que aquello no era un sueño.

- ¿Te gustan?- dijo el joven riéndose.
- Son increíbles,- dijo la chica boquiabierta- pero... ¿Por qué nunca las he podido ver?
- Solo debemos mostrar nuestra verdadera forma cuando estamos en nuestro orbe o en plano cristalino. Así protegemos nuestra identidad, porque los seres del resto de orbes no aceptan mucho la existencia de ángeles y demonios.
- ¿Entonces tú eres un ángel?
- Lo fui- dijo el joven apesadumbrado.
- ¿Y qué pasó?
- Yo era un Arnif.- la melancolía se podía apreciar en cada palabra del chico.
- ¿Qué es un Arnif?
- Es lo equivalente al capitán de una tropa de asalto. Mi misión era dirigir a los ángeles hacia la victoria, y la verdad es que lo hacía realmente bien.
- Entonces, ¿Qué fue lo que pasó?
- Algo terrible, mi superior fue uno de los arcángeles que se reveló y quiso tomar como propio lo conquistado por sus legiones. Pero claro, eso no se pudo permitir y lo desterraron del reino.
- ¿Lo expulsaron del cielo?
- Algo así, en realidad nos acusaron a todos sus subordinados de traición por no haberlo delatado y nos expulsaron junto a él, pero a pesar de todo algunos de nosotros conseguimos que se nos perdonara y se nos permitió volver de nuevo al reino. Pero claro, no nos dejaron volver como si nada hubiera sucedido, se nos relegó al más bajo rango posible, en mi caso de mensajero.

- ¡Pero eso no es justo!, no fue culpa tuya.
- Ya lo sé, pero el consejo lo determinó así, algún día serás tú quien tenga que tomar decisiones como esa, y espero que seas lo más justa posible.
- No te preocupes, intentaré serlo.

Mientras hablaban, andaban en dirección a la casa. Cuando llegaron allí, Claudia estaba sentada en el porche, disfrutando de una copa de sangre mientras admiraba el paraje que se extendía ante ella. Tara esperaba algún tipo de pregunta o mueca de desagrado al ver a los dos jóvenes viéndolos juntos a esas horas de la noche. Pero la vampiresa ni se inmutó cuando pasaron junto a ella. Era como si no estuvieran allí, al ver la cara de Tara ante la indiferencia de la joven, Daniel se echó a reír a carcajadas y aun así Claudia ni se inmutó, a Tara todo aquello le extrañaba cada vez más, entonces Daniel recuperó el aliento tras la intensa risa y le dijo.

- No puede vernos.
- ¿Cómo que no puede vernos?- le contestó la chica en un susurro.
- Estamos en el plano cristalino, ni los agudos sentidos de Claudia pueden percibirnos.
- ¿Entonces aquí podemos hacer lo que queramos sin que nadie nos diga nada, ni se den cuenta de lo que hacemos?
- Más o menos, prueba a tocarla.

Tara extendió su mano y tocó el hombro de la muchacha, justo en ese momento la chica se estremeció y miró a los lados escudriñando cada rincón del porche de la casa, pero pasó por alto la presencia de los jóvenes, era como si pudiera ver a través de ellos. Pero aun así Tara se quedó inmóvil, esperando a que la vampiresa pudiera detectarla si realizaba cualquier movimiento.

- Ahora que ya has comprobado que nadie puede vernos, espero que estés más tranquila.

- La verdad es que no tener que estar pensando en si alguien puede vernos o no me tranquiliza bastante- dijo la chica moviéndose despacio sin apartar los ojos de Claudia.
- No entiendo por qué estabas nerviosa antes, pero me alegra que ahora por fin te relajes.
- Estaba nerviosa porque se supone que yo ya estoy durmiendo, el entrenamiento con Adrian está terminando y en estas últimas clases está siendo muy estricto, porque quiere que todo quede bien claro y eso.
- No te preocunes, no se dará ni cuenta de que has estado por ahí conmigo en lugar de estar descansando.
- ¿Cómo no se van a dar cuenta?
- Confía en mí- dijo el chico tendiéndole la mano.
- De acuerdo, ¿y ahora qué?
- Ahora quiero que entres en la casa y te mires en el espejo, a ver si ves algo diferente.

Diciendo esto, Daniel cruzó la puerta sin abrirla, atravesándola como si no hubiera puerta. Tara tomo aire y se dejó arrastrar a través de la puerta tras la mano del joven. Al entrar en el recibidor de la casita, se quedó anonadada ante la imagen que le devolvió el espejo.

De su espalda salían dos grandes alas como las de Daniel, enormes y almohadilladas. Pero sus alas no eran completamente blancas, las puntas eran de un color morado, como la bruma que salía cuando ella se convertía en animal. Eran preciosas, Tara fascinada ante sus alas intentó abrirlas como había hecho antes Daniel, cerró los ojos y le salió como la forma más natural del mundo, primero movió sus omóplatos de donde salían las alas y luego las abrió sintiéndose libre, era como esa sensación que se tiene al desperezarse por las mañanas al despertar, pero mejor.

- ¿Quieres probarlas?
- Por supuesto- dijo Tara con una sonrisa en la boca.
- Ya veo que no lo perdiste todo al perder tu alma.

- Supongo que no- dijo Tara encogiéndose de hombros, mientras corría a través de la puerta.

La chica salió corriendo, y al llegar al final de los escalones saltó extendiendo las alas para volar. Pero la gravedad hizo de las suyas y la muchacha cayo con un golpe sordo.

Mientras se levantaba dolorida, vio como la vibración del suelo provocada por la caída había sido captada por Claudia, y la vampiresa había sacado sus colmillos poniéndose en guardia sobre las maderas del porche, esperando el inminente ataque.

Tras el golpe Daniel salió riéndose a carcajadas de la casa.

- ¿De verdad pensabas que podrías salir volando a la primera?
- Pero yo ya había volado con forma de pájaro,- dijo la chica sin comprender nada mientras se levantaba del suelo sacudiendo el polvo de su ropa- vuelo perfectamente, incluso mejor que Adrian, ¿Cómo puede ser que ahora haya caído como un plomo?
- No te preocunes, es normal, no he conocido nunca a nadie que volara a la primera. Eso de volar como un pájaro está bien, pero los pájaros para volar batén sus alas, es como mover tus brazos de arriba abajo, pero las alas de un ángel son algo especial.
- Pues explícame como lo hago.
- Vale, escucha con atención. Has de sentir las alas, muévelas de arriba abajo. Si te fijas, las alas hacen una especie de olas. Cuando levantas la parte que está cerca de tu cuerpo, los extremos están abajo y viceversa.

La chica comenzó a hacer el movimiento ondulatorio de las alas, y estas empezaron a batir, poco a poco, haciendo que las ondas cada vez fueran más potentes y rápidas. El viento que levantaban empezó a mover las hojas de los árboles que la rodeaban y la tierra del camino empezaba a desplazarse. Tara daba gracias de que Claudia hubiera vuelto al interior de la casa, porque sino seguro que se

percataría de su presencia, y Tara no tenía ni tiempo, ni ganas de dar explicaciones a nadie.

Las potentes alas de la joven la levantaron despacio del suelo un par de metros y luego la dejaron de nuevo sobre la tierra del camino con la misma suavidad y elegancia con la que la habían levantado.

- Bueno ya está bien por hoy- dijo Daniel.
- ¿Cómo que ya está?- replicó Tara.
- Ya es suficiente por hoy- dijo el chico intentando hacerla entrar en razón.
- Pero la noche es joven- le contestó la chica- Volemos por ahí, sintamos la luz de la luna en la cara mientras surcamos los cielos.
- No Tara, volar con alas de ángel cansa más de lo que parece y si no estás preparada, tu energía puede agotarse en cualquier momento.
- No importa- dijo la chica acercándose a Daniel con los ojos abiertos como platos por la ilusión que poco a poco iba recobrando a pesar de carecer de alma- te prometo que si me encuentro cansada pararé. Venga, solo un ratito.

Después de decir esto, Tara salió corriendo y cuando tomó algo de velocidad alzó el vuelo sin esperar respuesta alguna de su maestro. Batiendo con fuerza sus potentes alas se elevó rápidamente en el oscuro cielo nocturno sin mirar atrás. Daniel le gritó algo, pero ella ya estaba demasiado lejos como para oírlo. Al ver que la chica no le contestaba salió volando tras ella a toda velocidad, tuvo que darse prisa para alcanzarla, pues la chica, que volaba sorprendentemente rápido, había traspasado ya la capa de nubes que encapotaba el cielo.

Cuando al fin logró alcanzarla le dijo:

- Debemos bajar- mientras la cogía por la muñeca para detener su vuelo.
- ¡No! Esto es demasiado divertido como para parar ahora.- dijo ella desasiéndose de la fuerte mano del joven.

Tras soltarse, salió volando hacia su derecha dibujando un tirabuzón en el cielo. Daniel la seguía sorprendido por la velocidad de la joven, mientras le repetía una y otra vez que debían marcharse. Tara haciendo caso omiso a las palabras del chico empezó a alzarse más y más hacia el estrellado cielo, cuando el frío de la atmósfera se coló por sus pulmones e invadió su cuerpo. Las fuerzas la abandonaron en un instante y todo en torno a ella empezó a girar y a volverse oscuro.

Daniel vio como la chica caía en picado desde lo alto y se impulsó con todas sus fuerzas para intentar alcanzarla antes de que llegase al suelo. A pesar de sus esfuerzos, cuando llegó hasta la columna por donde caía la chica ella ya estaba una decena de metros por debajo de él. Volvió a cargar en dirección a la chica y esta vez sí que logró alcanzarla, la tomó entre sus brazos a veinte metros del suelo y descendió con delicadeza hasta dejarla tumbada en tierra.

La chica había perdido el conocimiento por el agotamiento, así que la llevó en brazos hasta el porche de la casa y la depositó con delicadeza sobre las tablas de madera del porche. Después se sacó una extraña fruta grisácea del bolsillo y la estrujó entre sus manos, sobre la boca de la inconsciente joven.

Cuando Tara abrió los ojos, el dulce jugo de la fruta grisácea invadía su boca, alzó los ojos y vio como Daniel la observaba con preocupación. Cuando el joven vio que estaba bien, su cara pasó de la preocupación al enfado, pero no le dijo nada, se limitó a ayudarla a ponerse en pie. El silencio no duró mucho, al final le dijo:

- Te dije que no volases ¿Por qué no puedes hacerme caso?- dijo mientras la acompañaba de vuelta a su habitación.
- Es que me sentía tan libre- dijo ésta bajando la mirada avergonzada por su comportamiento- lo siento- añadió la fin.
- Bueno ya da igual, cuando lleguemos a tu habitación tengo algo para ti.
- ¿Qué es?
- Esto- dijo el chico sacando una manzana roja de su bolsillo.

- ¿Una manzana?, hay decenas como esta en el gran salón.
- Puede que haya muchas, pero ninguna como esta.
- ¿y que tiene esta de especial?
- Es fruta del orbe de los Susuradores.
- ¿Y qué diferencia hay entre la fruta del orbe de los Susuradores y el resto de fruta?
- La fruta que crece en el orbe de los Susuradores tiene la cualidad de aliviar el cansancio y el dolor de quien la come. – dijo dedicándole una sonrisa- Tómatela, te va a hacer falta su ayuda.

Tara tomo la manzana que Daniel le ofrecía y la observó con suma atención antes de entrar por la puerta de su habitación. Al entrar en su cuarto, la chica guardó la fruta en su bolsillo. Daniel le pidió que se relajara y que cerrara los ojos, mientras cogía sus manos y el torbellino volvió igual que antes, haciendo que la joven esta vez perdiera el equilibrio y cayera hacia atrás, pero Daniel estiró con todas sus fuerzas de ella e hizo que en lugar de caer sobre el remolino cayera sobre él. Entonces ambos cayeron al suelo y el torbellino se disipó.

- ¡Nuncal!, y he dicho nunca- empezó a decir Daniel muy enfadado mientras se levantaba- bajo ningún concepto salgas del torbellino que forma el portal al plano cristalino.
- Entendido, - le contesto Tara agachando la cabeza- lo siento mucho.

El chico respiró profundamente para calmarse y añadió:

- Comete la manzana y vete a dormir, mañana noche seguiremos.

A la noche siguiente con las campanadas de las doce tocaron a su puerta, Tara pensó que sería Daniel y abrió sin preguntar. Pero en lugar de Daniel, ante ella estaban Protervus y Sixt. El corazón de Tara le dio un vuelco al ver a los dos demonios plantados frente a su puerta, después tragó saliva e intentó hacer todo lo posible para que no se notase su sobresalto, mientras cogía sus cosas para ir al

entrenamiento. El pánico al recordar la noche de su llegada a la isla, hacía que las piernas de Tara temblasen al andar, como si se fueran a partir, pero no cayó. La chica se concentró en cada paso que daba hasta que consiguió que el miedo la abandonases.

- No podemos ir por los pasillos contigo sin que los demás sospechen algo- dijo Sixt, con aquella voz infernal- debes ir por el plano cristalino.
- ¿Yo sola? ¿Por qué no venís vosotros conmigo?
- No podemos- dijo Protervus mientras se señalaba el collar con sus dedos huesudos- esto no nos deja usar nuestros dones, por lo que no podemos ir al plano cristalino. Pero supongo que Daniel te explicaría ayer como llegar.
- Más o menos- dijo Tara.
- ¿Qué significa más o menos? O sabes ir o no sabes, es sencillo.
- Si se, bueno no... Ayer, fui allí con Daniel, pero nunca lo he hecho yo sola.
- Pues inténtalo.

Tara no contestó, cerró los ojos y puso los pies de forma que pudiera soportar los fuertes vientos del torbellino, poco a poco el aire que la rodeaba giró en torno a ella cogiendo cada vez más y más velocidad. Cuando todo se calmó, abrió de nuevo los ojos, y vio que estaba en el plano cristalino con sus enormes alas a su espalda. Sonrió, satisfecha por haberlo conseguido ella sola y siguió a los demonios que ya se dirigían hacia las pistas de entrenamiento.

Allí estaba Claudia con cara de pocos amigos, no se percataba de la presencia de la joven, pero Tara podía oír todo lo que decían.

- Buenas noches Claudia- dijo Protervus con una voz que pretendía ser jovial, pero que a malas penas lograba alcanzar su propósito.
- ¿Qué tienen de buenas? Estoy segura de que si me habéis hecho venir aquí a estas horas no podéis tramar nada bueno.

- Que mal pensada eres,- dijo el demonio mientras reía, tratando de quitarle tensión a la situación- solo queríamos pedirte que nos quitaras estos dichosos collares durante un par de horas llevamos aquí casi una semana y necesitamos salir a comer.
- ¿Cómo puedo saber yo que no haréis daño a ninguno de mis huéspedes?
- Debes confiar en nosotros.
- ¡Ja!- una sonora carcajada con aires de burla sonó retumbando en la noche- no pretenderéis en serio que confíe en la palabra de dos demonios ¿Verdad? ¿Tan estúpida me creéis?
- Necesitamos comer, eso es una realidad, y con estos malditos collares no podemos ir a cazar.
- Podéis comer de los suculentos manjares que os ofrezco, como hacen los demás.
- No, necesitamos presas vivas, y lo sabes.
- Puedo ofreceros presas vivas.
- ¡Vamos Claudia! Tu sabes bien que no es lo mismo.
- Podemos hacer un trato- interrumpió Sixt- nosotros volveremos en un par de horas y si hiriésemos a alguien o nos retrasásemos, tú misma podrás impartirnos el castigo que veas adecuado.
- Está bien- dijo de mala gana- estoy segura que me arrepentiré de esto, demostrad que me equivoco.
- No te preocupes, no te arrepentirás.
- Eso espero, por vuestro propio bien. Recordad tenéis dos horas, ni más ni menos.
- Con respecto a eso...- dijo Protervus vacilante- habíamos pensado ir a cazar a través del plano cristalino, para que no nos vieran los demás merodeando sin collar por la isla, y allí el tiempo ya sabes que no transcurre de una forma lineal, por lo que no podremos medir dos horas.

- Está bien, ya me estáis haciendo que me empiece a arrepentir del trato, tenéis hasta el alba. Cuando despuente el sol os quiero a los dos en la puerta de mi habitación y ni un segundo más, ¿está claro?

- Como el agua.

Dicho esto Claudia sacó uno de sus colmillos y se pincho la punta del dedo índice, una gota de sangre purpura y espesa broto, brotó brillante de él. Entonces mancho con la sangre la piedra del centro del collar de Proterus y este se soltó como si nunca hubiera estado unido.

Después repitió la acción con el collar de Sixt y al soltarse, el cuerpo del hombre se volvió etéreo y el collar cayó al suelo atravesando la bruma que formaba a Sixt sin problema.

Claudia recogió los collares y se marchó muy digna de vuelta a la casa. Cuando la vampiresa salió de las pistas ambos pasaron en un instante al plano cristalino junto a Tara.

- Bueno pequeña- comenzó a decir Proterus, mientras hacia un círculo entorno a la chica mirándola de arriba a abajo- estas lista para sacar tu lado más diabólico.
- Yo no quiero ser diabólica.
- ¿Por qué no?- dijo Sixt- pero si es lo más divertido del mundo.
- Porque para ello he de hacer cosas malas a la gente, y yo no quiero ser así.
- Pues siendo buena no creo que consigas mucho.
- Ya veremos.- dijo Tara con un tono arrogante.
- Bueno, de todas formas has de venir con nosotros, para que te enseñemos a usar los dones que posees por tu condición demoniaca, pero antes debemos comer.
- ¿Y qué vais a comer?
- Lo que se deje- dicho esto Proterus y Sixt estallaron en una sonora carcajada.

Entonces cogieron la mano de la muchacha y desaparecieron. Al instante aparecieron en un bosque. Tara fue a decir algo pero

Protervus le tapo la boca y le hizo una señal para que no hiciera ningún ruido, mientras le señalaba al frente. Tara prestó más atención a la sección del bosque que le señalaba el demonio y pudo apreciar a lo lejos una pequeña fogata y comenzó a oír voces en la distancia.

- Quédate aquí, pase lo que pase tu no salgas del plano cristalino. ¿Está claro?- le susurro Protervus al oído, y la piel de Tara se erizo en un agudo escalofrío.

Después él y Sixt volvieron al plano normal. El salto de un plano a otro generó un fuerte viento que sacudió las ramas de los arboles.

Luego pudo ver como Sixt se fue corriendo a lo lejos, más allá de la fogata. Tara que ahora estaba sola en el plano cristalino alzó el vuelo con sus alas y se acercó al claro del bosque de donde venían las voces y se posó en una de las ramas más altas para ver qué era lo que pasaba.

Entorno a la hoguera había cinco personas sentadas en un par de gruesos troncos, por sus indumentarias parecían guerreros Cambiantes. Sus armas estaban apiladas junto a la hoguera al alcance de todos.

Sixt empezó a hacer débiles ruidos en la parte más meridional del bosque, levemente audibles, que empezó a asustar a los hombres. Por otro lado Protervus en el otro extremo hacia un ruido parecido al sonido que emitiría un animal enormemente grande. Poco a poco el miedo fue sembrándose entre el grupo, cada vez estaban más irritables ante la presencia de aquellos pequeños ruidos que los rodeaba de un lado a otro y que cada vez se les acercaban más. Ante el último de los sonidos se pusieron en pie, intentaban penetrar con su vista en el profundo bosque para averiguar qué era lo que producía aquellos ruidos. Cuando el más joven de ellos cedió ante la tensión que se estaba generando, fue a echar mano de su arma para salir a matar a lo que fuera que había ahí fuera en lugar de esperar que eso viniera a su encuentro, pero se quedó perplejo al ver que las armas ya no estaban.

En un momento de descuido mientras Sixt corría en círculos entorno a ellos, Protervus se había acercado y les había robado las armas a tal velocidad y con tal sigilo que ni siquiera ellos, guerreros de los reinos, se habían dado ni cuenta.

El terror se apoderó del joven soldado que rápidamente puso a sus compañeros al corriente de la situación. Ya no cabía duda, aquello era una emboscada, pero aun no tenían claro de qué. Su única opción era la de transformarse para luchar como pudieran ante sus oponentes.

Todos los hombres se transformaron, de repente una bruma azulada invadió el claro del bosque, pero entre el caos de la bruma en lugar de aparecer cinco animales dispuestos a luchar contra lo que se les viniera encima solo aparecieron tres. Tras ver esto, Tara se dio cuenta de porqué Adrian era tan cabezota en eso de que tenía que conseguir transformarse como máximo en el tiempo que tarda una persona en pestañear, porque si tardas demasiado, eres vulnerable.

En las decimas de segundo que tardaron en transformarse Sixt y Protervus habían cruzado la bruma y cada uno de ellos se había llevado a uno de los Cambiantes. Los llevaron un poco más al norte hasta el siguiente claro del bosque, y allí en cuestión de segundos abrieron a sus víctimas en canal, bebieron la cálida sangre que salía a borbotones de sus heridas, y la parte más instintiva de Tara le hacía ir hacia aquella escena para tomar ella también algo de sangre, pero el temor que le tenía a los demonios pesaba más que el hambre en sí misma, así que se mantuvo en el plano cristalino contemplando la masacre.

Los demonios, tras beber su sangre, quitaron toda la piel de un tirón y la tiraron a un lado para poder comerse la carne, las vísceras y los crujientes huesos.

Después, tomaron la piel de los Cambiantes y la llevaron junto a sus amigos. La lanzaron desde lo alto de un árbol hacia un lado de la hoguera. Cuando el resto de Cambiantes vieron aquello, enfurecieron y salieron a la busca de los asesinos, pero no podían hacer dos

equipos de búsqueda porque eran tres. Así que los dos más jóvenes se fueron en una dirección y el más anciano en otra. Tara creía que los demonios se irían tras el Cambiante solitario, pero no fue así. Fueron tras los más jóvenes que se dirigían hacia el claro del bosque donde se habían cenado a sus amigos, pero no les impidieron llegar. Cuando los jóvenes Cambiantes vieron la sangre que había en el suelo, en los arboles y que aun goteaba desde sus ramas. El miedo los paralizó, y ese sin duda fue el peor de sus errores. En cuanto los demonios vieron que no se movían cayeron sobre ellos desde las copas de los árboles y sufrieron la misma suerte que sus amigos.

Ya solo quedaba el último Cambiante que inspeccionaba el área más al sur en busca de los agresores. Protervus y Sixt se habían enfundado la piel de los Cambiantes como si de un traje hecho a medida se tratase y fueron en busca del último de ellos. Se detuvieron frente a él amparados por la oscuridad del bosque. Al principio el hombre creyó que eran sus amigos y se dirigió hacia ellos preguntándoles: por qué estaban allí cuando él mismo los había mandado inspeccionar la zona norte.

Los demonios aprovecharon que el Cambiante había bajado la guardia al acercarse a sus amigos y justo antes de que este estuviera lo suficientemente cerca para verlos, saltaron sobre él. Protervus lo agarró por los brazos y Sixt por las piernas, después ambos estiraron en direcciones contrarias y lo partieron por la mitad. La sangre salpicó todos los arboles y las rocas que había en torno a él. Cada uno de los demonios se quedó con la mitad del hombre y brindaron como si cada parte del cambiante fuese una enorme copa, después bebieron toda la sangre del cuerpo inerte y lo dejaron tirado en el suelo del bosque.

Tara regresó al lugar donde la habían dejado, porque pronto regresarían a por ella. Y así fue, al instante los diablos estaban de nuevo en el plano cristalino junto a Tara, sin mediar palabra la cogieron cada uno de un brazo y como antes, desaparecieron, apareciendo de nuevo frente a las escaleras de la casa.

- ¿Ya estáis saciados por fin?
- Sí, yo creo que ya aguantaremos un par de semanas más.- dijo Protervus limpiándose la sangre de la cara con un pañuelo de tela blanco.
- Muy bien, y volviendo a la conversación de antes ¿Qué dones demoniacos poseo?
- Tienes la visión.
- ¿La visión?
- Sí, puedes ver el alma de las personas, el aura que emiten.
- ¿El aura, que es eso?
- Es la energía que desprende el alma de cada persona, cuanto más clara sea el aura más pura será la persona.
- ¿Y todas las auras son del mismo color?
- Por supuesto que no. Van del azul al rojo, un aura roja simboliza que en la persona domina la fuerza y la destreza física, si por lo contrario el aura es de color azul te indica que la mayor fuerza de esa persona es su mente.
- Ten muy en cuenta que en ocasiones la mente es más potente que la fuerza física, no menosprecies nunca la fuerza del intelecto.- Añadió Sixt.
- ¿y por qué no puedo ver vuestras auras?
- Porque nosotros somos demonios, no tenemos alma. Igual que tu.
- Ni me lo recuerdes- dijo Tara mientras iba de camino a la casa.

Subió los escalones del porche, y al entrar en la casa se quedó parada ante su reflejo, se miró fijamente. No podía creer lo que veía, sus ojos eran rojos, como los de la chica de su sueño, como los de aquella que les había hecho esas atrocidades a sus amigos. ¿Y si era ella misma?, ¿y si al final el mal se apoderaba de ella y acababa así? El miedo se apoderó de ella y empezó a retroceder, tanto retrocedió que calló rodando por las escaleras del porche y se golpeó en la

cabeza. Se quedó aturdida y vio cómo se materializaban dos sombras de la nada convirtiéndose en Sixt y Protervus.

- Menudo golpe te has dado jovencita- dijo Protervus.
- Ni que lo digas- dijo la chica mientras se levantaba frotándose su dolorida cabeza.
- ¿Cómo habéis hecho eso de antes?
- ¿el qué?
- Eso de aparecer de una nube de humo.
- ¡ah! Claro- dijo la Protervus riéndose- eso es la vaporización. Con tus dones maléficos puedes aparecer y desaparecer de un lugar a otro, transportándote en una nube de humo.
- ¿y cómo lo hago?
- Bueno, creo que deberíamos de advertirla antes- dijo Sixt mirando a Protervus
- ¿Advertirme sobre qué?
- Pues que las primeras veces... puede que te duela un poco.
- ¿Por qué?
- Porque para desplazarnos, ardemos y luego nos materializamos a partir del humo.

Tara tragó saliva haciendo una mueca de desagrado, pero sabía que si quería recuperar su alma debía aprender a moverse como un demonio así que se puso muy seria y les dijo.

- No me importa, se supone que he de ser una diablesa como vosotros, así que enseñadme.
- Está bien- contesto Protervus- como tú quieras, pero luego no nos digas que no te lo avisamos.
- De acuerdo- prosiguió Sixt- escucha con atención. En tu interior, como en el interior de todos los demonios, arden las llamas del infierno, solo debes aprender a dejarlas salir.

Mientras le decía esto habían entrado en el gran salón y estaban los tres entorno al enorme fuego que ardía día y noche intentando dar algo de calidez a las enormes instalaciones vampíricas. Protervus

estaba agachado junto al fuego mirándolo hipnotizado. Sin levantar la vista de las llamas le dijo a Tara.

- Para conseguirlo, debes ser una con el fuego que arde en ti- al terminar soplo suavemente al fuego y una suave brisa impregnada de brillantes destellos salió de su boca, cuando alcanzó el fuego este se avivó y las llamas comenzaron a salir por el respiradero de la chimenea intentando encontrar un camino al exterior.

Sixt presionó sobre el hombro de la joven haciéndola caer de rodillas junto a Protervus. Entonces este dejó de soplar, pero las llamas seguían ardiendo con aquella intensidad. <<Deja que el fuego entre en ti>> dijo Protervus al oído de la muchacha.

Tara miro fijamente al fuego, dejando que el calor penetrase por cada poro de su piel. Cuando el fuego hizo que le empezaran a doler los ojos, Tara los cerró con todas sus fuerzas y respiro más profundamente de lo que jamás lo había hecho.

El fuego entró por su boca, atravesó todo su cuerpo, haciendo que la piel de la joven se empezara a iluminar desde el interior. Su temperatura cada vez era mayor, y Tara notaba como hervía la sangre dentro de sus venas. De pronto, la joven estalló en una llamarada fugaz que en un instante hizo que no quedase de ella más que una nubecita de humo negro que se desplazaba aparentemente sin rumbo por la sala, dejando un alarido que se perdió en el eco de la sala.

Cuando la nube alcanzó la mesa del salón, empezó a girar sobre sí misma y al instante, Tara apareció en medio de la mesa tumbada retorciéndose de dolor.

Sixt y Protervus se acercaron a ver como estaba y cuando estuvieron justo encima de la muchacha que yacía en el centro de la mesa, esta se levantó y les soltó un puñetazo a cada uno de tal intensidad que los lanzó contra las paredes, tan rápido fue que ni siquiera le dio tiempo a Sixt de desmaterializarse para evitar el golpe.

Cuando Protervus chocó contra la enorme pared de roca sonó un golpe sordo y este calló de rodillas al suelo con las manos en su vientre retorciéndose de dolor. En el otro extremo de la sala Sixt chocó contra la pared deshaciéndose en una niebla dispersa.

- ¿Se puede saber qué narices te pasa?- le grito Sixt mientras volvía a adoptar su forma normal.
- ¿Cómo que qué me pasa? Dijisteis "solo te dolerá un poco", ¡y una mierda!, ha sido la cosa más dolorosa que he pasado en mi vida. Mi sangre ha hervido dentro de mí, he sentido como se despegaba la carne de mis huesos y como estos se me convertían en cenizas en vida.
- Lo has hecho muy bien- dijo Protervus mientras intentaba ponerse en pie- estoy orgulloso de ti.
- ¿Orgulloso de ella?- dijo Sixt incrédulo por las palabras de su amigo.
- Por supuesto, yo ya creía que era una mosquita muerta con eso de no querer ser malvada y todo eso. Pero realmente no esperaba que reaccionaría así. Puede ser que al final sí que podamos hacer algo con ella.- dijo sonriendo.
- Ahora que lo dices...- dijo Sixt quedándose pensativo mirando fijamente a Tara- ¿quién sabe?, tal vez lo consiga.
- ¡Claro que lo conseguiré!- dijo Tara ofendida por que lo dudasen.
- Bueno yo creo que por hoy ya está bien ¿no creéis?- dijo Protervus que había conseguido erguirse por completo.
- Si, deberíamos ir al encuentro con Claudia- dijo Sixt mirando como empezaba a aclararse el horizonte anunciando la llegada del sol.
- Es cierto, no quiero cabrear a esa vampiresa psicópata.
- ¿Por qué decís eso?- Preguntó Tara
- ¿No te ha extrañado que una vampiresa viva aquí sola en medio de la nada?

- Al principio me extrañó un poco, pero nunca pregunté el porqué.
- Pues deberías.
- ¿Y por qué no me lo explicáis vosotros?
- Nosotros...- empezó a decir Sixt mirando a Protervus- no sabemos realmente lo que pasó, hay muchos rumores al respecto, pero puedes preguntárselo a tu amigo Adrian, él estaba allí cuando la desterraron este islote abandonado.
- ¿a Adrian?
- ¿No lo sabías?, ellos eran novios antes de su destierro, y bueno por cómo se les ve ahora parece que están recuperando el tiempo perdido.- dijo Protervus riéndose.
- No sabía nada.
- Nosotros nos vamos ya, pero pregunta y si te enteras de lo que realmente pasó nos lo cuentas.
- ¡Seréis cotillas!-, dijo la chica riéndose- anda id a ver a Claudia.

Tara fue a su habitación porque en breve tendría que levantarse para ir a entrenar con Adrian. Cuando estuviessen solos le preguntaría por el pasado de Claudia, ya que no le cabía en la cabeza que podía haber hecho tan atroz como para ser respetada por dos grandes demonios como Protervus y Sixt.

Capítulo 15

Aun no le había dado tiempo a cerrar los ojos cuando el despertador empezó a sonar sobre su mesita. El ruido perforó los tímpanos de la joven, que deseó haberse guardado un trozo de la manzana de Daniel, porque cada parte de su cuerpo le dolía por el cansancio de la noche anterior.

Arrastró sus pies hasta la pista de entrenamiento. Cuando llegó allí Adrian no estaba, Tara miraba su reloj impaciente. Pasaron cinco minutos y al ver que Adrian no venía se marchó de vuelta a su habitación, arrastrando los pies por la pista. Pero justo antes de subir las escaleras de la casa Altor, Daphne y Matt le interrumpieron el paso. Iban cargados con una bañera, un baúl y cubos llenos de extraños utensilios.

- Perdón por el retraso- dijo Matt, mientras dejaba la bañera que cargaba con Altor en el suelo – es que se nos ha hecho un poco tarde recogiendo el material.
- ¿Dónde está Adrian?- preguntó la chica.
- Dice que el ya te ha enseñado todo lo que tenía que enseñarte y que ahora nos toca a nosotros.
- Podría haberme dicho algo.- dijo Tara molesta.
- Me dijo que había ido anoche a buscarte a tu habitación para decírtelo pero que no estabas- dijo Daphne.
- ¿Se puede saber dónde estabas?- le preguntó rápidamente Matt- no habías dicho que estabas muy cansada y que te ibas a descansar.
- Sí, pero...- empezó a decir la muchacha intentando buscar una excusa que no lograba encontrar.
- Estaba conmigo- interrumpió Emet saliendo por la puerta
- ¿Es eso cierto?- preguntó Matt a Tara arqueando una ceja

Tara no dijo nada, se limitó a asentir mirando al suelo, no sabía por qué la cubría Emet, pero como en ese momento no se le ocurría

otra respuesta para explicar donde había estado, esta tendría que valer.

- Entiendo- dijo Matt algo dolido.
- Anda, que os ayudo con todo eso- dijo Emet mientras sacaba su barita.
- No hace falta- le contestó Matt- nosotros solos nos apañamos.
- Como queráis- contestó el joven devolviendo su barita al bolsillo de su pantalón.
- ¿Querías algo o solo venias a molestar sin más?- dijo Matt.
- Quería darle esto a Tara- dijo mientras sacaba una manzana roja y suculenta de su chaqueta.
- Vienes a traerle el almuerzo, iqué bonito!- dijo el chico sarcásticamente.
- Sí es que como dice Daniel, las manzanas son el alimento del alma- Emet dijo esto muy serio mientras alzaba la manzana en dirección a Tara, remarcando el nombre de Daniel.

Tara enseguida entendió que quería decirle que Daniel se la había mandado para que se repusiera de larga noche anterior. Seguramente habría sido raro que Daniel viniera a traerle comida, pero nadie se extrañaría si era Emet quien venía a verla, así no levantarían sospechas sobre sus salidas nocturnas.

- Muchas gracias- dijo la joven al tomar la manzana, haciéndole un pequeño gesto, casi imperceptible para los demás, haciéndole saber que se había enterado.

Parece que Emet lo captó, así que tras entregarle la fruta a la joven se giró sobre sí mismo y volvió al interior de la casa. Matt y Altor volvieron a tomar la bañera cargada de cubos, mientras Daphne y ella cogieron el pesado baúl para ir a la pista de entrenamiento que estaba más cerca de los acantilados.

Matt y Altor vaciaron los cubos y bajaron por la estrecha escalera que llevaba hasta el acantilado para llenar los cubos de agua.

Mientras tanto Daphne le dio a Tara unas directrices básicas de cómo ser sirena.

- Adrian me ha dicho que ya controlas los cambios, por lo que no creo que tengas problemas con lo de manejarlo con una cola de sirena, solo advertirte de que cuando tengas el cuerpo de sirena tendrás impulsos.
- ¿Qué tipo de impulsos?
- Te apetecerá nadar libre por el océano, y tendrás hambre.
- ¿Y que comen las sirenas?
- Hombres.
- ¿Cómo que hombres? ¿Te refieres a Humanos o a cualquiera, como Matt o Altor?
- Cualquier hombre te vale, y al principio es muy difícil controlarse, así que te vamos a atar.
- ¿Y podré cantar como vosotras?
- Por supuesto, nuestra preciosa voz viene incluida en lo de ser sirena.
- Pero entonces ¿qué pasará con ellos?
- No te preocupes, Claudia nos ha dado unos collares y unas cadenas mágicas para atarlos.
- Bueno pues dime qué tengo que hacer para convertirme en sirena.
- No tienes que hacer nada, solo mojarte.
- Ya me he mojado muchas veces después de que me mordiese y no me he convertido.
- Ya, lo que me temía.- dijo la chica pensativa- Pero no te preocupes, solo debes ser una con el agua, dejar que penetre en ti y que atraviese tu cuerpo.
- ¿Es necesario?
- Por supuesto, ¿por qué lo preguntas?

Tara estuvo a punto de decirle que no tenía buenas experiencias en eso de hacerse una con los elementos, pero no podía decirlo,

porque sino tendrías que explicarle lo ocurrido la noche antes, y no podía hacerlos, así que se hizo la tonta y le dijo:

- Es que no sé cómo se hace eso de hacerse una con el agua.
- No te preocupes- le contestó la sirena- tu solo relájate y deja que el agua entre en ti.

“Eso es lo que me preocupa” se dijo Tara para sí misma

- ¿y me dolerá?
- No, no te preocupes. Tu cuerpo ya es mayormente agua, solo tienes que sentirlo, y el agua te liberará.

Mientras decía esto los chicos aparecieron cargando con los cubos de agua. Cuando llegaron al borde del acantilado dejaron los cubos y cayeron al suelo jadeando, intentando recuperar aliento. Daphne pidió a Tara que fuera ella quien llenase la bañera, puesto que si la sirena tocaba el agua se transformaría.

La muchacha llenó la bañera hasta algo más de la mitad y se puso los grilletes en las muñecas. Posó uno de los collares de Claudia en su fino cuello y después clavaron unas estacas en el suelo para poder fijar las cadenas, pusieron una bajo la bañera y otra más atrás, para poder atar el collar. También clavaron una par de estacas a unos cuantos metros de la bañera para poder retener a Matt y Altor si Tara se ponía a cantar.

La joven se quitó la camiseta y los vaqueros y se sumergió con sumo cuidado en el agua helada y rápidamente pasaron una de las gruesas cadenas por el grillete de su mano derecha, por la estaca que había debajo de la bañera y la ataron al grillete de su mano izquierda. Después ataron la cadena de su collar y se apartaron. Mientras Tara luchaba por no pensar en lo fría que estaba el agua, pero el frío le traspasaba la piel como si fueran finas agujas de hielo, pero aun así Tara intentaba relajarse para conseguir hacerse una con el agua, Daphne ataba fuertemente las cadenas de los collares de los chicos al suelo con la esperanza de que con eso bastase para retenerlos.

Daphne les había insistido mucho en que las dejases solas para la transformación en sirena, porque era muy peligroso para ellos, pero

eran demasiado testarudos y lo único que había conseguido era que se encadenasen para no sucumbir a los encantos de la joven.

Mientras esperaban a que se llevase a cabo la transformación Daphne encendió una hoguera para calentar un poco el gélido aire que cortaba su piel. Pasaron unos minutos hasta que Tara consiguió dejar de tiritar y sentirse una con el agua, sintió como el agua salada se incorporaba a su cuerpo poco a poco una bruma violácea salió de ella, como el vapor de agua sale del agua caliente en los días fríos, enturbiando su imagen. Al dispersarse la bruma violácea, apareció una enorme cola morada donde antes habían estado sus piernas.

Sintió como el agua del océano la llamaba, en cada ola oía su nombre susurrado por la espuma, tenía que ir allí. Pero las cadenas de sus muñecas se lo impedían. Se zarandeaba de un lado a otro intentando liberarse de las cadenas que la tenían presa, pero todos sus intentos fueron vanos. Entonces levantó la vista y vio allí a sus tres guardianes y una media sonrisa de maldad apareció en su rostro.

Cuando los miró pudieron ver que la transformación se había dado por completo y sus ojos eran completamente negros, como los de Daphne. Entonces los examinó a todos de arriba abajo, la maldad podía verse claramente plasmada en su rostro, al final fijó su atención en la chica, pues era la única que no llevaba cadenas, y empezó a dirigiéndose a ella.

- Tú, jovencita, desátame- le dijo a Daphne.
- ¿Sabes quién soy?- le preguntó esta.
- Claro, eres la que me va a quitar estas estúpidas cadenas.
- ¿Recuerdas mi nombre?
- ¿Por qué iba yo a recordar tu nombre?
- ¡Maldita sea! Daphne- dijo Matt- ¿Se puede saber que le has hecho?
- Nada, espera un poco. Es normal que al principio esté un poco desorientada.
- No estoy desorientada, quiero salir de aquí. Así que te lo pediré una vez más. Suelta mis cadenas.

- ¡No!- dijo rotundamente Daphne.
- ¿Cómo que no? Yo soy tu reina debes obedecerme.
- Ves como empieza a recordar- le dijo Daphne a Matt.
- No del todo, cree que ya es reina.
- Dale tiempo.
- ¡Que me sueltes!- gritó Tara mostrando sus filas de dientes, mientras sus ojos se tornaban de un intenso color rojo.

Daphne al ver esto dio un paso hacia atrás, asustada por lo que acababa de pasar, se supone que con el collar no podría usar ningún tipo de poder salvo el de las sirenas, pues Claudia había modificado el collar para que ese don pudiera emerger, pero el resto no. Pero aquellos ojos no eran una buena señal.

- Veo que sois poderosos- empezó a decir la joven mirándolos detenidamente uno a uno.
- ¿Qué quieres decir con eso?- la interrumpió Matt.
- Y veo que hay amor y pasión en ti.- dijo la chica deteniendo la mirada sobre Matt.
- Tara nos estas asustando.
- Tú me servirás- dijo la chica entrecerrando los ojos y haciendo caso omiso de las palabras del joven.
- ¿Qué quieres decir con eso?- preguntó el joven muy asustado.

La chica seguía sin contestarle, cerró los ojos y empezó a cantar la melodía más dulce que sus oídos jamás habían oído. Las armónicas palabras de la joven entraron por los oídos de los chicos e hizo que quisieran ir hacia ella sin darse siquiera cuenta de que estaba atados, así que al alejarse un poco de la estaca donde estaban atados sus collares, estos les dieron tal tirón que los hizo caer al suelo.

Ambos intentaban soltarse de las cadenas que los tenían cautivos. Altor parece que se despertó del hechizo cuando Daphne le dio con una rama llameante, pero no conseguía que Matt despertara, ni siquiera al golpearle con una cadena de plata. El hechizo era tremadamente fuerte en él, probablemente por el profundo amor

que él procesaba por la joven. Su fuerza era tremadamente grande, impulsada por la rabia que alojaba su corazón por creer que la joven había pasado la noche con Emet.

No pasó mucho hasta que el anclaje del suelo cedió ante los tremidos estirones que daba Matt. Cuando consiguió liberarse de sus cadenas, fue hasta la bañera donde estaba la sirena y la rompió por la mitad dejando que toda el agua se derramase. Daphne tuvo que alejarse para que el agua no la alcanzase. Pero por muchos esfuerzos que hizo el joven por soltar las cadenas de Tara no consiguió nada y al final, en ausencia de agua, la chica retomó su forma humana de nuevo.

A la vez que se desvaneció la cola de la joven debería haberse desvanecido el hechizo sobre el chico, pero no fue así. Daphne y Altor se miraron sin comprender nada, al final Matt consiguió soltar las cadenas de la joven dándole un mordisco con sus potentes fauces, la tomó en brazos y se la llevó a la casa.

Daphne sacó una daga de su cinturón y se cortó la palma de la mano, con su sangre abrió en collar de Altor y los dos fueron corriendo a la casa en busca de la pareja o de alguien que los pudiera ayudar. Al entrar en la casa se encontraron con Emet y Ari que estaban en el gran salón frente a un enorme libro, preparando el entrenamiento de esa tarde.

- ¿Habéis visto a Tara o a Matt?- les preguntó Altor muy preocupado.
- No, ¿Qué ha pasado?- les preguntó Emet.
- Que los hemos perdido- dijo Altor.
- ¿Cómo que los habéis perdido?- dijo Ari mientras se ponía de pie.
- Hemos hecho que Tara se transformase en sirena, porque debe aprender a controlar los dones que se le han otorgado por ser Cambiante, pero las sirenas somos el reino más pasional de los Cambiantes, hacemos los que nos place y

- cuando nos place. Sí queremos nadar, nadamos, si queremos comer, comemos y si queremos a algún chico, lo tenemos.
- ¿Pero no se supone que la ibais a atar para poder controlarla?- preguntó muy enfadado Emet.
 - Y la atamos, pero a hechizado a Matt para que la soltase.- añadió Altor.
 - Como habéis podido ser tan inconscientes, deberías haber utilizado collares y cadenas mágicas.
 - ¿Y crees que no los usamos?, pero Tara es el ser más poderoso al que jamás nos hayamos enfrentado ninguno de nosotros.
 - ¿y por qué no te pasó nada a ti?- le preguntó Emet a Altor
 - Porque Daphne me arreo con una rama ardiente y me sacó de su hechizo.
 - Pero si su hechizo es tan poderoso como decís, eso no habría bastado para despertarte.- dijo Emet mientras reflexionaba.
 - Ahora que lo dices- añadió Daphne- antes de empezar a cantar dijo algo, que entonces solo me parecieron delirios, pero a lo mejor es por eso que le afecto mas a Matt que a Altor.
 - ¿Qué dijo?- preguntó Emet.
 - Dijo que podía ver nuestras almas, y que todas eran poderosas.

“Daniel” resonó en la cabeza de Emet, seguro que los Susuradores le habían mostrado ya la visión y por eso podía ver sus almas, pero no podía decir nada, Daniel le había hecho jurar que no le diría a nadie que la estaban entrenando.

- ¿y no dijo nada más?
- También dijo que veía en Matt amor y pasión y que por eso le serviría.
- ¡Maldita seal!, debemos encontrarlos. Tara ha aprovechado el amor que Matt siente por ella para que su hechizo fuera más fuerte.

- Tenemos otro problemilla más- dijo Daphne.
- Más problemas ¿Qué pasa?
- Que normalmente nuestros hechizos se deshacen cuando perdemos nuestra cola, pero Tara ha perdido su cola y aun así el hechizo sobre Matt no ha remitido.
- Eso puede ser por dos cosas.- dijo Emet- por un lado puede ser que realmente sus poderes sean ilimitados y pueda quedarse solo con la parte que le convenga de cada forma de ser. O porque a pesar de todo, eso era lo que Matt quería.
- ¿Cómo va a querer Matt que lo hechicen? No tiene sentido
- Para mi nada de lo que hace ese lobo tiene mucho sentido- dijo Emet- además se puso muy celoso cuando fui a hablar con Tara esta mañana, no me negareis que tiene lógica que quiera estar con ella a solas.
- Visto así, podría ser.
- Bueno, sea como sea- interrumpió Ari,- tenemos que encontrarlos. Emet, tú y Daphne iréis a las habitaciones. Altor y yo iremos a la enfermería y a las plantas de entrenamiento inferiores. Nos encontraremos aquí en una hora.

Todos obedecieron las órdenes de la joven y fueron en busca de los chicos, Emet y Daphne fueron primero a la habitación de Tara, pero no estaban allí, después fueron a la habitación de Matt. Todo estaba oscuro, no se podía ver nada más allá de la tenue luz que arrojaba el pasillo a través de la puerta entreabierta que alargaba las sombras de Emet y Daphne hasta el interior de la habitación, entonces oyeron unas risitas ahogadas que procedían del fondo de la habitación. Estaba allí, no había duda, así que Emet sacó su barita y esta iluminó la habitación de un color verde intenso, desde la cama la joven se cubrían con las sábanas para ocultarse de la potente luz que la cegaba.

- Salid de ahí- dijo Emet.
- Ni hablar- dijo Tara sin asomar la cabeza de debajo de las sábanas.

- Es una orden, no me obligues a sacarte de ahí.
- Tú no puedes ordenarme nada.
- ¡Sal ya!
- ¿O sino qué?
- Te sacaré yo mismo.
- No te atreverás.
- Tara no me obligues, deja al menos que salga Matt.
- Dejaré que salga con una condición.
- ¿Qué condición?
- Que te quedes tú en su lugar.
- ¡No!, vamos a salir todos de aquí.
- ¡No!, ¡no quiero!
- No seas caprichosa.
- Nunca me dejáis que me divierta.
- No eres tú la que habla- interrumpió la sirena- es el veneno de sirena que corre por tus venas.
- ¿Crees que la convenceremos?- le dijo Emet a Daphne en un leve susurro, intentando que la chica no lo oyera.
- No me convenceréis- dijo ella desde debajo de las sábanas, pues había oído los susurros de Emet gracias a su agudo oído de Cambiante.
- No lo sé.-dijo Daphne- Mientras siga siendo parte sirena será malvada y caprichosa, pero tenemos que hacer que deje que Matt salga, porque puede ser peligroso para él.
- De acuerdo, haré que lo suelte, pero debes llevártelo de aquí e ir a por Daniel y el resto de Susurraidores. Está claro.
- Clarísimo, pero ¿Qué pretendes hacer?
- Iré yo en lugar de Matt, pero intenta tardar lo menos posible ¿de acuerdo?
- No lo hagas- le dijo la chica cogiéndolo del brazo para tratar de detenerlo.

- Tengo que hacerlo- Le contestó él clavando sus ojos en la chica y esta aflojó la mano con la que lo agarraba, dejándolo ir.

Se desasió de la mano de la sirena y anduvo hacia el interior de la sala, mientras avanzaba le dijo a Tara que aceptaba quedarse en lugar de Matt. Hubo unos segundos de silencio y después se oyó un chasquido de dedos. Tara ya controlaba bastante la magia, así que lanzó a Matt por los aires haciendo que cayera sobre Daphne. Cuando chocó con la muchacha, ambos cayeron al suelo y quedaron fuera de la sala y la puerta se cerró tras ellos.

Prácticamente al mismo tiempo algo agarró a Emet y lo arrastro rápidamente hasta donde estaba ella, haciendo que se le cayera la barita al suelo, y poco a poco la luz fue siendo cada vez más tenue hasta que se extinguío por completo dejándolo todo bañado por la oscuridad.

Los dedos de la joven empezaron a recorrer el cuerpo del chico de arriba abajo, poco a poco fue soltando los botones de su camisa, besando su cuello y sus labios. Pronto él respondió a sus caricias, la joven se sentó sobre él a horcajadas y siguió besándolo apasionadamente, enredando sus dedos con el pelo del joven. Mientras que el chico recorría su cuerpo con sus fuertes manos y la agarraba como si se la fueran a quitar, el tiempo se detuvo para ellos.

En el pasillo Daphne intentaba mantener a Matt consciente y taponar sus heridas para que no perdiese más sangre. No podía ir a llamar a nadie, porque si dejaba de apretar el hombro del muchacho probablemente moriría desangrado allí mismo.

Capítulo 16

El tiempo pasaba y nadie venia a socorrerlos, Daphne no hacía más que gritar pidiendo auxilio, pero sus gritos se perdían entre las paredes de los infinitos pasillos de la casa.

Parecía que ya todo estaba perdido, pero de la nada surgió una figura cegadora que hizo que la chica apartase la mirada de la abrasante luz. Era Jahael, que había perdido su forma semihumana y apareció como una serpiente alada, enroscó su cuerpo sobre el hombro del chico y este dejó de sangrar. Daphne por fin respiró aliviada. Pero su tranquilidad le duró poco.

Recordó que Emet seguía dentro con Tara e intentó abrir la puerta, pero no pudo, golpeaba una y otra vez con todas sus fuerzas contra la sólida puerta, pero esta parecía ni inmutarse ante los potentes golpes de la joven.

Mientras que el cuerpo de Tara se fundía con el de Emet en infinidad de caricias y besos, como había hecho antes con Matt. La joven sacó unos afilados dientes de su boca, pero justo cuando iba a clavar los desgarradores dientes en el cuello del joven, Daniel cruzó la pared y lanzó una bola roja de fuego que chocó contra la chica y la estrelló contra la pared contraria. Cuando la chica se repuso del golpe, se puso en guardia saltando sobre la cama como un animal furioso, y poco a poco fue saliéndole un oscuro pelo por su piel, su cara se alargó formando un hocico plagado de afilados dientes y unas enormes orejas salieron en la parte superior de su cabeza. Su cuerpo empezó a retorcerse de dolor y cayó de rodillas. Al instante un lobo de pelaje rojizo saltó desde la cama sobre Daniel asestándole un zarpazo en la pierna derecha que tenía un poco más adelantada.

Daniel cayó al suelo y de su profunda herida rezumaba sangre a borbotones. La enorme loba estaba a punto de saltar sobre él para terminar con su vida, pero justo en ese momento se oyó un golpe

sordo en medio de la oscuridad de la habitación que hizo temblar la puerta y la atención de todos se desvió hacia allí.

El golpe se repitió con más intensidad, pero la puerta aguantó una vez más. El tercer golpe consiguió sacar la puerta de los goznes y la lanzó hacia el interior de la habitación.

La imponente loba se puso a dos patas y emitió un profundo aullido que resonó por toda la casa e hizo vibrar todas las ventanas de la habitación. Después poco a poco fue perdiendo el pelo y su cara volvió a tener su forma original, pero sus rasgos eran más finos y sus ojos eran de un color azul claro, casi cristalino como los de Claudia y sus labios de un color rojo intenso, eran lo único que destacaba sobre su piel pálida y fría.

Al otro lado de la puerta estaba Ari, con su barita en la mano lista para defenderse de cualquier ataque, escudriñando cada rincón de la habitación intentando ver algo a través de la densa oscuridad. Al no poder ver nada, lanzó un rayo de luz al interior de la habitación y pudo ver a Tara allí plantada en medio de la habitación impasible, mientras Daniel se desangraba tendido en el suelo, retorciéndose de dolor. Ari hizo el amago de ir hacia él, pero sabía que si bajaba la guardia Tara la mataría sin pensarlo. Tenía que ser muy consciente de que Tara ahora no era la chica dulce que siempre había conocido, que estaba infectada por el veneno demoniaco de los Cambiantes.

La intensidad del rayo de luz estaba disminuyendo y justo antes de que se acabara lanzó un nuevo rayo para que volviera a iluminar la sala, pero en las decimas de segundo que tardo en hacerse la luz Tara había avanzado más de diez metros en dirección a su amiga, ya solo las separaban tres o cuatro metros a lo sumo. Tara permanecía allí tan impasible como antes. De su boca habían salido dos afilados colmillos que se le clavaban bajo el labio inferior y su mirada era fría como el hielo.

A Ari se le revolvió el estomago al ver a su amiga convertida en vampiresa. Estaba segura de que en cuanto la luz se apagase saltaría sobre ella, ya no había distancia suficiente para retroceder y no podía

esperar clemencia por parte de Tara. Podía ver como la chica la olfateaba desde lejos y notaba como un sudor frío le recorría la espalda. Sabía que iba a morir, estaba completamente segura, pero no sentía miedo por su vida.

Sus sentimientos eran mucho más complejos que eso, tenía miedo por Tara, porque sabía que en poco tiempo el veneno que ahora la controlaba dejaría de correr por sus venas y despertaría de el estado de embriaguez de poder en el que ahora se encontraba y vería que había matado a su amiga y que probablemente Daniel y Matt también murieran por las heridas que ella misma les había provocado, y estaría sola ante su desventurado futuro, odiándose por lo que había hecho.

Los rayos de luz que lanzaba Ari eran continuos, uno tras otro haciendo que la habitación brillara como si estuviera iluminada por el propio sol. Cada rincón estaba iluminado, allí no cabía lugar para las sombras. La cabeza de Daniel había caído al suelo, al desmayarse por el dolor y por la pérdida de sangre, la dorada serpiente había entrado en la sala después de haber dejado a Matt en el pasillo con Daphne y se enrosca sobre la pierna de Daniel tratando de sanar su herida. Daniel abrió los ojos cuando la serpiente apretó su herida, pero esta no sanaba. Jahoel estaba demasiado débil como para sanarlo. Daniel recuperó por un momento la conciencia ante las puertas de la muerte. Se podía oír su respiración ahogada y cuando ya no le quedaron fuerzas ni para mantener los ojos abiertos, se oyó un golpe sordo al dejar caer su cabeza contra el suelo. El sonido hizo que Ari apartase por un momento la atención de Tara y su rostro se desfiguró de dolor al ver a Daniel allí muerto en el suelo, su instinto la empujó hacia él y esta vez no lo frenó.

Al ver que tenía una oportunidad para atacar, Tara flexionó sus rodillas para saltar sobre Ari, pero en ese justo momento una voz resonó en la habitación que se estaba a punto de apagarse.

- ¡Quieta!- se oyó decir a la voz de una mujer desde la puerta.

Tara se volvió hacia la voz llena de ira, no podía distinguir la cara de quien le hablaba, pero aquella delgada figura de cabellos largos y rectos no podía ser otra, era Claudia que se había levantado en pleno día al amparo que le daba su edificio a prueba de sol.

- ¿Quién eres tú para mandarme?- replicó Tara acercándose a grandes pasos hacia ella.
- No seas insolente- dijo Claudia cruzándole la cara de un guantazo cuando Tara estuvo lo suficientemente cerca.

La joven no entendía nada, jamás se habría esperado aquella respuesta. Pero a diferencia de antes, no hubo un instinto asesino que la condujera a contraatacar ante el bofetón, simplemente se limitó a agachar la cabeza y levantar los ojos para seguir mirando a Claudia con una expresión de rabia contenida en su rostro.

Mientras esto sucedía Ari había llegado hasta Daniel y lo intentaba mantener con vida, pero lo estaba perdiendo. No dejaba de insistir mientras las lágrimas recorrían sus mejillas.

Al recibir el guantazo de Claudia, Tara había dejado de ejercer ningún poder sobre los que la rodeaban, así que Emet salió del embrujo en el que había estado sumido y que lo mantenía apostado en un lado de la cama sin poder moverse. Despertó aturdido, sin entender muy bien lo que estaba sucediendo, él únicamente recordaba haberle dicho a Tara que se cambiaría por Matt y que había perdido su barita. Echó un vistazo a su alrededor y vio a Claudia frente a Tara en la puerta y un poco más a su derecha estaba Ari encima de Daniel intentando mantenerlo vivo, tenía que ayudarla, desde allí podía oír como los latidos del joven cada vez eran más tenues. Saltó de la cama y llamó a su varita mientras se dirigía hacia Daniel. Esta apareció de entre la nada y regresó a su mano, cuando llegó junto a ellos le dijo a Ari que se apartase, pero esta no lo hizo, se quitó de encima del muchacho y se sentó a su lado levantándolo por debajo de los brazos para recostarlo sobre ella.

Emet clavó su barita sobre la herida del joven, mientras recitaba un conjuro sanador y de la sangrante herida comenzó a salir un tenue

humo y un leve olor a carne quemada. Una vez hubo cerrado la herida de su pierna se acercó hasta su chaqueta que estaba tirada en el suelo y sacó una pequeña petaca plateada. Puso sus dedos en dos esquinas opuestas y empezó a recitar un nuevo encantamiento mientras las giraba sobre sus dedos, poco a poco esta fue perdiendo su plateado brillo y adquiriendo un tono verdoso, hasta que alcanzo un brillo verde esmeralda. Rápidamente la abrió e intentó hacer que Daniel se la bebiera, pero no había forma. Ya casi no podía oír los latidos del joven y su respiración era prácticamente inaudible, había perdido gran cantidad de sangre, y esta hacía un charco bajo el joven empapando las ropas de los tres, a la vez que la infecciosa herida de licántropo trataba de podrirlo por dentro.

Lo estaban perdiendo, pero Ari no podía permitir que eso sucediera, le arrebató la petaca a Emet de las manos y abrió la boca de Daniel como pudo, vertió el liquido en su interior y hecho su cabeza hacia atrás rezando para que el joven se tragara el brebaje.

A pesar de todos los esfuerzos el corazón de Daniel había dejado de latir. Emet era incapaz de oírlo, pero Ari se negaba a aceptar la idea de que el chico estuviera muerto. Apartaba sus cabellos y besaba su rostro entre lágrimas. Se limitaba a repetirle una y otra vez al oído que volviera, que no podía vivir sin él, mientras mecía el cuerpo del chico entre sus brazos.

Pasaron un par de minutos, los minutos más largos de la vida de los jóvenes, pero al final lo consiguió. Abrió los ojos, esos enormes y preciosos ojos color miel. Emet y Ari soltaron el aire que habían estado reteniendo sin darse ni cuenta a la espera de que sucediera un milagro. La chica lo tomo entre sus brazos y lo beso apasionadamente.

- No me vuelvas a hacer esto en tu vida- le dijo llorando poniendo su frente contra la del chico.
- ¿No creerías que te iba a dejar?- dijo el joven sonriendo.
- No quería creerlo.
- Bueno, ya estoy aquí, contigo, para siempre.

- ¿Lo prometes?
- Ni lo dudes, no te dejaré nunca.

Dicho esto se besaron, olvidándose de todo y de todos.

Mientras todo esto ocurría, en la puerta, Claudia y Tara seguían una frente a la otra sin dirigirse la palabra, pero sin apartar la mirada. Era una lucha de poder que se hacía eterna. Emet las miraba a cierta distancia y pudo comprender que ninguna de las dos pensaba ceder, tenía que hacer algo o al final acabarían atacándose mutuamente, y conociéndolas a las dos el combate sería a muerte. Sabía que no podía permitirlo, pero no lograba distraer su atención ni lo más mínimo.

Al final la tensión llegó al punto máximo y Claudia no aguantó más la arrogancia de la joven. No podía permitirlo, ella era su creadora, era su veneno el que había convertido a Tara en Vampiresa. Según las normas de los Vampiros estos solo le deben lealtad a su creador, no pueden enfrentarse a él puesto que un Vampiro de mayor edad posee más fuerza, más agilidad y mejor control de sus dones.

Pero Tara era diferente, aun siendo vampiresa desde hacía solo unas semanas poseía una fuerza y una agilidad inigualables. Ella era única, y no se dejaría dominar por nadie. Por supuesto Claudia tampoco iba a ceder ante la joven, así que se enzarzaron en una lucha voraz y atroz. Claudia cayó sobre Tara y la inmovilizó clavando sus afilados dientes sobre su desnudo cuello, pero enseguida Tara se la quitó de encima de un empujón estrellándola contra el alto techo de la habitación. Desde abajo se pudo oír como crujían los huesos de la vampiresa a causa del golpe. Claudia cayó desplomada, todas sus costillas se habían roto, como una caja de cartón sobre la que ha pasado un coche.

Pero el aturdimiento le duró poco, enseguida su torso se hinchó de nuevo recuperando su forma original y la chica se levantó guiada por la rabia. Envistió contra la muchacha y la derribó. Tanto de la boca como de la nariz de Tara empezó a salir sangre y la chica tosía

esputos sanguinolentos e intentaba respirar, pero sus pulmones estaban encharcados por su propia sangre.

El golpe sacó a Tara de su trance, se vio allí inmovilizada por Claudia, luchado por mantenerse con vida. En ese momento una oleada de recuerdos la abofeteó, recordó el haberse llevado a Matt y haberle mordido hasta dejarlo casi muerto, recordó lo de Emet y lo que le había hecho a Daniel. También recordó las atrocidades que pretendía hacerle a Ari y que hubiera hecho si Claudia no hubiese llegado a tiempo. Se le empezó a revolver el estomago y todo aquello le dio arcadas.

Después fue consciente del dolor que sentía por todo su cuerpo, del agudo dolor de su vientre causado por las heridas internas que le había provocado Claudia al envestirla. Notó como le faltaba el aire, no podía respirar y el fuerte dolor de cabeza causado por el golpe que se había dado por el placaje de la vampiresa, no la dejaba pensar con claridad. Todo aquel cumulo de cosas se le arremolinaron y todo a su alrededor empezó a dar vueltas, su vista se nublo y la chica perdió la conciencia de todo cuanto la rodeaba.

Capítulo 17

Despertó recostada sobre un árbol en lo alto de una colina, era primavera y el sol calentaba su frío rostro. Las mariposas revoloteaban a su alrededor y todo estaba en calma. Tara se levantó del suelo y sacudió las briznas de hierba que se había enganchado a su pantalón. Bajo despacio la colina, y entre los arboles vio un pequeño campamento. Las voces que habían allí le resultaban muy familiares, eran sus hermanos y sus padres que estaban allí acampados.

- ¿Dónde estabas?- le preguntó su madre con una sonrisa en la boca.
- Me quedé dormida en lo alto de la colina- respondió la chica como si nada.
- Bueno, coge un plato que ya está lista la comida- Tara tomo uno de los platos y cogió un poco de carne de un plato que había junto a la fogata.

Estaba feliz de estar de nuevo junto a su familia, no sabía cómo había llegado allí, pero no le importaba. Solo quería quedarse con ellos para siempre, deseaba con todas sus fuerzas que todo lo sucedido solo hubiera sido un mal sueño.

Mientras comían, unas oscuras nubes taparon el brillante sol y los sumieron todo en una densa oscuridad en cuestión de minutos. Tara presintió que algo no iba bien, y sus sospechas fueron confirmadas cuando un fuerte viento los azotó y extraños ruidos empezaron a sonar a su alrededor.

Se oyó lo que parecía el aullido de una fiera escapada del mismísimo infierno que resonó en las montañas. Se le puso la piel de gallina, sabía exactamente lo que iba a pasar y no podía permitirlo.

Su padre le dijo que se metiera dentro de la tienda, pero la chica no obedeció, salió al bosque y en cuanto estuvo lo suficientemente lejos de su familia para que no la pudieran ver, se convirtió en loba para poder tener unos sentidos más agudos. Olfateó el aire y escuchó

atentamente a su alrededor. No había duda, eran Sixt y Protervus. Los podía oír susurrar y podía oler el fuerte olor a azufre que desprendían. Ella sola no podría con los dos, así que retomó su forma humana y volvió con su familia, tenía que hacer un escudo que los protegiera. Registró todos sus bolsillos tratando de encontrar su barita, pero no estaba. Cada vez las pisadas se podían oír más cerca y los horripilantes aullidos hacían que se le helase la sangre. Tenía que hacer algo, no podía permitir que aquellos diablos hicieran con su familia lo mismo que habían hecho con aquellos guerreros acampados en el bosque la otra noche.

Tomó aire y ordenó a su familia que se metieran dentro de la tienda de campaña, nadie entendía muy bien lo que sucedía, pero la chica se lo dijo tan seria y preocupada que le hicieron caso sin preguntar. Entonces Tara se puso entre la hoguera y la tienda de campaña, extendió los brazos hacia el cielo y empezó a recitar el hechizo que le habían enseñado Emet y Ari para hacer un escudo protector.

Empezó a recitar el conjuro, y al principio no conseguía nada. Pero al instante un nuevo aullido procedente del propio infierno le recorrió la espalda, se dio cuenta de que como no espabilase ella, y su familia serían el almuerzo de esos dos demonios.

Cerró los ojos y volvió a levantar las manos al cielo. Esta vez empezó a gritar el conjuro todo lo alto que le permitía su voz, los gritos hicieron que su familia saliera fuera de la tienda. Ante su asombro la chica estaba haciendo que alrededor de ellos se elevase una cúpula morada, que parpadeaba en el cielo entorno a ellos.

Al abrir los ojos Tara vio allí a su familia boquiabierta y se quedó sin palabras. Quería explicarles tantas cosas, pero no podía, y aunque hubiese podido, no habría sabido por dónde empezar. Pero nadie le pidió ninguna explicación, no hubo tiempo, pues no pasó ni un minuto desde que Tara terminó el escudo hasta que el primer ataque chocó contra él. Cuando la bestia chocó contra el escudo este se iluminó de un intenso color púrpura que poco a poco se fue

desvaneciendo dejando solo una purpurina violácea que se difuminó en el aire.

Sabía que tenía que sacar a su familia de allí, pero no podía. No encontraba la forma de sacarlos de donde estaban, y ella no podía salir a luchar contra ellos, porque para salir tenía que romper la cúpula de protección y rehacerla para mantener su familia a salvo. Pero en el tiempo que tardaría en hacerlo ellos los arrasarían.

Tenía que hacer algo, entonces recordó el efecto que tuvo en los chicos su canto de sirena, se preguntó si a ellos también les afectaría, al fin y al cabo eran machos de su especie. ¿Pero qué haría con su padre y sus hermanos? La última vez casi mata a todos los que quería, y lo hubiese hecho si Claudia no la llega a parar. No había tiempo para seguir pensado, un nuevo ataque había hecho parpadear la cúpula y no aguantaría mucho más. Fue hasta la garrafa de agua que había junto a la tienda y se la echo toda por encima. Al instante sus piernas se convirtieron en una cola de sirena y cayó al suelo. Cerró los ojos y se concentró en Sixt y Protervus, podía oírlos, sentirlos. Los tenía localizados en el bosque, ahora se habían detenido y observaban desde lo alto de uno de los arboles lo que sucedía en el campamento. Tara tragó saliva y empezó a cantar con toda su atención concentrada en los dos demonios. Tanto centró su atención en ellos que consiguió que su dulce canto solo fuera audible por los demonios. En tierra, su familia se había quedado atónita al verla convertida en sirena, allí tirada en el suelo y moviendo los labios como si estuviera cantando, pero sin emitir ningún tipo de sonido.

Fuera de la cúpula la melodía lo invadía todo y los demonios no pudieron hacer nada ante el embrujo de la joven, la armónica melodía los hizo bajar de su escondite y plantarse frente a la esfera de protección. Cuando se presentaron allí ante ellos, la familia de Tara se aterró ante la visión de los demonios, pero la joven ni se inmutó. Dejó de cantar y sin quitar la vista de encima de los demonios les ordenó que se destruyeran el uno al otro.

Pero sus planes no salieron tan bien como ella esperaba, Protervus lanzó una ráfaga de bolas de fuego contra Sixt y este se desvaneció como el humo, evitando todos los proyectiles. Después Sixt lanzó un líquido verde fluorescente a Protervus, pero este se desvaneció al plano cristalino antes de que la corrosiva sustancia de Sixt lo alcanzase.

Al llegar al plano cristalino Protervus tropezó y cayó junto a la fogata, su hechizo se había roto al llegar al nuevo plano y entonces se dio cuenta de que el escudo de Tara solo afectaba al orbe Humano, no a los planos intermedios. Así que no perdió el tiempo y se materializó al otro lado del escudo. Conforme se materializó agarró al hermano pequeño de Tara y le separó la cabeza del resto del cuerpo, la sangre lo salpicó todo, el suelo, la tienda de campaña e incluso a Tara y los gritos de terror de su madre lo inundaban todo.

Tara que ya había vuelto a su estado Humano chasqueó los dedos y lanzó al demonio contra el fuego. En su rostro se podía ver el dolor y la rabia. Poco a poco fue aumentando de tamaño y en lo alto de su cabeza surgieron un par de enormes cuernos enroscados, a la par de unas afiladas garras que sustituyeron sus finos dedos, mientras que su piel cada vez se asemejaba más al cuero envejecido y adquiría un color rojizo. Tomó impulso y saltó sobre el demonio cuando este se levantó de la hoguera y se enzarzaron en una lucha, donde solo se podían apreciar garras y puños llenos de furia. Protervus la lanzó con todas sus fuerzas contra uno de los árboles dejándola aturdida. Mientras ella se recuperaba del golpe. El demonio aprovechó para abrir en canal a su madre dejando caer sus tripas al suelo mientras la mantenía en alto comiéndose su carne. Tara se despertó del aturdimiento y al ver la escena que se daba ante sus ojos tal furia recorrió su cuerpo que la hizo arder allí mismo. El enorme monstruo llameante arremetió contra el demonio y lo derribó de nuevo. Al caer al suelo lo inmovilizó y le arrancó los brazos, le sacó los ojos y golpeó su cabeza hasta que la convirtió en una masa gelatinosa y sanguinolenta.

Mientras Tara se dejaba llevar por la ira, Sixt había salido de su embrujo. En cuanto despertó, fue corriendo al plano cristalino para poder atacarlos él también. Mientras la muchacha estaba ocupada con Protervus, él cortó la cabeza al otro hermano y al padre de Tara. Mientras bebía la sangre del segundo, Tara se percató de lo sucedido, dejó el cuerpo desmembrado e inerte de Protervus en el suelo y se lanzó sobre Sixt. Antes de que el demonio se diese cuenta, Tara convertida en un monstruo llameante le asestó un zarpazo que lo partió por la mitad desde la cabeza hasta los pies, haciendo que su lado derecho y su lado izquierdo cayeran al suelo por separado, mientras ardía en llamas.

Al terminar con el segundo demonio Tara cayó al suelo de rodillas frente a los cuerpos inertes de su familia. Las lágrimas caían por sus mejillas y del cielo empezó a caer una fuerte lluvia que apagó las llamas de su cuerpo. Los rayos surcaban el cielo a su alrededor, parecía como si el cielo estuviese tan cabreado y triste como ella.

Entre el rugir de los truenos le parecía oír al viento llamándola. Pero no prestaba atención, se limitaba a llorar ante los cuerpos inertes de su familia, hundida en el barro que mezclado con la sangre manchaba la ropa de Tara con un color marrón rojizo.

El último de los rayos la alcanzó, Tara perdió el conocimiento, solo quería morir para regresar con su familia, no tenía más fuerzas para seguir.

Capítulo 18

Tara abrió los ojos en una de las camillas de la enfermería en medio de la noche. Al incorporarse un poco se dio cuenta que a su derecha estaba Matt dormido en un enorme sillón y Emet estaba dormido en una silla con la cabeza apoyada sobre las piernas de la joven.

Poco a poco fue dándose cuenta de lo que había a su alrededor, a su brazo izquierdo había conectado un gotero y sobre la mesa había varios vasos con brebajes de distintos colores.

- No se han apartado de tu lado desde que te trajimos- dijo Claudia entrando en la sala.
- ¿Qué ha pasado?
- No lo recuerdas, hace ya más de un mes que quedaste inconsciente. ¿No recuerdas nada?
- Te refieres a cuando nos peleamos y...- en ese momento el recuerdo de todo lo sucedido la golpeó.- ¿Cómo están los demás? ¿Están bien?- preguntó ansiosa.
- No te preocupes, ya están bien.- dijo para tranquilizarla- Matt sanó pronto, Daniel nos costó un poco más y si no fuera por Emet estaría muerto, bueno pero los demás solo se sienten culpables por no haber podido pararte, pero físicamente están bien.
- Me alegro muchísimo. Voy a ir a ver a Daniel y a los demás para pedirles perdón por todo.- dijo incorporándose en la cama, después se paró un momento a pensar y añadió con tristeza- ¡Espero que puedan perdonarme!
- Ya lo han hecho, no te preocupes. Ahora debes descansar.
- Pero si estoy bien.
- No, no puedo permitir que te levantes. El mejor brujo de los mundos ha tardado un mes en despertarte, no dejaré que te levantes ni que hagas nada hasta que el diga que estas bien.

- Como quieras. ¿Cuánto tiempo dices que he estado así?
- Cinco semanas.
- No puede ser, si para mí solo han sido unas horas.
- Pues aquí llevan más de un mes dándote todo tipo de brebajes y haciéndote todos los conjuros que se les han ocurrido, pero no había manera. Los grandes brujos ya habían perdido la esperanza de que levantases, incluso el gran Hechicero te había dado ya por perdida. Pero Emet nunca perdió la esperanza, el seguía intentando todo lo que se le ocurría.

Mientras las chicas hablaban Emet se despertó, cuando vio a la chica allí despierta y sonriente, sus enormes ojos se llenaron de lágrimas de alegría y la abrazó con todas sus fuerzas. Todo aquel alboroto despertó también a Matt que se unió al abrazo. Hasta que la chica los tuvo que apartar porque no la dejaban respirar.

Cuando los chicos se apartaron pudo ver el cansancio en sus rostros. Estaban más delgados y pálidos, bajo sus ojos había unas oscuras ojeras que les daban a ambos un aspecto mortecino, pero a pesar de todo tenían una enorme sonrisa de lado a lado de la cara.

Claudia se marchó con la excusa de ir a buscar a los demás para dejarlos a los tres solos. Cuando la vampiresa se marchó, los chicos empezaron a contarle todo lo que había pasado.

- Yo no llegué a ver cuando Claudia te derribó- empezó a decir Matt- porque Daphne me estaba trayendo hasta la enfermería, mientras intentábamos evitar que me muriera en el intentó, porque para que nos vamos a engañar, me dejaste muy mal parado.
- Lo siento muchísimo. De verdad que no quería hacerte daño, te lo prometo.
- No te preocupes, sé que no controlabas tus actos. Ya nos lo ha explicado Daphne, que se siente un poco responsable de lo que pasó.

- ¿Por qué se siente responsable? Ella no tiene la culpa de nada.
- Cree que no supo llevar muy bien lo de tu transformación.
- Pero no es culpa suya, ella solo hizo lo que creyó conveniente, nadie podía prever lo que iba a suceder.
- Bueno ahora eso ya da igual. Lo único que importa es que estas aquí- los interrumpió Emet.
- ¿Y tu cómo estás?
- Ahora ya estoy bien.- dijo el chico con una sonrisa- estaba seguro de que despertarías.
- ¿Por qué no iba a despertar?
- Digamos que hubo ciertas complicaciones.
- Emet nunca desistió a la hora de tratar de despertarte-dijo Matt.
- No lo hubiese logrado sin tu ayuda, y lo sabes.- le contestó Emet poniéndole la mano en el hombro.
- ¿Alguien me quiere contar que ha pasado?- dijo la chica extrañada por el amistoso comportamiento de los chicos.
- Claro- dijo Emet- tras los incidentes de tu transformación Claudia tuvo que pararte los pies y casi te mata. Te dejó inconsciente y eso normalmente no es problema para un brujo normalito, hay conjuros sencillos que despiertan a la gente inconsciente, pero contigo no daban resultado. Por lo que se ve, conforme te vas haciendo más fuerte, te vas volviendo más inmune a los conjuros y eso incluye los de sanación. Probamos con todo tipo de conjuros y de brebajes, pero nada te hacia despertar, era como si tu no quisieras volver. Cuando pasaron dos semanas, mis maestros dijeron que habían probado todo lo que sabían, incluso el gran Hechicero dijo que ya no había nada que hacer, que solo podíamos esperar tu muerte.
- Pero no podíamos permitirlo- dijo Matt- así que nos encerramos aquí contigo, yo me encargaba de defendernos

de los demás cuando intentaban que desistiésemos mientras Emet trataba de curarte.

- Al principio no sabía qué hacer,- dijo Emet- pero tenía que despertarte, porque no podría soportar una existencia sin ti.
- Una madrugada mientras todos dormían nos colamos en el gran salón y trajimos todos los libros de pócimas y conjuros que encontramos. Después fuimos a la cuarta planta y nos trajimos unos calderos y todo lo que nos podía hacer falta.

Tara miró a su alrededor y pudo ver desperdigados por todo el suelo montañas de enormes libros y en torno a la chimenea había calderos y cientos de botecitos de cerámica.

- Pero ahora ha estado aquí Claudia y no ha pasado nada, es más, ha dicho que iba a avisar al resto.
- Déjanos continuar, ¿no?- la interrumpió Matt.
- De acuerdo, decidme ¿qué más pasó?
- Tras una semana aguantando día y noche los intentos de los demás por entrar aquí e impedirnos que siguiéramos experimentando contigo, nos dejaron una nota clavada en la puerta, sabiendo que tarde o temprano saldríamos a por comida y la veríamos. Decía que desistían, que si nosotros estábamos tan seguros de que podíamos hacerte despertar que no se opondrían.
- Mientras que Matt nos intentaba mantener más o menos a salvo yo me estaba volviendo loco- dijo Emet- no encontraba nada, había releído ya todos los libros que había y no podía dar con la solución, hasta que al fin ya por desesperación probé a mezclar encantamientos. No lo había intentado antes, porque normalmente eso mataría a cualquiera, pero tú eres especial. Estaba casi seguro de que no te pasaría nada.
- ¿Cómo que casi seguro?
- No estaba cien por cien seguro, pero después de ver tus dones y tu destreza probablemente no te pasaría nada.

- Dime que al menos alguna vez se había probado sobre alguien.
- Alguna vez se ha probado y no ha salido muy bien que digamos, pero...
- ¿Cómo que no ha salido muy bien?- le interrumpió la chica- ¿Qué les pasó?
- Los pocos sobre los que se usó, bueno...
- ¿Bueno qué? Me lo quieres decir ya y dejar de darles vueltas.
- Se desintegraron.
- ¿Qué sé qué?- gritó la joven.
- No es para tanto.- Dijo el chico intentando quitarle importancia a lo sucedido- hay un cuento que dice que una vez le pasó algo parecido a la gran reina Isabell y según cuenta le cuento cinco grandes brujos venidos desde los confines del orbe lanzaron cada uno su hechizo de curación y la reina despertó.
- Y si eso es así ¿Por qué no se le ocurrió al gran Hechicero?
- Porque digamos que a lo mejor no fue tal y como se cuenta.
- Pero no decís que está en los libros de crónicas de la reina.
- No exactamente, más bien está aquí- dijo Matt sacando de uno de los montones un pequeño libro de cuentos infantiles.
- No lo estaréis diciendo en serio ¿Verdad?- dijo la chica muy cabreada- ¿habéis arriesgado mi vida por la historia que sale en un cuento infantil?
- No te enfades, no nos quedaba más remedio. No había otra solución.
- Bueno, dejémoslo- dijo la chica recostándose de nuevo sobre la mullida almohada- ¿Cómo están los demás?
- Pregúntaselo tú misma- dijo Matt mirando hacia la puerta.

Tara miró hacia la puerta y vio a Ari que venía corriendo hacia ella. Cuando llegó junto a la cama la abrazó con todas sus fuerzas. Tras ella llegaron los demás alegrándose de verla despierta de nuevo. Tara les pidió perdón una y mil veces, pero ellos ya la habían

perdonado incluso antes de que la joven despertase. Daphne les había explicado todo lo que había pasado, y que Tara no era ella misma cuando los atacó. Nadie le guardaba rencor ya, Daniel que aun caminaba aun con bastón, a causa de la herida de su pierna fue el primero en ir a verla cuando Ari la soltó.

Dos días después Ari se presentó en la enfermería con paso ligero hasta la cama de Tara. Echó a los brujos que la vigilaban mientras Emet no estaba por si había alguna complicación y cerró las enormes puertas, sellándolas con un conjuro de protección.

- ¿Qué pasa?- preguntó Tara asustada por el comportamiento de su amiga.
- Toma- dijo lanzando su teléfono móvil a la joven, mientras cerraba las falsas ventanas y la chimenea.- debes llamar a casa.
- ¿A mi casa?- preguntó la joven extrañada- ¿para qué?
- Esta noche llamarán a tu casa para decir que hubo un accidente en Dublín, que un camión arrojó a nuestro taxi o algo así y que ambas fallecimos en el acto.
- ¿Por qué le van a decir a mis padres que hemos muerto?
- Porque no puedes volver a casa. Cuando seas reina tendrás que ocuparte de mantener la paz y la unidad de los orbes.
- ¿Qué? A mí nadie me dijo que no podría volver a casa.
- ¿y qué creías que iba a pasar? Que ibas a ir a casa después de hacerte reina ¿y luego qué? Gobernarías los reinos desde tu casa. ¡Venga ya Tara!
- ¿Y qué quieres que haga con esto?
- Llama a tu casa y despídete.

Entonces Tara se dio cuenta de lo que estaba pasando. Los demás habían decidido que ya era hora de hacer creer a sus padres que estaba muerta y nadie pensaba decírselo hasta que fuera demasiado tarde. Pero Ari había bajado a avisarla y dejar que se despidiera de su familia.

La chica cogió el teléfono y marcó el número de su casa con dedos temblorosos, respiró hondo y le dio a la tecla de llamar. Los tonos empezaron a sonar uno tras otro, y la chica empezó a desesperar, pero al final alguien descolgó el teléfono.

- Diga- al oír la voz de su padre la chica sonrió.
- ¡Papá!
- Hola cariño, ¿cómo te va todo?
- Muy bien, nos lo estamos pasando en grande, ahora estamos en Dublín, es una ciudad preciosa.
- Ten mucho cuidado por ahí, ¿vale?
- Si papá no te preocupes- la voz de Tara empezó a temblar por las lágrimas que intentaba aflorar.
- ¿Estás bien cariño?
- Si, no te preocupes, es que os hecho mucho de menos, me gustaría tanto que estuvieseis aquí conmigo.
- Pero tranquila, no llores, si de aquí a un mes estarás de vuelta con nosotros.
- Ya lo sé papá, pero si me pasara algo, recuerda que te quiero muchísimo. ¿Está claro?
- ¿Qué te va a pasar?, Tara me estas preocupando.
- No te preocupes, que estoy bien. Anda pásame con mamá o con los chicos.
- No están, se han ido al zoológico. Pero les diré que has llamado.
- De acuerdo, pero recuerda que te quiero, y acuérdate de decírselo a los demás.
- Un beso cariño.
- Adiós papá.

El teléfono comunicó y Tara lo dejó caer sobre la cama. Miró a su amiga y rompió en llanto, sabía que no volvería a hablar con ellos, ni a verlos nunca más. Ari la abrazó y dejó que llorase todo lo que necesitaba.

A media noche se presentó Claudia en la enfermería e intentó echar a Ari para hablar a solas con Tara, pero esta no se fue. Ya sabía lo que le iba a decir y no pensaba dejar sola a su amiga. Como era de esperar Claudia le comunicó a Tara que habían llamado a su casa haciéndose pasar por la policía irlandesa y les habían dicho que las chicas habían muerto. Tara la miró conteniendo su rabia, mientras apretaba la mandíbula, y se limitó a decir que se daba por enterada de la situación. Después Ari acompañó a Claudia hasta la puerta y la volvió a cerrar.

Tardó aún un par de días más en recuperarse por completo físicamente, y aunque seguía sumida en la tristeza por haber perdido a su familia decidió irse a entrenar de nuevo antes que seguir pensado en todo lo sucedido allí postrada en la cama.

Capítulo 19

Por la mañana fue a las pistas para volver a entrenar con los Cambiantes, pero esta vez las medidas de seguridad fueron extremas. Allí estaban Matt, Daphne, Altor, Ari, Emet, Daniel, Adrian, Nar y Griu.

Los brujos habían mejorado las orejeras mágicas haciendo que ningún sonido pudiera traspasarlas. Incluso las habían probado, haciendo que Daphne cantase para ellos y no oyeron nada. También había modificado las cadenas, que ahora eran el doble de grandes y fuertes. Claudia había mejorado su collar haciéndolo más poderoso e incluso la bañera donde la iban a sumergir era de roca maciza para que no la pudiera romper nadie.

Cuando la joven se metió en la bañera, Ari tomó su barita y desde la distancia y con mucho cuidado ató las cadenas de la joven y le creó un alambre de espino entorno a la bañera para que nadie se acercara a esta.

Poco a poco el frío del agua entró por su piel, helando hasta sus huesos y la transformación se llevó a cabo. La larga cola de sirena asomaba por fuera de la bañera. Esta vez también intentó soltarse, notaba como su parte más salvaje la controlaba por completo.

Pero esta vez todos sus esfuerzos fueron vanos, no tenía fuerza para romper las cadenas y su canto solo era oído por Daphne y Ari, aunque los demás la observan atentamente. Cuando al final desistió de su intento por escapar y se calmó Daphne empezó a hablar.

- Tara, escúchame bien.
- ¿Qué quieres?- dijo furiosa.
- Quiero que te calmes.
- Estoy calmada.
- No, solo pareces calmada. Pero tu respiración es irregular y tus branquias no hacen más que aletear tratando de encontrar agua.
- Suéltame y me tranquilizaré.

- Sabes perfectamente que no te puedo soltar.
- No, no quieres soltarme.
- Es por nuestra seguridad.
- Si me soltáis en el mar, os prometo que no os haré daño.
- No te ofendas, pero tu palabra ahora mismo no vale nada.
- ¿y eso?- dijo la chica arqueando una ceja.
- Porque yo también sé lo que se siente en las primeras transformaciones. Sé que te sientes poderosa y hambrienta.
- Y si sabes todo eso, ¿por qué no me dejas ir?- le gritó.
- Porque debes aprender a controlarlo.
- Para que controlar. No hacerlo es mucho más divertido.- dijo con una malévolamente sonrisa en la cara.
- Puede ser, pero dentro de poco tiempo tendrás que enfrentarte a Alice.
- Tengo más dones a parte de los que me otorgaron los cambiantes.
- Ya, pero no podrás usarlos.
- ¿Cómo qué no?
- No, si quieres ostentar el puesto de reina de los Cambiantes debes ganártelo como Cambiante. Cualquiera de las formas vale desde los metamórficos, hasta cualquiera de las otorgadas por los venenos. Pero siempre Cambiante.

Después de oír esto Tara se quedó pensativa. Sabía que controlaba a la perfección los cambios de los metamórficos, pero la reina Alice, era en parte como ella. Podía adoptar la forma de cualquiera de las razas de Cambiantes, y un Hombre Lobo es más fuerte que un simple lobo, y así con todos los venenos. No podía perder, así que decidió aprender a controlar aquella fuerza tremenda que residía en ella.

- Enséñame a controlarlo como lo haces tú.
- Está bien. Una vez que aprendas a controlar uno de los venenos, será más fácil para ti aprender a controlar el resto. Pero aun así no será una tarea sencilla.

- No te preocupes, aprendo rápido- dijo la chica dibujando una media sonrisa en su rostro.- además, estoy dispuesta a entrenar duro.
- Empecemos pues. En primer lugar quiero que escuches con atención a esa vocecita de tu interior que quiere que no me escuches que te vayas de aquí a cazar y a nadar entre las olas. ¿La oyes?
- Sí, claro - dijo la chica, parándose a escuchar lo que le pedía lo más profundo de su ser.
- Pues ahora debes callarla.
- ¿Callarla?, ¿y se puede saber cómo se hace eso?
- Es más sencillo de lo que parece. Debes dejar de prestarle atención, lentamente. Ve pensando en otras cosas, no sé, piensa en las tablas de multiplicar, o en cómo se hace un pastel de chocolate. Me da igual, solo tiene que ser algo que para ti sea mecánico, que te abstraiga de tus pensamientos.

Tara se paró a pensar, como no se le ocurría nada y la vocecita de su interior no hacía más que machacar una y otra vez, con que no hiciera caso. Al final desistió y optó por recitar las tablas de multiplicar. Poco a poco fue dejando de prestar atención a la vocecita y cada vez le iba prestando más atención a no errar en sus cálculos mentales. Al final la voz desapareció, sin darse cuenta. Simplemente ya no estaba. Una sensación de paz embriagó a la joven que se dejó resbalar por la bañera sumergiendo su rostro en el agua helada.

Cuando estaba debajo del agua se dio cuenta de que en realidad no necesitaba salir a respirar. Las branquias de detrás de sus orejas se encargaban de filtrar el agua proporcionándole todo el oxígeno que necesitaba. Estaba tranquila, ya no había un instinto asesino que la condujera a la destrucción de todo y todos los que se pusieran por en medio en su afán de alcanzar lo que sus instintos le pedían. Cerró los ojos y puso su mente en blanco.

Un golpe que se transmitió por el agua la sacó de su trance y una brillante luz verde centelleó en el agua. Cuando la joven salió de

nuevo al exterior Ari había deshecho las cadenas que la ataban. Estaba completamente libre. En ese instante podía haberse impulsado con su potente cola y haber salido de la bañera, en un par de saltitos habría estado junto al acantilado y con sus poderes de maga no tendría problema para bajar hasta el agua. Pero no lo hizo. Se quedó allí recostada chapoteando con las manos sobre el agua hasta que al final la maga quitó los espinos que la rodeaban y Daphne pudo aproximarse a ella.

- Ahora que ya controlas tu instinto, creo que podemos pasar a la siguiente fase del entrenamiento.

Entonces Ari chasqueó los dedos y las tres desaparecieron dejando una pequeña nube de humo verdoso en el aire. Al instante aparecieron en la playa que había más abajo con bañera incluida. Tara levantó la vista y vio como todos los chicos estaban asomados al acantilado intentando ver lo que sucedía abajo.

Daphne dijo algo a Ari que Tara no llegó a oír y después se fue corriendo hacia el agua, al principio se la vio correr atravesando las olas, pero al instante saltó de cabeza y cuando volvió a asomarse una enorme cola de pez apareció tras ella. Después Ari levantó los brazos y a su vez Tara se iba elevando en el aire, hasta que se quedó suspendida a unos dos metros sobre la bañera de piedra. Después la dejó suavemente a unos quince o veinte metros de la costa junto a Daphne.

La chica se sumergió poco a poco, el agua fría del mar y la espuma de las olas le salpicaba el rostro. Se sentía feliz y libre, se sumergió por completo y abrió los ojos bajo el agua salada. Al principio le escocieron y los cerró con fuerza, pero lentamente se fue acostumbrando al agua salada y al poco le resultaba de lo más normal el nadar investigando el fondo marino. Se sentía la dueña del mar, nadaba entre bancos de peces, saltaba con los delfines y se maravillaba de la explosión de vida que el fondo del mar le mostraba.

Todo iba sobre ruedas hasta que se tropezaron con un grupo de sirenas con cara de pocos amigos. Por lo visto eran las antiguas

discípulas de Daphne que ante la ausencia de su capitana habían decidido tomar una nueva jefa.

Gloria, que así se llamaba, era la hermana menor de Daphne y siempre había sentido celos de ella. Ahora que ostentaba su cargo, creía que debía de demostrar que era merecedora de él. No se le ocurrió otra cosa que tenderle una emboscada a su hermana y a su nueva discípula para dejar claro que aquellas aguas no eran lo suficientemente grandes para tener a dos clanes de sirenas. Pretendía advertirle que si quería abandonarlas y formar un nuevo clan se las tendría que ver con ellas.

Cuando las rodearon Tara se dispuso a atacar, pero miró a Daphne que le hizo una señal para que desistiera. Tara no comprendió muy bien por qué le decía que no atacase, pero era ella quien entendía de sirenas. Así que decidió obedecer.

Gloria ordenó al resto de sirenas que las atasen y amordazasen para llevarlas hasta la cueva. En un par de minutos llegaron a la misma cala donde habían conocido a Daphne meses antes. Se adentraron poco a poco por las oscuras galerías hasta llegar a la sala sin techo donde las habían recibido la última vez. Pero esta vez pasaron al interior de su cuartel general excavado en la montaña. Primero entraron en una sala donde salieron poco a poco del agua arrastrando sus colas hasta quedarse completamente fuera del agua. Al poco de llegar a la cueva recuperaron sus piernas y siguieron escaleras arriba hasta pasar una puerta vieja de madera. Al cruzar aquella puerta todo cambio. Se desvanecieron la oscuridad y la humedad de la cueva. La sala que se abrió ante ellas al cruzar la vieja puerta estaba muy iluminada con alfombras en el suelo y grandes ventanas. Correspondía a un recibidor de una gran mansión que había en lo alto del acantilado. Una enorme lámpara colgaba del techo y unas escaleras dobles subían a la planta superior. Todas las sirenas subieron y entraron a una especie de sala de tribunales. Dejaron a Daphne y a Tara en el centro de la sala, custodiadas por dos

sirenas y el resto se sentaron en las tribunas que había a los lados de la sala. Frente a ellas estaba el trono de Gloria.

La nueva líder de las sirenas se dirigió con paso firme hacia su hermana y le quitó la mordaza de su boca. Despues se sentó en su trono y comenzó a decir.

- ¿Sabes cuál es la condena por desobedecer las leyes de las sirenas?
- las conozco- aceptó Daphne con la cabeza bien alta.
- Entiendes que debemos imponerte el castigo adecuado por la traición.
- Lo entiendo

Al principio Tara no comprendía lo que pasaba, no entendía porque no les decía que le estaba ayudando a ella. Que no pretendía traicionar a su raza ni nada por el estilo.

- Llevadla al calabozo- ordenó Gloria.

Las sirenas que las custodiaban cogieron los brazos de Daphne, pero esta rápidamente se desasió y se dirigió rápidamente hacia su hermana. Se detuvo a los pies del trono y esperó hasta que su hermana dio la orden a las demás para que se retiraran. Cuando el resto de sirenas salieron de la sala comenzó a decir.

- Acepare el castigo sin mostrar oposición, pero debes hacer algo por mí.
- Sabes que no hacemos tratos con traidores.
- ¡Venga ya Gloria! somos hermanas.
- Lo sé, pero la ley es la ley.
- Puedes al menos intentarlo.
- De acuerdo, lo intentare. ¿Qué quieres?
- Quiero que la dejéis libre.
- ¿Cómo puedes pedirme eso? Sabes que es imposible
- No es imposible, ¡por el amor de dios!, tú eres la capitana de este escuadrón. Sí quieras, puedes liberarla.
- ¿Para qué quieres que la libere?- dijo mirando fijamente a Tara- no tiene más de unas semanas un par de meses como

mucho. Si la dejas sola morirá en un par de semanas. ¿No crees que sería menos cruel que la matásemos nosotras antes de que muera de hambre tirada en una playa?

Al oír esto Tara se quedó mirando fijamente a Daphne con los ojos muy abiertos. Acababa de comprender que pretendían matarlas a las dos, porque creían que Daphne estaba montando un nuevo escuadrón lejos de ellas.

- Por eso mismo, prefiero que no seáis vosotras quienes la matéis.
- Bueno, haremos lo que pueda.- dijo la sirena sin intención alguna de replantearse su decisión- Ahora id a los calabozos. Tenemos que deliberar como será la ejecución.

Después de la charla con su hermana, Daphne se dio la vuelta, cogió la mano de Tara y la guió hasta los calabozos. Al llegar allí se metieron en una de las celdas y cerraron la puerta, quedando encerradas en él.

- ¿Por qué estamos aquí?- preguntó Tara asustada
- Creen que me fui de aquí para crear mi propio clan de sirenas y así poder luchar contra ellas y quedarme para mí sola todas las aguas del norte.- le explicó Daphne- Eso es un terrible delito dentro del reino de las sirenas. Una solo puede crear un nuevo clan si el suyo la ha desterrado y encuentra unas aguas lo suficientemente grandes como para que un nuevo clan de sirenas puedan vivir. Después de encontrar un lugar lo suficientemente grande ha de ir hasta el consejo de sirenas y pedir permiso para hacerlo. Solo así es legal que un nuevo clan empiece a construirse.
- Pero tú no estás haciendo un nuevo clan. Simplemente tratas de ayudarme.
- Eso ya lo sé. Pero no puedo decírselo.- hizo una pequeña pausa, y prosiguió alzando la mirada hacia Tara- Juré proteger con mi vida tu secreto.
- ¿Y estas dispuesta a morir por salvar mi secreto?

- Por supuesto. Esto es mucho más grande que yo. Ha sido un honor haber servido a tu lado y haberte podido enseñar aunque sea un poco de lo que se, lástima que no haya tenido más tiempo.
- Pero no puedo permitir que mueras. Algo habrá que podamos hacer para impedirlo.
- No puedes hacer nada.
- Y si sabias que esto iba a pasar, ¿Por qué te dejaste apresar?
- Porque ellas eran más que nosotras. Además son fuertes y voraces cazadoras. No habríamos durado ni un minuto luchando contra ellas. Aun no.

A la mañana siguiente el sol que entraba por la pequeña ventana del calabozo, despertó a Tara que dormía tendida en el suelo con la cabeza apoyada en el regazo de Daphne. Entonces el sonido de unos tacones rompió el silencio sepulcral que invadía la prisión. Cuando dejó de oír el sonido de las pisadas levantó la vista, frente a las rejas de la puerta vio la figura de Gloria allí plantada con las llaves del calabozo en la mano. Daphne, que no había dormido nada en toda la noche, se levantó del suelo y Tara la siguió. La joven sirena metió la llave en la cerradura y la giró haciendo un chirrido agudo que hizo estremecerse a Tara. Pero antes de abrir la puerta una de sus discípulas entró corriendo en la sala, se detuvo ante Gloria, y tras recuperar el aliento le dijo algo al oído que ninguna de las dos presas llegó a oír. Después ambas se fueron a toda velocidad.

Tan rápido se fueron, que aunque Gloria se había vuelto a llevar las llaves, se le había olvidado volver a girarlas para cerrar la puerta. Daphne se percató al instante del gran fallo de su hermana y una sonrisa furtiva se dibujó en su rostro. En cuanto las sirenas salieron del calabozo abrió la puerta y se fueron en dirección a la salida.

- Cuando salgamos de aquí hay un pasillo a la derecha que te guiara hasta unas escaleras, al bajarlas hay dos puertas. Toma la de la izquierda y sigue hasta llegar a un arco de metal-

empezó a decir Daphne en voz baja, mientras tenía a Tara cogida por los brazos para que le prestara atención- lleva directamente al exterior. Quiero que pase lo que pase sigas ese camino, El arco está flanqueado por un par de Knifels.

- ¿Knifels?
- Son criaturas extrañas. Tienen forma casi humana y no son muy inteligentes. Pero aún así, como no te conocen no te dejarán salir. Aunque tienen una debilidad que podemos usar contra ellos, les encanta jugar a los dados. Puedes retarlos y jugarte tu libertad.
- ¿Pero tú no vendrás conmigo?
- Yo lo intentaré, pero no sé lo que sucede ahí afuera.- dijo lanzando una mirada a la puerta por donde se habían ido Gloria y la otra sirena- Tiene que ser algo importante para reclamar la atención de Gloria como lo ha hecho.
- De acuerdo. ¿Cómo hago para ganar?
- Haz trampas.- dijo soltándole los brazos.
- ¿Qué pasará si me pillan haciendo trampas?
- Que te devorarán.- Pero en las palabras de Daphne no había miedo ni preocupación. Solo era una respuesta automática, pues su mente estaba puesta en averiguar qué sucedía al otro lado de la puerta.
- ¿y si pierdo?
- También te devorarán
- ¿Cómo puedo hacer trampas?
- Es sencillo, hay unos dados como los que ellos usan encima del marco de la puerta de la izquierda la que hay al bajar las escaleras. Simplemente tienes que cogerlos antes de salir y cuando no miren darles el cambazo. ¿Podrás hacerlo?
- Claro que podré. Pero... ¿Qué pasará contigo?- dijo al darse cuenta de que Daphne no pretendía acompañarla.
- No te preocupes por mí. Estaré bien, nos veremos en el acantilado de la isla a medio día. ¿Entendido?

- Perfectamente.

Cuando terminaron de hablar, Daphne se dirigió hacia la puerta que daba de nuevo a la mansión y la abrió con sumo cuidado. No había nadie y solo se podían oír gritos a lo lejos. Pero no importaba en esos momentos, lo único que importaba era sacar a Tara de allí. Le hizo una señal a la joven para que siguiera el camino que le había indicado y ella se marchó por el pasillo izquierdo que llevaba hacia la luminosa entrada que habían visto el día antes cerrando la puerta tras de sí.

Tara tomó el camino de la derecha y fue hacia las escaleras como le había dicho Daphne. Al llegar ante la puerta de la izquierda se puso de puntillas y cogió los dados trucados. Después salió muy dirigente hacia el arco custodiado por los Knifels.

Eran seres realmente extraños. Tenían forma de hombre, pero de su espalda salía una cresta hecha de espinas unidas entre sí por piel como las de los peces, su cuerpo estaba completamente cubierta por escamas de un color azul oscuro. En el interior de su boca se podían ver tres filas de dientes afilados como los de los tiburones y sus ojos en lugar de pestañear de arriba a abajo lo hacían de derecha a izquierda.

La joven se acercó con mucha cautela hasta los dos extraños seres y les dijo que la dejaran pasar. Como era de esperar no le permitieron el paso, así que la joven optó por retarlos a una partida de dados. Era sencillo, quien sacara una mayor cantidad de números iguales y sumase más puntos ganaba la partida. Primero lanzó uno de ellos y salieron: dos cinco, un tres, un seis y un dos. Después le tocó el turno al otro que sacó: cuatro seises y un uno. Cuando llegó el turno de Tara sabía que tenía que distraerlos para poder cambiar los dados, porque sin usar los dados trucados era casi imposible de que le salieran todo seises y así ganar al Knifel. Así que apretó los ojos con todas sus fuerzas haciendo como si estornudase y en el cielo, al otro lado del arco, empezaron a verse cientos de cohetes de colores que hicieron que los Knifels se quedaran atónitos mirándolos.

Rápidamente la joven sacó los dados trucados de su bolsillo y los puso en el cubilete escondiendo los verdaderos dados en su bolsillo. Cuando los cohetes de colores dejaron de iluminar el cielo los Knifels volvieron a prestar atención al juego, la chica movió el cubilete y tiró los dados al suelo. Cuatro de los dados cayeron en el seis, pero el último de ellos se había quedado dando vueltas sobre una de las esquinas, Tara podía sentir como le latía el corazón a mil por hora, el tiempo se detuvo y al final el dado dejó de girar.

Había salido un seis y era libre. La chica soltó una bocanada de aire que estaba reteniendo y al ver lo sucedido salió corriendo sin darle la oportunidad a ninguno de ellos a decir nada. Corrió todo lo rápido que pudo, cruzó el pequeño puente levadizo cruzando el foso que rodeaba la mansión y al instante pudo oír como los Knifels se habían dado cuenta de que los dados eran falsos y llenos de furia salieron corriendo tras ella.

Tara podía oír sus pasos acercándose. Cada vez estaban más cerca y en la dirección en la que corría, dentro de poco se acabaría la tierra, porque iba directa hacia el acantilado. Solo le quedaba una opción, cerró los ojos y sin dejar de correr, justo cuando llegó al borde del acantilado se convirtió en un pequeño gorrión aleteante, dejando tras de sí una pequeña bruma violácea.

Se alejó volando de la cala en dirección a la isla, desde lo lejos podía ver como aquellos seres gritaban y vociferaban llenos de rabia, mientras agitaban sus puños en lo alto, llenos de indignación por haberlo sido engañados por una niña.

Capítulo 20

El sol estaba en lo más alto del cielo y Tara esperaba sentada en las rocas del acantilado de la isla, pero Daphne no llegaba. Pasaron las horas y la sirena no apareció. Tara estaba empezando a desesperar, así que subió hasta la casa para avisar al resto de lo que había pasado. Cuando llegó arriba, no había nadie en las pistas de entrenamiento, ni en el gran salón. Tampoco había nadie en las habitaciones, un escalofrío recorrió su espalda al recordar el terrorífico sueño que cada vez se parecía más a la realidad, el miedo trataba de adueñarse de ella y desesperada decidió bajar hasta la última planta para ver a Claudia. Sabía que no debía hacerlo, pero no había nadie, Daphne estaba en peligro, incluso podía estar muerta. ¡Tenía que hacerlo!

Giro el pomo con cuidado y entró en la habitación de Claudia, todo era exactamente igual que en su sueño. Se acercó poco a poco hasta el ataúd que había en medio de la sala y lo abrió. Allí estaba la joven dormida, con los brazos sobre el pecho con un aspecto realmente mortecino. Al verla allí, Tara soltó un suspiro de alivio. El leve sonido del suspiro hizo que Claudia abriera de improviso sus rasgados y azules ojos. Tara se sobresaltó cuando la vampiresa abrió los ojos y su corazón se aceleró a mil por hora. Respiró hondo para calmarse mientras Claudia se sentaba en su ataúd y le contó todo lo sucedido. La chica no tardó ni un instante en reaccionar, saltó del ataúd y se vistió rápidamente.

Mientras tanto ordenó a Tara que subiera hasta el gran salón y que cerrase la puerta de entrada y todas las ventanas. Le pidió que se asegurase muy bien de que no entraba ni un rayo de sol. Tara obedeció, cuando terminó de cerrarlo todo Claudia entró con sumo cuidado en el gran salón cubierta por una capa oscura y asegurándose de que Tara había hecho bien todo lo que le había pedido.

Cuando vio que no había peligro se deshizo de la capa y empujó la mesa del centro del salón para dejarlo despejado. Mandó a Tara que

apilara las sillas en una esquina mientras ella cogía un puñado de ceniza de la chimenea y dibujaba con ellas una estrella de cinco puntas dentro de un círculo. Después cogió las velas que se habían caído de los candelabros al mover la mesa y las puso en torno al círculo, una en cada punta de la estrella. Luego apartó a Tara con una mano y la puso detrás de ella.

La vampiresa se dejó caer de rodillas ante el círculo y extendió sus manos al cielo. Después empezó a decir una especie de invocación una y otra vez, cada vez a más velocidad. En la habitación empezó a levantarse un fuerte viento que hacía temblar la llama de las velas y alborotaba sus cabellos. De repente el fuego se encendió solo y las llamas de las velas brillaron con más intensidad duplicando su tamaño. La ceniza que hacia el dibujo en el suelo se desvaneció y quedó el dibujo grabado en el suelo, brillando como si hubiera sido dibujado con fuego sobre las losas. Al instante surgió un haz de luz rojiza delimitada por el círculo y una bruma negra como la noche se concentró en su interior. La bruma se hizo cada vez más densa y de ella fue surgiendo una figura. Al principio Tara no podía distinguir qué era lo que había, pero poco a poco se fue disipando la bruma y allí en medio apareció Protervus.

- Mi señora- dijo sin abrir los ojos.
- Protervus- contesto ella poniéndose en pie.
- Gran demonio de la noche, si no te importa- dijo con voz arrogante.
- Puedes abrir tus ojos.
- Eres consciente de que si los abro podre ver a través de ti y este pacto será tan peligroso para ti como lo es para mí.
- ¿Quién ha dicho que yo quiera pactar?
- No entiendo sino para que me has invocado.
- Abre los ojos, no perdamos más tiempo.

Protervus abrió los ojos y se quedó sorprendido al ver allí ante él a Claudia y a Tara.

- ¿Se puede saber qué queréis?- dijo perdiendo cualquier atisbo de cortesía o sumisión que se Pudiera intuir anteriormente en su tono de voz.- Estoy muy ocupado.
- Por eso mismo queríamos hablar contigo. ¿Dónde está todo el mundo?
- Están en el cuartel general de las sirenas, bueno, están intentando entrar.
- ¿Qué hacen allí?
- Como no llegabas Emet y Matt se empezaron a poner muy pesados con que te había pasado algo y Daniel fue a buscarte para que se callaran un rato. Al final resultó que tenían razón, porque Daniel os vio a ti y a Daphne en el calabozo de las sirenas. Cuando vino y se lo contó les faltó tiempo para ir a buscarte tanto a ellos como a Ari, Altor también se apuntó y como iba Matt, Adrian también fue, y Emet pidió a sus maestro que lo acompañasen. Como Ari estaba dispuesta a ir Daniel decidió acompañarla y al final también nos lió a nosotros.
- ¿Y cómo van por ahora?- le preguntó Claudia.
- Están viendo el camino más fácil para entrar, pero por ahora solo hemos encontrado la puerta principal que está rodeada por el foso, como el resto de la mansión, donde hay cinco o seis sirenas y la entrada por el acantilado, pero obviamente son superiores a nosotros en el agua. Así que no saben cómo entrar, pero bueno ya da igual. Porque si tu estas aquí no es necesario que entren.
- ¿Y qué será de Daphne?
- Ya ha cumplido con su cometido, creo que podemos prescindir de ella.
- No podemos prescindir de ella- saltó Tara.
- Es muy arriesgado.- le dijo Claudia intentando hacerla entrar en razón.

- Ella estaba dispuesta a morir porque no supieran quién era, no podemos dejar que la maten.
- Ella, al igual que todos, darían sus vidas por la tuya gustosamente, ya sabía a lo que se enfrentaba cuando decidió ayudarte.
- No me importa, ella está con nosotros, y no dejamos a nadie atrás. Diles que hay otra puerta que únicamente está custodiada por dos Knifels, que no son muy inteligentes.
- Los Knifels nunca lo son- dijo Claudia.
- Lleva hasta una puerta, a la derecha hay unas escaleras y luego coged el pasillo de la izquierda, llegarán a los calabozos. Si los cruzan hay una puerta que lleva hasta la recepción de la gran mansión.
- Ya la has oído,- dijo Claudia- te ordeno que vayas y se lo comuniques al resto.
- Como usted ordene señora.- contestó Proterus haciendo una reverencia.

Dicho esto, se deshizo de nuevo en la oscura bruma y antes de que Tara parpadeara se había esfumado, el fuego de la chimenea se había apagado y las velas volvían a llamear de una forma normal.

Tara se quedó mirando a Claudia, con la cabeza algo torcida hacia la derecha, como tratando de comprender algo y al final le preguntó:

- ¿Se puede saber por qué ha cumplido tus órdenes?
- Porque cuando invocas a un demonio, si consigues retenerlo ha de obedecer todo cuanto le pidas. Mucha gente los invoca para hacer tratos con ellos.
- ¿Qué clase de tratos?
- Por ejemplo, les piden tener oro, joyas, poder... y a cambio los demonios les quitan la mitad de su vida.
- ¿Para qué quiere un demonio media vida humana?

- Porque no viven eternamente, necesitan la vida que le quitan a la gente para vivir ellos más y hacerse más poderosos.
- ¿Y por que al principio no abría los ojos?
- Porque si haces bien el conjuro no se les permite abrir los ojos a no ser que el que lo invoca se lo ordene. Porque si los abre, como tú ya bien sabrás puede ver el alma de la persona y puede influenciar sobre ella.

Tara acompañó a Claudia de vuelta a su habitación, mientras bajaban las escaleras la chica no dejaba de darle vueltas en su cabeza a lo que habían dicho los demonios de que Claudia era una psicópata. Quería preguntarle a que se referían, pero no sabía cómo hacerlo. No fue hasta llegar a la decima planta cuando al fin reunió el valor para preguntárselo directamente.

- Claudia ¿te puedo hacer una pregunta?
- Claro, dime.
- ¿Por qué vives aquí tu sola?
- Es una larga historia.
- Tengo tiempo de sobra.
- Hace mil doscientos años más o menos- empezó a decir la vampiresa- yo era una chica normal, vivía con mi familia en un pueblecito al este de china. No teníamos mucho, trabajábamos el campo, éramos una familia humilde. Mis padres me iban a vender a un señor rico para que me casase con él. Pero la noche antes de que viniera a por mí me escapé, anduve sin rumbo fijo durante días, una noche, una mujer me encontró cogiendo algo de fruta de uno de sus árboles porque llevaba días sin comer y me invitó a entrar en su casa. Le conté mi historia y me ofreció ser libre, poder hacer lo que quisiera cuando quisiera siempre que la ayudase en su trabajo. Esa misma noche me convirtió, al principio era un ser salvaje, mate a cientos de personas incluso a mis padres que me habían

vendido y al hombre que me pretendía comprar. Mi nueva madre estaba orgullosa de mí, me enseñó a leer y a escribir en el idioma de los reinos. Ella era cronista de los reinos y pretendía que yo continuara con su labor. Cuando pasaron unos setecientos años me trajo al orbe de los guerreros para que me adiestrasen y lo hicieron realmente bien, cuando terminé mi entrenamiento fui de nuevo a la casa de mi madre con toda la ilusión del mundo, pero cuando llegué no estaba, la habían reclutado para ir a la guerra contra los Cambiantes rebeldes.

Así que me fui a buscarla, allí fue donde conocí a Adrian.- dijo haciendo una pausa en su relato- Pero bueno vamos a lo que importa, esos malnacidos cogieron a mi madre como rehén en una de las batallas, les pidieron a los guerreros que abandonasen la ciudad de Insin, al sur de la región de los Vampiros, y ellos liberarían a mi madre. Yo intenté todo lo que pude para que abandonasen la ciudad, ya la habían tomado una vez, podrían volver a hacerlo. Pero mis insistencias no tuvieron resultado, al pasar un mes y no ver respuesta por parte de los guerreros de los reinos decidieron matarla. La dejaron libre en medio de los campos que rodeaban a la ciudad en pleno día. Desde detrás de los muros se podían oír sus gritos de agonía y los centinelas metamórficos que guardaban la ciudad durante el día, dicen que la vieron convertirse en cenizas sin poder hacer nada por impedirlo.

Guiada por la ira y la rabia, es anoché entre en la biblioteca prohibida, un antiguo lugar de oración y culto que desde hacía siglo estaba tapiado en las catacumbas de la ciudad. Sin que nadie me viera rompí el muro de ladrillos que lo mantenían oculto a la vista de todos y

escudriñe entre los antiguos manuscritos que habían allí. Trataba de encontrar la forma de devolverla a la vida, de liberarla del fatal destino que la aguardaba en el inframundo. Pero no logré nada, llegó el día y yo seguía escondida al amparo de la oscuridad de las catacumbas, cuando al fin encontré algo que me sirvió. Al principio me costó un poco descifrar lo que ponía...

Dijo entrando en la biblioteca de la decima planta y sin mediar palabra continuó hasta llegar al último estante de libros, que a diferencia de los demás estaba tenia dos puertas de madera cerradas por un candado dorado. Sacó una llave de su cinturón y la introdujo en la dorada cerradura, un chirrido sonó cuando giró la llave en su interior, pero aun así el candado se abrió. En el interior del armario había una docena de libros muy antiguos, con tapas de piel deshilachadas y llenas de rajitas y pergaminos que daba la sensación de que se iban a deshacer si los tocaba, pero a Claudia no le interesaba nada de aquello, abrió en cajón de debajo y sacó todos los papeles que contenía aquel cajón, después dio un golpecito en la base y la tapa de madera se levanto, dejando ver un escondite secreto oculto dentro de él. La vampiresa metió la mano hasta el fondo del cajón y al final sacó un pequeño libro de tapas rojizas y páginas amarillentas. Después, dejó el libro en la mesa del centro de la biblioteca y volvió a cerrar lo todo, dejándolo tal y como estaba. Hizo un gesto a Tara para que tomase asiento y prosiguió hablando, mientras ojeaba con sumo cuidado las páginas del libro.

Ves ésta caligrafía- le dijo a Tara señalándole las extrañas letras que se contorneaban con tinta negra sobre las antiguas páginas- es idioma de licántropos. Hace miles de años que ya no se usa, al igual que le de los vampiros, el de las sirenas o el de los úlcidos, pues todos

los seres de los reinos aceptaron el Gixsel como único idioma y los que lo conocían cada vez fueron menos, hasta que la fin desaparecieron. Pero como mi madre era cronista, tenía el deber de conocer todos los idiomas, incluso los que ya no se hablaban, para poder traducir los antiguos manuscritos y como me instruyó para seguir sus pasos yo también los aprendí todos.

- ¿Pero que hay escrito aquí?- preguntó Tara mirando con atención las extrañas letras- ¿Y por que estaba escondido en una sala tapiada en las catacumbas?
- Antes de que se abrieran los portales entre los reinos, cuando aun se hablaban estos idiomas, en cada ciudad había un anciano que sanaba a la gente, y los ayudaba en sus plegarias. Pero cuando llegaron los brujos, esto fue innecesario y se les ordenó quemar los libros, pero muchos de ellos sabiendo lo valiosos que eran dichos libros decidieron esconderlos. Por eso bajé yo a las catacumbas, con la esperanza de que el anciano de Insin no los hubiera quemado y tuve suerte.
- Pero sigo sin entender por qué es tan importante este libro, ni que podía hacer para ayudarte con la muerte de tu madre.
- Como tú ya bien sabes, no se puede resucitar a los muertos y si tu alma es pres de un demonio, como lo era la de mi madre y como le es la mía. No se puede ir y quitársela tan fácilmente. Solo seres realmente especiales y únicos como tú, pueden ir al infierno y regresar al mundo de los vivos. Así que tuve que resignarme a la idea de que mi madre no iba a volver, pero las cosas no se podía quedar así. Todos los responsables de su muerte, todos aquellos que debieron haberla salvado y no lo hicieron, tenían que pagar por lo que habían hecho.

Hizo una pausa y descendió con su dedo, siguiendo los renglones del libro hasta terminar de leer para sí una de las páginas, cuando la pasó giró el libro y se lo mostró a Tara.

- ¿Qué es eso?- preguntó la joven al ver la ilustración de un horrible ser de dos cabezas con cuernos retorcidos y seis brazos terminados en enormes zarpas afiladas.
- Este es Davón, un ser terrible que asoló las tierras de los hechiceros durante centenares de años, nadie sabe bien que es, pero sin duda es aterrador. La magia no puede hacer nada contra él y su sed de sangre es incommensurable. Hay decenas de cuentos de terror sobre él, algunas cuentan que se bañaba en sangre para aumentar su poder, otras dicen que arrancaba la columna de cuajo a sus víctimas cuando aun estaban con vida...
- Sigo sin ver que tiene que ver todo esto con la muerte de tu madre.
- Guiada por la ira intenté invocarle.
- ¿Qué que...?
- Sí, pero hacía años que había sido desterrado al orbe oscuro.
- ¿A dónde?
- Al orbe oscuro.
- ¿Es que cuantos orbes hay?
- Más de los que puedas llegar a imaginar, pero eso no nos interesa ahora, el orbe oscuro es un orbe al que solo se puede entrar. Nadie ha logrado salir de allí jamás, así Isabell desterró allí a todas las criaturas malévolas que se topó en su camino. Entre ellos a Davón.
- Menos mal, imagínate lo que hubiese sucedido si llegas a invocarlo.
- Es cierto que cuando intenté invocarlo con el conjuro que viene aquí no pude, pues desde el orbe oscuro no pudo

venir a mí. Decepcionada seguí leyendo este viejo libro y al fin encontré la solución a mis problemas. — dijo abriendo el libro por una de las páginas del final- aquí te muestra como ser conductor.

- ¿Conductor?- dijo Tara enarcando una ceja.
- Sí, un conductor es aquel ser que se ofrece a ser poseído por otro que tenga este don. Recité ambos conjuros a la vez y parte de la conciencia de Davón y de sus dones pasaron a mí.
- ¿Pero no estaba en el orbe oscuro?
- Ya, pero las posesiones no siguen las reglas del tiempo y del espacio. Un ser puede poseer a otro donde quiera y cuando quiera, pero como está en el orbe oscuro, necesitaba a alguien que se ofreciera a ser su conductor y yo lo hice.
- ¿Qué?
- Sentí su magia, su fuerza, su poder, dentro de mí. Al principio el dolor fue extremo, cuando mi cuerpo duplicó su tamaño y de mis costillas surgieron otro par de brazos. Pero después todo el dolor desapareció, corrí a fuera y por una vez el sol no me quemó, Davón me protegía. Irrumpí en la cámara del congreso superior que eran quienes tomaran las decisiones y los aniquilé a todos. Más de cien altos cargos de los guerreros de los reino murieron esa mañana, la sangre corría escalinatas abajo y mi poder cada vez era mayor. Incluso uno de los miembros del consejo que estaba en la ciudad, cayó. Después fui hasta las líneas enemigas y masacré a tres cuartas partes de sus tropas.

Pero cuando el sol se puso de nuevo, el conjuro se rompió y por suerte o por desgracia yo estaba ya en las puertas de la ciudad cuando esto pasó. Me apresaron y me encerraron en un calabozo, un par de noches después

se dictó mi sentencia. Como es normal, en ningún sitio está bien visto que uno mate a los de su propia especie y a sus superiores, a parte del miedo que les produce el tener a alguien más fuerte que ellos a quien no pueden controlar.

Lo normal ante un acto de traición así es que te condenen a muerte, pero como habían dejado morir a mi madre ya solo quedábamos dos cronistas, mi hermano y yo. El aun no estaba preparado, pues aun no sabía ni la mitad de lo que debía, por lo que no les quedó más remedio que dejarme viva, pero me encerraron aquí de por vida. Si pongo un pie en tierra fuera de la isla moriré.

- ¿Entonces nunca podrás salir de aquí?
- A no ser que un potente brujo levante la maldición, me temo que no.
- ¿Y cómo puede hacer tu labor sin salir de aquí?
- De vez en cuando me traen indultos temporales por uno o dos años para que vaya a hacer los libros que ellos quieren, pero luego he de volver aquí.
- Solo tengo una duda más...- dijo mientras se ponían en pie para seguir hasta la habitación de Claudia.
- Dime.
- ¿Cómo es que tu madre estaba en el orbe Humano?
- Porque estaba haciendo un libro sobre los Humanos

Cuando llegaron a la puerta de la habitación de la joven esta se volvió hacia Tara y la miró llena de ternura.

- Creo que no estoy siendo una buena madre para ti.
- No te preocupes, tú no eres mi madre.
- Me refiero como vampiro, como lo fue Ármoni para mí.
- Tranquila, ya sabes que con migo nada es “lo normal”
- Ya, pero has aprendido tu sola, cosas que yo debería haberte enseñado, como a cuando parara para no matar

a alguien o como controlar eso impulsos que intentan controlarte...

- Lo dicho no te preocupes, no es tu tarea...
- Claro que lo es- dijo Claudia interrumpiéndola- yo nunca había creado a otro de los míos y creo que no lo estoy haciendo nada bien.
- Te estaba diciendo, que no es solo tu tarea, Matt, Daphne y Altor también me contribuyeron en crearme tal y como soy. Además- dijo lanzándole una sonrisa- yo no creo que lo estéis haciendo tan mal.
- Bueno...- dijo Claudia sin estar muy convencida- de todas formas quiero que te quedes esto.

La vampiresa alargó sus manos y le entregó el libro que se había traído desde la biblioteca.

- No puedo aceptarlo- dijo Tara.
- Pues claro que puedes, esto una vez me ayudó a mí. Puede que algún día te sea útil a ti.
- Pero si ni siquiera sé leerlo.
- Como tú bien has dicho, contigo nada es “lo normal” así que estoy segura que si alguna vez necesitas leerlo sabrás hacerlo sin que nadie te instruya.
- Muchísimas gracias- dijo Tara dándole un fuerte abrazo a Claudia y cogió el libro entre sus manos.
- Cuídalo bien,- añadió la vampiresa abriendo la puerta de su habitación- ahora descansa.

Cuando Proterus llegó de nuevo junto a los demás les explicó exactamente lo que Tara le había contado. Despues de oír aquello, se dividieron en dos grupos, uno seguirán atacando a las sirenas por el frente para que no se diesen cuenta de que algunos de ellos estaban intentando entrar por la puerta trasera, y defendiéndose de sus ataques.

Mientras ellos seguían atacando a la parte delantera, Emet, Matt, Ari y Altor fueron por detrás para rescatar a Daphne. Al acercarse al arco que delimitaba la entrada por la puerta trasera pudieron ver a los Knifels jugando a los dados en el suelo. Como estaban distraídos ni se dieron cuenta de la presencia de los jóvenes, hasta que estuvieron demasiado cerca como para reaccionar. Al llegar frente al arco Ari levantó las manos y conforme se levantaban sus manos los dos Knifels empezaron a elevarse del suelo, cuando estuvieron a un par de metros de altura, la chica dio una palmada y los dos seres se chocaron el uno contra el otro cayendo inconscientes al suelo. Los chicos se dispusieron a entrar rápidamente, cuando pasaron junto a los seres inconscientes Emet metió la mano en su bolsillo y sin abrir el puño soplo por uno de los extremos y por el otro salió una especie de purpurina verdosa que cayó como una suave lluvia sobre ellos.

- ¿Qué les has echado?- le preguntó Ari.
- Son polvos somníferos, así nos aseguramos de que no se despierten al menos hasta que salgamos.

No se dijeron nada más, entraron en la casa y pasaron por los calabozos, vieron la celda vacía donde habían estado las chicas recluidas la noche anterior, pero allí ya no había nadie así que se dispusieron a entrar en la gran mansión.

Cuando cruzaron la puerta se encontraron en la recepción, Ari y Altor subieron a la parte superior mientras que Matt y Emet salieron a la puerta para atacar a las sirenas desde dentro.

Salieron con mucho cuidado y se pusieron detrás de uno de los arbustos de la entrada tras el foso desde donde las sirenas les lanzaban bolas de agua hirviendo que quemaban allí donde caían y afiladas cuchillas de hielo que cortaban hasta los troncos de los árboles. También cantaban para intentar que salieran, pero los cantos de las sirenas no les afectaban porque llevaban las orejeras que habían preparado para no oír a Tara en su transformación. Con un gesto Emet le pidió a Matt que lo cubriera cuando se desmayase, por si lo que iba a hacer no salía bien y después se puso en pie dejando

flotar su barita entre las manos como había hecho en el bosque y como entonces lanzó una honda que izo que todas las sirenas se hundiesen en el agua.

Mientras tanto en el interior de la casa Ari inspeccionaba la primera planta mientras Altor había subido a la azotea. Cuando abrió la puerta y vio a la joven sirena sentada en el borde de la azotea con los pies colgando hacia el vacío, el corazón le dio un vuelco, pero se calmó y se acercó con cuidado hasta llegar a sentarse junto a ella, tratando de no asustarla para evitar que callera.

- Hay mucha gente buscándote-dijo el chico.
- No deberíais haber venido, Tara ya debe de estar a salvo- le contestó la sirena sin apartar la vista de lo que estaba sucediendo a sus pies.
- Pero tú estabas en peligro.
- Eso no importa, y lo sabes.
- A mí me importa- dijo él cogiéndole con delicadeza la barbilla, para mirarla a la cara.

La chica apartó la vista de la lucha por un momento y se quedó mirando a Altor con el rostro lleno de tristeza.

- No te enamores de mí, ies peligroso!
- Déjame a mí que decida lo que es para mí peligroso y lo que no.
- Está prohibido.
- No me importa.
- Puedo matarte.
- Sé que no lo harás.- dijo él acercándose más a la chica.
- He matado a muchos antes.
- No eres la única.
- No podemos... no debemos. Nos mataran a los dos.
- Eso no me asusta, estoy dispuesto a arriesgarme por estar contigo.

La chica se acerco un poco más a él para besarle, pero en ese momento la onda expansiva que había lanzado Emet llegó a la azotea

y la golpeó dejándola inconsciente como al resto de sirenas. La joven perdió el equilibrio y cayó desde lo alto de la gran mansión.

Capítulo 21

Cuando Altor vio a la joven caer saltó sin pensarlo ni un segundo, se convirtió en un enjambre formado por cientos de pequeñas libélulas que la elevaron en el aire, como si de un colchón alado se tratase devolviéndola de nuevo a la azotea. Después las libélulas se reagruparon y volvieron a formar la figura del muchacho. Éste se acercó a la joven para comprobar si aun respiraba, cuando vio que así era intentó despertarla, pero no consiguió nada. Ari entró por la puerta en busca del joven, los vio a los dos allí tendidos en el suelo de la azotea y al ver que la chica no se despertaba ayudo a Altor a cargarla en su espalda para llevarla de vuelta a la isla. Cuando llegaron, llevaron a la joven a la enfermería donde Emet la despertó rápidamente con uno de sus brebajes.

Después se reunieron en el gran salón, no podían seguir arriesgando la vida de Tara de aquel modo.

- El tiempo se nos agota- dijo Emet.
- Tenemos que darnos prisa en recuperar su alma. Hasta que no la tenga está en peligro- añadió Daniel.
- ¿Por qué decís que estoy en peligro?- quiso saber Tara.
- Porque mientras que tu alma no te pertenezca seguirás siendo mortal.
- ¿Es que dejaré de ser mortal cuando la recupere?
- Pues claro- le contesto Adrian- cuando tengas tú alma tendrás todos los dones que te han otorgado con sus venenos Matt, Claudia, Altor y Daphne. Por lo que tus heridas sanaran rápidamente y no envejecerás.
- Es decir,- aclaró Matt- las cosas serán más o menos como ahora, pero no tendrás que preocuparte continuamente por mantenerte con vida, pues cuando tu alma vuelva a pertenecerte serás inmortal.
- ¿Entonces ahora soy mortal o no?

- No sabría decirte- le contestó Adrian- según me estuvo contando Claudia la otra noche, si ahora alguien consiguiera matarte jamás podríamos recuperarte, porque tu alma está dividida en cuatro secciones del infierno.
- ¿En cuatro secciones del infierno?
- Sí, cada uno de los demonios mayores tiene su propia sección del infierno donde torturan a las almas que a lo largo de los siglos han ido consiguiendo.
- Por eso es importante recuperarla cuanto antes- aclaró Emet- porque cuanto más tiempo pase más probabilidad hay de que mueras y entonces ya no habrá vuelta atrás.
- Pues entonces solo me queda una pregunta más- dijo Tara poniéndose en pie.
- ¿Cuál?- le preguntó Emet.
- ¿Cuándo nos vamos?

Emet la miró lanzándole una de sus medias sonrisas, complacido por la respuesta de la joven. Despues acordaron que la chica entrenaría durante una semana más con los seres del orbe de los Susuradores y despues partirían en dirección al orbe para adentrarse en las profundidades del infierno.

Durante aquella semana el entrenamiento fue duro. Empezaban al alba y terminaban mucho despues de ponerse el sol. Tanto ángeles como demonios entrenaron duro codo con codo, enseñaron a la joven a luchar de parte de la luz y de la oscuridad. El último día de entrenamiento Dámaris, la enviada especial de las hadas, fue a buscarla y ambas salieron a pasear por el bosque.

- ¿Sabes por qué las hadas somos seres tan especiales en el reino de los Susuradores?- le preguntó Dámaris, mientras apreciaba con una luminosa mirada los delicados brotes verdes de los árboles.
- No- contestó la joven tras pensarlo por un instante.
- Porque no pertenecemos a ninguno de los dos bandos.

- ¿Te refieres a que no sois ni ángeles ni demonios?
- Exacto.
- Entonces ¿De dónde vienen las hadas?
- ¿No conoces la historia del nacimiento de las hadas? - le preguntó ésta sorprendida.
- Nunca me la han contado - contestó la joven sentándose en un tronco caído.

Dámaris se sentó junto a ella y empezó a hablar.

- Hace mucho tiempo, mucho antes de que los reinos se pusieran en contacto, cada orbe estaba completamente cerrado y los seres que allí vivían no conocían la existencia del resto, todos salvo los Susurraores. Los Susurraores conocían la existencia de todos, podían ir de un orbe a otro a través del plano cristalino. Tú ya sabrás que hay normas muy estrictas que prohíben que se cruce la sangre de los diferentes reinos, ¿Verdad? - Tara asintió - bueno pues en el reino de los Susurraores hay una norma parecida que prohíbe que se unan los hijos de las dos estirpes que conviven en nuestro orbe. Pero como pasa siempre, por mucho que se le quieran poner barreras al amor, es una tarea casi imposible. Una diablesa se enamoró perdidamente de un ángel y se fugaron juntos. Del fruto de su amor nacieron dos bebés, los recién nacidos tenían la extraordinaria belleza de los ángeles, pero con los años vieron que su alma era oscura y retorcida como la de los demonios. Sus padres sabían que nunca serían aceptados en ninguno de los dos reinos, porque si su padre los llevaba con él al cielo, no tardarían mucho en descubrir que sus almas eran perversas. Tampoco se los podía llevar su madre, porque si los bajaba a los infiernos los demás demonios envidiarían su perfecta belleza y pronto los matarían a causa de su envidia. Estaban más que desesperados, no sabían qué

hacer con sus hijos, pronto serían mayores y querrían marcharse, y ellos no podrían protegerlos. Un día se encontraron por el bosque a dos pequeños niños que habían surgido de la misma unión prohibida que sus hijos, habían sido abandonados a su suerte en aquel bosque. Los dedicados padres se vieron con cuatro niños y cero soluciones. Un día viajando por el plano cristalino vieron como un brujo creaba una ilusión ocultando su casa a la vista de todos, para que nadie le robase sus preciados libros de pociones y eso les dio una idea. Esa misma noche, al amparo de la luna nueva, los Susuradores hicieron una brecha en el plano cristalino, abriendo el primer portal entre orbes y trajeron al brujo con ellos y le pidieron que hiciera lo mismo con el bosque donde vivían, para poder darles un hogar a sus hijos donde nadie los pudiera encontrar. El brujo hizo lo que le pidieron y cubrió con su embrujo todo el bosque. Desde entonces aquel bosque fue el refugio de las hadas y solo los que han estado alguna vez allí pueden encontrarlo, porque los demás solo ven una pradera donde antes hubo un bosque.

- ¿Entonces aquellos niños fueron las primeras hadas?
- En efecto.- dijo Dámaris complacida al ver que la chica la había entendido.
- Pero no entiendo en que me puede ayudar eso.
- Solo te lo cuento porque Cedric, nuestro rey. Es hijo de las hadas, por lo que tú también lo eres. Recuerda que en ti está todo lo de las dos estirpes de los Susuradores. Cuando estés en los infiernos, te tentarán. Te tentarán tanto que te costará resistirte al mal. Pero recuerda, una parte de ti procede desde el mismo cielo, si alguien puede resistir esa eres tú.
- Lo recordaré, no te preocupes.

- ¡Ah!, casi se me olvida, toma- dijo el hada entregándole un pergamino.
- ¿Qué es esto?- preguntó la chica mientras lo desenvolvía.
- Es una Petición de regreso, firmada por la reina de las hadas. Puede que te sea útil.
- ¿Para qué sirve?
- En teoría solo pueden salir del infierno los que tienen sangre demoniaca, si no cualquier alma en pena saldría libremente de allí. Tú no deberías tener problemas para salir, porque por tus venas corre tanto sangre de ángel como de demonio, pero los demonios no son conocidos precisamente por cumplir las normas y puede que no te dejen salir.
- Si eso sucediera- empezó a decir Tara, que hasta ese momento no se había detenido a pensar en cómo iba a salir del infierno- ¿cómo haría para salir de allí?
- Necesitas las tres peticiones de regreso, firmadas por sus respectivos reyes o una firmada por el propio rey de Orbe. Eso significa que uno de los reyes reclama la presencia del portador de las particiones y el resto de reyes han de permitir que se presente ante él.
- ¿Dónde puedo conseguir las otras dos?
- Una te la entregará Jahoel, la firmó la reina de los cielos antes de que él viniera. Pero la otra...
- ¿Dónde está?
- Debe de dártela la reina de los infiernos y no creo que esté muy por la labor de dejar que abandones su reino. - cuando dijo esto pudo ver la preocupación en la cara de la joven- Pero bueno, estoy segura de que podrás conseguirla- dijo tratando de darle esperanzas.
- Con eso me dejas mucho más tranquila- dijo Tara con un tono sarcástico.

Después de aquello no se dijeron nada más, volvieron a la casa y Tara regresó a su habitación para prepara sus cosas para el viaje. Mientras cogía sus cosas Emet entró en su habitación, traía un ramo de margaritas que había cogido del camino a las pistas.

- Te traigo un regalo de despedida- dijo mientras le ofrecía el ramo a la chica.
- ¿Es que no vienes con nosotros?
- No puedo, dijo el joven. Esta vez solo iréis tú y los susurradores.
- No lo entiendo ¿Por qué no venís?
- Porque solo tú y los demonios podréis cruzar las puertas del infierno.
- Pero hasta que lleguemos allí puedes acompañarnos.
- Debemos quedarnos aquí para preparar el viaje al resto de orbes.
- Por favor Emet, ven conmigo.- dijo la chica cogiéndolo de las manos.
- No puedo resistirme a esos preciosos ojos negros- dijo el chico sonriendo.
- ¿Entonces vendrás?- dijo ella dibujando una deslumbrante sonrisa en su rostro.
- Bueno... iré- aceptó haciéndose de rogar.
- Genial- dijo la chica dándole un suave beso en los labios.
- Si voy a ir, debó recoger mis cosas.
- De acuerdo- dijo la chica- te esperaré en la puerta al medio día.
- Está bien- dijo él- allí estaré.- y se marchó de vuelta a su habitación.

La chica terminó de recoger y cuando miró su reloj se dio cuenta de que ya eran más de las once, tenía que darse prisa. Puso las flores en un jarrón en el centro de la mesa de su habitación y cogió su mochila. Cuando llegó a la puerta, vio a Daniel y a Ari sentados en los

escalones esperando a que llegase el resto. Cuando vio que junto a ellos había dos mochilas se extrañó.

- ¿Es que tu también vienes?- le preguntó a Ari
- Por supuesto, no creerías que te iba dejar ir sola.
- Yo creía que os quedabais todos aquí.
- Se supone que sí, eso es lo que hablamos ayer, pero no pienso dejar que te vayas sola al orbe de los Susuradores. Es demasiado peligroso.
- Si Ari va, yo también- dijo Matt que volvía de entrenar- esperad que coja mis cosas.
- Cuando Matt desapareció por el hueco de la escalera apareció Emet.
- ¿Dónde va el lobo tan corriendo?- dijo mientras dejaba su mochila junto a la de Tara y le daba un beso en la mejilla.
- Ha ido a por sus cosas, al final él también viene- le contestó la joven.
- ¿Tú también vienes?- le preguntó Ari a Emet.
- Claro, no me voy perder un viaje al reino de los Susuradores, eso siempre es divertido.
- ¿Por qué dices que es divertido?- le preguntó Tara.
- Porque está loco- le contestó Matt, que volvía corriendo junto a Adrian que también había decidido acompañarlos.
- No sé por qué dices eso- contestó Emet haciéndose el inocente.
- Porque ir al orbe de los Susuradores es pedir que te maten, y a ti eso te resulta divertido.
- ¿Qué gracia tiene la vida sin un poco de riesgo?- le contestó el chico.
- Matt no se molestó en contestarle, simplemente negó con la cabeza, dando al muchacho por loco.
- ¿Al final vamos todos?- preguntó Adrian.
- Creo que sí- le contestó Ari- nadie quiere perderse una aventura así.

- Ya verás el cabreo que se coge Claudia cuando vea que nadie le he hecho caso de lo que nos dijo ayer en la reunión.- dijo el chico.
- Menos mal que no puede venir a por nosotros- le contestó Emet.
- Seguro que sigue cabreada cuando volvamos- le contestó Adrian.
- Pero para entonces ya te encargas tu de hacer que se le pase- le dijo Emet con una sonrisa picara.

Adrian se puso rojo de pies a cabeza por las palabras de Emet y los demás al verlo tan apurado rompieron en una carcajada.

- No te preocupes hermanito, si ya sabemos todos lo tuyo con Claudia- le dijo Matt dándole un golpecito con el puño en el brazo de su hermano.

Cuando dieron las doce aparecieron por la puerta Jahoel y Dámaris. Diez minutos más tarde aparecieron Sixt y Protervus que venían de la última planta, de la habitación de Claudia que les había quitado los collares. Cuando ya estuvieron todos se despidieron de Altor que se quedó a cuidar a Daphne que aun estaba en la enfermería recuperándose. Los otros brujos y el Hechicero ya se habían ido de vuelta a su orbe hacia un par de días, así que los dos jóvenes se quedarían solos para darle la noticia a Claudia.

Después de las despedidas, Adrian tomó la forma de un enorme caballo alado de un color dorado y Matt se montó en su espalda, Ari le dio la mano a Daniel y desaparecieron hacia el plano cristalino, el resto de Susurraidores hicieron lo mismo. Emet llamó a su escoba donde se subió con Tara y todos partieron de nuevo hacia el continente. Volaron durante horas hasta que la noche lo invadió todo y tuvieron que parar a descansar.

Los primeros en tocar tierra fueron Emet y Tara, después llegaron Daniel y Ari. Al poco tiempo aparecieron el resto de Susurraidores y por ultimo tomaron tierra Adrian y Matt. Tara encendió una gran hoguera mientras Ari y Emet hicieron un fuerte escudo de defensa a

su alrededor. Estaban en medio de una extensa llanura donde no se veía el más mínimo relieve hasta donde les alcanzaba la vista. El cielo estaba completamente despejado y cientos de estrellas brillaban con todas sus fuerzas en el cielo nocturno. En medio de aquella estepa desolada hacia muchísimo frío y el viento azotaba al equipo, se taparon como pudieron con sus capas y Ari hizo aparecer una pequeña cabaña entorno a la hoguera, para resguardarlos del viento. Comieron un poco de lo que llevaban en su equipaje entorno al fuego y pronto se quedaron dormidos agotados por el largo camino.

Un crujido despertó a Tara, miró su reloj y era casi media noche. Se levantó y se asomó a la puerta de la cabaña, no parecía que hubiera nadie. Volvió a tumbarse en el suelo, pero antes de conciliar el sueño de nuevo, volvió a oír aquel chasquido. Se levantó y salió de la cabaña. Matt que la había visto salir fue tras ella. Se la encontró en la parte trasera de la cabaña con la vista perdida en el horizonte. Se le acercó y la abrazó por detrás. Cuando la chica notó el contacto de los brazos del joven dio un pequeño salto, porque no se lo esperaba y su corazón empezó a latir a mil por hora, en parte por el susto y en parte por que el chico la abrazaba.

- ¿Qué te pasa?- le susurro él al oído.
- Me pareció oír un ruido- le dijo la chica.
- No parece que haya nadie- le contesto Matt mirando hacia donde estaba dirigida la mirada de la joven.
- Eso es lo extraño, he mirado también en el plano cristalino y tampoco hay nadie. No sé que puede ser- le dijo la chica.
- Podría ser...- dijo el muchacho quedándose pensativo-bueno, no creo.
- ¿Podría ser, que?, dímelo.
- Nada, cuentos de niños.
- Cuéntamelo- dijo la chica girándose entre los fuertes brazos de Matt para estar de frente a él.
- Es un cuento de niños, no tiene importancia.

- Claro que tiene importancia, mira lo que pasó con lo de las pócimas para despertarme.
- Está bien, te lo contaré. Cuando entrenábamos en este orbe los niños contaban una historia, los guerreros entrenan en este orbe, porque aquí no vivía nadie. Pero hay quien dice que había unos seres que habitaban aquí, los sin sombra. Son pocos los que los han visto, y muchos menos los que han salido con vida. Dicen que son unos seres que no tiene forma, ni color, otros dicen que son transparentes y por eso nadie los ve. Pero ellos vivían aquí antes de que vinieran los guerreros y siempre les han guardado rencor por haberles quitado sus tierras y haberles relegado a vivir en las llanuras desiertas. Los que los han visto dice que son voraces y terroríficos cuando se materializan. Pero está claro de que son historias de niños y locos.
- Espera un momento tal vez funcione una cosa- dijo la chica de repente, soltándose de sus brazos.

Tara cerró los ojos y cuando los volvió a abrir eran rojos y brillantes, con sus ojos demoniacos podía ver el alma de todos y si esos seres existían de verdad, puede que fueran invisibles, pero a no ser que fueran demonios tendrían alma.

Como ella esperaba a lo lejos pudo ver como unos seres enormemente grandes de varias decenas de metros se movían entorno al campamento, sus almas eran de un color rojo encendido, por lo que Tara pudo saber que eran más brutos que inteligentes. Se giró y vio a Matt, allí plantado mirándola sin entender nada.

- Ve y despierta al resto, tenemos compañía - le dijo al joven.

Después se subió de un salto a lo alto del tejado para poder verlos a todos sin problemas. Matt obedeció y entro a toda prisa despertando a todos. En un instante Emet, Ari y Adrian estaban fuera,

preparados para defenderse. Cuando salieron se quedaron perplejos al ver que no había nadie.

- ¿Se puede saber para que nos has despertado?- dijo Ari muy enfadada- ¿y qué haces tú ahí arriba?
- Son los sin sombra- dijo la chica sin ni siquiera mirarlos.
- Eso solo son historias de niños- dijo Emet.
- Es cierto, están ahí, y nos están rodeando. Pronto atacarán.
- Tara ahí no hay nadie.- le dijo Ari.
- Mientras intentaban convencer a Tara de que bajase del tejado porque allí no había nadie. Daniel y los demás susurradores salieron de la cabaña y se quedaron boquiabiertos al ver a aquellos monstruosos seres.
- ¿Qué narices es eso?- dijo Protervus.
- No había visto algo así en mi vida- le contestó Sixt.
- ¿Vosotros también podéis verlos?- les preguntó la chica.
- Claro, ¿no recuerdas que ahora posees los mismos ojos que nosotros?
- ¿Entonces es verdad que hay algo ahí?- preguntó Matt.
- Claro que sí- le contestó la chica desde lo alto de la cabaña- son siete seres enormemente grandes y repugnantes. Sus cuerpos resbalan sobre el suelo porque son viscosos y tienen forma de gusanos gigantescos con enormes bocas repletas de dientes y cientos de ojos.

Tara no podía dar una descripción mejor de los seres ya que solo podía ver un brillo rojo que los contorneaba en medio de la oscura noche sin luna.

- ¿Qué podemos hacer contra ellos?- pregunta la joven saltando desde el tejado de vuelta con sus amigos.
- Podríamos probar una cosa- dijo Emet- pero puede ser peligroso.
- No nos queda tiempo, haz lo que sea.- le contestó la chica.

- Vale, os daré la visión de lo invisible, pero el hechizo dura un día entero y cuando salga el sol no veréis nada.
- No nos queda tiempo, están muy...- la chica no pudo terminar la frase, porque uno de los enormes seres envistió contra el escudo haciendo que la cúpula entera se iluminase.

Emet no dudó más, sacó su barita y se puso de frente a los demás dejando a su espalda a Tara y a los Susuradores.

- Quiero que miréis todos aquí atentamente- les dijo a los demás mientras levantaba su varita.

Una ráfaga de fogonazos los salpicó, al final los últimos destellos les hicieron cerrar los ojos, cuando los volvieron a abrir tenían los ojos inyectados en sangre y tuvieron que apartar la vista del resplandor que reflejaba el fuego desde dentro de la cabaña.

Emet fue rápidamente a apagarlo para que no les hiciera daño. Cuando los destellos del fuego dejaron de molestarles miraron a su alrededor y pudieron ver a las terroríficas bestias con sus cuerpos cubiertos de un pelaje denso y áspero resbalando sobre su propia baba por el suelo. Sus espumosas bocas repletas de cinco filas de dientes y su lengua bífida hicieron estremecerse a los jóvenes. Los cientos de ojos de aquellas bestias los miraban sin comprender como ahora los podían ver y aullidos silenciosos hacían vibrar el aire a su alrededor.

- ¿Estáis listos?- preguntó Emet.
- Sí- contestaron al unísono.
- Pues cerrad los ojos y hasta que os avise no los volváis a abrir.

Todos obedecieron rápidamente la orden del joven, entonces este reventó el escudo en mil pedazos. Cuando estalló desprendió una luz cegadora, inmediatamente después les dio la señal para que atacasen. Tara saltó sobre uno de ellos y se montó en su espalda. Cuando estaba sobre él su barita se convirtió en una enorme lanza que clavó en la parte posterior de la cabeza de aquel ser, pero este

pareció no inmutarse. Entonces Daniel disparó sus bolas de luz roja y alcanzó de pleno a la bestia. Cuando el rayo impactó en el lomo del animal, este cayó abatido con un enorme orificio llameante en su lado derecho. Por otro lado Matt saltó tomado en el aire forma de lobo para morder y arañar una y mil veces a otra de las bestias, mientras Adrian con forma de águila picoteaba sus ojos. A causa de las heridas el animal cayó muerto emanando una sangre viscosa y burbujeante. Protervus se había encargado de otro de los animales al que había dejado que se lo comiera y después lo había desgarrado desde dentro. Sixt había hecho algo parecido con el suyo, se desvaneció cuando el animal fue a atacarlo y entro como si de humo se tratase en el organismo del animal, una vez en sus pulmones se regeneró haciendo que un dolor insoportable recorriera a la enorme bestia haciendo que se retorciese y bramase. Los sonidos que emanaba el animal hicieron que a todos se les pusiera la piel de gallina.

Emet no podía hacer nada, solo los veía saltar, aparecer y desaparecer, pero aun así intentaba ayudar. Vio a Sixt reaparecer de la nada asqueándose de algo que seguramente le cubría aunque él no podía verlo. Distraído por la imagen del demonio no se percató de la voz de Daniel que trataba de advertirle de que una de esas bestias iba hacia él. Tara saltó desde el segundo animal donde se había subido, dio una voltereta en el aire y rodó por el suelo al caer, después salió corriendo, tan rápido que nadie pudo verla. Solo se percataron de lo que pasaba, cuando la chica plació a Emet y lo derribó apartándolo justo a tiempo de las fauces del enfurecido animal. Cuando la bestia los sobrepasó dejando un repugnante hedor en el aire fresco de la noche, Emet se dio cuenta de lo que había pasado, pero antes de poder agradecérselo, la chica ya se había marchado.

Tara tomo la forma de un jaguar y rápidamente alcanzó corriendo a la bestia que se alejaba del resto para advertir al resto de su manada. Cuando llegó a su altura, dio un enorme salto en el aire y mientras giraba hacia atrás por inercia del salto retomo su aspecto

Humano. A causa del gran salto y la velocidad que llevaba quedó sentada a horcajadas a la mitad del enfurecido animal, no lo pensó dos veces y se puso de pie. Anduvo con sumo cuidado sobre el lomo de la bestia, acercándose cada vez a más velocidad hacia la parte delantera.

Cuando estuvo prácticamente a la altura de la cabeza, convirtió su barita en un hacha enorme radiante de una bruma violácea. El arma era totalmente desproporcionada a su portadora, cualquier otro habría caído desestabilizado por el peso, pero Tara era extremadamente fuerte, parecía que todos sus instintos se habían agudizado con la batalla. Su vista cada vez era más clara, su oído más agudo, sus piernas más rápidas y su fuerza parecía ilimitada. Cuando al fin llegó a la altura de la cabeza saltó con todas sus fuerzas elevándose unos cinco metros sobre la bestia y cayó más rápida que un rayo asestando un único golpe al animal que separó la cabeza del cuerpo.

Cuando regresó con los demás, ellos habían abatido al resto de los Sin Sombra. Uno de los seres yacía llameante a la espalda de Jahoel y Dámaris. El ángel lo frió cuando la bestia huía del pequeño monstruo en el que se había convertido Dámaris. El otro había sido abatido por Matt y Adrian a los que Ari les había hecho un hechizo para que fueran diez veces más grandes, y que ahora recuperaban poco a poco su tamaño original.

La batalla había acabado, pero un nuevo problema se les presentaba. El amanecer estaba cerca y Ari, Adrian y Matt no podrían ver nada cuando llegase la luz.

- No podemos continuar- dijo Emet- tendremos que pasar aquí el día.
- Podríamos llevarlos con los ojos vendados- propuso Tara
- Imposible – le contestó Emet- si llega a sus ojos una mínima cantidad de luz solar, por pequeña que sea, se quedarán ciegos para siempre.
- ¿Entonces como lo haremos?- preguntó Matt.

- Os vendaremos los ojos y podréis dormir en la cabaña durante todo el día. Taparemos el refugio con mantas para que estéis a salvo de la luz.
- Los demás nos turnaremos para vigilar la casa y descansar- añadió Jahoel- cuando caiga el sol todos debemos estar listos para partir.

Capítulo 22

El día pasó sin más incidencias y cuando cayó la noche todos tomaron de nuevo sus monturas para partir. Esa noche tendrían que cruzar las altísimas montañas de Tasún, las montañas más altas del orbe. Allí se encontrarían la puerta más cercana a la entrada del infierno.

Viajaron durante horas bajo las estrellas y cuando la tenue luna creciente estaba ya en lo más alto, empezaron a ver a lo lejos la silueta de las montañas.

- No parecen tan grandes- le dijo Tara a Emet acurrucándose en su espalda para resguardarse del frío.
- Es que aun estamos demasiado lejos- le contestó el chico entrelazando sus cálidas manos con los helados dedos de la joven.
- Pero tampoco pueden ser tan grandes, ¿No se supone que el relieve es igual en todos los orbes?
- En teoría sí que es igual, pero al igual que vosotros habéis acabado con bosques y unido mares, nosotros también hemos modificado un poco los orbes.
- ¿Y habéis hecho crecer la montaña?- dijo ella sarcástica.
- Pues claro que no, pero las montañas de Tasún son un lugar sagrado en todos los orbes.
- Eso sigue sin explicar como habéis hecho crecer a las montañas.
- No las hemos hecho crecer, pero los Bamuris las modelaron hace miles de años y quitaron cientos de metros de su base y por eso de la sensación de que son el doble de grandes de lo que son en tu orbe.
- ¿Los Bamuris...?

- Sí, son los grandes gigantes que cuidan de las montañas, ellos esculpieron las montañas de Tasún y cavaron los profundos fosos que las surcan.

Conforme iban hablando se fueron acercando a toda velocidad a las majestuosas montañas. Como volaban recto, desde su escoba se podía apreciar como la tierra bajo sus pies cada vez estaba más y más bajas, pero aun tuvieron que pasar un par de horas hasta que lograron alcanzar la imponente masa rocosa.

Tara se quedó alucinada al contemplar aquel curioso lugar, las enormes paredes de roca eran prácticamente verticales y la tenue luz de la luna reflejaba sombras mortecinas sobre la infinitud de figuras esculpidas en la roca. Inmensas ciudades y todo tipo de criaturas estaban representadas allí con todo lujo de detalles, peor Tara se dio cuenta de que más al este había una zona que no reflejaba la luz de la luna sobre la pulida roca. Pero lo achacó a algún desprendimiento de la ladera y no dijo nada.

Emet se giró para mirar hacia atrás y empezó a reírse al ver a Tara boquiabierta, contemplando aquellas obras de arte que se alzaban ante sus ojos. El sonido de la risa del chico la sacó de su asombro, entonces ella le dio un suave empujón para que dejara de reírse de ella.

- Agárrate bien- dijo el chico soltando la mano de la joven para agarrarse con fuerza a la escoba.
- ¿Por qué me tengo que...?- Tara no pudo terminar la pregunta, porque de improviso perdieron la horizontalidad y subieron por la ladera de la montaña a toda velocidad.

Ella se agarró con todas sus fuerzas a la cintura del chico, para evitar caerse al vacío que había bajo sus pies. De vez en cuando abandonaban la verticalidad de su vuelo, para remontar algún cortado en la montaña, pero enseguida volvían a subir.

El aire frío cortaba la fina piel de Tara, y le costaba mantener los ojos abiertos, no habían alcanzado ni la mitad de la ladera y las nieves

perpetuas ya los rodeaban, poco a poco la brillante luna había desaparecido del cielo entre las densas nubes y una inesperada tormenta de nieve los sorprendió obligándolos a tomar tierra en una cueva cercana.

Cuando llegaron allí Matt y Adrian ya habían aterrizado. Adrian tiritaba muerto de frío sentado sobre una roca, muerto de cansancio por el tremendo esfuerzo que había tenido que hacer para llegar volando hasta allí. Al poco llegó Ari, que conforme entro cogió su barita e hizo aparecer una hoguera en medio de la cueva, sin pararse a mirar donde apuntaba siquiera. Se sentó junto a aquel extraño fuego verde y todos la siguieron.

- ¿Desde cuándo sabes tú encender fuegos así?- le preguntó Tara a su amiga.
- Lo aprendí de uno de los libros que tenía Claudia en su casa. – le contestó la chica con una sonrisa cansada.
- Además entrenar un poco no te ha venido nada mal ¿No?- añadió Emet.
- ¿Cómo que un poco?, he entrenado mucho- dijo la chica, después recapacitó y añadió- pero tienes razón, cuanto más entreno, más fuerte soy y puedo hacer más cosas.
- Yo siempre tengo razón, pero nunca lo queréis admitir.
- Pobrecito...- dijo Tara riéndose y le dio un beso en la mejilla.

Los demás no tardaron mucho en llegar, se habían pasado de largo, pero al ver que no les seguían volvieron desde el plano cristalino para reunirse con ellos.

El frío era terrible, y la tormenta no parecía amainar. Gracias a que ya habían recuperado su visión normal podían estar sentados en torno al fuego, sino el frío de aquella noche habría acabado con ellos. Sacaron sus sacos de dormir y decidieron descansar, puesto que no podían hacer nada más. La primera guardia la hicieron Adrian, Ari y Matt que habían estado durmiendo todo el día. Los demás descansaron.

Llegó el amanecer y con él la desolación. Cuando los primeros rayos de luz de la mañana dejaron que se viera algo a través de la ventisca se percataron de que estaban atrapados. Ya solo quedaba una rendija, por la que entraba luz y dentro de muy poco se cerraría también por la tormenta.

Intentaron con todas sus fuerzas apartar la nieve, derretirla y todo cuanto se les ocurrió. Pero todo esfuerzo era vano, cada vez que conseguían hacer un pequeño túnel, o derretir algo de nieve se producía un alud que destrozaba lo poco que habían avanzado, cubriendo la entrada con enormes trozos de hielo.

- ¡Maldita sea!- dijo Tara- ¿será posible que somos capaces de derrotar a infinidad de seres enormes y peligrosos, tenemos en esta sala a los mejores de cada raza y aun así una simple tormenta de nieve nos va a detener?
- Tranquila- dijo Emet cogiéndola entre sus brazos- seguro que encontramos una solución.
- Podríamos intentar seguir por ahí- dijo Matt señalando al interior de la cueva.
- No sabemos si tendrá salida- le contestó Emet.
- Pero si no lo intentamos nunca lo sabremos, es una buena idea, yo voto por ir por ahí- dijo Tara sonriéndole a Matt.
- Está bien- dijo el chico sonrojándose- ¿votos a favor?
- ¡Qué diablos! Vamos a morir aquí de todas formas- dijo Ari levantando la mano.

Daniel hizo lo mismo y los Susuradores también se apuntaron.

- La mayoría ha hablado- dijo Matt mirando a Emet con una expresión de superioridad.

Todos cargaron con sus mochilas y cogieron unos troncos de madera que había amontonados en la cueva, impregnándolos del extraño fuego verde a modo de antorchas, se adentraron poco a poco en la cueva. Conforme andaban los pasadizos cada vez eran más estrechos y ya tenían que andar en fila india para poder avanzar.

Intentaban ir siempre hacia delante, dejando atrás infinidad de pequeñas galerías desde las que parecía que les observaban.

- ¿Qué clase de seres viven en estas montañas?- preguntó Tara que iba de la mano de Matt tras él.
- Se dice que en esta montaña viven toda clase de seres que fueron desterrados o que desertaron de los campamentos de entrenamiento.- le contestó éste.
- Eso son cuentos de críos- le dijo Emet que andaba justo detrás de la chica.
- Pues hasta ahora los cuentos de niños han resultado ser más reales que cualquier otra cosa- le contestó Matt.
- Yo ya me lo creo todo- dijo Tara.
- ¿Por qué aquí y no en cualquier otro lugar más habitable del orbe?- preguntó Ari desde un poco más atrás.
- Tú no te entrenaste como nosotros Ari -le contestó Adrian- En los campamentos del orbe todos antes de graduarnos tenemos que pasar la última prueba, que consiste en abandonarte en un extremo de la montaña. Normalmente en la región más al este y tú has de cruzar solo hasta el lado contrario.
- Por eso todos los que se rinden o deciden desertar se esconden aquí, sin honor ni gloria- le explicó Daniel.
- ¿Vosotros lo hicisteis?- preguntó de nuevo la joven.
- Sí- contestaron orgullosos al unísono, Matt, Emet, Adrian y Daniel.
- ¿Entonces sabréis moveros por estas cuevas?- les preguntó Tara.
- No- le dijo Matt- nadie está tan loco de cruzar por dentro, todos sabemos que a parte de los desterrados y de los desertores, las cuevas las habitan seres que jamás han visto la luz. Seres con un alma oscura y siniestra que se escaparon del mismísimo infierno para atormentar al mundo.
- Ya estamos de nuevo con las historias de críos- dijo Emet.

- Tú dirás lo que quieras, pero ni siquiera tú, “el gran mago”- dijo Matt escupiendo las últimas palabras- cruzaste por dentro.
- Es cierto, entonces era un niño. Ahora ya soy un hombre y no le tengo miedo a los cuentos de fantasmas y monstruos de la academia.
- Entonces eres más insensato de lo que pareces- dijo Protervus con su voz ronca desde el final de la cola.
- ¿Por qué dices que soy inconsciente? Soy un gran mago, he vencido a cientos de criaturas, ante mí se han doblegado ejércitos enteros. No le temo a las historias de críos.
- Pues deberías. – Añadió el demonio- estamos en los alrededores de la entrada al infierno. ¿Realmente crees que ninguno de los apestosos seres de ahí abajo ha podido escapar y venir hasta aquí?
- Para cruzar al orbe de los guerreros hay que tener autorización, si no el portal no se abre.
- Bueno si estas tan seguro de ello, tu allá. Pero yo si fuera tú tendría algo más de cuidado y un poco menos de arrogancia.
- Es arrogante porque tiene miedo- dijo Matt burlándose de él.
- No tengo miedo- contestó Emet.
- No pasa nada por tener miedo- le dijo Tara- si vieras lo que yo veo lo tendrías.
- ¿Que ves?- preguntó el chico con voz titubeante.
- no quieras saberlo.
- Prefiero saberlo.
- Hazle caso a la chica- dijo Jahoel- no quieres saberlo

Tara al igual que los Susuradores podía ver el alma de todo aquello que los rodeaba. Cada vez que pasaban por delante de un pasadizo podía verlo brillar en un tenue color rojizo, emanado por seres débiles y asustadizos que se escondían del fuego de las antorchas. Seres que no dudaría en usar la fuerza para sobrevivir si se sentían más acorralados y de vez en cuando, en algún pasadizo, se

podía ver una brillante luz roja, morada o incluso azul, procedente de seres fuertes y poderosos que esperaban a la oscuridad para poder atacar. Pero la chica no podía decirlo, porque aquellos seres estaban escondidos lo suficientemente adentrados en la cuevas para que la luz de las antorchas no los delatase y si los demás se enteraban que estaba allí el miedo y el caos reinaría. Tara sabía que no se podía permitir perder más tiempo en estúpidas luchas, debía recuperar su alma cuanto antes.

Sabía que mientras las antorchas brillasen no les pasaría nada. Entonces recordó lo sucedido en la mansión del orbe de los Hechiceros con los Trols y los Tícrons. Recordó los gemidos de dolor de los Trols al ser devorados por aquellas pequeñas bestias de la noche y su cuerpo se estremeció. Apretó con fuerza las manos de los chicos que la sujetaban y ambos le devolvieron el apretón en señal de que todo iba bien.

No tardaron mucho en ver a lo lejos la salida. Poco a poco se fueron acercando y conforme iban llegando hacia el final del túnel la cavidad se iba ensanchando. Cuando llegaron al final la tierra se cortaba bajo sus pies. El pasadizo daba a un enorme acantilado en el centro de la montaña.

- Esta es la garganta de Cépalus- dijo Protervus.
- Hogar, dulce hogar- dijo Sixt desperezándose. Aliviado por haber llegado de vuelta a casa.

Tara se asomó al fondo, bajo sus pies había una pared prácticamente vertical que bajaba hasta el final de la garganta donde había centenares de piedras afiladas como agujas.

- Nosotros no podemos continuar- dijo Ari dándole un abrazo a su amiga.
- Ten muchísimo cuidado- dijo Matt agarrándola entre sus brazos y dándole un apasionado beso en la boca, la chica lo agarró fuertemente con sus manos, intentando que ese momento no acabase nunca.

Emet luchando contra los celos que trataban de apoderarse de su juicio por lo que acababa de ver, no sabía si pegarle un puñetazo a Matt o despedirse de ella como si nada hubiera pasado. Al final optó por la segunda opción, ya tendría tiempo de partirla la cara cuando llegasen a casa. Porque ante todo no quería preocupar a Tara más de lo que ya estaba. Cuando por fin Matt la soltó, Emet fue hasta ella y la cogió de las manos, se aseguró de que llevase los indultos de los reyes para poder salir y después se acercó muy lentamente a ella, primero la besó en la frente, luego en la mejilla y cuando ella levantó la cara para mirarle sus labios se encontraron en un dulce y delicado beso. Por las mejillas de la joven corrieron dos fugaces lágrimas, provocadas por el amor que sentía hacia los dos chicos y la tristeza de abandonarlos, a ellos y a sus amigos que estaban dispuestos a dar su vida por ella y que habían ido hasta la mismísima puerta del infierno para asegurarse de que estuviera a salvo. No sabría si volvería a verlos. Abrazó con todas sus fuerzas al chico, y este le susurro al oído "te quiero". Tara aguantó sus lágrimas todo lo que pudo. Lo soltó y se secó los mofletes con la manga.

Después dio un salto y un torbellino la mandó a ella y a los demonios al plano cristalino. Desde allí pudo ver como los demás volvían por donde habían venido cabizbajos y desanimados. Los demonios la esperaban en el borde de la cueva.

La muchacha miró con más atención y vio que entorno al borde de la entrada de la cueva había una inscripción en Gixel que delimitaba un portal desde el orbe de los cazadores al orbe de los Susuradores. Sixt leyó con su profunda voz la inscripción y lo que hasta hacía un momento no era más que un agujero en la montaña se convirtió en una lamina viscosa y de un color carmesí similar a la sangre. Los demonios cruzaron delante de ella, después la chica respiró hondo y cruzó lentamente la fina capa de sangre que delimitaba la entrada al orbe de los Susuradores.

Cuando estuvo en el otro lado, volvió a mirar hacia abajo, pero esta vez en lugar de afiladas rocas en el fondo de la garganta vio un

frondoso bosque selvático. A la chica le pareció muy extraño que allí creciera un bosque como ese, pero después de todo lo que había visto, sabía que todo era posible allí, cuando estuvo lista para partir, ellos se desvanecieron en una nube de humo que bajó como si estuviera movida por una fuerte ventisca hacia un claro del bosque y al instante reaparecieron en el claro. Tara decidió saltar, soltar toda la tensión que tenía acumulada, y cuando estaba en el aire extendió sus potentes alas para planear hasta el claro del bosque.

Una vez allí todo era extrañamente cálido y húmedo como si estuvieran realmente en un bosque tropical, pero todo era oscuro y reinaba una espeluznante calma. Se adentraron en el frondoso bosque poco a poco, en la oscuridad cientos de luminosos ojos la miraban, atentos a cada movimiento, pero no era capaz de ver nada ni siquiera utilizando la visión. No entendía muy bien lo que pasaba.

Parecía que cada vez bajaban más. Poco a poco el bosque fue cambiando, pasó de ser un bosque tropical a un bosque de altos árboles caducifolios, con todo su follaje en tonos anaranjados y marronaceos. Ahora un frío viento aullaba entre sus hojas, habían dejado atrás el calor del trópico y se habían sumergido de pleno en el frío invernal de latitudes más bajas. Al final se encontraron en un bosque de pinos y abetos, cubierto de nieve. Cada vez les costaba más caminar, pero al fin lo encontraron.

Un fuerte olor a azufre enrarecía el aire y la nieve bajo sus pies cada vez era más escasa. Poco a poco la senda que seguían los dirigió hasta una de las enormes paredes que delimitaban la extraña garganta. Al apartar las ramas de los árboles pudo ver una enorme puerta de hierro forjado que delimitaba una entrada en la pared.

La puerta estaba entreabierta y de ella salía un leve humo que se desvanecía en el frío aire del bosque dejando el enrarecido aroma del azufre envolviéndolo todo.

Justo delante de la puerta había un cartel que decía: *“Despedíos del sol y las estrellas hijos del cielo, pues quien osa cruzar estas puertas se adentra en el abismo eterno”*

Conforme se acercaron a la puerta Tara pudo ver como en el metal que formaba la pesada puerta había algo que se movía, cuando se acercó con más atención vio que eran rostros de personas atrapadas en él, que se movían erráticos bajo la superficie del metal con expresiones de agonía. Tara alargó su mano para tocarlos, pero Protervus la apartó de un manotazo.

- Tócala, si te quieres quedar atrapada en la puerta para siempre.
- Lo siento, no lo sabía.- dijo ella frotándose la mano dolorida.
- No sabes muchas cosas, será mejor que valla yo delante.

Entonces el demonio se puso delante de la puerta entreabierta, un hombre de su tamaño no podría pasar por la abertura sin tocar la puerta. Entonces juntó sus manos y murmurando algún tipo de encantamiento que Tara no logró oír y las puertas empezaron a separarse poco a poco, en su rostro se podía apreciar el tremendo esfuerzo que estaba haciendo. Conforme se separaban sus manos se podían ver hilos de fuego que pasaban de una mano a otra, como rayos en una tormenta. Aquello que estaba creando entre sus manos se chupo lentamente toda la energía que los rodeaba, el poco calor que quedaba en aquel gélido lugar y la luz que los iluminaba. Conforme él iba separando las manos la oscuridad los iba alcanzando más y más, hasta que llegó el momento en el que las tinieblas los engulleron. Lo único que se podía ver era aquella fuerza que Protervus contenía entre sus manos. Justo entonces el demonio lanzó toda aquella energía contenida contra la puerta entreabierta y esta se terminó de abrir de golpe. Rápidamente los tres entraron en la cueva que delimitaba la puerta antes de que esta recuperara su posición inicial.

Cuando estuvieron dentro de la tenebrosa cueva, Tara podía notar el calor que procedía del otro extremo de la cueva. No habían avanzado más de diez pasos cuando vio que los demonios se trasladaron al plano cristalino y ella los siguió. Cuando apareció junto a ellos, sin mediar palabra, le hicieron una señal para que no se

alejara, poco a poco fueron andando más rápidos, hasta que al final la chica tuvo que correr para aguantar su ritmo, ya se acercaban al final del túnel, el calor cada vez era más intenso y una luz roja lo iluminaba todo.

Cuando la muchacha pudo ver el final del túnel se dio cuenta de que no había nada más allá, entonces les preguntó a los demonios

- ¿Tenemos que saltar?

Sixt asintió sin mediar palabra. Ya estaban prácticamente en el final, de repente en la espalda de los demonios surgieron dos enormes pares de brazos que cuando terminaron de formarse se desplegaron como las alas de los murciélagos. Cuando alcanzaron el borde del abismo sus nuevas alas estaban completamente desplegadas y saltaron a toda velocidad, planeando sobre el enorme reino que se extendía a sus pies. Tara hizo exactamente lo mismo con sus enormes alas blancas de puntas purpuras, pero al desplegarlas y ponerlas en contacto con aquel aire infernal el inmaculado blanco se tornó de un negro azabache donde el purpura de sus puntas brillaba con intensidad.

Saltó desde el borde del abismo y no había hecho más que dejarse caer cuando se dio cuenta de que bajo ella un enorme perro con tres cabezas intentaba devorarla. La chica esquivó como pudo las fauces de las tres cabezas y remontó el vuelo. Cuando al fin consiguió reunirse de nuevo con los demonios miró hacia abajo.

Bajo ellos había un inmenso reino, que abarcaba toda la parte inferior del Orbe, sustentando el suelo que pisaban los de la superficie con imponentes columnas de roca que sobresalían de densos ríos de lava que delimitaban reinos dentro de aquel submundo e imponentes cascadas de roca fundida se burlaban de la gravedad trepando hacia el techo y regresando de nuevo como hipnóticas lámparas de lava.

- Debemos darnos prisa- dijo Sixt- no tardaran mucho en ver esas luminosas alas aquí dentro.
- ¿Dónde debemos ir?- preguntó la joven.

- Ves aquel extenso reino, tres ríos de lava más allá. Ahí habita Lupos, el gran Demonio lobo.
- El es uno de los siete demonios mayores- le aclaró Protervus
- ¿Siete?- preguntó ella- ¿Cuáles más hay?
- Está él, Kalú, Brich, Gacif, Lucifer y por supuesto nosotros dos.- dijo orgulloso.

Siguieron avanzando rápidamente. Cuando ya estaban casi en las tierras de Lupos, Protervus reclamó la atención de Tara.

- Fíjate bien, ves como esos cuatro enormes reinos hacen entre los cuatro la forma de un rombo.
- Sí, ¿Qué es eso que hay en medio de los cuatro?
- Eso que hay en el medio de la lava es la Isla de Los Condenados. Ahí es donde tenemos que ir.

Capítulo 23

Conforme se aceraban a la pequeña isla, Tara cada vez sentía más calor por la lava de los ríos que rodeaban el pequeño trozo de tierra. La isla estaba desierta, los tres dieron una vuelta a su alrededor para tomar tierra. Cuando pusieron los pies sobre el islote y regresaron desde el plano cristalino, una humareda los rodeó y de ella surgieron cuatro enormes demonios terroríficos sentados en sus propios tronos.

El demonio que estaba frente a la joven tenía que ser Kalú, tenía un aspecto similar al de un hombre, pero su piel era escamosa y tenía branquias como las de los Knifels. Aunque tenía un porte totalmente Humano, su cara era más similar a la de un pez y en su mano portaba un poderoso tridente.

El demonio situado a la derecha de la joven, no podía ser otro que Birch. Aunque la chica no podía ver su rostro, notaba como bajo su capa se movían los insectos y demás pequeñas criaturas como las que había sobre la piel de Altor. Pero cuando este se quitó la capucha, bajo ella no había un aspecto Humano como tenía Altor, no era un Humano con piel de insectos, sino un enjambre enorme de miles y millones de pequeños animalillos que entre todos conformaban un solo ser.

A la izquierda de la joven estaba Gacíf. Era el que tenía un aspecto más pareció a un hombre, salvo que sus brazos eran alas como las de los murciélagos y sus orejas eran agudas y peludas como la de esos pequeños animalillos.

Tara se giró sobre sí misma y a su espalda vio a Lupos. Un poderoso Lobo de unos dos metros de altura, totalmente antropomórfico, trajeado elegantemente, con sombrero incluido.

- Estábamos esperándote- dijo el enorme lobo.
- ¿Cómo sabíais que iba a venir?- pregunto la chica muy seria.

- Pocos son los que pueden intentar recuperar su alma, y los pocos que tienen ese honor no suelen desperdiciarlo.
- Entonces hablemos claro, ¿Qué he de hacer para recuperar mi alma?
- Debes pasar las cuatro pruebas que te impongamos.
- Está bien, ¿En qué consisten?
- Primero - dijo Kalú y la chica giró en redondo sobre sus talones para prestarle atención- deberás encontrar la perla de jade que se esconde entre las burbujeantes aguas de mi reino.
- Cuando la encuentres- prosiguió Birch- deberás traer uno de los ojos de rubí de Celfán.
- ¿Celfán?- preguntó la chica.
- La gran araña del laberinto.
- Después – siguió diciendo Gacif- has de traerme mi bastón de oro que me robó Lucifer.
- ¿Quieres que le robe al diablo?
- Si, más o menos. Si lo prefieres puedes pedírselo por favor, pero no creo que te lo dé.
- Y para terminar has de traerme un colmillo del Cancerbero.
- ¿Del perro de tres cabezas que ha estado a un pelo de devorarme justo al llegar?
- Creo que sí, por lo que dices puede que sea él.
- Perfecto- dijo la chica llena de sarcasmo.– bueno pues cuanto antes empiece antes terminaré.
- Solo para que esto sea algo más divertido- dijo Kalú chasqueando un golpe con su tridente en el suelo.- tienes tan solo doce horas, sino destruiremos a tus amiguitos.

Tara pudo ver en una burbuja que había generado el tridente al golpear contra el suelo como una jaula caía sobre sus amigos al intentar salir de la cueva por donde habían entrado.

Sus ojos se exorbitaron, pero ahogo sus ganas de matarlos allí mismo al ver que habían apresado a sus amigos. La chica accedió a

hacer todo lo que se le había encomendado y del suelo salió un gran rayo de luz que proyectó en el cielo de piedra la cuenta atrás.

Los grandes demonios se desvanecieron de nuevo en la densa bruma.

- Nuestros caminos se separan aquí- dijo Protervus tendiéndole la mano a la chica en señal de despedida.
- No podéis dejarme sola. Ahora no, os lo ruego.- dijo la chica sin dar crédito a lo que sucedía.
- No podemos acompañarte, sino no te devolverán tu alma- añadió Sixt- además hay otros asuntos que nos reclaman.
- ¿Cómo superaré yo sola las pruebas sola? Es imposible.
- Si alguien puede hacerlo eres tú. – Le dijo Sixt.
- Recuerda que no es necesario que los hagas en el orden en el que te lo han dicho.
- Eso me da igual.
- Te lo digo solo porque la seda de Celfan te hace inmune al calor.- dijo Protervus guiñándole un ojo.
- Toma- dijo Sixt dándole una flauta doble.
- ¿Para qué quiero esto? ¿Si ni siquiera sé hacerla sonar?
- Esta hechizada para que toque sola cuando le soples, y recuerda que la música amansa hasta a la fiera más temible. – dijo con una sonrisa de complicidad.
- ¡ah! Casi se me olvida- dijo Sixt dándose la vuelta justo antes de marcharse- los perros de aquí tienen debilidad por matar cosas con patas largas.- la última palabra se desvaneció con él en un ligero humo que golpeó la fina piel de la joven.

Ahora lo entendía todo, ellos no podían ayudarla, pero le habían dicho todo lo que tenía que saber para superar las pruebas y sobrevivir.

La chica batió sus alas y se elevó rápidamente del suelo en dirección al pie del acantilado donde el enorme perro guardaba la única salida del infierno.

Cuando el animal vio a la joven acercarse se puso rabioso, escupía espuma por las bocas y corría de un lado a otro ladrando y jadeando. Antes de tomar tierra la chica sacó de su cinturón la flauta de dos tubos que le había entregado Protervus y sopló con todas sus fuerzas. El primer sonido que emitió el instrumento fue un estridente chirrido, provocado por lo fuerte que había soplado la chica. Cuando aquel terrible sonido llegó a los oídos del animal lo enfureció aun más y habría saltado sobre ella de no ser porque bajo los pies de la chica había un río de lava burbujeante.

La joven volvió a intentar hacer sonar aquel extraño instrumento. Esta vez lo hizo más delicadamente y de la flauta surgió una dulce melodía, sus dedos se movían solos. El furioso animal fue calmándose poco a poco y la chica cada vez se iba acercando más y más. Al final de la melodía el furioso animal no era más que un tierno cachorro y la joven se montó en su lomo, lo acarició con sumo cuidado y sacó su barita del bolsillo. Lanzó unas cuerdas liliáceas desde su barita que se enredaron en los cuellos del animal.

Tiro con fuerza de las cuerdas y tomo el control de la bestia. Chasqueó los dedos y los elevó a ambos por encima de los ríos de lava para poder ir con en enorme perro hasta los territorios de Birch, para ir al encuentro con Celfán.

Cuando se elevaron en el aire el animal se volvió a poner nervioso y la chica hizo un conjuro para que la flauta tocara sola la dulce melodía y así mantener manso al animal.

Al llegar ante al gran laberinto donde habitaba Celfán, la chica ató un fuerte nudo con una cuerda de acero que salía de su barita a una de las columnas de la entrada del laberinto y dejó que la cuerda saliera de ella para poder encontrar la salida cuando consiguieran el ojo de la gran araña.

Se adentraron con sumo cuidado en el laberinto, los pasillos estaban repletos de tela de araña y en algunos se podían ver grandes nidos, con las puestas listas para eclosionar en cualquier momento. No podrían pillar a la araña por sorpresa puesto que tenían que ir

acompañados por la música mágica de la flauta para que el perro la obedeciera. Recorrieron un pasadizo tras otro tratando de encontrar a la araña, pero no había manera. Había perdido ya dos horas y estaba desesperada ¡Tenía que encontrarla! Aun le quedaba mucho por hacer si quería recuperar su alma y salvar a sus amigos.

Mientras estaba absorta en sus pensamientos un crujido la devolvió a la realidad y la puso alerta. Celfán estaba cerca, podía oír sus pisadas. Al doblar una de las calles se encontró en el centro a la enorme araña, con sus cinco ojos de rubí, sus largas patas y su torso peludo, reculando hacia una de las calles sin salida.

- ¡Detente!- le ordenó la chica.
- Saca a esa bestia de mi casa- le contestó la enorme araña.
- Debo de cumplir mi misión. Después la bestia y yo nos marcharemos.
- Muchos otros han venido antes con tu misma misión- dijo la araña señalando con una de sus patas a un montón de cadáveres apilados en una esquina del pasadizo.

Tara se percató que aquello era una trampa. Estaba claro que un ser como aquel no iba a caer en el error de verse encerrado en su propio laberinto. Sin aguardar ni un instante más, Tara hizo un escudo morado entorno a ella. La araña se quedó extrañada al ver aquel escudo, pero aun así seguía con su farsa de hacer creer a la joven que la había acorralado, mientras esperaba que cayese en sus redes.

La chica se acercó poco a poco montada a espaldas de aquel enorme animal que lograba poner nervioso a Celfán. Como la enorme araña esperaba, el aturdido animal piso su tela y como si estuviera impulsado por un resorte salió despedido hacia arriba y quedó atrapado en la densa tela del techo. Pero lo que Celfán no se esperaba era que los reflejos de la chica eran especialmente agudos y en cuanto el enorme animal levantó los pies del suelo, saltó rompiendo en mil pedazos el escudo púrpura, que por un momento cegó a la araña al emanar una brillante luz al desquebrajarse.

La chica saltó sobre la araña, pero antes de caer sobre su lomo, lanzó un rayo de luz violácea que paralizó a la araña. Después convirtió su varita en una daga y la clavó sobre el ojo central del monstruo. Haciendo palanca consiguió sacar el majestuoso rubí que hacía de ojo en el rostro del terrorífico animal. Cuando lo sacó el hechizo de parálisis se rompió y la bestia se retorció de dolor tratando de atrapar a la chica. De su rostro emanaba un río pestilente de sangre verdosa, que lo manchaba todo mientras perseguía a la chica.

Tara saltó de su lomo antes de que el animal pudiera cogerla y se agarró al pelaje del perro que estaba atrapado en el techo. De su barita salió un fuego púrpura con el que quemó un círculo de telas entorno a ellos y los hizo caer al suelo. Una vez allí recogió el cable metálico de donde había caído al suelo cuando se rompió el conjuro para seguir creándolo, y guió al enorme perro hacia la salida. Celfán les seguía los pasos bramando y chorreando la viscosa sangre verde.

La salida estaba cerca y parecía que habían dado esquinazo a la bestia en la última esquina, pero nada mucho más lejos de la realidad. Cuando estaban prácticamente en la puerta la enorme araña les cortó el paso lanzando una tela que agarró las cabezas de los perros y las hizo chocar entre sí. El golpe hueco resonó por los pasadizos del laberinto y el animal se desplomó dejando a Tara atrapada bajo su enorme peso.

La joven trataba de desasirse del pesado cuerpo del enorme animal que la aplastaba, mientras Celfán cada vez estaba más cerca. La herida de su cara estaba ya casi cerrada y solo dejaba caer un fino hilo de sangre desde la cuenca vacía. Tara podía notar como el corazón le latía tan fuerte que parecía que se le fuera a salir por la boca y cada vez le costaba más respirar. "Si al menos pudiera llegar hasta su barita que estaba a unos pocos metros" pensó y justo en ese momento se le ocurrió. Chasqueó los dedos como había hecho Ari tantas veces, pero la barita al principio ni se inmutó. Recordó las palabras de su amiga: "La magia está en nuestro interior y corre por

nuestras venas, como la sangre, y le confiere a quien entrena un poder inimaginable". Tenía que relajarse y confiar, la magia estaba en ella, recorría sus venas. Respiró hondo y volvió a chasquear los dedos. Esta vez la barita sí que obedeció y salió disparada hacia su mano. La enorme araña ya estaba sobre el cuerpo inerte del gran perro, entonces Tara miró hacia arriba y vio como movía su boca, relamiéndose por el banquete que le esperaba y empezaba a estirar con sus patas de la seda que salía de su trasero para enrollarlos a los dos ¡No le quedaba tiempo!, dijo las palabras mágicas y lanzó al enorme perro contra la araña. Ambos salieron despedidos fuera del laberinto y la chica se puso en pie con dificultad, pues se había roto la pierna izquierda a causa del peso del enorme perro. Pero aun así continuó. Cuando se puso en pie, desplegó sus alas y levantó levemente el vuelo para salir del laberinto. No podía salir hacia arriba porque la densa capa de tela lo cubría todo, a la vez que le impedía ver el reloj que se reflejaba en el techo, así que continuó el camino que indicaba el laberinto hasta la salida.

Cuando llegó fuera vio al enorme perro poniéndose en pie, ella llamó con su barita a la flauta de dos tubos para que cuando se recuperase por completo siguiera siendo dócil como hasta ahora. Junto a él vio un montón de polvo, pero ni rastro de la enorme araña. Miró al cielo techado y vio que ya había perdido cuatro horas, no podía desperdiciar más tiempo, así que se acercó al perro para ver cómo le arrancaba uno de sus dientes, pero antes de hacer nada esperó a que el animal terminase de ponerse en pie, para su sorpresa al pobre animal se le había caído un diente del golpe, así que recogió el enorme canino que era más grande que su brazo y tan pesado como una enorme roca, y la cargó en su mochila junto al rubí.

Como el perro ya no le hacía falta, chasqueó los dedos y este desapareció en una bruma liliácea, reapareciendo al instante en el lugar donde le correspondía estar, custodiando la entrada.

Tara tenía que ir a por la perla de jade a las tierras de Kalú, intentó chasquear los dedos para enviar las cosas que ya había

obtenido al islote entre los cuatro reinos, pero no funcionó. Había utilizado tanto la magia que estaba agotada, tendría que llevarlos ella misma y eso le quitaría mucho tiempo. Pero no podía cargar con ellos el resto de la misión, porque pesaban demasiado y eso solo la retrasaría aun más. Así que se acercó a la entrada de la cueva y voló hasta alcanzar el techo del laberinto hecho de tela de araña, para coger un poco con la que protegerse de las hirvientes aguas de las tierras de Kalú. Después alzó el vuelo y se puso en camino en dirección a la Isla de Los Condenados.

La chica estaba agotada. Necesitaba descansar, pero no podía, ya había perdido demasiado tiempo en el laberinto. Hizo un conjuro para ocultar los tesoros a la vista de los demás. Puesto que si alguien los veía puede que se los robase y no tenía tiempo de volver a empezar, lo hizo con la poca magia que había conseguido recuperar mientras volaba hacia el islote y de nuevo la agotó por completo.

El tiempo corría en su contra, así que sacó fuerzas de donde no las había y emprendió de nuevo el vuelo, para dirigirse hacia las tierras de Kalú. Allí se sumergiría en las burbujeantes aguas de su subsuelo para dar con la perla de jade.

Al tomar tierra, la bruma enturbiaba la imagen de la muchedumbre de demonios la esperaban expectantes. La chica hizo caso omiso del público y se acercó hasta el borde del humeante lago. De vez en cuando un géiser salía de aquí o de allá, desconcentrando a la chica mientras envolvía cuidadosamente su cuerpo con la tela de araña. Tardó casi una hora en cubrir bien todo su cuerpo con aquella tela pegajosa, pero tenía que hacerlo con cuidado, porque si alguna parte de su cuerpo se quedaba sin cubrir se le abrasaría al entrar en contacto con la burbujeante agua.

Tara notaba que sus fuerzas habían regresado, al menos en parte y su pierna ya estaba curada por fin. Así que miró al reloj del techo y vio que entre obtener el ojo de Celfán, el colmillo del Cancerbero, ir y venir para ocultarlos y cubrir su cuerpo con la tela de araña había

perdido ya cinco horas y media. Tenía que darse prisa, la vida de sus amigos estaba en juego.

La chica tocó el agua con la punta del pie con sumo cuidado y cuando se dio cuenta de que era verdad lo que le habían dicho los demonios, que aquella tela de araña impedía que penetrase el calor se sumergió rápidamente en las aguas del lago. Pasaron solo unos segundos hasta que el agua penetra a través de las fibras que la envolvían. Entonces Tara dejó aflorar el veneno de sirena que corría por sus venas y le salieron unas branquias tras las orejas y una enorme cola. La chica se asustó por un momento, pues no se había parado a pensar si la tela que la recubría aguantaría la transformación. Pero por suerte para ella la flexible tela de la araña se adaptó perfectamente a su enorme cola de sirena, así que la muchacha empezó a aletear hacia el fondo del profundo lago, mientras descendía vio pasar ante ella una especie de brumas que al principio no supo decir que eran exactamente, pero poco después se topó con una de esas brumas de frente y pudo ver que no eran más que almas en pena vagando por aquellas aguas.

Almas encerradas en aquellas hirvientes aguas por toda la eternidad. Restos de lo que un día fueron las víctimas de las sirenas. Pero, ¿dónde estaban las verdaderas sirenas?

No tenía tiempo de ponerse a investigar donde iban las almas de las sirenas muertas, así que siguió aleteando hasta llegar al fondo del lago, la oscuridad lo cubría prácticamente todo, solo una tenue luz procedente de la superficie dejaba intuir lo que parecían cientos de enormes algas que cubrían el fondo.

La chica bajó hasta verse envuelta por las algas y le pareció ver un pequeño destelló a lo lejos. No sabía si era su imaginación o realmente había algo allí abajo que brillaba levemente, así que decidió ir a investigar.

Siguió nadando incansable en dirección al foco de luz, ya conseguía ver algo más. No era su imaginación, era completamente real. La chica aceleró para alcanzarlo cuanto antes y salir de allí, pero

de pronto algo salió de entre las algas que la rodeaban y se lanzó sobre ella apartándola de su camino.

Tara hizo todo lo que pudo para desasirse de aquel ser que la atacaba. Cuando pudo ver con más atención se dio cuenta de que era una verdadera sirena, bueno, lo que quedaba de ella. El alma de aquella sirena la estaba atacando, con tal voracidad que parecía el más temible de los animales que jamás había visto. Aquel ser tenía centenares de dientes afiladísimos como los de Daphne y pretendía destrozar a la chica. Tara tenía agarrados los brazos de la sirena para intentar apartar sus largas uñas y sus afilados dientes lejos de ella. Entonces, mientras estaban envueltas en aquel caos vio como por encima de sus cabezas más sirenas se arremolinaban entorno a ellas, preparándose para atacar.

¡Estaba perdida!, sacó sus afilados dientes de sirena e intentó morder a su atacante, pero a esta no le importaba lo más mínimo. En realidad ya estaba muerta, Tara no podía hacerle nada peor. Pero justo en ese momento, como si se tratase de una fuerte corriente, algo azotó a las sirenas que estaban en formación sobre ellas. Las desestabilizó de tal manera que se marcharon en todas direcciones. La sirena que la estaba atacando al ver lo sucedido se marchó rápidamente a esconderse con las demás.

Entonces, de la nada salió aquel ser que había logrado hacer que las sirenas huyeran, y ahora se dirigía nadando tranquila hacia Tara. Esta intentó esconderse, pero fue inútil. De la trifulca con la sirena se le había partido la cola y no podía nadar. El dolor era terrible, pero no era nada comparado con el miedo que sentía en ese momento, a la espera de que aquel ser que había conseguido espantar a las sirenas fuera a su encuentro, seguramente para devorarla allí mismo. La chica tocó a tientas el suelo que había a su espalda y empuño una roca más o menos puntiaguda alzándola en dirección a la figura que se iba definiendo conforme se acercaba a ella. Por un instante no pudo creer lo que veían sus ojos: era Daphne, no podía ser. Pero no cabía duda, era ella.

- ¿Qué haces aquí?- preguntó Tara.
- Eso no es lo que nos importa ahora, - dijo la sirena con voz extrañada- lo que ahora importa es ¿qué haces tú aquí?
- Tengo que encontrar la perla de jade.
- Entonces ¿No estabas hace un momento en casa?
- No, partimos hace dos días mientras tú descansabas en la enfermería. ¿Pasa algo?- preguntó la chica al ver la cara de asombro de la sirena.
- Ahora ya no importa,- dijo al comprenderlo todo- no sé cómo pude dudar de la pureza de tu alma. La perla de jade está allí mismo- añadió mientras señalaba hacia el brillo que había guiado a Tara hasta allí.
- Pero no puedo ir.- le contestó la chica frotándose dolorida la cola.
- ¿Por qué no?

Tara no dijo nada se limitó a mirar su cola con una expresión de dolor.

- ¿Está rota?- preguntó la sirena.
- Creo que sí.
- No perdamos tiempo- dijo mientras se marchaba hacia la tenue luz.

Al instante regresó con la brillante perla de jade en sus manos, se la dio a Tara y cargó a la chica sobre su brazo. Después aleteó por las dos hasta la salida, todo lo rápido que pudo. Cuando llegaron al borde del agua le dijo a la chica.

- Yo no puedo salir del agua, ni siquiera asomar la cabeza, así que por mucho que te duela debes salir tu sola de aquí, ¿está claro?- le explicó Daphne.
- Pero, ¿Qué pasará contigo?
- No te preocupes por eso ahora, no es necesario sufrir dos veces por el mismo dolor.
- No lo entiendo.
- Ya lo entenderás, ahora sal y cumple con tu misión.

La chica obedeció a Daphne y aunque con cada aletada que daba un terrible dolor le recorría todo su cuerpo, salió por si misma del lago y se arrastro por el borde hasta dejar todo su cuerpo fuera del agua. En ese momento dejó caer su cabeza sobre la tierra que la rodeaba, tumbándose con la espalda en el suelo mientras recuperaba sus piernas, pero al mirar al cielo vio que había perdido tres horas en el lago.

No había tiempo para descansar, ni para el dolor. Se arrancó las telas de araña que la cubrían, se puso de rodillas en el suelo como pudo y desplegó sus enormes alas. Sabía que esta vez no se curaría tan rápidamente como antes, sus fuerzas ya le empezaban a fallar, pero no lo pensó más y emprendió un pesado vuelo hasta el islote donde dejó la perla de jade junto al resto de tesoros y sin detenerse ni un instante reemprendió el vuelo en dirección a la colina más lejana, culminada por un enorme castillo donde vivía el mismísimo Lucifer.

Capítulo 24

La chica llevaba ya casi una hora volando y con las pocas fuerzas que le quedaban había logrado pasar al plano cristalino, para poder acercarse al castillo sin levantar sospechas. La pequeña montaña que se veía a lo lejos cuando llegaron a aquel lugar cada vez adquiría mayor envergadura y ya se podía distinguir claramente el enorme castillo que la culminaba.

Aquel enorme edificio estaba rodeado por altos y gruesos muros terminados en tres enormes torres de vigilancia que ardían con gran fulgor. En el interior del potente fuego se podían distinguir las siluetas de demonios que vigilaban desde lo alto los alrededores de la infranqueable fortaleza.

Tras aquellos altos muros y toda aquella escolta había un enorme castillo con diez torreones de diferentes alturas acabados en punta. En el centro del enclave había una gran cúpula que albergaba el salón real donde encontraría a Lucifer.

Mientras se acercaba, se dio cuenta de que si intentaba entrar volando los guardias apostados en las llameantes torres la abatirían, así que optó por una opción más sensata y descendió, dándole la vuelta al castillo esperando encontrar una especie de puerta por donde entrar. Tuvo que dar prácticamente toda la vuelta a los muros del castillo para dar con la entrada, pero al final vio una puerta al otro lado de un frágil puente de madera que cruzaba el ardiente foso de lava que delimitaba el enclave.

La chica se posó con cuidado de rodillas sobre el islote que había en el lado opuesto del delicado puente, con una mueca de dolor en su rostro, porque sus piernas no se habían curado del todo. Después hizo un esfuerzo y regresó desde el plano cristalino para cruzar las fronteras. Una vez en el Orbe, el calor era más intenso y el dolor de sus piernas más fuerte. En el plano cristalino las sensaciones eran mucho más atenuadas, y aunque normalmente no era una diferencia

importante, en ese momento, en el que la temperatura era de casi de cincuenta grados y los huesos de sus piernas estaban partidos por más de un sitio, se agradecían las sensaciones atenuadas que le proporcionaba el plano cristalino.

Pero aun así desplegó sus alas y se elevo lo suficiente como para desplazarse sin tocar con los pies en el suelo y se dirigió en dirección al frágil puente.

La muchacha agradeció el tener sus alas porque las débiles tablas del puente no podrían aguantar el peso de ninguna persona viva. Cruzó con sumo cuidado, pero cuando iba por la mitad del puente miró hacia abajo y se dio cuenta de que lo que parecía un burbujeante río de lava en realidad era un profundo río repleto de almas condenadas a arder eternamente. Apartó la vista de aquella terrorífica visión, y se acercó a la puerta coronada por un arco de medio punto que separaba el interior del exterior por medio de una reja de gruesos barrotes metálicos.

Una bola de fuego salió de una de las torres que delimitaban la puerta y de las llamas de aquella bola surgió la figura de un demonio que miró a la chica de arriba abajo y se quedó mirando la con cara de pocos amigos.

- ¿Qué eres?- preguntó el ardiente demonio.
- Soy Tara Nailing.
- Eso no es lo que te he preguntado.
- Eso es todo lo que debes saber.
- ¿Qué quieres?
- Vengo a ver a Lucifer.
- ¿Por qué motivo?
- Eso no es de tu incumbencia –dijo la chica lanzándole una afilada mirada.
- No puedes pasar.
- ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú?- dijo mirando con desprecio la llameante figura.

- Nosotros- dijo aquel ser haciendo una seña a los demás vigilantes de la torre y de improviso el fuego de las torres se avivó.

Un centenar de llameantes bolas cayeron del cielo como la furiosa lluvia piroclástica de un volcán en erupción y de ellas surgieron otros tantos demonios llameantes. Tara formó medio escudo para cubrirse y hasta que finalizó la lluvia de proyectiles.

- Vosotros lo habéis querido- dijo la chica mientras esbozaba una malévolas sonrisa en su rostro.

Sacó su barita de su cinturón y batió las alas elevándose a unos tres o cuatro metros sobre el suelo. El batir de sus alas avivó el ardiente fuego de las almas en pena y un fuerte viento caliente hizo arremolinarse los largos cabellos de la joven. Los demonios al ver la alzarse comenzaron a lanzarle bolas de piedra fundida. Pero ninguna de aquellas ardientes bolas logró alcanzarla, porque la chica había acabado el escudo de protección en torno a ella y cuando los proyectiles estaban a punto de alcanzarla se desintegraban en el aire.

- ¡Ja!- dijo la chica con una sonora carcajada- ¿Eso es todo lo que sabéis hacer?

Dicho esto, la chica destrozó la cúpula que la protegía en un luminoso destello que cegó momentáneamente a sus adversarios y antes de que estos se diesen cuenta, les lanzó un hechizo que los convirtió a todos en roca. Tan potente fue su hechizo que hasta las torres de fuego se convirtieron en piedra, dejando de forma permanente la figura de las llamas.

La chica alzó aun más su vuelo y cruzó los muros del castillo. Cuando llegó al otro lado, descendió suavemente y comprobó que por fin sus piernas ya estaban curadas, la joven soltó un suspiro de alivio alegrándose de que no tener que mantener el vuelo ni un minuto más, porque el dolor de sus alas se le clavaba como un par de puñales en su espalda. Así que las replegó y echó a correr hacia el interior del castillo, cuando entró en el imponente castillo, todo era diferente. Atrás habían quedado el dolor, la destrucción y el insufrible

calor. Allí dentro era como si hubiese vuelto de nuevo al mundo exterior. Era como uno de esos castillos de la edad media de las películas, con los suelos tapizados de alfombras y las paredes decoradas con cientos de cuadros con personas de rostros terroríficos y tapices que representaban imágenes de torturas, en ellos había de todo; desde gente ardiendo en hogueras, personas crucificadas, hasta gente con la piel arrancada, como los guerreros del bosque. Pero lo que realmente llamó la atención de Tara fue que en todos los tapices había un elemento común, a parte, obviamente, de la tortura.

Era la imagen de un hombre, daba igual el tema del tapiz o la época donde estuviera ambientado, en todos ellos estaba la imagen de un hombre, trajeado y muy bien peinado que sonreía con una sonrisa de oreja a oreja, ante las atroces torturas que sufrían los protagonistas de las obras.

Tara andaba muy despacio por los pasillos del enorme castillo, mirando todos y cada uno de los retratos y tapices de la paredes, la chica iba tan ensimismada mirando las paredes que no se dio ni cuenta que el pasillo por el que circulaba, la llevaba directa a una sala, en la que el hombre trajeado de los tapices la aguardaba impasible.

La chica no se dio cuenta de la presencia del hombre al entrar en la gran sala, hasta que se tropezó con él. Cuando chocó contra el esbelto hombre, levantó los ojos hacia arriba y la fría sonrisa del hombre le congeló la sangre, haciéndola retroceder y tropezar con una de las alfombras del suelo y caer.

El trajeado hombre le tendió la mano a la joven, para que se levantase de su traspié, pero Tara estaba tan asustada que no podía ni reaccionar.

- ¿Estás bien?- dijo él.

La chica asintió con la cabeza, incapaz de emitir palabra. Tomó la mano del hombre para levantarse, pero cuando su fuerte mano la cogió y tiró de ella la piel del hombre la quemó haciendo que soltase su mano rápidamente.

- Sinceramente, jovencita- Empezó a decir el caballero, haciéndole un gesto para que lo acompañase por uno de los pasillos.- me tienes sorprendido.
 - ¿Yo?- dijo la chica consiguiendo por fin emitir palabra.
 - Si, jovencita. - El hombre hizo una pausa- Que descortés por mi parte, tengo muchos nombres, pero tú me puedes llamar Lucifer, que supongo que te será más familiar.
 - Yo soy Tara Nailing- dijo la chica.
 - Ya sé quién eres. Hacía mucho, que nadie del mundo de los vivos venia a visitarme.
 - No estoy aquí por placer.
 - Eso ya lo sé. Sé perfectamente porque estás aquí, ese idiota de Gacif quiere que le devuelva esto.-dijo señalando al bastón de oro sobre el que se apoyaba.- ¿sabes por qué se lo tengo yo?
 - No, simplemente sé que quiere ese bastón y yo se lo voy a llevar.
 - No será tan sencillo- dijo el hombre sentándose el un imponente trono que había en la sala a la que habían llegado mientras andaban.
 - No esperaba que lo fuera- dijo la chica con una mirada amenazadora.
 - Eso me gusta- dijo el hombre esbozando una media sonrisa en su rostro.- si alguien puede conseguirlo esa eres tú
 - ¿yo? ¿Por qué?
 - Solo tú, desde hace mucho tiempo, ha sido capaz de enfrentarse a las sirenas de Kalú y salir de sus aguas con vida. No solo eso, también has dejado mellado a mi querido perro que lleva guardando las puertas desde que era un cachorro. ¿Y cómo no recordar que has matado al terrorífico Celfán?
- La chica se quedó pensativa, no se había parado a pensar en que le había pasado a Celfán después de lanzarlo fuera del laberinto.
- ¿Cómo murió Celfán?- preguntó la joven extrañada.

- Tu misma lo sacaste fuera del laberinto, ¿o es que no lo recuerdas?
- Si, recuerdo haberlo sacado del laberinto, pero no sé cómo murió.
- Estaba hechizado, si salía del laberinto se convertiría en polvo. ¿Cómo pudiste saberlo? No es algo que sepan muchos.

Tara no lo sabía, en realidad había sido solo casualidad. Pero no podía parecer débil delante de él.

- Eso no es el tema que nos incumbe, ahora.- dijo para disimular- A mí lo único que me importa es qué quieras a cambio de ese bastón.
- Está bien- dijo pensativo- ¿Qué me puedes ofrecer?
- No sé, no tengo nada que ofrecerte.
- Puede ser que tengas algo para mí.- dijo mirando a la chica de arriba abajo mientras sonreía.
- ¿Qué quieras?- contestó ella muy seria.
- Quiero eso que cuelga de tu cuello.

La chica estiró del colgante de su cuello y sacó una reluciente estrella dorada, con un corazón rojo en su interior que brillaba con una luz propia. Era lo único que le había dejado su abuela en herencia cuando murió y era lo único que le quedaba para recordarle a su familia.

- No, pídemelo cualquier otra cosa. Pero esto no.
- Quiero eso, y lo tendré. ¿Quieras tú o no?
- Nunca.- dijo la chica poniéndose en guardia y sacando con sumo cuidado la barita de su cinturón.

Lucifer al ver que la chica se ponía en guardia y empezó a aumentar de tamaño. La temperatura de su piel empezó a aumentar rápidamente y se fue tornando de uno color rojo intenso. De su incandescente piel brotaban gases y bajo su pelo surgieron un par de afilados cuernos que se retorcieron en lo alto de su cabeza.

La muchacha se repetía una y otra vez que no debía retroceder, que no podía dejarse amedrentar por el terror que intentaba invadir su mente y nublar su criterio.

Lucifer se alzaba, con su monstruosa imagen, su piel roja y sus cuernos. La chica se lanzó a sí misma un conjuro para aumentar de tamaño y cuando fue tan grande como él, sacó toda la furia de su interior y su aspecto angelical empezó cambiar. Poco a poco fue tomando la forma de un demonio. Su cuerpo empezó a arder como lo había hecho la noche que en la que había entrenado con los demonios. Notó hervir su sangre dentro de ella, pero esta vez no se consumió por el fuego, siguió ardiendo de forma continua.

El aterrador demonio se lanzó sobre Tara y ambos prendieron en llamas. Entre gritos y alardos se enzarzaron en una lucha de dientes, puños y garras afiladas. Mientras que la chica hacia todo lo posible por no caer ante los golpes y empujones que le daba el enorme demonio, logró liberar uno de sus brazos, y lo transformó en una enorme garra con afiladas uñas que clavó con todas sus fuerzas en la espalda de Lucifer y agarró en su mano la columna de aquel enorme ser. Entonces empezó a tirar de ella con fuerza y esta empezó a crujir al ir partiendo sus anclajes, pero ante aquel tremendo dolor, Lucifer, clavó sus manos bajo la caja torácica de la chica y comenzó a hacer palanca, intentando abrirla. Fue en ese momento cuando la chica tuvo que soltar su columna para defenderse, así que agarró los brazos de la bestia con tal fuerza que los partió por encima de los codos. Un tremendo alarido resonó en cada rincón del castillo y Tara aprovecho que la espalda del demonio se arqueó por el dolor para clavar sus garras en el pecho de este y hacerle unas largas rajas de arriba abajo, dejando cuatro profundos surcos en su cuerpo, que emanaban una viscosa sangre negra.

El enorme ser se retorció de dolor. Pero no desistió en sus golpes. La chica se los devolvía como podía, no sabía cuánto tiempo podría resistir. Su mente iba a mil por hora, pensado en cómo podía vencerle. Entonces vio el bastón desprotegido, apoyado junto al

trono, sabía que no podría vencerle, pues a pesar de todo él se regeneraba a una velocidad vertiginosa a causa de sus miles de años, sabiduría y su descomunal fuerza.

De repente cambió su aspecto al del pequeño ratón en el que se había convertido por primera vez, en sus entrenamientos con Adrian. Tan rápido se convirtió que el demonio se quedó desorientado, no entendía lo que estaba pasando. La chica pasó entre sus piernas y fue corriendo hasta el cetro. Al llegar allí recobró su forma humana y tomó el bastón. Su plan era salir volando con el bastón, pero no le iba a dar tiempo, él ya había saltado sobre ella. Así que lanzó el bastón por la ventana con todas sus fuerzas, con la esperanza de que apareciera más allá del puente de la entrada.

Entonces el enorme demonio calló sobre ella, pero está fue más rápida que él y rodó por el suelo hacia una de las esquinas de la habitación apartándose de la trayectoria de caída.

Al chocar contra el suelo, sonó un golpe sordo. Pero se pudo ver la desilusión en su cara al ver que la chica no había quedado aplastada como una cucaracha. Miró a los lados para encontrarla y vio que estaba acorralada en una de las esquinas de la habitación. Una fugaz sonrisa repleta de maldad cruzó su cara, al ver que la chica estaba acorralada, tanto la puerta como la ventana estaban demasiado lejos para que pudiera escapara. Lucifer se puso en pie y fue retomando poco a poco su aspecto original.

- No tienes escapatoria- dijo el hombre mientras daba los últimos pasos hacia ella.
- ¡No te acerque más a mí!- le gritó la chica pegándose todo lo que podía contra la pared.
- No tengas miedo- dijo el hombre mientras cogía la cara de la chica mirando sus moratones y su nariz sangrante.
- ¡no me toques!- dijo ella dándole un empujón que desprendió una onda de luz morada tal, que lo lanzó contra la otra esquina de la habitación.

El golpe del hombre contra la pared hizo que ésta se desquebrajara. Tara no se paró a comprobar si se levantaba o no. Salió corriendo y saltó por la ventana. Sus negras alas se desplegaron cuando la chica cayó, y pudo planear hasta estar al otro lado del puente.

Buscó por todas partes el bastón, “¿y si se había caído al río de las almas?” Miró al reloj del techo, y vio que solo le quedaba poco más de hora y media. Tara sabía que tardaría una hora en llegar de nuevo al islote, no le quedaba tiempo. Registró cada rincón del castillo volando desde una distancia lo suficientemente alta para que Lucifer no la viera, las torres de fuego helado empezaban a desquebrajarse y pronto volverían a arder con el fulgor de siempre, y entonces los guardianes se lanzarían sobre ella. Tara sabía que no le quedaba tiempo.

Mientras buscaba desesperada vio dos figuras a lo lejos que se le acercaban, poco a poco fueron definiéndose en el horizonte, eran Protervus y Sixt.

- ¿Buscas algo?- le preguntó Protervus, sonriente al llegar junto a ella.
- No encuentro el bastón, solo me quedan veinte minutos y si no lo consigo morirán. ¡Morirán todos!- le contestó ella con lágrimas en los ojos.
- Y tu alma se perderá entre cuatro reinos demoniacos, que no se te olvide.- remarcó Sixt.
- La verdad es que eso ahora mismo me da igual.
- Bueno, de todos modos creo que necesitaras esto- dijo Protervus con una sonrisa enorme en la cara mientras sacaba el bastón de su espalda.
- ¿De dónde los habéis sacado?- dijo la chica llena de alegría dándoles un abrazo a cada uno.
- Estábamos esperando a que salieras, porque sabíamos que necesitarías ayuda y vimos salir volando el bastón. Tan fuerte

lo lanzaste que hemos tenido que ir a más diez kilómetros de aquí para buscarlo.

- Muchísimas gracias.- dijo la chica contemplando el brillante bastón.
- Venga, vámonos. No tenemos tiempo que perder.- le apremio Sixt.- Debemos ir a entregar los objetos

Cuando se acercaban a la isla, los cuatro demonios ya la estaban esperando riendo y bebiendo en sus enormes copas de oro.

Celebrando que la chica había perdido su apuesta, y que iban a ser dueños de su alma inmortal.

Cuando la chica y los dos demonios tomaron tierra, la música cesó y los demonios dejaron sus copas apoyadas en los brazos de los enormes tronos.

- ¿Solo has conseguido el bastón?- preguntó Kalú poniéndose en pie.
- ¡Mi bastón!- añadió Gacif levantándose para cogerlo.
- Espera- lo detuvo la chica en seco- primero quiero ver a mis amigos.
- ¿Qué más te da eso?- le contestó Kalú- solo has traído una de las cosas que te pedimos, así que no hay trato.
- Eso es lo que tú crees- dijo la chica mientras sacaba su barita del bolsillo y haciendo unos pases mágicos que hicieron reaparecer en el centro de la isla los otros tres objetos que le habían pedido.

Todos los demonios se quedaron boquiabiertos al ver que lo había conseguido. Justo en aquel eterno silencio sonó una campana que anunciaría el fin del tiempo.

- Lo ha conseguido- dijo Lupos sin dar cabida a lo que veían sus ojos.
- ¿Cómo ha podido hacerlo?- se preguntaba en voz alta Birch.
- Eso no importa- dijo Tara- ahora lo único que importa es que tenéis que liberar a mis amigos y devolverme mi alma.

- Está bien -dijo Kalú de mala gana- dando un golpe en el suelo con su tridente y una burbuja surgió de él, mostrándole como liberaba a sus amigos.- Ya son libres.
- Y ahora devolvedme mi alma.
- Primero danos lo que te pedimos.
- No pretenderás que me fie de la palabra de unos demonios. No soy tan tonta. Dadme primero mi alma y cuando la tenga os los daré.
- ¿Por qué íbamos a creerla?- les dijo Birch a los demás
- ¿Por qué no ibais a hacerlo? Yo no quiero todo esto para nada.
- Está bien. Démosela- dijo Gacif recostándose en su trono- total ya nos ha vencido. Cuanto antes terminemos con todo esto mejor.

Los cuatro demonios se pusieron en pie e hicieron un círculo, cogiéndose de las manos. Los cuatro miraron al cielo y empezaron a invocar el alma de la chica. Todo en el infierno se apagó y lo único que radiaba una leve luz anaranjada era la roca fundida que corría formando ríos serpenteantes entre las parcelas de tierra. Entonces unas llamaradas de viento azulado procedentes de cada uno de los reino, se concentraron en torno a los demonios y después se introdujeron por la boca de la chica haciéndola caer de rodillas en el suelo.

Cuando aquel viento azulado entró por completo en la chica, esta abrió los ojos y por un momento se le vieron completamente azules, no había ni iris, ni pupila, ni siquiera el blanco de los ojos. Todo era completamente de un color azul intenso. Protervus y Sixt se echaron hacia atrás al verlo.

Cuando los ojos de la chica volvieron a ser normales, los demás demonios se habían marchado ya del islote.

- Bueno deberíamos irnos de aquí cuanto antes.- dijo Sixt.
- Aun no puedo marcharme- le contestó Tara sentándose sobre sus talones.

- ¿Por qué no?
- Porque solo tengo dos de las tres peticiones de regreso. Sin ellas jamás lograré salir.
- No te preocupes por eso.- dijo Protervus ayudándola a levantarse.
- Pero ¿Cómo las conseguiré? Si me presento ante Lucifer me matará.
- El es uno de los demonios mayores del infierno, pero no es el rey.- le explicó Sixt.
- ¿Cómo que no es el rey?, Entonces- dijo la chica pensativa- sí él no es el rey ¿Quién reina aquí entonces?
- Nuestra reina, Perséfone.
- ¿Perséfone?
- Si, su historia fue contada en tu mundo por los antiguos Griegos ¿No conoces su historia?
- No.
- Hades dios del inframundo, secuestró a la hija de Zeus y la hizo su reina.
- Desde entonces está aquí presa como nuestra reina- dijo Protervus.
- ¿Dónde está?
- Vive en el castillo con Hades.
- Entonces tendré que ir hasta allí para pedirle la petición de regreso.
- No te preocupes por eso- dijo Sixt, lanzándole una sonrisa picajosa a Protervus- podríamos decir que Protervus y ella siempre ha tenido una amistad especial, tu ya me entiendes.
- Entonces ¿se la pedirás tú?- dijo la chica mirando a Protervus.
- Ya se lo he pedido- dijo Protervus arqueando una ceja mientras sacaba el pergamo del bolsillo interior de su chaqueta.
- ¡Perfecto! Muchísimas gracias- dijo dándole un abrazo al demonio y un beso en la mejilla.

- Se nota que has recuperado tu alma- dijo Protervus desasiéndose de los brazos de la chica y limpiándose la cara allí donde la chica le había dado el beso- hasta tienes mejor aspecto.
- Venga, tenemos que volver- dijo Sixt desapareciendo en un fino humo que se dirigía hasta la puerta de las almas.

Los demás hicieron lo mismo y en cuestión de segundos llegaron ante la puerta. Una vez allí, Protervus y Sixt cogieron las dos palancas que había clavadas en el suelo frente a la puerta y tiraron de ellas con todas sus fuerzas, al cabo de un rato, las manos de los demonios empezaron a derramar una viscosa sangre negra que burbujeaba al caer al suelo, poco después las puertas comenzaron a abrirse y las almas que estaban encerradas en ellas lanzaban cansados alaridos de pesar.

Una vez abiertas de par en par, los demonios cruzaron sin problemas, pero cuando Tara fue a cruzar una fuerza invisible la detuvo, lanzándola un par de metros hacia atrás con un luminoso destello rojizo. Rápidamente la chica se levantó dolorida por la caída y se acercó de nuevo a la puerta, pero esta vez con más cautela.

- ¿Qué ha pasado?- preguntó la joven.
- ¿No lo recuerdas?- le dijo Protervus desde fuera- necesitas las peticiones de regreso.
- ¡Es verdad! No me acordaba- dijo la chica mientras sacaba los tres pergaminos de la mochila- ¿Qué he de hacer con ellos?
- Está bien, escúchame- dijo Sixt- encima del marco ha de haber tres orificios, ¿los ves?
- Sí- dijo ella mirando con atención los huecos que había sobre la puerta- pero están muy altos y son realmente pequeños.
- Pues te las tienes que apañar para llegar- le contestó Protervus sentándose en una roca.

La chica miró a su alrededor y se dio cuenta de que no había espacio suficiente para desplegar sus alas, entonces sacó su barita del

cinturón y dejó los tres pergaminos en el suelo. Uno a uno los fue elevando y depositando en sus correspondientes orificios.

Cuando logró colar el último, la lámina translúcida que le cortaba el paso se iluminó tres veces y desapareció. La joven no lo dudó ni un segundo y cruzó corriendo antes de que se volviera a cerrar. Una vez estuvo fuera, los tres emprendieron el viaje de vuelta cruzando el bosque, hasta que al fin dieron de nuevo con el claro por dónde habían llegado y alzaron el vuelo, alcanzando en cuestión de segundos el borde del acantilado.

Una vez allí Sixt repitió al revés el hechizo que pronuncio al entrar y la lámina viscosa apareció de nuevo de un color carmesí similar a la sangre. Pero esta vez justo en medio había un círculo de color negro que se arremolinaba impaciente, Tara se remangó e introdujo su brazo tatuado en el oscuro círculo viscoso. Notó como la cálida luz de su interior examinaba con detalle su tatuaje y cuando lo reconoció se abrió ante ella.

La chica cruzó y el muro se cerró rápidamente tras ella, la joven no pudo ver lo que pasó al otro lado pero unos minutos después los demonios aparecieron cruzando la gelatinosa cascada carmesí. Una vez en el orbe de los guerreros decidieron cual era el camino más seguro para volver junto al grupo, pues estaban agotados y lo que menos les apetecía era tener que luchar. Al final decidieron que ir por arriba era la ruta más adecuada, así que se esperaron hasta que el portal se cerró y salieron volando a toda velocidad de aquel cañón.

Cuando llegaron a lo más alto de la montaña, el frío era tan intenso que Tara ni siquiera podía pensar hacia donde tenía que dirigirse. Se limitaba a seguir el humo en el que se habían convertido los demonios. La tormenta que los azotaba era intensa y cada vez le costaba más seguirlos, hasta que llegó el momento en el que dejó de verlos.

La chica no podía seguir así, retomó su forma humana y se dejó caer en la fría nieve. Agotada, cansada y desorientada, Tara gritó con

sus últimas fuerzas intentando que su voz llegase hasta alguien que la pudiese ayudar. Después, cayó desplomada por agotamiento.

Capítulo 25

Cuando la chica se despertó ya estaba bien avanzado el día. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que ya no estaba en lo alto de la montaña. Estaba tendida en el suelo de una cabaña de madera, tumbada sobre una manta con un paño de agua fría en la cabeza y abrigada por una potente hoguera.

- Veo que por fin has despertado- dijo una voz que le resultaba familiar desde la puerta.
- ¿Qué ha pasado?- preguntó la chica tratando de enfocar a la persona que se le acercaba.
- Que te desmayaste en lo alto de la montaña y Sixt y Protervus te tuvieron que traer hasta aquí.
- ¿Dónde estamos?- dijo la chica mientras se daba cuenta de que era Emet quien le hablaba.
- A mitad de camino de casa.- dijo él volviéndole a humedecer el paño de su cabeza.
- Pero los Sin Sombra... - dijo la chica incorporándose.
- No te preocupes por ellos- lo contestó el chico haciendo que se tumbase de nuevo.- nos iremos antes de que caiga de nuevo la noche.
- ¿Tu estas bien?- le dijo ella cogiéndole la mano con la que estaba colocándole el paño sobre la frente.
- Perfectamente, ahora la que tiene que ponerse bien del todo eres tú.
- Yo ya estoy bien, podemos irnos- dijo reincorporándose de nuevo. Pero tan rápido se sentó que todo empezó a darle vueltas.
- Sera mejor que descanses un poco más- le dijo el chico al ver que se estaba poniendo pálida.

La chica no le discutió, se tumbó en el suelo y cerró los ojos. No parecía que hubiera pasado más de un minuto cuando Matt llegó para despertarla.

- Nos tenemos que ir ya- le dijo el chico.
- Pero si me acabo de tumbar.
- ¿Qué dices? va, llevas más de cinco horas durmiendo y el sol está empezando a esconderse. Tenemos que marcharnos antes de que lleguen los Sin Sombra. ¿No querrás otra nochecita como la de hace tres días? ¿No?- le dijo el chico con una sonrisa en la cara mientras le tendía una mano para ayudarla a levantarse.
- Casi mejor que no- dijo la chica poniéndose en pie- deberíamos partir cuanto antes.
- Solo nos faltas tú.

La chica salió de la cabaña de la mano de Matt, porque a pesar de que ya estaba mejor aun seguía un poco desorientada. Al cruzar la puerta la cabaña desapareció y Tara pudo ver como todos estaban ya listos para continuar con el viaje. Matt la ayudo a montar en la escoba de tras de Emet y después subió de un salto a lomos de su hermano.

- ¿Donde están el resto de susuradores?- le preguntó la chica a Daniel.
- Han regresado al orbe - le dijo el chico.
- Pero aun me queda mucho que aprender de ellos- replicó la joven.
- Esta mañana han estado hablando y han decidido que ya has aprendido todo lo que te tenían que enseñarte- le contestó Matt.
- Además- añadió Daniel- ellos tiene sus obligaciones en nuestro orbe, no podían quedarse con nosotros eternamente.
- Pero ni siquiera me he podido despedir de ellos- replicó la chica.
- No te preocupes, seguro que los volverás a ver.- le dijo Emet mientras alzaba el vuelo con su escoba.
- Eso espero- contestó ella agarrándose fuertemente a la cintura del joven.

Viajaron a lo largo de toda la noche y llegaron a la isla con los primeros destellos del alba.

En cuanto aterrizaron se dieron cuenta de que algo no iba bien. La puerta de la casa estaba abierta de par en par y no se oía ni el más mínimo ruido. Todos se pusieron en guardia, y fue entonces cuando Tara recordó que Daphne la había ayudado cuando los fantasmas de las sirenas la acorralaron, lo que quería decir, que estaba muerta, pero con todo lo que había pasado se le había olvidado por completo contárselo a los demás.

- Esperad- dijo la chica antes de que nadie entrase en la casa.
- ¿Qué sucede?- le dijo Emet.
- ¡Daphne está muerta!

Un silencio sepulcral lo invadió todo, hasta que al final Adrian lo rompió, lleno de preocupación

- ¿Qué? ¿Cómo sabes tú eso?
- La vi en la laguna de las sirenas en el reino de Kalú. Si no hubiera sido por ella, yo también estaría muerta.
- ¿Y viste a Claudia?- preguntó Adrian preocupado.
- No, ni a ella ni a Altor.

Adrian no pudo esperar ni un momento más, así que se dirigió corriendo hacia la casa, pero Ari cerró las puertas con su magia antes de que este llegase hasta ellas.

- ¿Se puede saber qué haces?- le dijo Matt.
- Voy a por Claudia- contestó Adrian lleno de ira intentando abrir las puertas.
- No seas estúpido- le dijo Emet- no sabemos lo que le ha pasado a Daphne, ni siquiera sabemos si fuera lo que fuera lo que la mató sigue ahí dentro.
- No me importa, tengo que ir a por ella. Si está ahí, la encontraré y juro que mataré a cualquiera que intente hacerle daño.

- Párate a pensar por un momento- le dijo Matt- ¿qué vas a hacer? Vas a entrar ahí tu solo sin saber a lo que te enfrentas y vas a arriesgar tu vida.
- Si, si así logro salvarla.
- Puede que ni siquiera siga viva- le gritó Ari.

Las palabras de la chica se le clavaron en el pecho como un centenar de puñales afilados.

El joven se volvió muy despacio y le dijo conteniendo al máximo su furia.

- No vuelvas a decir eso, ¡Jamás! ¿Lo entiendes? Jamás.
- Pero puede ser verdad- le hizo recapacitar su hermano.
- No está muerta, si estuviera muerta yo lo sabría.
- No tenemos tiempo para seguir discutiendo- los interrumpió Tara- entraremos a averiguar qué ha pasado. -Ari y yo iremos al gran salón. Emet, tu y Daniel id a ver en las habitaciones y vosotros dos- dijo señalando a Matt y Adrian- mirad en la enfermería y bajad a la habitación de Claudia a ver si está allí.

Todos obedecieron las órdenes de Tara y se pusieron en marcha. Cuando entraron en la casa el frío y la oscuridad lo invadía todo, el sol no había salido aun del todo y no se podían ver más que sombras. Las chicas se dirigieron hacia el gran salón, Ari chasqueó los dedos y todas las antorchas de las paredes se encendieron de golpe dando luz a la atroz escena que se mostraba ante ellas.

Altor había sido atado y quemado en una de las sillas colocada en el centro de la enorme chimenea. En su cara convertida en cenizas se podían ver la agonía y el sufrimiento que había sufrido antes de morir. Mientras que a Daphne le habían arrancado las escamas de la cola y la piel a tiras, con un cuchillo de cobre que había junto a su cuerpo inerte. Se podía ver por la sangre que había salpicado las paredes y el enorme charco de sangre seca que había en el suelo donde ahora yacía sin vida, que aquella tortura había ocurrido cuando aún estaba viva. A Ari se le revolvió el estomago al ver aquella escena acompañada por el terrible hedor a carne quemada y sangre

putrefacta que invadía la habitación, aquella horrible sensación y el dolor por haber perdido a sus amigos hicieron que todo empezara a darle vueltas y se sentó en el suelo sin poder creer aun lo que veía. Cuando se giró para mirar a Tara esta ya no estaba allí.

Cuando vio todo aquello, no le cupo lugar a duda, todo era igual que en su sueño, solo que había menos muertos, porque muchos de ellos ya se habían ido cuando ocurrió la emboscada. Entonces bajó corriendo a buscar a Claudia, y mientras saltaba los escalones de tres en tres, no hacía más que rezar por que siguiera con vida.

Tan rápido bajó que se tropezó con Matt y Adrian en la undécima planta. Al verla tan acelerada y asustada los chicos no hicieron preguntas, solamente salieron corriendo tras ella en dirección a la última planta donde dormía la vampiresa. No estaba cortada a trocitos en la mesa del gran salón, así que todo no era igual que en el sueño, por lo que aun había una esperanza de que siguiera con vida.

Cuando llegaron a la habitación, todo estaba iluminado. Parecía que el propio sol ardía allí dentro, el calor en la habitación era insopportable. Miraron hacia arriba y vieron que en lo alto del techo habían hecho un conjuro para que realmente se viera el propio sol en dentro de la habitación de forma continua.

- Claudia- grito Adrian.
- Estoy aquí- se oyó decir a una voz desde dentro del blanco ataúd que estaba en el centro de la habitación

Adrian fue a abrirla, pero antes de que lo hiciera Tara le estiró del brazo y lo apartó.

- ¿No ves eso?- le dijo la chica señalando al pseudosol del techo.
- No es más que una ilusión, no es un sol de verdad- le gritó el chico soltando su brazo de la mano de la chica.
- Pero lo parece, no nos podemos arriesgar a que tenga los mismos efectos sobre los Vampiros que el sol de verdad.
- Hazle caso a Tara- se oyó decir desde dentro del ataúd.- he intentado salir y me he quemado los dedos.

- ¿Puedes hacer algo?- le preguntó Matt a Tara.
- Podemos probar una cosa.

La chica sacó su barita y empezó a recitar un conjuro que le había enseñado Emet para ocultar el sol. Cuando terminó de decir las palabras mágicas un rayo de luz morada salió de su barita y se enroscó entorno al pequeño sol del techo estrangulándolo poco a poco, hasta que apagó por completo su luz desvaneciéndose en una lluvia de purpurina morada.

La oscuridad lo envolvió todo en cuestión de segundos conforme se iba extinguendo la tenue luz de las chispas purpuras que caían del cielo. Mientras sus ojos se aclimataban a la penumbra, Claudia salió de su ataúd y se abalanzó sobre Tara, inmovilizándola contra el suelo.

- ¿Se puede saber que estás haciendo?- gritó la chica, mientras se intentaba liberar de ella.- ¡Suéltame!
- Tú, te has vendido- le contestó la vampiresa- ¿Cómo has podido hacernos esto? Con todo lo que hemos hecho por ti. ¡Desagradecida!

Ninguno de los tres entendía nada de lo que decía. Así que Adrian se acercó con sumo cuidado y la apartó con delicadeza de encima de Tara.

- ¿Qué dices?- se preguntó la chica mientras se levantaba del suelo.
- ¡Tú!- dijo señalándola con su afilado dedo- tú nos has traicionado, te has unido a Frederick. Después de todo lo que hemos hecho por ti, ¿Cómo pudiste?
- Yo no me he unido a ese malnacido- dijo Tara muy enfadada por las gravísimas acusaciones de la joven.
- ¡Mentirosa! Maldita seas Tara Nailing- tras decir esto le escupió- maldita seas por toda la eternidad.

Cuando terminó de hablar, apartó a Adrian a un lado y salió a toda velocidad de la habitación.

- Se puede saber qué demonios le pasa- dijo Tara.
- No lo sé.-contestó Adrian muy confuso- iré a comprobarlo.

El muchacho salió corriendo detrás de la vampiresa que se había ido un piso más arriba a entrenar con sus espadas y sus cuchillos para descargar su rabia.

Cuando el joven llegó, ésta estaba lanzando puñales a una tabla de madera a tanta velocidad que con cada puñal atravesaba la tabla y este se clavaba en la pared de detrás.

- Claudia, ¿Qué te pasa?- le preguntó Adrian.
- ¡Esa mal nacida, nos ha traicionado! La quiero fuera de mi casa antes del anochecer. Si no, yo misma la expulsaré de aquí.
- Pero ¿Por qué estas así? Tara ha apagado el sol para que pudieras salir. Le deberías estar agradecida.
- Y lo estaría, si no fuera porque fue ella misma la que me metió ahí.
- ¿Qué insinúas? Que Tara vino aquí, mató a Altor y Daphne y te encerró.
- No lo insinúo, lo afirmo.
- No sabes lo que dices.
- ¿Es que no me crees?- dijo ella muy enfadada, girándose para mirarlo. Mientras hacía girar el último de sus puñales en la mano.
- Sinceramente, no.
- ¿Cómo puedes no creerme?
- Porque eso que dices es imposible.
- Yo sé lo que vieron mis ojos.
- ¿Y qué vieron?
- La vieron a ella salir de la nada en medio de la noche y quemar vivo a Altor. Antes de que nosotras pudiésemos darnos cuenta de que estaba aquí. Vi como roció a Daphne con agua para que apareciera su cola y como le arrancó todas sus escamas una a una con ese cuchillo de cobre y como después le arrancó la piel a tiras, mientras la sirena gritaba y se retorcía de dolor. Riéndose mientras se empapaba de su

sangre. Mientras me obligaba a mirar como la torturaba sin poder hacer nada, porque me tenía encadenada a la mesa con uno de mis propios collares al cuello, para que no pudiera recurrir a mi fuerza de vampiresa para liberarme. Vi,- continuó diciendo con voz temblorosa, mientras luchaba por contener sus lágrimas- como me encerraba en mi propio ataúd y conjuraba el sol, para que no pudiera salir de aquí y matarla antes de que saliera de mi casa, para que así os retransmitiera su mensaje.

- ¿Qué te dijo?- le preguntó Adrian abrazándola entre sus fuertes brazos, para que dejase de llorar.
- Me dijo- contestó la chica tragando saliva y enjugando sus lágrimas con la manga- que os dijera a todos, que el juego ya ha comenzado y que solo es cuestión de tiempo que todos nosotros muramos.
- Mi vida- siguió diciéndole Adrian- Esa no era Tara, ella estaba en el infierno recuperando su alma. La hemos vigilado en todo momento y te aseguro que no era ella quien vino y os hizo esto.
- Pero entonces ¿quien fue?- preguntó Claudia desesperada – Porque yo sé perfectamente que vieron mis ojos y era Tara, no me cabe ni la más mínima duda.
- Hablemos con los demás, a ver si ellos le encuentran alguna explicación a todo esto. ¿Vale?

Ambos regresaron de nuevo a la habitación de Claudia y la chica se quedó allí mientras Adrian subió a llamar a los demás. Cuando todos estuvieron en la habitación de la vampiresa, Adrian les contó lo que la joven le había contado, parecía que ninguno de ellos encontraba lógica a todo lo que el joven les contaba, hasta que Daniel cayó en la cuenta.

- Tenía la esperanza de que no fuese cierto- dijo el chico.
- ¿Qué pasa?- le preguntó Ari.

- Cuando se juntan las líneas de sangre de los hijos de la luz y de los hijos de la oscuridad, pueden pasar dos cosas. Puede que nazca una pareja de hijos mestizos.
- Las hadas- dijo Tara recordando la historia de Dámaris sobre el nacimiento de las hadas.
- Exacto- dijo el joven- o puede que pase otra cosa.
- ¿El qué?- preguntó Tara.
- Puede que nazcan gemelos, idénticamente iguales. Con aspecto normal, parecen Humanos. Salvo que uno de ellos tiene un alma pura, brillante como la del hijo de la luz que lo engendró. Mientras que el otro, tiene un alma negra y oscura como la del otro de sus padres.
- ¿Qué quieres decir con eso?- le preguntó Tara.
- Está claro- dijo Emet dejando caer la cabeza de entre sus manos- que hay otra por ahí igual que tú. Con un alma oscura y siniestra.
- Estas diciendo que tengo una gemela malvada- dijo la chica sin poder creer lo que pasaba.
- Si, es eso exactamente- contestó Daniel.
- Entonces- dijo Claudia recapacitando un momento- fue a ella a quien vi haciendo esas atrocidades. ¿Cómo pude dudar de ti? Lo siento muchísimo Tara.
- No te preocunes, no había forma de que lo supieras.
- ¿Cómo puede ser que el consejo no supiera de su existencia?- preguntó Adrian.
- El consejo sabía que su madre estaba embarazada, pero nadie vio a cuantos bebes daba a luz.- explicó Daniel- Seguramente dejarían al otro bebe en otro hospital y no se llevarían a ningún otro a cambio. Por eso el consejo no supo de su existencia. Cuando los ejecutaron, solo trajeron un bebe con ellos.
- Pero ¿Cómo ha llegado ella hasta aquí?- preguntó Matt.

- ¿No se supone que solo hay una puerta hacia el orbe Humano?
- Si, solo existe esa puerta.- le contestó Daniel.
- A no ser- interrumpió Claudia- que las historias sean ciertas.
- ¿Qué historias?- le preguntó Emet.
- Cuentan que desde cada uno de los palacios sale un pasadizo que lleva a una puerta en el orbe Humano. Así es como todos creen que se engendraron a la princesa Mery y al príncipe Lucas, sin que nadie se enterase.
- ¿Quiénes son la princesa Mery y el príncipe Lucas?- preguntó Tara.
- Son tus padres- le dijo Matt.

La chica se quedó perpleja por un momento.

- ¿Si ellos eran mestizos como puede ser que no los matasen al nacer?- preguntó al fin.
- Simplemente, porque eran príncipes.- le contestó Matt- nadie acusa de algo tan graba a los reyes sin tener pruebas.
- Pero se notaría que no eran de raza pura. ¿No?
- No tiene porque- le contestó Claudia.- La reina Alice crió a Mary como su hija y siempre defendió que era hija de su difunto marido que murió ocho meses antes de que naciera la princesa, cuando estaba de viaje en el orbe de los Hechiceros. Pero en todos los orbes se sabe que la reina Alice se veía en secreto con el rey Oriol y simplemente no la enseñaron a usar sus dones del orbe de los Hechiceros. Por otro lado el rey Cedric, crió junto a su esposa al príncipe Lucas, al que trajeron en brazos tras su viaje de un año al orbe Humano.
- Y casualmente no tuvieron más hijos.- añadió Daniel- Hay rumores que dicen que la esposa de Cedric no podía tener hijos y cuando su marido la engañó con una humana, en lugar de renegar de él y marcharse decidió quedarse con el bebe y criarlo como suyo.

- Pero aunque no los mataron al nacer, al final sí que los ejecutaron. ¿Por qué tardaron tanto tiempo?- preguntó Tara.
- Porque una cosa es que los reyes a escondidas crucen líneas de sangre y otra cosa es que los hijos de esas uniones prohibidas se crucen.- le explicó Daniel- Querían impedir que naciera otra que sustituyera a Isabel. Pero años después se dieron cuenta de que habían ejecutado al bebé que no era y que tu seguías viva, entonces decidieron no reconocer su error, con la esperanza de que nunca saliera a la luz.
- Además- añadió Matt- las cosas se les estaba yendo de las manos y sabían que pronto te necesitarían. Así que te dejaron vivir y te vigilaron desde lejos para tenerte localizada cuando te necesitasen.
- Bueno, nos estamos desviando del tema- interrumpió Claudia- Si esa chica está aquí, quiere decir que Frederick planea hacerse con los Croctens.
- No podemos permitírselo- dijo Ari, poniéndose en pie.
- Debemos ponernos en marcha cuanto antes- dijo Daniel.
- Esperad un momento- los interrumpió Tara que seguía absorta en sus pensamientos- ¿no se supone que nadie sabía que estábamos entrenando aquí?
- Así es- le contestó Adrian.
- Entonces ¿Cómo ha sabido donde estábamos?

Ari, volvió a tomar asiento y todos se quedaron pensativos.

Intentando saber cómo se podía haber enterado.

- Solo hay una solución- dijo Daniel mirándolos a todos.
- ¿Cuál?- preguntó Ari.
- Que entre nosotros hay un traidor.
- ¿Un traidor?- preguntó Tara sorprendida.
- Sí, es la única solución.

Todos se miraron unos a otros pero al final todas las miradas fueron a parar a Emet.

- ¿No estaréis insinuando que he sido yo?- preguntó el joven.

Pero nadie contestó.

- Tara, ¿no creerás...?- dijo el chico con una expresión en su cara donde se mezclaban la incredulidad ante lo que estaba pasando y el corazón destrozado por la falta de respuesta por parte de la chica.
- No quiero creerlo- fue lo único que pudo decir ella.

Después de oír aquello el chico salió de la habitación hecho una furia, no sabía si llorar o romper a patadas todo lo que se encontrase a su paso. Se movía guiado por la rabia escaleras arriba, cuando oyó la voz de Tara que lo llamaba. Pero estaba demasiado dolido como para pararse a escucharla. Si ella no podía confiar en él, nada lo retenía allí. Solo podía pensar en recoger sus cosas y marcharse de allí lo antes posible.

Capítulo 26

Cuando el chico llegó a su habitación Tara ya estaba allí. Al ver allí a la joven quiso darse la vuelta y marcharse. Pero Tara chasqueó los dedos y cerró la puerta de un portazo.

- Tenemos que hablar- dijo ella.
- Yo no tengo nada de qué hablar contigo, ya me los has dejado todo muy claro ahí abajo.
- Compréndeme- empezó a decir la chica.
- ¿Qué te comprenda?- la interrumpió él muy indignado- Si hubiera sido al revés yo jamás hubiera desconfiado de ti. Pero si tu a la más mínima duda crees que puedo traicionarte, es que no sientes por mi lo mismo que yo siento por ti.
- No es eso, es que me ha pillado todo de golpe- se defendió la chica.- Pero ahora estoy aquí.
- ¿Y qué me quieres decir con eso?
- Quiero decirte que te creo- dijo la chica cogiéndole las manos- que sé que no has sido tú
- ¿De verdad me crees?
- Por supuesto- dijo la chica cogiéndole la cara y dándole un dulce beso en los labios mientras las lágrimas del chico corrían por sus mejillas y la abrazaba con todas sus fuerzas levantándola del suelo.

Después, los dos regresaron de nuevo con el resto a la habitación de Claudia. Cuando llegaron allí los demás discutían acaloradamente sobre quién podía ser el traidor. Habían decidido hacer llamar a todos aquellos que les habían prestado su ayuda y se habían marchado ya.

Emet y Daniel se marcharon rápidamente a sus habitaciones y enviaron mensajes a todos los que habían venido a ayudarlos, para que volviesen cuanto antes para demostrar que no eran ellos los traidores y para avisarlos de las crueles muertes de Altor y Daphne.

Cuando cayó la noche todos fueron al bosque, cubiertos con sus capas y alumbrados únicamente por un par de antorchas, que portaban Ari y Tara, encabezando la marcha.

Tras ellas, Adrian y Matt cargaban con el cuerpo de Altor en una camilla de la enfermería, seguidos por Emet y Claudia que llevaban el cuerpo sin vida de Daphne.

Habían recogido los cuerpos del salón y los habían cubierto con una sabana para que no se pudieran ver sus cuerpos destrozados, puesto que no tenían ni un par de ataúdes donde enterrarlos.

El silencio del denso bosque lo rodeaba todo, parecía que hasta el cielo se entristecía de la muerte de los jóvenes, los animales del bosque no hacían ni el más mínimo ruido, todo estaba en calma, sumido en la absoluta tristeza sus muertes.

De tanto en tanto, se podía apreciar la luna entre las densas nubes y de vez en cuando se podía ver un rayo cruzar el cielo, iluminándolo todo y arrojando cientos de sombras procedentes de los árboles que le daban un toque aun más tétrico si cabía a la situación. Cada uno de los potentes rayos venía seguido de un terrible estruendo que anunciaba la tormenta inminente y hacían retumbar cada árbol y rama del bosque.

Cruzaron el denso bosque y siguieron una angosta senda en dirección a una cueva en mitad del acantilado que daba a las rocas donde se había escorado el barco de Altor al llegar a la isla.

Al llegar a la cueva los esperaban Protervus, Sixt, Jahoel, Dámaris, Galzon, Nar y Griu. Todos habían recibido la notificación que les habían enviado para saber quién era el traidor y todos habían querido llegar a tiempo para el entierro de sus amigos.

Cuando entraron en la cueva, la tormenta se desató y comenzó a diluviar mientras cientos de rayos y relámpagos iluminaban el inmenso cielo y el extenso mar que se abría ante ellos enfurecido por la tormenta. Todos se quitaron sus capuchas y comenzaron con el entierro.

Dejaron caer lentamente los cuerpos de la pareja en dos fosas contiguas excavadas un rato antes por los chicos. Cuando los cuerpos estuvieron dentro de sus tumbas, cada uno de los asistentes al entierro dejaron caer una rosa blanca en cada una de las sepulturas antes de taparlas.

Después Tara comenzó a hablar

- Aquí yacerán por siempre nuestros amigos- comenzó a decir la chica- puede que no haya sido demasiado el tiempo que hemos pasado juntos, pero para mí las personas que yacen aquí hoy son más que unos amigos, se han convertido en mi familia. Todos vosotros sois mi familia. Ellos sabían perfectamente los riesgos que asumían al enrolarse en esta causa. Estoy segura que aceptaron su destino con honor y valentía, porque eran seres buenos y valientes. Yo os aseguro sin duda que daría cualquier cosa por estar ahora en su lugar y que ellos siguieran con vida.- paro de hablar un segundo para contener sus lágrimas- No puedo evitar sentirme culpable, porque obviamente han muerto por mí. Sé que todos vosotros haríais lo mismo que ellos, pero no puedo permitirlo. No puedo permitir que se derrame ni una gota más de sangre por mí. Ni que ninguno de vosotros vuelva a arriesgar su vida por salvar la mía. Así que hoy me despediré de vosotros para seguir sola. Recordad todos que tanto Altor, como Daphne fueron unos guerreros valientes y poderosos. Incluso debo agradecerle a Daphne que después de muerta siguiera ayudándome. Si no fuera por ella yo no estaría aquí ahora mismo. Solo pido que los recordéis por siempre como los grandes guerreros que eran y sobre todo, por las maravillosas personas que llegaron a ser.

La chica no pudo continuar hablando y entrelazó sus manos entre las de Matt y Emet. Apretándolas con fuerza.

Después Ari con lágrimas en los ojos levantó la tierra de los montones con su barita y en un momento las dos tumbas estaban tapadas por completo.

Luego Matt clavó una espada a los pies de la tumba de Altor y Emet clavó una a los pies de la tumba de Daphne como era costumbre entre los guerreros de los reinos para marcar que allí yacía alguien que dio la vida por los reinos.

Antes de marcharse Tara y Ari dejaron colgando de la empuñadura de las espadas las guirnaldas de flores que llevaban en el pelo y todos se marcharon de allí, sin ánimos para mediar palabra.

Salieron de la cueva cubriendo sus cabezas de nuevo por las capuchas para resguardarse de la potente lluvia que lo encharcaba todo y subieron el sendero de vuelta al bosque.

Cuando cruzaban el bosque, bajo la desbocada tormenta, Claudia interrumpió el silencio y les dijo que fueran al gran salón, que encendieran una gran hoguera, que ella se reuniría en breve con ellos, pero que antes tenía que recoger unas cosas que le había pedido Emet.

Al llegar a la casa Emet se sentó junto a Tara, mientras Ari, Matt y Adrian encendía la hoguera.

- ¿No habrás dicho en serio lo de marcharte sola?- le preguntó Emet.
- Sí, me temo que sí- le contestó la chica apartando la mirada- no puedo permitir que ninguno de vosotros pierda la vida por mí.
- Pero no puedes irte sola.
- ¿No lo entiendes?- dijo la chica mirándole a los ojos- no soportaría tener que enterraros a ninguno de vosotros, sencillamente no podría.
- Yo no podría soportar que te pasase algo a ti.
- Eso es mi problema. Es mi destino, no el tuyo.
- No, no digas eso. Yo le juré al Oráculo que te protegería hasta el fin de mis días y así será.

- Pero creo que es culpa mía ¿Sabes?
- No digas eso, es culpa de quien nos traicionó.
- No, no lo entiendes.
- Pues explícame.
- Hace tiempo, yo soñé que esto pasaría.
- ¿Cómo que lo soñaste?
- Si, soñé que iba a pasar exactamente esto, lo que pasa es que cuando ella llegaba estábamos todos aquí y todos moríais.
- ¿Pero era exactamente igual?
- Si, salvo que Claudia moría también.
- ¿Entonces no era como un dejavú?
- No, pero las muertes de Altor y Daphne eran exactamente iguales
- Maldita sea Tara como no lo has dicho antes.
- ¿Por qué? ¿Qué pasa?
- Eso no era una simple pesadilla, era una premonición.
- ¿Qué?
- Si, como las visiones del oráculo.
- Pero no era exactamente igual que en sueño porque no estábamos aquí.
- Eso es a lo que le temo, porque si son como las del oráculo siempre tiende a ocurrir.
- Pero ya ha pasado. Espera un momento- dijo Tara dándose cuenta de lo que decía el chico- insinuás que va a pasar hoy.
- Claro, ¿no ves que estamos todos aquí?
- Vale, ve con Ari y crea un escudo entorno a la casa en cuanto Claudia cruce la puerta. Quien quiera que sea quien nos quiera atacar no entrará y si está dentro no saldrá.
- De acuerdo- dijo el chico.

Después se levantó rápidamente y cogió a Ari de la mano, para sacarla de la casa. Dejando a Adrian y Matt encargados de avivar la hoguera.

Cuando Claudia volvió del bosque traía consigo un puñado de frutas moradas engarzadas en unas ramas de color naranja con hojas azules y espinas verdes. Dejó las empapadas ramas encima de la mesa y les dijo a todos que se sentasen entorno a la hoguera. Mientras se acercaba a ellos, Tara pudo ver como se cerraban las heridas de los brazos de la joven por haber cargado con las flores de afiladas espinas.

Esperaron hasta que Emet y Ari regresaron de hacer el escudo entorno a la casa.

- Todos hemos sufrido una gran pérdida- empezó a decir la vampiresa- pero hay un problema mayor que nos incumbe en estos momentos. Tenemos que averiguar quién de nosotros es el traidor.
- Antes de empezar- comenzó a decir Emet mientras ponía una olla llena de agua en el fuego- le daremos la oportunidad al traidor de confesar.

Después de las palabras del chico un silencio sepulcral lo invadió todo. Todos se miraban los unos a los otros a la espera de que alguien se armase de valor y dijera algo, pero nadie lo hizo. Entonces el joven tomó las frutas de la mesa y las troceó dentro de la hirviente olla y una leve bruma centelleante salía de la mezcla.

Después añadió las hojas azules que había estado machacando en un mortero de cristal y las dejó caer dentro de la olla, haciendo que la bruma que desprendía se tornase un poco más densa y fugaz. Por último tomó una de las afiladas espinas verdes y pinchó el dedo índice de cada uno de los allí presentes dejando caer su sangre dentro de una pequeña vasija de cristal que también arrojó dentro de la olla.

Aquella mezcla hizo una pequeña explosión y después cogió el cazo para llenar trece cuencos de madera y le ofreció uno a cada uno de los allí presentes. Después se sentó junto a Tara.

- ¿Qué es esto?- preguntó Adrian mientras olisqueaba el brebaje con una muesca de asco

- Es un brebaje que nos dirá quién nos ha traicionado.- le contestó Emet
- ¿Cómo podemos saber que no nos estas engañando e intentas culpar a otro de lo que tú has hecho?- le preguntó Matt
- Ha hecho la poción perfectamente- dijo Nar- lo he vigilado con suma atención.
- Está bien, yo confío en él- dijo Tara- ¿qué le pasará al traidor?
- Nada grave, solo veremos brillar su piel como si se hubiese tragado una bombilla y se desmayará por un rato- dijo Emet- Para que no se diga que os quiero envenenar, yo seré el primero en tomármelo.

El chico tomó un gran trago y se bebió todo el contenido del cuenco de madera. Todos lo miraron fijamente durante unos segundos, al ver que no pasaba nada, Tara soltó el aire que retenía y lo abrazó. Después ella misma tomó el contenido de su cuenco y como era de esperar no pasó nada. Mientras los chicos se abrazaban Nar y Griu chocaron sus tazones a modo de brindis y bebieron su contenido. Después de un par de minutos de espera, no pasó nada.

Protervus se puso en pie y se tomó el contenido de su cuenco, al ver que no le ocurría nada Sixt hizo lo mismo. Tampoco le ocurrió nada a él, y se sentaron en sus sitios de nuevo.

Todos reían cuando tomaban el cuenco y no pasaba anda. Aunque sabían que no debería pasar nada, la angustia de tener que demostrar su inocencia los ponía a todos de los nervios. La tensión se podía mascar en el ambiente, pero se iba desvaneciendo poco a poco con cada uno de los tragos.

Dámaris bebió de su cuenco y Jahoel hizo lo mismo. Ambos pasaron la prueba. Ya solo quedaban Adrian, Ari, Matt, Claudia y Daniel. Todos los miraban atentamente a la espera de saber cuál de ellos cuatro era el traidor.

Capítulo 27

Daniel brindó con Ari y bebieron de sus cuencos. Al ver que no pasaba nada, se abrazaron llenos de alegría. Después bebió Claudia y el resultado fue el mismo que con el resto. Entonces Adrian miró a Matt y le dijo:

- Hermano, ¿Cómo pudiste?- dijo mientras tomaba su trago y echó su cabeza hacia otro lado, sin poder siquiera mirarlo a la cara.
- Lo siento- le dijo Matt con un hilo de voz, mientras lo miraba lleno de pesar y después clavó su mirada en Tara- realmente lo siento, yo no sabía que todo esto iba a pasar.

Dicho esto, el chico tomó el líquido de su cuenco mientras sus lágrimas corrían por sus mejillas, y su piel se iluminó con un brillo intenso y en el momento en el que la luminosidad desprendida por su piel llegó al máximo se desplomó en el suelo ante la atenta mira de todos, mientras se apagaba lentamente.

Tara no podía creer lo que veía, sus lágrimas corrían como ríos por su rostro mientras Emet la abrazaba con fuerza. Adrian, salió de la gran sala golpeando la puerta con todas sus fuerzas, guiado por la ira y Claudia fue tras él para intentar calmarlo.

Entre el caos que reinaba, Ari y Daniel cogieron el cuerpo del suelo y lo llevaron hasta la enfermería. Una vez allí, lo tumbaron en una de las camas y lo ataron fuertemente con grandes cadenas para evitar que se escapara.

Estaban poniendo el último de los candados en las cadenas que ataban al chico cuando Tara entró por la puerta. Al ver a la chica allí plantada, con la cara descompuesta por el dolor de la traición, Ari cogió a Daniel del brazo y lo sacó de la sala, dejándolos a los dos solos en la enfermería.

Tara se sentó junto a la cama donde el chico descansaba, parecía estar apaciblemente dormido. Las lágrimas de la joven acudieron de nuevo a sus ojos, pero esta hizo todo lo que pudo para contenerlas.

Cogió la mano del chico y cuando éste sintió el tacto de la cálida mano de la muchacha sobre las suya, algo centelleó bajo su piel y lo despertó como si le hubiesen dado una descarga eléctrica.

Abrió los enormes ojos azules y giró la cabeza para alcanzar a mirarla a través de sus mechones de pelo negro. El labio inferior de la chica temblaba mientras intentaba encontrar las palabras que expresasen lo que sentía.

- ¿Co... cómo pudiste Matt?- consiguió decir al fin.
- Yo...- empezó a decir el chico sin saber cómo continuar.

La joven giró su cabeza hacia él cuando oyó su voz, y a él se le partió el corazón al ver los negros ojos de la muchacha desbordados de lágrimas. No pudo aguantar más y giró su cabeza hacia el otro lado.

- ¿Cómo Matt?- le gritó la chica- Yo te quería, ¡maldita sea Matt! ¿No lo entiendes?
- Lo siento – dijo el chico apartando la mirada.
- Un “lo siento” no me basta- dijo la chica rompiendo a llorar- nos has traicionado, ¿No lo entiendes? Yo confiaba en ti, todos confiábamos en ti y ahora Altor y Daphne están muertos, y..., y...- la chica no pudo seguir hablando.
- No pensé que...
- Ese es el problema, ¡no pensaste!
- ¿y que querías que hiciera?
- ¿Cómo qué que quería que hicieras? ¿Estar a mi lado? ¿Seguir apoyándome, tal vez?
- No podía. No podía seguir viendo cómo te arrojabas en sus brazos y a mí me dabas de lado, y luego vino ella...
- ¿Cómo que te daba de lado? Yo siempre te he querido, espera un momento. ¿Quién vino?

- Nataly, al principio creí que eras tú cuando apareció en medio de mis sueños. Pero pronto me di cuenta de que no eras tú. Era diferente, pero me dijo que me deseaba, que de verdad me deseaba, no como tú que no hacías más que jugar conmigo, y después...- el chico cerró los ojos dejando caer una lágrima.
- ¿Después qué?, Joder Matt ¿Qué? ¿Y quién narices es esa Nataly?
- Despues me dijo que me podía curar, que podía hacer que volviera a ser un metamórfico. Devolverme mi alma. Solo tenía que dejar que entrase una noche en tus sueños a través de mí. Tampoco creí que fuera para tanto, solo era un sueño.
- ¡Dios, Matt!- dijo la chica hundiendo su cara entre las manos- es mentira, no te puede devolver tu alma. Solo te quería engañar.
- Pues yo la creí, tú no sabes lo angustioso que es ser un maldito Licántropo y cuando por fin me enamoro de alguien. Te doy toda mi alma y mi corazón, tú vas y lo tiras, me lo arrancaste del pecho y lo pateaste.
- Mi vida...- empezó a decir la chica.
- No, no sigas- la detuvo él.- ahora ya es demasiado tarde.

La chica cogió su cara y se perdió en sus profundos ojos azules, dejando que sus lágrimas recorrieran como ríos por sus mejillas. Entonces una luz violácea comenzó a emanar bajo la piel del chico y una bruma del mismo tono surgió por todas partes envolviendo al muchacho. Tara alargó su mano y cogió la del chico con fuerza, tan fuerte apretaba la mano del muchacho que sus uñas se clavaron en la piel del joven. Pero todo esfuerzo por mantenerlo junto a ella fue en vano, la bruma hizo que el chico desapareciera bajo sus dedos, se desvaneció a la par que la densa bruma que lo envolvía.

Una carcajada intensa y profunda lo invadió todo. Resonó en cada rincón de la casa, en cada pasillo y cada habitación. La malévola risa

hizo estremecerse a la chica y un frío glaciar invadió todo el edificio, trayendo la oscuridad a cada rincón.

Solo una palabra resonó en la mente de Tara, <<Nataly>> era ella, no había lugar a duda. Se había quedado dentro cuando Emet y Ari levantaron los escudos y no se iría de allí sin luchar. La chica salió corriendo, tenía que defender a sus amigos que aun permanecía en el salón, solo el recordar lo que les había hecho a Daphne y a Altor hizo que se revolviera el estomago.

Subió rápidamente las escaleras y cuando llegó al gran salón todos estaban bien, preparados para la lucha. Todos estaban listos, la chica se puso junto a ellos y un fuerte viento lo envolvió todos azotando sus cabellos, la misma bruma que le había arrebatado a Matt de sus manos se estaba formando ante ellos en forma de potente torbellino. Cuando la bruma empezó a desvanecerse se holló un chasquido de dedos y todos sus amigos se quedaron paralizados, helados en un instante.

Pero Tara no dejó que el miedo la invadiese, ni la controlase. La bruma terminó de desvanecerse y de su interior salió Nataly. Era una muchacha tan delgada y bella como Tara. La visión que se mostraba ante sus ojos era como mirarse ante un espejo, eran prácticamente iguales, salvo porque los ojos de Tara dejaban ver en su interior un alma buena y luminosa. Mientras que en los fríos ojos de Nataly lo único que se podía apreciar era una profunda oscuridad que podrían helar hasta al ser más poderoso.

Pero Tara no se amedrentó ante la terrorífica mirada de la joven, permaneció con la cabeza muy alta, con la barita en su mano derecha lista para atacar ante el más mínimo movimiento de la joven que había ante ella.

Al ver que no había miedo en los ojos de la joven, Nataly esbozó media sonrisa en su rostro, más de maldad que de alegría. Pero Tara ni se inmutó.

- Eres valiente Tara Nailing- dijo al fin la chica.
- No tengo por qué temerte- le contestó ella.

- No sé si eres muy valiente o muy estúpida.
- Lo mismo me estaba preguntando yo.
- ¿Sabes por qué estoy aquí?
- Ni lo sé, ni me importa. Lo único que quiero es que te marches de aquí y nos dejes a todos tranquilos.
- Mírala que mona- dijo dando unos pasos hacia delante- hasta parece una guerrera de verdad.
- No des ni un paso más- le advirtió Tara.
- ¿Crees que puedes mandarme? Serás ilusa, pobre huerfanita.
- ¿Cómo qué huerfanita? ¿Qué insinuás?
- Yo no insinúo nada, solo te informo que mientras tú estabas en orbe de los Susuradores yo fui a hacerle una visita a tu familia, se alegraron mucho de verte con vida. Creo que alguien les dijo que habías muerto o algo así, bueno, resumiendo, que esa noche una pequeña explosión de gas hizo añicos tú casa y a todos los que estaban en ella.

Al oír aquello las ganas de matar aumentaron de manera exponencial dentro del cuerpo de Tara, pero sabía que era poderosa, podía notar su poder, oscuro e intenso. Hacia todo aquello para enfurecerla y hacer que la atacase guiada por la rabia para poder destrozarla allí mismo y acabar con todos sus amigos. Pero Tara no sucumbió ante la ira y el dolor. Resistió estoica, sosteniéndole la mirada. Apretando la mandíbula para contener su rabia.

Nataly empezó a desesperar al ver que Tara parecía no inmutarse ni lo más mínimo por sus palabras. “¿Cómo podía ser que no sintiera ira o dolor?” Lo que ella no sabía es que si algo había aprendido Tara en este tiempo era a no dejar que las emociones la guiasen. Estaba dispuesta a matarla, pero no ahora. La haría sufrir una muerte lenta y dolorosa para que pagase por todo el mal que había causado.

- ¿No tienes nada que decir o hacer al respecto?- le dio al final Nataly rompiendo el silencio

Tara respiró hondo y eligió las palabras de su respuesta con sumo cuidado.

- No te atacaré- le contestó la chica- no te daré ese gusto.
- ¿ah no...?
- Eso es lo que deseas, quieres que baje la guardia para seguir matando a la gente que más quiero. Pues no lo permitiré.
- ¿Y cómo vas a impedírmelo si no piensas hacer nada?
- Yo no he dicho que no vaya a hacer nada, he dicho que no te voy a atacar ahora. Pero te juro por todo lo que es bueno y puro que tú morirás. Yo te mataré. Y no será rápido, ni agradable. Suplicaras por que acabe con tu suplicio pero no me apiadaré de ti, como tú no te has apiadado de los míos. Te aconsejo que te marches ya, antes de que cambie de idea y no sea tan clemente contigo.
- Tú no me das miedo.
- Entonces es que eres más estúpida que valiente.- le dijo Tara.

Nataly vio como una tremenda fuerza ardía en su interior, acumulándose en torno a Tara, alimentada por la enorme rabia y el odio que se estaba amontonando en su interior. Entonces Nataly se dio cuenta que era mejor marcharse rápidamente de allí antes de que una estúpida riña la dejara mal parada, así que farfulló algo y con una mueca de odio contenido se dio la vuelta y al levantar su capa el torbellino morado regresó rápidamente haciéndola desaparecer en cuestión de segundos.

Cuando la chica se marchó, el embrujo que había paralizado al resto, se deshizo y volvieron a respirar con una sonora inspiración. Pero antes de que dijeran nada, un golpe sordo resonó desde el exterior.

Al marcharse, Nataly rompió la cúpula de protección a su paso, dejando caer millones de pequeñas chispas verdosas desde el cielo, como una lluvia de pequeños cristales.

Todos salieron corriendo al porche para ver qué había sucedido con el escudo protector.

- Está aquí- dijo Ari al verlo centellear en el aire.- ha roto nuestras barreras y a entrado.

- No os preocupéis- dijo Tara saliendo despacio de la casa.
- ¿Cómo no quieres que nos preocupemos?- le dijo Adrian- sea quien sea, ha venido a terminar lo que empezó.
- Se ha ido- le contestó con resignación la chica.
- ¿Cómo que sea ido?- preguntó Emet- no entiendo nada, ¿Por qué no la hemos visto entonces?
- ¿No recordáis el torbellino de bruma del gran salón?

Todos se miraron unos a otros negando con la cabeza.

- Pues Nataly ha aparecido en medio del gran salón- comenzó a explicarles Tara- y os ha paralizado a todos.
- ¿Y qué ha pasado?- le preguntó Claudia.
- No gran cosa, hemos hablado y se ha llevado a Matt.
- ¿A dónde se lo ha llevado?- preguntó Adrian.
- Qué más da- dijo Emet- le está bien empleado.
- Tú no eres el más indicado para hablar- le calló Adrian- Bueno, ¿Dónde se lo ha llevado?
- No lo sé- le contestó la chica.- Lo hizo desaparecer en una bruma antes de que se oyera aquella risa malévolas por la casa.
- ¿Y qué vamos a hacer ahora?- Preguntó Adrian preocupado por el destino que sufriría su hermano en las manos de Nataly.
- Seguiremos con lo planeado- le contestó Tara- él se ha marchado por propia voluntad, estará bien. No te preocupes.
- ¿Cómo no quieres que me preocupe? Es mi hermano, ¿Es que ya se te ha olvidado lo que les hizo a Altor y Daphne?
- No, no se me ha olvidado. Pero ellos eran un obstáculo para ella. En cambio Matt...- la voz de la chica se apagó, no podía pronunciar aquellas palabras.
- En cambio Matt es su aliado- dijo Emet diciendo las palabras que Tara no podía pronunciar- mientras no se vuelva contra ella, todo le irá bien.

Después, todos se fueron a dormir. El día había sido demasiado largo y agotador para todos. Tara entró en su habitación, se quietó los zapatos y los dejó tirados en el suelo, dejó caer su capa y se tumbó sobre la colcha de la cama con los ojos abiertos como platos.

No podía dormir, su mundo estaba patas arriba. Todo lo sucedido con Nataly, Matt y lo que le había hecho esa golfa a su familia. ¡Dios! estaba dispuesta a matar a aquella arpía lenta y dolorosamente, pero no podía permitir que esos pensamientos se apoderasen de ella ahora. Si se dejaba guiar por la ira y la rabia nunca conseguiría lograr su objetivo y todos sus esfuerzos y los sacrificios de todos a los que quería habrían sido en vano. Tenía que lograrlo, por todos y cada uno de ellos.

Mientras Tara estaba sumida en sus pensamientos no se dio ni cuenta de que Emet había estado tocando a su puerta y viendo que la chica no contestaba había entrado. El chico estaba subiendo las escaleras que llevaban hasta su cama donde estaba ella tumbada.

Cuando la muchacha se dio cuenta de su presencia, se sentó en el borde de la cama y vio como él se sentó junto a ella. No dijo nada, la abrazó entre sus fuertes brazos apretándola con fuerza. Tara notó como sus problemas se esfumaban, se sentía bien, libre. Pasó sus manos por sus musculosos brazos y las llevó hasta su cara. Se apartó un poco y miro a sus hermosos ojos, uno era de un color verde intenso, con trazas marrones y el otro de color azul celeste, rodeado por un halo azul marino. Un suspiro salió de los labios de la joven y Emet no pudo esperar ni un segundo más, para besar su dulce boca en un beso intenso y apasionado. Él la abrazó con más fuerza y la tumbó sobre la cama. Los dedos de la chica se sumergieron en su sedoso pelo. El joven bajó su brazo izquierdo haciendo que la chica arquease su espalda hacia él y dejando que su mano quedase a la altura de su cadera, acercándola aun más a él. La chica bajó sus manos buscando el borde de su camiseta y se la sacó por la cabeza. Despues él pasó su mano derecha por detrás de su cuello besándola

con tal pasión que la hizo estremecerse y terminó de bajar su mano izquierda por el muslo de la chica y subió su pierna junto a él.

Tara soltó sus manos del chico y se desabrocho los botones de su camisa dejándola caer al lado de la cama y volvió a abrazar con fuerza sus definidos músculos.

Dejándose llevar por la pasión pasaron aquella fría noche. Cuando despuntó la mañana la luz entró por los inmensos ventanales que imitaban el exterior, dejando que la cálida luz acariciara la fina piel de la chica y Emet la miraba completamente enamorado, absorto por la belleza de la joven bajo la luz del alba.

La chica abrió los ojos y se ruborizó al ver la cara de felicidad con la que el joven la admiraba, se acercó a él y besó sus dulces labios con sabor a caramel. De nuevo se dejaron llevar por la pasión una y otra vez durante todo el día sin salir de la habitación hasta que el sol se puso en el horizonte.

Capítulo 28

Después de la cena, todos se fueron a prepara sus cosas para partir. Había llegado el momento de comenzar a llevar a cabo su misión. Irían hasta el orbe de los Cambiantes para enfrentarse a Alice, y después al orbe de los Susuradores para enfrentarse a Cedric y por último irían a luchar contra Oriol, el rey de los Hechiceros. Viajarían todos juntos, ya que después de lo sucedido la noche anterior Tara sabía que Nataly no pararía solo porque la joven no estuviera con ellos. Como ya había demostrado con su familia. Sí estaban junto a ella al menos podría intentar mantenerlos a salvo.

Una vez terminaron de prepararlo todo se reunieron en el porche de la casa. Cuando Tara salió al amparo de la luna vio que había un grupo de Puners pastando frente a la casa.

- ¿Quién ha enviado estos Puners?- preguntó la chica.
- Yo los solicite hace ya tiempo- le contestó Claudia saliendo por la puerta con una mochila a su espalda- ¿no creerías que íbamos a viajar usando nuestros dones, como hicisteis la última vez?
- ¿Vamos?- le preguntó Tara extrañada- ¿Es que tú también vienes?
- Emet rompió las cadenas mágicas que me ataban a este sitio hace un rato.
- ¿Pero los que te encerraron aquí no se darán cuenta?
- Para entonces estaremos muy, muy lejos.- dijo la vampiresa con una sonrisa en la boca dejando ver sus afilados colmillos.
- ¿Pero qué pasará después? Si te encuentras quiero decir.
- Si todo sale bien, cuando me encuentren tú ya serás reina y ellos no tendrán ningún poder sobre mí.
- Bueno, está bien.
- ¿Recuerdas como se viaja en Puner?- dijo mientras acariciaba el lomo de uno de los animales que pastaba tranquilamente.

- La verdad en que no sé. Cuando vinimos me trajo Emet en el suyo.
- Bueno, no te preocunes. Ya aprenderás.
- ¿Por qué solo hay tres Puners?
- Porque no me podían enviar más. Así que tendremos que viajar por parejas. Yo iré con Adrian, Ari que vaya con Daniel y tú iras con Emet. ¿Te parece bien?
- Perfecto- dijo la chica sonriendo.
- Solo tendremos un pequeño inconveniente.
- ¿Cuál?
- Que solo podremos viajar de noche.
- Es cierto, no me acordaba de tu problemilla con la luz.

Claudia dejó escapar una leve carcajada al oír que Tara llamaba "Problemilla" a lo de la luz. Si para ella solo era un mal menor el no poder viajar por el día, era porque sus problemas eran mucho mayores. Al pensar en todo el peso que recaía sobre los hombros de la joven, Claudia sintió una infinita lastima por ella. Pero si Tara está dispuesta a conseguirlo, lo conseguiría y ella estaría junto a la joven para ayudarla todo lo que pudiera. La vampiresa se acercó hasta donde estaba Tara y le dio un fuerte abrazo para que supiera que estaría con ella pasara lo que pasara.

Mientras la abrazaba todos los demás habían llegado al porche. Después ensillaron a los Puners y se dispusieron a partir.

Tara subió de un salto a la espalda del Puner, justo detrás de Emet, haciendo caso omiso a la mano que él le tendía para ayudarla a subir. Cogió los cascos y las gafas y se los enfundó lista para despegar.

Fue justo entonces cuando el chico comprendió que ella ya no era la asustadiza e indefensa muchacha que llevó desde los acantilados hasta la isla de Estel hacia ya tantos meses.

Las potentes alas de los Puners empezaron a batir con fuerza y los enormes osos blancos se levantaron del suelo volando hacia el sur a toda velocidad. El aire golpeaba contra la fina piel de Tara y ésta se

acomodó en la cálida espalda del chico, envolviéndose en su calor y en su aroma.

El viaje durante un par de noches. Utilizaban los días para descansar y tomar fuerzas, puesto que Claudia no podía viajar en esas circunstancias. Al tercer día de viaje, cruzando montañas, lagos, llanuras y desiertos, llegaron por fin a su destino. Un denso bosque de árboles inmensamente grandes, tan altos como secuoyas y tan frondosos como cipreses. Los enormes animales tomaron tierra en un claro que había en lo alto de una colina desde donde se oteaba todo el inmenso paisaje. Los chicos bajaron y dejaron libres a los animales, con instrucciones de regresar a por ellos en una semana. Después escondieron las monturas entre la hojarasca y Tara pasó su barita sobre ellas para ocultarlas a la vista de cualquiera que se acercara por allí, aunque por el aspecto de aquel lugar no pasaba nadie por allí desde hacía mucho, no podían fiarse.

Entraron por una estrecha cueva, apartando como podían las inmensas telas de araña que cubrían la entrada en los primeros metros del túnel. Cuando la oscuridad se hizo absoluta y ni la más mínima brizna de luz lunar podía entrar hasta tal profundidad, conjuraron unas antorchas que no iluminaban mucho más allá de sus pies, pero eran suficiente para que no cayeran por el precipicio que había a cada lado del pasillo por donde andaban ahora.

Tara observaba el techo de la cueva, que había ganado altura conforme avanzaban, estaba cubierto por una infinidad de filamentos con miles de gotitas colgando de ellos, brillando como un cielo estrellado y danzando levemente en sus delicados hilos. La chica se quedó boquiabierta ante tal espectáculo de color en un lugar tan inesperado. Dio un traspie con una roca del suelo y cayó sobre Ari, haciendo que las dos rodaran por el suelo hasta el abismo que había a los lados del pasillo que recorrían.

El corazón de Tara empezó a latir tan rápido que le retumbaba en los oídos, Ari había conseguido agarrarse al borde con su mano izquierda, pero pronto cedería al peso de las dos. Tara no lo pensó ni

in segundo, desplegó sus enormes alas y levantó el vuelo, depositando a su amiga en un lugar seguro. Se colocó junto a ella y recogió sus alas.

Levantó la vista y se dio cuenta de que todos se habían quedado anonadados mirándola. Ninguno de ellos había visto sus alas salvo Daniel. Todos la miraban sin creer del todo lo que acababan de ver, era como si hubieran visto un fantasma. Incluso Adrian se frotó los ojos para comprobar si lo que había visto era real.

La chica se quedó extrañada ante la expresión de sorpresa de sus amigos. Al verla tan sorprendida, Daniel soltó una carcajada.

- No deberías de mostrar tus alas fuera del orbe- le dijo el chico
- Lo siento, no sabía que no las podía sacar fuera de allí.
- No, yo no he dicho que no puedas. He dicho que no debes, que no es lo mismo. Sino dejarás a la gente tan alucinada como a ellos.

La chica echó un vistazo a sus amigos y vio que seguían perplejos. Los chicos no sabían cómo reaccionar, las alas de la joven eran como las de los ángeles, eran tan hermosas como un amanecer y tan luminosas como la luz del medio día. Incluso para ellos, grandes guerreros de los reinos, que habían visto cientos de extrañas criaturas a lo largo de los años, les resultaba increíble ver ante sus ojos a un verdadero ángel. Tan bello como los de los antiguos retratos y esculturas.

La chica no dijo nada, y su sangre trepó hasta su rostro para ruborizar sus mejillas, mientras apartaba a los demás para ponerse en cabeza y seguir avanzando hasta la puerta que buscaban. Todos la siguieron y no tardaron mucho en encontrarse con una enorme puerta de madera con un pomo dorado.

La chica alargó su mano y giró el pomo entrando en una sala tallada en la roca de la cueva, iluminada por una infinidad de antorchas que se encendieron solas en las paredes cuando los jóvenes entraron en la gran sala.

En el centro había una gran mesa redonda, hecha de mármol negro con vetas blancas y entorno a la mesa había una inscripción en el lenguaje de los reinos. Tara pasó sus dedos por encima del relieve de la escritura leyendo con sumo cuidado cada una de las palabras, mientras andaba en torno a la mesa.

Cuando la chica terminó de leer las palabras talladas en la mesa, las vetas blancas empezaron a moverse, cada vez con más velocidad, arremolinarse en torno al centro de la mesa, hasta que al final se movían a tanta velocidad que las líneas desaparecieron dejando tan solo una superficie negra que poco a poco fue hundiéndose, dejando en su lugar un profundo agujero en el centro de la sala.

- ¿Este es el portal?- preguntó la joven.
- Si, este es- le contestó Adrian.
- ¿Y cómo se supone que vamos a cruzarlo?
- Es sencillo- le contestó el chico mirando el oscuro agujero.- saltando.

La chica abrió los ojos como platos mirando al enorme agujero y después levantó la vista para mirar al chico con la misma expresión de incredulidad.

- ¿En serio quieres que saltemos por ahí?
- Por su puesto. ¿Cómo quieres cruzar si no?
- Pero... ¿Dónde caeremos?
- ¿Quién sabe?- dijo el chico sentándose en el borde del abismo.

Después saltó a la profunda oscuridad, su caída se vio frenada a una altura donde las antorchas aun podían alumbrar y todos vieron como una densa gelatina de color azul oscuro lo envolvió y se lo tragó poco a poco. Después se oyó un chapoteo y la voz de Adrian se oía tenue desde la distancia, animando al resto a que bajasen con él.

Los demás no se lo pensaron mucho más, dejaron las antorchas en el suelo que se fueron apagando poco a poco mientras ellos saltaban. Todos se sumergieron en aquella densa gelatina verde que se los tragó y los dejó caer en el agua helada de un profundo pozo,

alumbrados únicamente por la verdosa luz que se filtraba a través de la puerta.

Esta se cerró despacio mientras ellos chapoteaban en las congeladas aguas.

- ¿Dónde estamos?- preguntó Tara.
- Estamos en la entrada más directa al Palacio de Anftrac, donde vive la reina Alice- le contestó Claudia.
- ¿Sois conscientes de que estamos en un pozo tapiado? Desde aquí no iremos muy lejos.
- No seas impaciente- la calmó Adrian.
- Esta es una entrada que pocos conocen- le empezó a explicar Claudia- Los pozos del castillo están todos comunicados entre sí por canales subterráneos.
- ¿Pero como llegaremos has el interior del castillo?
- Es sencillo- dijo Adrian- adopta la forma de sirena y baja hasta el túnel que comunica este con el resto de pozos, localiza el camino más rápido hasta el pozo de la plaza central. Después ven aquí y te seguiremos.

La chica no dijo nada, aunque el plan no la convencía del todo, dejó que la fría agua entrase en su cuerpo y se introdujera en cada una de sus células. El veneno de sirena se apoderó de todo su cuerpo y una enorme cola apareció donde antes habían estado sus piernas, cuando aparecieron las branquias tras sus orejas la chica se sumergió en las profundas aguas un par de metros. Sacó su barita y dejó que iluminase el camino a su paso.

La joven se encontró con un enorme agujero que traía una fuerte corriente de agua un poco más cálida que la de que había más arriba y aquello extrañó a la chica. Siguió la corriente cálida por una serie de pasadizos, dejando atrás siete pozos como el suyo. Pero ninguno de ellos era el que buscaba. En realidad no sabía muy bien lo que estaba buscando, pero estaba segura que cuando lo encontrase sabría que ese era el lugar adecuado.

Como ella presentía, supo que estaba allí. La luz de la luna llena le iluminó la cara al llegar a un pozo el doble de grande que los anteriores. Era allí, aquel era el pozo de la plaza central.

La chica clavó su varita en la pared del pozo y regresó nadando a toda velocidad por los oscuros túneles a través de la cálida corriente que interconectaba los pozos, hasta que dio con sus amigos.

Todos la esperaban impacientes y al verla aparecer Adrian tomo la forma de un inmenso atún, Ari chasqueó sus dedos e hizo aparecer en su espalda una bombona de aire y unas aletas de buzo en sus pies. Emet se conjuró a sí mismo con su barita haciendo que en tras su orejas salieran un par de branquias como las de Tara y Claudia no necesito nada, pues no respiraba. Tara tiró de la cuerda que salía de su varita haciendo que esta emitiera una luz violácea que iluminó el camino de regreso al pozo de la plaza central.

En cuestión de minutos el equipo llegó hasta el pozo. La chica sacó su barita de la pared y se sumergió hasta lo más profundo del pozo. Aleteó con todas sus fuerzas elevándose con tanta potencia que llegó hasta lo más alto del pozo. Mientras la chica se elevaba, su cuerpo de sirena se transformó de nuevo en el de humana. Esta cayó el exterior con una pierna hincada en el suelo y la otra flexionada donde apoyaba su mano. Levantó la vista un instante y miró a su alrededor, estaba dentro del enorme castillo, en la plaza central, rodeada por inmensas paredes salpicadas con majestuosos ventanales. Fijó su vista al frente y vio a cinco guardianes que se aproximaban hacia ella desplegando sus afiladas armas.

Empuñaban unas enormes cuchillas sujetadas por la parte posterior por un palo de madera, desde donde las asían los guardianes. Tara se dio cuenta de que no tenía tiempo de sacar a sus amigos del pozo.

Adoptó la forma de un enorme lobo con afiladas garras envueltas en una poderosa bruma violácea. La chica no pretendía matar a los guardias, pero debía desarmarlos antes de que la alcanzase, porque

por lo visto no parecía que ellos tuviesen las mismas intenciones hacia ella.

Tara corrió a toda velocidad y derribó al guardia que venía más adelantado arrebatándole su arma antes de que este se diera cuenta. El soldado se quedó inconsciente por el golpe que recibió en la cabeza al caer al suelo. La chica se defendió del ataque de los dos siguientes con el arma del primero. Hizo caer al primero de ellos al desgarrar su pierna con las garras, mientras este se retorcía de dolor en el suelo la chica cortó la mano del segundo con la enorme cuchilla, haciendo que su mano cayera al cuelo mientras aun sujetaba su arma. Los últimos guardianes, eran más rápidos y feroces que los primeros.

Al ver que la chica luchaba como un Licántropo, uno de ellos adoptó la forma de lobo también, cuando la chica lo vio convertirse tan rápido y de una forma tan explosiva como lo hizo, supo que no podría luchar contra él con su forma de lobo, así que se convirtió en un enorme dragón, tan grande y aterrador que incluso ella misma se asusto al ver en lo que se había convertido. Nunca había creado la conexión con un dragón, si que era cierto que había tocado uno en el orbe de los Hechiceros, pero en teoría no bastaba con eso para poder adquirir su aspecto. Pero ahora no era el momento ni el lugar para ponerse a pensar en eso, así que despejó su mente y se enfrentó a los dos guardianes que estaban ante ella, lanzó al que había adquirido la forma de Licántropo a unos diez metros, de un zarpazo, pero el otro la alcanzó con su potente cuchilla antes de que se diera cuenta. Una honda de furia atravesó su mente por un instante y antes de que se pudiera controlarla, una potente llamada había salido de su boca chuscarriendo al guardián, dejándolo convertido en un montón de cenizas. Se quitó la cuchilla de su pierna reprimiendo un grito de dolor y después retomó su forma normal.

No sabía cuánto tiempo les quedaba hasta que llegasen nuevos guardias, así que rápidamente chasqueó los dedos haciendo aparecer

un cabo. Lo ató a una de las enormes columnas del inmenso patio y se lo lanzó a sus amigos.

Poco a poco fueron saliendo uno detrás de otro del pozo, todos chorreando, empapados por aquella gélida agua.

Tara los guió hasta el interior y dieron con una sala aparentemente vacía. Una vez allí, Emet agitó su barita y pronunció unas palabras en voz baja intentando controlar el temblor de su labio inferior. En un instante todos ellos, no solo se secaron de inmediato sino una tenue luz los iluminó por un instante haciéndolos completamente invisibles a la vista de todo el mundo ajeno a ellos. Ari hizo aparecer un ataúd de la nada para que Claudia pudiera descansar y los demás extendieron sus sacos para dormir por turnos, y vigilar que nadie los descubriese durante el día que comenzaba a despuntar.

Capítulo 29

Daniel despertó a Tara para que lo relevase en la guardia. La chica se sentó en su saco de dormir y se frotó los ojos. <<Tara>> le pareció oír a lo lejos, era más un susurro del viento que una voz. Se volvió hacia Daniel que se estaba quitando los zapatos para tumbarse a dormir un rato y le preguntó si él había oído algo. El chico prestó un poco más de atención al silencio pero no logró oír nada. Le dijo que se tranquilizase, que no había pasado nada ni nadie en todo el día. Solo faltaban unas horas para que cayera la noche y la de Tara era la última guardia que quedaba antes de comenzar su incursión en el enorme castillo.

La chica se puso en pie y se estiró, mientras daba vueltas en círculo por la habitación para despejarse. De repente aquel susurro volvió a sonar <<Tara Nailing>> esta vez estaba segura de haberlo oído, se giró hacia donde estaban los demás, pero todos dormían. Estaba segura de que no les pasaría nada si ella salía a investigar que era aquello que la llamaba, como había dicho Daniel “no había pasado nada, ni nadie por allí en todo el día”.

La joven abrió la puerta con sumo cuidado y la cerró tras de sí sin hacer ningún ruido. Empezó a andar por los largos pasillos del castillo, iluminados únicamente por la luz del crepúsculo que entraba a raudales por las enormes cristalerías, salpicando los pasillos de fuego y oro. La voz que la llamaba cada vez era más insistente, repetía su nombre una y otra vez. Cada vez más alto, Tara sabía que se estaba acercando, cuando giró por uno de los pasillos se encontró de frente con un par de guardias que hacían su ronda. El corazón de la chica empezó a martillearle en el pecho y contuvo la respiración de la impresión. Pero enseguida recordó el embrujo que les había hecho Emet para ser invisibles y soltó el aire aliviada. Pasó con sumo cuidado entre ellos evitando tocarlos, pero cuando estuvo a su lado uno de ellos se detuvo en seco y el tiempo se paró con él. Olisqueó el

ambiente, intentando impregnarse de la fragancia que le había parecido oler.

- ¿Qué sucede?- le preguntó su compañero
- Me pareció oler algo
- ¿Algo como qué?
- No sabría decirte, no es de este orbe.
- ¿Tal vez el intruso que atacó a los guardias del patio?
- No sabría decirte. Allí fuera solo olía como si hubiera luchado contra ellos otro Cambiante, pero este olor es diferente. No sabría decirte de donde viene, ni que es.
- ¿No dijeron que allí olía como si hubiesen venido también seres de otros orbes?
- Sí, pero era distinto. Aquellos olores pertenecían a seres diferentes.- dijo paladeando el aroma que lo rodeaba- Esto es algo que yo no he oido nunca.
- ¿Quieres decir que es un solo ser?
- Sí, pero no es de ningún orbe, y a la vez pertenece de todos.
- ¡Otra vez!, lo mismo dijiste en la habitación de la segunda planta y como ya te dijo el capitán, eso es imposible.
- Es cierto- dijo este frotándose la cabeza- será que llevamos demasiadas horas de guardia.
- Puede ser. ¡Anda! continuemos con la ronda, que tengo ganas de regresar a casa.

Después los hombres se marcharon y Tara volvió a mover sus engarrotados músculos, que habían estado manteniendo la posición sin moverse ni un milímetro para evitar que la detectaran. Habían dicho que habían oido algo como ella en la segunda planta, quizás fuese eso lo que la llamaba. Rápidamente pasó por su mente la solución: Nataly. Seguro que era ella que venía a por el Crocten de Alice. Pues no se lo permitiría, no le hizo nada la última vez, pero ahora se enfrentaría a ella y así ya no molestaría más.

La chica subió las escaleras decidida a terminar con Nataly, siguió la voz que la llamaba a través de los pasillos de la segunda planta

hasta dar con la habitación desde donde procedía la voz. Tara se apoyó sobre la puerta y sacó la varita de su cinturón, empuñó el frío pomo y lo giró con sumo cuidado. Sabía que Nataly la estaría esperando.

Entro de golpe en la habitación, varita en mano y al cruzar la puerta se frenó en seco. No era Nataly quien la esperaba al otro lado de la puerta. Era una mujer de unos veinticinco años, que aguardaba la llegada de la chica sentada sobre la mesa de madera que había en el centro de la habitación. Era una mujer delgada, con una piel pálida y una larga melena de pelo rubio ensortijado, recogido en una cola. La mujer lucía una espléndida sonrisa y unos ojos verdes que a pesar de su juventud parecían cansados, haciendo que sus ojeras resaltaran sobre la pálida piel de la joven.

- ¡Ya era hora de que aparecieses Tara Nailing!
- ¿Cómo sabes mi nombre?
- ¿Cómo no saberlo? Es un secreto a voces por todos los Orbes lo que tú y tus amigos pretendéis hacer.
- ¿Quién eres tú?
- Es cierto, que maleducada soy. Después de tantos milenios, aun se me olvida presentarme. Soy Isabell Roland.- dijo la mujer alargando su mano.
- ¿Isabell? ¿La gran reina de los Orbes?
- Hace mucho que nadie me llama así- dijo la joven sonriendo resignada.
- Pero... Pero tú... Me dijeron que estabas muerta.
- No puedo morir, aunque quiera. Al igual que tú.
- Entonces, ¿Qué fue de usted?
- Háblame de tú querida, que no me gusta que me hablen como si yo fuera mejor que nadie.- dijo saltando de la mesa- En cuanto a tu pregunta, cuando creí que ya no les hacía falta, simplemente me quité de en medio.
- ¿Y qué haces aquí? ¿Por qué has vuelto?

- Porque creo que necesitas mi ayuda. Si no hubiese sido por todos los que me ayudaron a mí, yo jamás habría conseguido mi propósito y creo que ya va siendo hora de que yo haga lo mismo por ti.
- Muchísimas gracias señora, quiero decir Isabell.
- No me des las gracias, aun no sabes ni siquiera cómo te voy a ayudar.
- No importa, toda ayuda es buena, por pequeña que sea.
- Veo que era una chica lista. Eso está bien. Bueno yo te quería dar esto- dijo la mujer chasqueando sus dedos.

De la bruma violácea que surgió de su chasquido apareció un escudo. El escudo estaba dividido en cuatro partes iguales, y en cada una de ellas estaba el símbolo de un orbe.

Tara se agachó junto al escudo y lo revisó con la mirada. En el extremo inferior izquierdo se podía ver sobre un fondo azul la espiral alada igual que la que llevaban tatuada los Cambiantes. Salvo por un pequeño detalle, donde debería estar la luna que representaba a los Licántropos había un hueco vacío. A su lado, en la esquina inferior derecha se podía ver el árbol de los Susurradores, con sus largas raíces formadas por serpientes y sus ramas cubiertas por plumas en lugar de hojas, sobre un fondo rojo, era exacto al tatuaje de Daniel, salvo por que en el centro de la copa del árbol había un hueco igual que en la otra parte del escudo. Tara siguió revisando el escudo pasando los dedos por el relieve que formaba las figuras. Detuvo sus dedos en el hueco del ojo de la cabeza del dragón que parecía mirarla, sereno sobre su fondo verde y por último en el extremo izquierdo de la parte superior, había una estrella como la de su collar sobre uno fondo blanco. Era idéntico a su colgante, salvo que en el centro en lugar de haber un corazón había otro hueco similar al de las demás porciones de escudo. La muchacha se llevó la mano al cuello y tiró del negro cordón que sujetaba el colgante de su abuela.

- ¿De dónde has sacado eso?- le preguntó Isabell abriendo los ojos como platos al ver lo que colgaba del cuello de la joven.

- Me lo dio mi abuela antes de morir.
- ¿y no te dijo nada?-dijo la mujer cogiendo el colgante entre sus largos dedos- cuando te lo dio quiero decir.

Tara se quedó pensativa por un momento, intentando recordar las palabras exactas.

- Me dijo que esto me protegería, y que algún día seguro que me sería útil. Que yo era su legítima dueña. Nunca comprendí muy bien a lo que se refería, pero no me dio más explicaciones.
- Yo le di ese amuleto a una de las pocas humanas que después de todo siguió siendo de mi confianza. Ella guardaría el Crocten de los Humanos hasta que otra como yo regresase. Ella se lo pasaría a su hija y esta a la suya. Así generación tras generación.
- ¿Entonces donde está el Crocten?
- ¿No te lo dijo tu abuela?
- No, no me dijo nada.
- Pues tendrás que ir a donde quiera que esté enterrada para investigar. Seguro que hay alguna pista que te guíe hasta el Crocten Humano.
- ¿Cómo supiste que llegaría hasta mí?
- Me lo dijo el Oráculo. Cuando me predijo que tú y tu hermana naceríais.
- ¿Entonces él también sabía la existencia de Nataly? ¿Por qué no me dijo nada?
- No podía, él solo puede hablarte sobre ti y tu futuro.
- ¿También la has visitado a ella?
- No, yo no creo en lo mismo que ella. Igual que no creía en lo mismo que Cristal.
- ¿Cristal?
- Mi hermana, ella era igual que Nataly, tan vengativa y oscura.
- ¿Qué pasó con ella?

- Murió.- dijo la mujer en un tono inquietantemente despreocupado.
- No se supone que nosotras no podemos morir.
- Se suponía, pero la ira que me provocó fue tal que me tuvo ofuscada, obsesionada con matarla durante diez largos años.
- Pero al final lo conseguiste. ¿Cómo lo hiciste?-le preguntó la chica intrigada, con la esperanza de dar con una forma de acabar con Nataly.
- Eso me lleva a mi segundo regalo- dijo la mujer chasqueando de nuevo los dedos.

Entre sus manos la bruma violácea empezó a tomar una forma largada, la mujer sopló y apareció una espada de algo más de un metro de larga. La hoja de la espada estaba dividida en tres partes y surcada por un nervio dorado. Cuando la joven la tomó entre sus manos y le pareció que las divisiones entre las distintas partes de la espada brillaban en tonalidades distintas sobre el frío metal que empuñaba entre sus manos.

- La punta fue forjada por el fuego de un dragón de hielo y enfriada en la sangre de veinte Hechiceros traidores, para retener su poder en el interior de la espada.
- ¿Un dragón de hielo?
- Si, una curiosa especie de dragones que solo escupen fuego una vez en su vida. Por razones obvias.
- ¿Y el resto de la espada?
- La parte central se forjó en el fuego del infierno y enfriada en la sangre de diez demonios
- ¿y la otra parte?
- La parte más cercana de la empuñadura se forjó en las entrañas del volcán Astúr, lugar donde se forjaron los Croctens y enfriada en la sangre de Vampiros, Licántropos, Úlcidos y Sirenas.
- ¿Y la empuñadura?
- La empuñadura se hizo en el orbe Humano.

- Pero si las partes se hicieron por separado, ¿Cómo puede ser que sea una espada tan poderosa?
- Ves esto- dijo la mujer señalando la línea dorada que unía cada una de las partes- está hecha de mi propia sangre. Ésta espada tiene una parte de mí y de Cristal. Parte de nuestro poder y nuestra fuerza. Solo con ella podrás vencer a Nataly.
- ¿Qué pasará con ella si la atravieso con esta espada?
- Que sus dones se quedará encerrado en la espada, dándole a quien la empuñe todo su poder. De esta forma Nataly se volverá mortal y morirá.
- ¿Entonces esta espada tiene tus dones?
- Solo parte de ellos, puesto que no me mató.

Tara cogió con fuerza la espada por la empuñadura y la puso horizontal a ella, comprobando la alineación del arma y su ligereza. Sabía que atravesaría con ella a Nataly, pero no la mataría en seguida. Cortaría sus dedos, falange a falange. Después cortaría sus muñecas y por último sus brazos a la altura de los hombros. También cortaría sus orejas, su nariz y su lengua. Le sacaría los ojos y rajaría su vientre lentamente para que su sangre resbalase caliente por su piel. Sacaría sus intestinos anudándolos una y otra vez, después rompería su caja torácica, clavando todas y cada una de sus costillas en sus pulmones perforándolos. Tara disfrutaba sabiendo que su dolor sería incommensurable, pero no moriría. Cuando su sufrimiento fuera suficiente para pagar todo el año que había hecho, atravesaría su corazón con la espada y terminaría con su vida absorbiendo sus poderes y reteniéndolos en la espada para siempre.

Tara volvió de sus macabros pensamientos y se dio cuenta de que Isabell ya se había ido. Los últimos rayos de sol se extinguieron en el horizonte, así que la joven tomó el escudo y la espada de encima de la mesa y regresó rápidamente a la sala donde estaban los demás descansando. Cuando llegó allí aun dormían todos, pero se despertaron al oír cerrarse la puerta cuando Tara entró en la sala.

Capítulo 30

- ¿Qué pasa?- preguntó Ari entre bostezos, mientras estiraba sus brazos.
- Nada, pero deberíais ir despertando. La noche ya ha caído y tenemos que terminar lo que hemos venido a hacer aquí.- dijo Tara mientras golpeaba el ataúd con la palma de su mano para despertar a Claudia.
- ¿Qué es eso?- preguntó Emet señalando con la cabeza lo que la chica llevaba en la mano, después de ponerse la camiseta.
- Esto- dijo la chica mirando el escudo y la espada que traía en la mano- es una larga historia.
- Pues empieza, porque no tenemos demasiado tiempo- le dijo Claudia mientras salía del ataúd y se pasaba los dedos por el pelo para quitarse los enredos.

La muchacha les contó todo lo sucedido en las últimas horas con Isabell. Todos se quedaron atónitos ante el relato de la joven, porque hacía siglos que nadie sabía nada de ella. Muchos la dieron por muerta y otros tantos solo pensaba que se escondía, agotada por su longevidad. Pero ella la había visto, seguía tan joven como siempre y estaba de su parte.

Cuando terminaron de recoger las cosas, Claudia tomó le enorme cuchilla que Tara le había arrebatado al guardián la noche antes, Ari hizo aparecer una gran lanza con una punta afilada por un lado y dentada por el otro, para dársela a Daniel. Así el joven podría defenderse sin llamar la atención llevando una bola de fuego incandescente entre las manos. Emet y Ari empuñaron sus baritas y Tara salió en cabeza cargada con la potente espada y el escudo que resultaba sorprendentemente ligero.

Salieron de la oscura habitación y empezaron a deambular por los pasillos iluminados por la luz de la luna que entraba por los ventanales. La chica miró a través de uno de ellos y vio como en el

patio se hacía el cambio de guardia. Esa era su única oportunidad de llegar hasta la reina sin que se interpusieran en su camino. Subieron las largas escaleras de madera que conducían a los niveles superiores. Cada nivel era diferente, puesto que cada uno estaba hecho por un reino distinto. Tenían que llegar hasta el piso más alto, el construido por los Licántropos. En él estaba la cúpula de la luna, donde se encontraba el salón del trono.

Todo parecía ir sobre ruedas, eso parecía. Cuando subieron los escalones para acceder al último nivel una brisa pasó a su lado, tan rápida y fugaz que no parecía más que eso, una leve brisa. Como la causada por una ventana abierta. Pero ni mucho más lejos de la realidad. Cuando terminó de subir los últimos escalones vio una afilada cuchilla ensartada en una larga lanza a un palmo de su frente.

La brisa que los había pasado eran un grupo de guardianes del reino de los Vampiros, rápidos y sigilosos, que antes de que se dieran cuenta los habían pasado. Claudia iba a atacar, pero Tara le hizo una señal con la mano, indicando que esperara. La chica cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, eran rojos como el fuego, ardían dentro de sus cuencas.

El guardián se asustó un poco al ver los ojos de la joven y retrocedió un paso, pero enseguida volvió a coger la lanza con fuerza. Tara pudo sentir la fuerza y el poder de todos los que la rodeaban, las auras eran más rojizas que azuladas. Con esos ojos podía ver sin mirar, sentir a los demás sin necesidad de verlos. Su cerebro se movía tan rápido que empezaba a ser vertiginoso. Rápidamente pudo comprobar que había seis guardias. Tres en la parte de arriba y otros tres detrás de ellos impidiendo que escapasen por la retaguardia.

Cuando los tuvo localizados cerró los ojos. El guardia que la apuntaba miró al resto extrañado por el comportamiento de la joven. Pero los demás se limitaron a encogerse de hombros en lugar de decirle como actuar, así que este sacó sus colmillos para intentar parecer aun más amenazador si cabía.

Tara respiró hondo y puso toda su concentración en evadirse de la situación. Se encerró en su mente, escudriñando cada rincón. Tenía que ponerse en contacto con sus amigos, no podía permitirse perder más tiempo. Si los detenían, Nataly les sacaría demasiada ventaja. Al final encontró algo en la oscuridad de su mente, era una luz que brillaba al final del camino. La chica se dirigió hacia ella y consiguió contactar.

Estaba en la mente de Emet, todo estaba ordenado, no era como la suya. No era tan oscura, tan caótica, pero había zonas oscuras y aterradoras ocultas entre las sombras. El resto de su mente era un largo pasillo de paredes blancas, había puertas abiertas que evocaban recuerdos de cientos y cientos de años de vida del joven. Allí dentro también había puertas cerradas, era como si el joven guardase un enorme secreto que no podía dejar escapar, algo dentro de ella le empujaba a forzar las cadenas que cerraban aquella puerta, pero luchó contra aquel impulso. Tenía que encontrar la conciencia del joven para comunicarse con él. Al final dio con una gran sala, donde podía ver lo que él veía. Podía sentir lo que él sentía. La tensión de la situación engarrotaba cada uno de los fuertes músculos del joven. Entonces empezó a hablar, pero parecía que él no se daba cuenta, así que empezó a gritar, de repente una voz omnisciente empezó a hablarle. Era la voz de Emet.

- Tienes que estar alerta- le dijo la chica.
- Eso ya lo sé- dijo la voz del chico retumbando por la sala- ¿pero qué quieras que hagamos?
- Está bien, cuando chasquee los dedos haré que una bruma lo envuelva todo y probablemente ellos se asusten y nos envistan con sus armas. Le diré a Ari que en ese momento los congele o al menos que haga todo lo que pueda para detenerlos. Quiero que tú levantes un escudo resistente y móvil. ¿Podrás?
- Lo intentaré. ¿y los demás? ¿Qué harán ellos?

- Le diré a Claudia y a Adrian que intenten desarmar a los tres delanteros, mientras Daniel y yo intentamos terminar con los de arriba. No tenemos mucho tiempo. ¿Lo has entendido?
- Si, por supuesto. Cuando se lo digas a los demás estaré listo.

La chica salió de su mente y se introdujo en la de Claudia, era muchísimo más grande que la de ninguno de ellos. Llevaba más de mil años sobre la tierra y había leído miles de libros y transscrito cientos de historias. Era un lugar complejo lleno de galerías, puentes, pasadizos y salas. Tara las paso una tras otra, hasta que al final llegó a la gran sala de su conciencia, tal y como había hecho en la mente de Emet. Pudo ver y sentir lo mismo que ella, le comunicó el plan y salió a toda prisa en busca de las mentes de los demás. Para ella habían transcurrido horas entrando y saliendo de las mentes de sus amigos, pero en la realidad únicamente habían pasado unas decimas de segundo.

Cuando volvió a su mente chasqueó los dedos e hizo que la densa bruma apareciera tan rápida que pareció que siempre había estado allí. Los guardianes se quedaron desorientados y el hechizo de Ari los ralentizó, en medio del caos la vampiresa saltó por encima de la bruma y cayó en los hombros de uno de ellos retorciéndole el cuello y haciendo crujir sus huesos. El guardia cayó al suelo de golpe, Adrian rajó con sus zarpas azuladas al otro guardia separándolo en dos. Y Claudia sacó el corazón seco y sin vida del pecho del otro haciendo que cayese de rodillas ante ella. Así los detendrían el tiempo suficiente como para salir de allí.

Por otro lado de entre la bruma la lanza de Daniel pasó casi rozando a Tara y se clavo en el cráneo de uno de los guardianes de la parte superior y Tara se lanzó sobre otro de ellos, pero ante el caos que lo rodeaba este clavó su lanza con todas sus fuerzas en el cuerpo de la chica, o al menos lo intentó. Porque cuando la lanza, con su afilada cuchilla, estuvo a un centímetro de la piel de la joven se deshizo en miles de astillas de madera y metal. Tara cogió la estaca que quedó en las manos del guardia e hizo que se la clavase a si

mismo haciendo que se convirtiera en un montón de cenizas. El último de ellos se pretendía alejar para dar la voz de alarma, pero una de las bolas de fuego de Daniel lo atravesó dejando un tremendo agujero en el centro de su cuerpo.

Todos salieron rápidamente de la densa bruma, el equipo tenía un porte brillante, una luz propia mientras se alejaban. No tardaron mucho en llegar ante las enormes puertas de cristal y hierro forjado del gran salón, donde se encontraba la cúpula de la luna y el trono de la gran Reina Alice.

Tara no se paró ni un instante a pensar, empujó las puertas con las dos manos y se abrió paso entre ellas seguida por su equipo.

Había una enorme alfombra roja con bordados azules que se dirigía desde la puerta, hacia un enorme trono que estaba en medio de la sala, justo debajo de la enorme cúpula. La luna llena de había elevado hasta colocarse justo encima de la sala, arrojando largas sombras sobre el rostro de la joven que los aguardaba sentada en el trono. La larga melena rubia y la pálida piel de la joven, unidas a la iluminación lunar, daban la sensación de que la poderosa Reina estaba muerta. Sus ojos azules y sus grandes ojeras no ayudaban nada a cambiar esa sensación. Pero Tara no se asustó ante la visión de la mortecina Reina. Se acercó y clavó su espada a unos cinco metros del trono. Hizo un gesto a sus amigos para que se retiraran y estos obedecieron retrocediendo hasta tocar con su espalda en las paredes de cristal.

- Ya creí que no vendrías- dijo la mujer desde el trono.
- Pues ya estoy aquí- le contestó la chica con la cabeza alta y el rostro muy serio.
- Eres consciente de que clavando esa espada entre nosotras me estas retando a muerte.
- Eso es lo que pretendía hacer.
- Solo quería dejarlo claro. Aun estas a tiempo de echarte atrás.
- No pienso echarme atrás. Tienes algo que quiero y lo sabes.

La reina se echó mano a su pecho, apartando sus sedosos cabellos, dejando ver una joya enquistada en su esternón, y el Crocten brilló con luz propia en el pecho de la mujer.

- Sabía que este día llegaría- dijo la mujer con cierta tristeza en su voz.
- Lo siento de veras.
- No lo sientas. Eres fuerte, eres igual que tu madre.- un suspiro rompió la voz de la mujer.
- Yo no quiero matarte.- dijo Tara dando un paso al frente.
- No hay otra forma pequeña, has de matarme y llevarte mi Crocten. Solo así podrás ser reina y cumplir con tu destino.
- Pero tú eres mi familia, eres de la poca familia que me queda.
- Lo siento, de verdad que lo siento. Pero así es el mundo real, quien algo quiere algo le cuesta.
- No puedo matarte.
- Claro que puedes, bueno puedes intentarlo, ya que yo no te dejaré ganar. Has de ganártelo y recuerda. No estás sola, ellos son ahora y por siempre tu familia- dijo la mujer haciendo un desenfadado gesto con la mano señalando a todos los que ahora estaba apoyados en la pared.
- Esté bien. ¿Cómo lo haremos?
- Las normas son sencillas, solo podrás usar tus dones como Cambiante. ¿Está claro?
- Si, clarísimo.
- Bueno pues empuña tu espada, debemos ir al patio de la victoria.

Tara empuño su espada y salió detrás de la reina. Todos sus amigos las siguieron por los pasillos del palacio. Alice detuvo a los guardias que se encontraron a su paso y estos salían corriendo para avisar a todo el mundo de que el combate se iba a llevar a cabo en el patio de la victoria.

Allí habían derramado su sangre cientos de poderosos Cambiantes, perdiendo la vida mientras intentaban conseguir el preciado Crocten y algunos hasta lo lograron.

Emet, Ari y los demás subieron por unos pequeños escalones de piedra y tomaron asiento en las gradas que había entorno a la arena, expectantes ante el inminente combate sin poder hacer nada para ayudarla. El resto de gradas también se llenaron rápidamente por los guardias y el resto de personal del castillo. Todos estaba expectantes ante la voraz lucha de poder que se iba a producir en breves instantes.

Capítulo 31

La fría noche lo envolvía todo, Tara respiró profundamente y el frío entro por la nariz de la joven e inundó sus pulmones. La humedad del ambiente, hacía aun más persistente la sensación de frío. La reina se quitó el enorme chaquetón de pelo que la cubría y lo dejó caer al suelo, dejando sus delgados y pálidos brazos al descubierto. Su vestido era largo hasta los pies, la falda negra estaba rajada hasta la cintura dejando ver las piernas de Alice con unas mallas azules cubriendolas.

Tara soltó el lazo de su capa dejándola caer al suelo, al igual que había hecho Alice. La chica llevaba el traje que le había regalado Ari, era como una extensión de su propia piel. La joven se puso en guardia al ver que la reina adelantaba un pie, preparándose para atacar, mientras sacaba un par de cuchillos de sus mangas y unos afilados colmillos de su boca. Tara sabía que como vampiresa, Alice sería más rápida que cualquier otra criatura, no sabía qué hacer. Algo bajo su piel empezó a burbujejar, algo corría por debajo de su epidermis. Un escalofrío recorrió su cuerpo y un millar de agudos pinchazos atravesaron su piel desde el interior. Cientos de pequeñas larvas salieron por los orificios que le hacían arder la piel, que se cubrió en cuestión de segundos por aquellas larvas indiferenciadas que corrían de arriba abajo sin dejar ver ya lo suficiente.

Alice envistió a toda velocidad contra ella con las cuchillas cruzadas dispuesta a separarlas en el interior de la joven, pero esta se protegió con el escudo, aunque no lo levantó lo suficiente y una de las espadas rajó su brazo izquierdo. Alice al ver la chica herida se convirtió en un Licántropo, Tara sabía que tenía que hacer algo, no podía esperar que la reina tuviese compasión de ella por estar herida, así que dejó fluir el veneno de los Vampiros por sus venas liberando sus dones. Las larvas desaparecieron y unos afilados colmillos se le clavaron en su labio inferior, sus ojos se aclararon y sus sentidos se

agudizaron. Con los sentidos más aptos de los Vampiros la chica fue capaz de alejarse de las fuertes envestidas del enorme lobo, mientras aun se podía ver como se cerraba la enorme herida de su brazo, ahora ya había carne donde hasta hace unos segundos se apreciaba la incisión de la cuchilla sobre el hueso y el río de sangre era bastante más pequeño.

Cuando la herida se cerró por completo Tara pasó a toda velocidad junto a la espada que se le había caído y la cogió sin que Alice se diera ni cuenta. Para cuando la reina se fue a percatar de que Tara tenía la espada en su poder, esta ya estaba atacándola a toda velocidad. Pero aun así no fue lo suficientemente rápida, la reina dio un enorme salto y estando en el aire el lobo se desvaneció en una bruma azulada de la que salió un halcón. Tara no la iba a dejar escapar, así que dio un salto tras ella y de su bruma violácea salió una imponente águila.

Los dos animales iniciaron una veloz persecución surcando los oscuros cielos de la noche. Alice veía que Tara cada vez estaba más cerca, entonces vio su solución, el pozo del patio central. Esa sería su salida, voló en picado hacia el fondo del pozo y se sumergió en él, al entrar en contacto con el agua la reina tomó la forma de un enorme tiburón, para devorar a Tara en cuanto entrase tras ella.

Pero no esperaba que Tara pudiera absorber el agua del ambiente para convertirse en sirena antes de caer a la fría agua del pozo, cuando el enorme escualo la atacó con sus afilados dientes recibió un tremendo golpe por el agua que desplazaba la sirena con sus dones. A causa del impacto con la potente ola, el tiburón se quedó desorientado y la sirena aprovechó para hincarle sus afilados dientes en la cola. Alice se retorció ante el ardiente dolor de los afilados dientes clavándose en su cola y arranco una de las manos de la sirena de un bocado.

Tara se apartó rápidamente ante el tremendo dolor que sintió en su muñeca y cuando vio que su mano se había esfumado, sus ojos se exorbitaron y casi se desmaya de dolor, pero respiró profundamente

y ahogó un grito de dolor tapándose la boca con la mano que aún le quedaba, mientras se mordía el labio.

La cola del tiburón se estaba empezando a curar y su dura piel ya tapaba la enrojecida carne que contribuía a tintar de rojo las aguas del gran pozo. Tara se sumergió en las aguas carmesí y saltó desde el fondo del pozo. Salió a la superficie chorreando agua, y ensangrentada retomó su forma humana, mientras su mano se regeneraba poco a poco, ante la atónita de mirada de todos los espectadores que se habían congregado en torno al pozo para seguir la pelea y no perderse ni un detalle. Cuando la chica saltó fuera del pozo y pasó sobre sus cabezas todos se giraron hacia Tara, la cara de Ari se tornó de un blanco verdoso al ver la mano de su amiga seccionada y se casi se desmaya, pero Daniel la cogió antes de que cayera al suelo.

Alice no tardó mucho en saltar tras Tara, cuando las dos estuvieron sobre las losas de piedra del patio, todos salieron corriendo como una bandada de palomas asustadas y entraron en el interior del palacio para seguir viendo la palea desde una zona algo más segura.

Tara había recuperado su mano casi por completo, ya solo faltaban los últimos tres dedos, así que se decidió a tomar sus raíces metamórficas y convertirse en un enorme y aterrador oso negro. Alice estiró su pierna, mientras aun estaba sentada en el suelo, para comprobar que se había curado de todo y mientras esta lo hacía, Tara cargó contra ella. A cada paso del enorme oso el suelo retumbaba bajo sus pies y un aterrador bramido surgió del imponente animal.

Pero Alice no esperó la envestida, antes de que la bestia llegase se desvaneció en un millón de pequeñas arañas peludas de largas patas que subieron por el oscuro pelaje del animal. Pasaron la capa de pelo y llegaron hasta la piel del animal, clavando sus mandíbulas, y produciéndole un ardor intenso a causa del veneno de los pequeños animales. Ante el agudo dolor, Tara se deshizo rápidamente de los pequeños seres convirtiéndose en un tremendo escarabajo con una

coraza tan dura que ni las más potentes fauces podrían atravesarla, ante aquella amenaza Alice se transformó en un escorpión gigante para intentar luchar contra el enorme escarabajo negro.

El animal intentó una y otra vez clavar su potente aguijón en el cuerpo del gran escarabajo, pero no pudo traspasar su robusta coraza. Tara se hartó de resistir sus envidias, así que transformó su cuerpo en el de un grandioso cangrejo y usó sus potentes pinzas para coger el ponzoñoso apéndice de su adversario y lo cortarlo haciendo que de retorciese de dolor y retomase su forma humana. Tara se convirtió en vampiresa antes de que Alice se levantara del suelo, y cogió el apéndice si vida que yacía en el suelo y lo clavó en la espalda de su oponente, con tanta fuerza que logró atravesarla de lado a lado. La sangre corría por su espalda salpicando su vestido, pero ni ante el profundo corte se su espalda se oyó ni el más mínimo gemido de dolor. Tara aprovechó la debilidad de la reina y retorció sus brazos en su espalda con una sola mano, mientras que con la otra le estiraba de su dorado y arremolinado cabello.

Clavó sus afilados colmillos como agujas en la fina piel del cuello de la reina y bebió su sangre, al principio era dulce con un toque férrico al fondo, pero cuanto más débil se iba encontrando la reina, ya fuera por el agotamiento o por el veneno que comenzaba a correr por sus venas, más amargo era el sabor de su sangre. Pero aun así la furia recorrió su cuerpo cuando tuvo que soltar a su presa, porque esta había empezado a cambiar a Licántropo. El imponente animal de casi dos metros de altura se retorció y agarró a Tara por los brazos, lanzándola por los aires, hasta estrellarla contra el suelo que había a sus pies, después usó sus afiladas garras para rasgar su costado dejando al descubierto sus costillas de la chica. La sangre emanaba a borbotones y se podía ver como la carne rápidamente iba cubriendo al hueso desnudo cerrando la herida, mientras la chica luchaba por recuperar el aliento. Tara sabía que con heridas como aquellas jamás conseguiría matarla, necesitaba debilitarla antes de asestarle el golpe final.

La chica se convirtió en un enorme tigre oscuro como la noche con rayas rojas como el fuego y saltó sobre el tremendo lobo blanco en el que se había convertido la reina. Los dos feroces animales se enzarzaron en una tremenda lucha donde se confundían las zarpas y los dientes. Solo se podía ver con claridad la sangre que salía a borbotones de vez en cuando, cuando alguna de las dos cortaba una arteria de la otra. Los ríos de sangre corrían entre las baldosas del patio y se iban uniendo formando pequeños charcos.

Tara era más joven y tenía más fuerza vital, pero Alice era mucho más vieja y resistía mucho mejor el dolor. La batalla estaba muy igualada. Alice, agotada por la gran pérdida de sangre cada vez le costaba más recuperarse de las profundas heridas así que empujó a Tara con tal fuerza que la empotró en la pared contraria del patio, haciendo que hasta los cimientos temblasen ante el impacto. Tara se quedó un poco desorientada ante el tremendo golpe, pero enseguida retomó la conciencia. En el otro extremo del patio Alice había cerrado sus heridas y se había convertido en un enorme león de pelaje tan claro que parecía blanco, roto únicamente por las trazas de sangre que lo salpicaban.

Tara tomó la forma de un enorme licántropo negro con mechones rojizos y dio un salto por encima del león cayendo a su espalda. Fue justo en el momento en el que el león se movió para ver donde había caído el gran lobo, cuando notó el ardiente corte de su espalda y de su pierna izquierda. El zarpazo de la bestia había sido tan rápido y con unas garras tan afiladas que ni siquiera las había notado al hundirse en su piel.

Al siguiente paso el dolor fue superior a ella y el furioso animal cayó al suelo. Vio como el tremendo lobo se acercaba paso a paso hacia su cuerpo inmóvil. Tenía que huir, huir para salvar la vida, tomo la forma de un pequeño ratón. El cuerpo del ratón era mucho más ligero que el del león, sus músculos no tendrían que usar tanta potencia para mover su cuerpo y tal vez podría huir.

Empezó a corretear por la plaza, cojeando, en busca de un refugio, pero la loba fue mucho más rápida que ella, la reina había confiado demasiado en sus fuerzas y se había equivocado. La loba cogió a la rata entre sus potentes fauces y la reventó entre sus dientes, salpicándolo todo a su alrededor.

Después dejó caer al suelo los restos del cadáver de la rata que poco a poco retomó la forma de mujer y aunque su cuerpo se reconstruyó, pero su fuerza vital se había marchado.

El cadáver inerte de la reina yacía frente a ella y Tara retomó también su forma humana cayendo de rodillas al suelo, retorciéndose por las arcadas que emanaban desde lo más profundo de su ser, chorreando sangre por la boca. Emet salió al patio y se colocó junto a ella, le apartó el pelo con su mano mientras ella seguía con las convulsiones para expulsar lo que le ardía por dentro. Se había tragado el Crocten que Alice tenía enquistado en el esternón.

La luz del Crocten empezaba a retorcerse y brillar en su interior. Se puso en pie como pudo apoyándose en Emet, la luz de sus entrañas fue aumentando hasta que salió por sus ojos y su boca, la brillante luz salía a borbotones de la joven hasta el brillante cielo nocturno, haciéndolo iluminarse de un color azul metálico. La luz ocultó la luna y las estrellas. Brillaba más que todo aquello, era más brillante que el propio sol. Claudio y los demás guardianes del reino de los Vampiros hicieron un amago de ocultarse ante la brillante luz, pero no les pasó nada.

Cuando la luz cesó, Tara se desplomó y se habría golpeado contra el suelo de no ser porque los brazos de Emet la sujetaron con fuerza. La chica se quedó inconsciente, así que Emet pasó el brazo por debajo de sus rodillas y se la llevó en brazos al interior del palacio.

De repente Tara estaba en un lugar extraño, era lo alto de una colina en un edificio constituido por columnas blancas y un tejado ornamentado con hojas y frutos tallados en el mármol. Se sentó en uno de los dos bancos que había en el centro de la sala y desde lo

lejos vio acercarse una mujer con una sombrilla que caminaba despacio por la ladera de la colina. Era Alice, se sentó frente a ella dejando el paraguas plegado a su lado.

- ¿Qué ha pasado?- preguntó Tara.
- Que ahora eres Reina de los Cambiantes.
- Pero... ¿Qué ha pasado contigo?
- Yo ya he vivido demasiado, reiné lo mejor que pude estos últimos mil quinientos treinta y siete años. Solo espero que tu reines con tanto cariño y entrega como lo hice yo.
- Pero no se sí podré.
- Claro que podrás. Tu hazlo siempre lo mejor que puedas, eso será suficiente.
- ¿Pero entonces tu estas muerta?
- Me temo que sí.
- Lo siento- dijo Tara cogiéndole las manos.
- No te preocupes. Es ley de vida.
- Pero tú eres mi familia, mi verdadera familia. Soy parte de tu sangre. Ahora que por fin te encuentro, tengo que dejarte.
- No guardes tristeza en tu corazón, la familia no es quien comparte contigo la sangre. La familia son las personas que te quieren y te cuidan por encima de todas las cosas. Son todos aquellos que darían su vida por ti sin pensarlo.
- ¿Cómo mis amigo?
- Sí, como tus amigos. Confía en ellos, son tu verdadera familia.
- Lo recordaré.
- Ahora debo irme- dijo la mujer levantándose y besando suavemente su mejilla.
- ¿Te volveré a ver?
- Espero que no.
- ¿Por qué no?
- Porque donde yo voy, espero que tu no tengas que ir jamás.

Tara comprendió que el alma de la reina estaba condenada en arder entre los cuatro reinos demoniacos de donde ella había conseguido recuperar su alma.

La mujer se levantó para marcharse, pero al llegar a la altura de las blancas columnas se paró y se volvió hacia ella.

- Casi se me olvida- dijo la mujer volviéndose a toda prisa, mientras levantaba un poco el vestido para no pisárselo mientras corría.
- ¿Qué pasa?
- Esto ahora es tuyo.

La mujer cogió entre sus dedos la esfera que había enquistada en su esternón y la sacó con suavidad de su pecho, la acercó al de la joven y la introdujo entre sus costilla, en la parte del pecho que quedaba descubierto por la camisa a la que le faltaban un par de botones por abrochar. La fría esfera se fusionó con su hueso, en su interior una bruma azulada dejaba ver la insignia de los Cambiantes en su interior. Mientras Tara miraba anonadada la esfera que estaba ahora en su pecho, Alice desapareció y poco a poco todo se fue oscureciendo.

Cuando Tara abrió los ojos estaba en una mullida cama con sabanas de fino algodón y un edredón que la protegía del frío. La luz que entraba por las ventanas era de un azul metálico que lo envolvía todo. La chica no sabía decir si era de noche o de día. Apartó las mantas y el edredón, para levantarse de la cama, pero cuando se destapó se dio cuenta de que únicamente llevaba puesta la ropa interior. Miró a su alrededor buscando desesperada su ropa, pero no estaba por ningún sitio. Vio una bata sobre una silla junto a la cama y rápidamente se la puso. Mientras se abrochaba el lazo de la bata oyó como crujía la el pomo de la puerta. Se giró y vio como esta se abría con cuidado.

Emet entró despacio con algo de ropa dobrada sobre el brazo.

- Veo que ya te has despertado- dijo el joven sonriente.

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí? ¿Dónde está mi ropa?- dijo arqueando una ceja.
- Las preguntas de una en una.
- Está bien ¿Qué ha pasado?
- Mataste a Alice, ahora eres la reina- dijo sonriendo mientras le cogía las manos y dejaba la ropa sobre la cama deshecha.
- La maté, ¿de verdad? – dijo la chica bajando la mirada
- ¿No te alegras?- dijo el cogiéndole la barbilla.
- No mucho- dijo la chica apartando la cara.
- ¿Pero no era eso era lo que querías?
- Sí, pero... Aun así no me alegro. Bueno, ¿Dónde estoy?
- Estas en los aposentos reales. Ahora esta es tu cama
- ¿Y por qué estoy desnuda? y ¿Dónde está mi ropa?
- Eso, bueno...- dijo el chico sonrojándose mientras se rascaba la cabeza con la mano que tenía libre.- Es que estabas completamente empapada en sangre, tierra y hecha girones, así que cuando te dejé en la cama Ari se llevó tu ropa para lavarla.
- Pero esta no es mi ropa. ¿Dónde está la mía?- dijo mientras desplegaba los vaqueros y la camiseta que Emet le había traído.
- La hemos tenido que tirar. No hubo forma de arreglar los tremendos agujeros que le hiciste. Pero te he traído esto para que te vistas.
- Muchas gracias- dijo la chica adelantándose un poco para besarle, mientras cogía la ropa de su brazo.

Después soltó el lazo de su bata para vestirse y la dejó caer al suelo. Le extrañó la cara de sorpresa que puso el chico al verla casi desnuda delante de él. Entonces la joven se giró para mirarse en el espejo que había junto a la cama y reparó en algo en lo que no se había antes. Justo en el centro de su pecho estaba el Crocten de los Cambiantes.

La chica se volvió hacia Emet con los ojos exorbitados, sin poder dar cabida a lo que estaba viendo. Sin dejar de pasar sus dedos por la esfera brillando entre sus pechos. El joven alargó sus dedos para tocar la brillante esfera que lo llamaba imnotizándolo. Lo tocó suavemente con la yema de los dedos, Tara cogió la mano del joven intentando detenerlo antes de lo que tocarse, pero fue demasiado tarde. La luz azulada envolvió al joven, pero no le hizo nada. La chica estaba tan asustada como sorprendida, ¿Cómo podía ser que el brujo tocarse el Crocten si morir en el intento?

La luz azulada se desvaneció y Emet miró a Tara a los ojos, la chica no comprendía nada. No podía entender como seguía vivo. El chico no pudo soportar su mirada y se marchó a toda velocidad de la sala.

Epílogo

La chica se vistió y salió corriendo en busca del joven. Se perdió entre los interminables pasillos y no fue capaz de dar con él. Salió del palacio y se encontró a Claudia sentada en las escaleras de entrada al Palacio frente a la enorme estatua del Crocten que representaba un a milpiés enroscado, como representante del reino de los Úlcidos. Unido a él, una cola de sirena, con las alas de murciélagos a la espalda del milpiés, representando a los Vampiros y flotando sobre la cola, una luna representando al reino de los Licántropos.

- ¿A que es hermoso?- dijo la vampiresa levantándose las gafas de sol y mirando al luminoso cielo.
- Perdona ¿Qué?- dijo Tara distraída.
- El Cielo del Cambio, ¡es tan hermoso!
- ¿Has visto a Emet?
- No desde después del desayuno.
- ¿El desayuno? ¿Pero qué hora es?
- Medio día, has dormido mucho- dijo la vampiresa bajándose las gafas de sol, mientras disfrutaba de la luz sobre su pálida piel.
- ¿Qué haces tú aquí a plena luz?
- Esta semana no importa.
- ¿Cómo que no importa?
- Al cambiar el Crocten de dueña, la luz mágica del amuleto irradió a toda la atmósfera envolviéndonos durante siete días y siete noches con esta fabulosa cúpula metalizada para que todos sepan que hay una nueva reina.
- Pero sigo sin entender porque no te hace nada el sol.
- Porque esta luz no procede del sol, la emana eso- dijo señalando al pecho de la joven.

Tara se echó mano al Crocten que brillaba en su pecho e intentó cubrirlo con el pelo.

- No te avergüences de él. Eso hará que tus dones de Cambiante sean más grandes y potentes de lo que jamás hayas imaginado- siguió diciendo la vampiresa- y que todos los Cambiantes te sean leales.
- Bueno... eso ahora no importa, voy a seguir buscando a Emet.
- Vale- le gritó la vampiresa mientras Tara se alejaba- acuérdate de que esta tarde tienes la coronación.

Tara no se paró a pensar en sus palabras, siguió recorriendo el palacio escaleras arriba y abajo. El edificio era tan grande que la chica llegó un momento en el que estaba segura que no sabría volver hasta su habitación.

Cuando consiguió regresar hasta la parte del palacio que ya conocía desistió de seguir buscándolo. Al doblar en uno de los pasillos se encontró de frente con Adrian y el corazón le dio un vuelco.

El chico la cogió de la mano y la arrastro por los pasillos hasta sus aposentos, mientras repetía una y otra vez algo de llegar tarde y de cientos de importantes invitados que se iban a cabrear. Tara no entendía nada, cuando entró en su habitación se dio una larga ducha y se maquilló frente al espejo, intentando cubrir sus ojeras.

Cuando salió del baño, un precioso vestido la estaba esperando encima de la cama, cogió el corpiño morado con encaje negro y se lo puso, después se puso la larga falda violácea que caía con ligeros pliegues hasta sus pies. Luego se calzó las medias negras y las altas botas de cuero y ajustó las cordoneras que recorrían toda la caña de la bota.

Adrian tocó la puerta metiendo prisa a la chica para que terminase, pero Tara no hizo mucho caso a las exigencias del chico. Enfundó la barita en la caña de la bota y se puso delante del espejo enroscándose el pelo entre sus largos dedos intentando ponerse presentable.

El chico, desesperado, abrió la puerta y se quedó inmóvil al ver lo impresionante que estaba la chica, radiando luz propia con aquel

vestido. Adrian se quedó sin palabras, pero enseguida reaccionó, “¡llegaban tarde!”

- Me alegro de que estés lista, no tenemos más tiempo que perder.
- Pero ¿Por qué tanta prisa? ¿Y a que viene este vestido?- dijo ellas mientras el chico la arrastraba por los pasillos.
- ¿No te gusta el vestido? Ari dijo que te encantaría.
- Sí, me encanta. Pero no entiendo nada ¿Qué está pasando?
- Tienes que ir a la coronación, hace ya más de una hora que llegaron los primeros invitados.
- ¿Qué coronación? ¿Qué invitados?
- Tu coronación. Tienes que presentarte oficialmente en público. Han venido los Reyes de cada uno de los reinos del orbe y otros muchos personajes importantes.
- Está bien, vamos. Pero... ¿Has visto a Emet?
- Me dijo después de comer que iba a traerte la ropa limpia.
- Ya, pero después ¿Lo has vuelto a ver?
- No, he estado muy ocupado preparando la coronación.
- Vale, no pasa nada. Ya aparecerá.
- Bueno ya hemos llegado- dijo el chico parándose delante de la puerta de hierro forjado y cristales de colores.
- ¿Qué va a pasar?
- Yo te acompañaré hasta el trono. Claudia te traerá la corona de la reina Alice, bueno tú corona, y después la gente se te acercará para saludarte. Es una mera formalidad para que todos sepan que eres la nueva reina y después habrá una gran celebración, con música y comida.
- Está bien, cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

La chica cogió el brazo del joven con fuerza y este dio un golpecito al cristal de la puerta. Cuando las dos enormes puertas del salón de la luna se abrieron, cientos de invitados al evento se dieron la vuelta para ver a la reina. La chica se sonrojó y agarró con más fuerza el brazo de Adrian, cuando llegó junto al trono le dio un beso

en la mejilla y la dejó en el gran sillón. La chica miró al frente y vio como sus amigos estaban allí sentados en primera fila, pero Emet no estaba. Su silla estaba vacía, se le hizo un nudo en la boca del estómago, algo malo pasaba, estaba segura, él no se habría perdido la coronación. Claudia se acercó con la corona y se la puso sobre los cobrizos cabellos de la joven. Después todos los asistentes se acercaron a saludarla y a mostrarle su lealtad.

Luego la música empezó a sonar y la gente tomó asiento en las grandes mesas para comer. Cuando se terminó el banquete Emet seguía sin aparecer, la gente se levantó para comenzar a bailar y entonces la chica aprovechó para escaquearse lo más rápido que pudo y se llevó consigo a sus amigos. No se podían quedar en la fiesta, tenían que encontrar a Emet. Fueron hasta su habitación, y la escena los golpeó al entrar en la sala.

Todo estaba destrozado, tirado por él suelo y ni rastro del chico. Sobre la cama deshecha había una nota.

Querida reinecita:

Reúnete conmigo en Los Acantilados de Lihim. Sí quieres recuperar a tu amiguito deberás entregarme el Crocten de los Cambiantes. Tienes de tiempo hasta que se apague la luz del cambio.

Firmado: Sigmund

Datos personales:

Nombre: Inmaculada Montero González.

Dirección: C/ Ocho de Diciembre, 36

Provincia de Alicante, Orihuela (La Murada)

CP. 03318

Tlf. 679637777

Correo electrónico: Persefone1891_gmail.com